

EJERCICIOS
DE
ANÁLISIS LITERARIO

Y
COLECCION SELECTA

DE
COMPOSICIONES EN PROSA Y VERSO,
PRECEDIDAS DE UNOS TROZOS DEL ROMANCE CASTELLANO
DESDE SU ORIGEN HASTA SU FLORECIMIENTO,
OBRA DESTINADA Á LOS EJERCICIOS PRÁCTICOS

DE
LITERATURA PRECEPTIVA,

POR
D. PEDRO MUÑOZ PEÑA,

Catedrático de Retórica y Poética
en el Instituto de 2.^a Enseñanza de Valladolid.



VALLADOLID.

Imprenta y Librería Nacional y Extranjera de Hijos de Rodríguez,
LIBREROS DE LA UNIVERSIDAD Y DEL INSTITUTO.

1883.







EJERCICIOS

DE

ANÁLISIS LITERARIO

Y

COLECCIÓN SELECTA

DE

COMPOSICIONES EN PROSA Y VERSO.

EJERCICIOS
DE
ANÁLISIS - LITERARIO

Y
COLECCIÓN SELECTA

DE
COMPOSICIONES EN PROSA Y VERSO

PRECEDIDAS DE UNOS TROZOS DEL ROMANCE CASTELLANO
DESDE SU ORIGEN HASTA SU FLORECIMIENTO,

OBRA DESTINADA Á LOS EJERCICIOS PRACTICOS

DE
LITERATURA PRECEPTIVA,

POR

D. PEDRO MUÑOZ PEÑA,

Catedrático numerario de Retórica y Poética en el Instituto de 2.ª Enseñanza
de Valladolid.

VALLADOLID.

Imprenta y Librería Nacional y Extranjera de Hijos de Rodríguez,
LIBREROS DE LA UNIVERSIDAD Y DEL INSTITUTO.

1883.

EXERCICIOS

ANALISIS LITERARIO

COLECCION

COMPOSICION EN TERCIO Y VERSO

Es propiedad del colector.



R. 114781

PRÓLOGO.



Aunque casi siempre se ha procurado dar á la enseñanza de la Retórica y Poética un carácter práctico, no ha estado generalizado y unánimemente seguido el uso de hacer que los alumnos conozcan y vean sus preceptos teóricos en las obras mismas de nuestros poetas y escritores clásicos; pero el decreto de 16 de Noviembre de este año viene á dar ya una fuerza obligatoria á este método didáctico, tan en consonancia con las necesidades de la vida del hombre en la época moderna, y tan adecuado á la tendencia eminentemente práctica de la Literatura, que como todo arte conspira á realizar materialmente una cosa ú objeto y facilitar los medios y reglas para su producción adecuada.

Con trabajos bastante adelantados ya en nuestros *Ejercicios de Análisis Literario* nos encontrabamos, cuando nos ha sorprendido agradablemente la citada disposición legal, y nos apresuramos á darlos á la estampa para ocurrir á la necesidad que ha de presentarse en las

clases de Retórica al plantear ahora los *ejercicios prácticos* de la asignatura.

Creemos que nuestra obra podrá llenar el objeto, pues además de la Sección Primera que es un cuadro completo del progreso y desarrollo histórico de nuestra lengua desde sus primeros comienzos hasta que se mostró ya tan rica, tan magnífica y tan sonora como la usaron los escritores del siglo de oro de nuestra literatura, contiene también análisis minuciosos de pensamientos literarios, de palabras, cláusulas, formas del lenguaje figurado y modelos, por último, de las diferentes clases de estilo, que facilitan muchísimo el conocimiento y aplicación de las reglas y preceptos que teóricamente y de una manera abstracta se establecen en la Literatura Preceptiva; de modo que bien puede asegurarse que esto no es otra cosa que el complemento necesario de aquella.

Nuestros discretos compañeros, y el público en general dirán, si hemos ó no acertado á señalar un camino seguro para la enseñanza práctica de los preceptos literarios; asegurando por nuestra parte que todos los ejemplos y modelos están tomados de nuestros mejores prosistas y poetas, y que en la elección de las composiciones hemos procurado unir la perfección del ejemplo y la autoridad del escritor á la belleza del fondo y forma y á la mayor variedad en el género literario á que la composición corresponde, siguiendo el mismo orden y método que adoptamos en nuestro texto de *Retórica* y *Poética* cuya segunda edición hemos publicado en este mismo año.

SECCIÓN PRIMERA.

MODELOS DE TROZOS EN PROSA Y VERSO
DE LA
LENGUA CASTELLANA
DESDE SU ORIGEN EN EL SIGLO XII HASTA EL XVI,
ÉPOCA DE SU FLORECIMIENTO.

SIGLO XII.

Poema del Cid.

Destierro del Cid por orden del Rey Alfonso y su salida de Burgos.

De los sos oios tan fuerte-miente lorando
Tornaua la cabeça é estaua-los catando.
Vió puertas abiertas é vços sin cannados,
Alcandaras uazias sin pielles é sin mantos,
E sin falcones é sin adtores mudados.
Sospiró Myo Çid ca mucho auie grandes cuydados.
Ffabló Myo Çid bien é tan mesurado:
Grado á ti señnor padre que estas en alto,
Esto me an buelto myos enemigos malos.
Alli piensan de aguiiar, allí sueltan las riendas:
A la exida de Biuar ouieron la corneia diestra,
E entrando á Burgos ouieron la siniestra.

Meçio Myo Çid los ombros e engrameó la tiesta:
Albricia Albar Ffanez ca echados somos de tierra.
Myo Çid Ruy Diaz por Burgos entraua.
En su conpanna LX pendones leuaua: exien-lo ver mugieres é
[uarones.

Burgeses e burgesas por las finiestras son puestos.
Plorando de los oios, tánto auyen el dolor.
De las sus bocas todos dizian una razon:
¡Dios, que buen vassalo si ouiesse buen sennor!
Conbidar-le yen de grado, mas ninguno non osaua,
El rey don Alfonso tanto auie la grand sanna.
Antes de la noche en Burgos dél entró su carta,
Con grand recabdo é fuerte-mientras sellada:
Que a Myo Çid Ruy Diaz que nadi nol diessen posada,
E aquel que gela diese sopiesse una palabra,
Que perderie los aueres é mas los oios de la cara,
E aun demas los cuerpos e las almas.
Grande duelo auien las yentes christianas.
Asconden-se de Myo Çid ca nol osan dezir nada
El Campeador adelinó á su posada.
Assi como legó á la puerta falóla bien çerrada,
Por miedo del rey Alfonsso que assi lo auie parado:
Que sinon la quebrantas por fuerza que non gela abriese nadi.
Los de Myo Çid a altas uoçes laman:
Los de dentro no les querien tornar palabra.
Aguio Mio Çid, á la puerta se legaua,
Sacó el pié del estribera, una feridal daua.
Non se abre la puerta, ca bien era çerrada.
Vna ninna de nuef annos á oio se paraua.
Ya Campeador en buen ora çinxiestes espada.
El rey lo ha uedado, anoch dél entró su carta,
Con grand recabdo é fuerte-mientras sellada.
Non uos osariemos abrir nin coger por nada;
Si non perderiemos los aueres é las casas,
E demas los oios de las caras.
Çid, en el nuestro mal uos non ganades nada,
Mas el Criador uos uala con todas sus uertudes sanctas.
Esto la ninna dixo, e tornos pora su casa.
Ya lo vee el Çid que del rey non auie graçia.
Partios de la puerta, por Burgos aguijaua.

Legó a Sancta Maria: luego descaualga
Ffincó los ynoios, de coraçon rogaua.
La oraçion fecha luego caualgaua.
Salió por la puerta e en Arlançon posaua.

II.

Despedida del Cid de su esposa Jimena y de sus dos hijas en San Pedro de Cardeña.

Tannen las campanas en San Pero á clamor.
Por Castiella oyendo uan los pregones,
Commo se ua de tierra Myo Çid el Campeador.
Vnos dexan casas é otros onnores.
En aques dia en la puent de Arlançon
Çiento é quinze caualleros todos iuntados son.
Todos demandan por Myo Çid el Campeador.
Martin Antolinez con ellos conio
Vansse pora San Pero do esta-el que en buen punto naçió.
Quando lo sopo Myo Çid el de Biuar,
Cal creçe conpanna porque mas valdrá,
Apriessa caualga, reçebir-los salie.
Tornos á sonrisar, legan-le todos, la manol ban besar.
Ffablo Myo Çid de toda voluntad:
Yo ruego a Dios e al Padre Spirital,
Vos que por mi dexades casas e heredades,
En antes que yo muera algun bien uos pueda far,
Lo que perdedes doblado uos lo cobrar.
Plógo a Myo Çid porque creçio en la iantar.
Plógo á los otros omnes todos quantos con él estan.
Los VI dias de plazo passados los an:
Tres an por troçir, sepades que non mas.
Mando el rey a Myo Çid a aguardar
Que si despues del plazo en su tierral pudies tomar,
Por oro nin por plata non podrie escapar.
El dia es exido e la noch querie entrar.
A sos caualleros mandolos todos iuntar:
Oyd varones, nos uos caya en en pesar;
Poco auer trayo, dar-uos quiero uestra part.
Sed membrados commo lo deuedes far:

A la manñana quando los gallos cantarán
Non uos tardedes, mandedes ensellar.
En San Pero á matines tandra el buen abbat.
La misa nos dirá, esta sera de Sancta Trinidad.
La misa dicha penssemos de caualgar,
Ca el plazo viene açerca, mucho auemos de andar.
Cuemo lo mando Myo Çid, assi lo an todos ha far.
Passando ua la noch, viniendo la manñana.
Ellos mediados gallos pienssan de caualgar.
Tannen a matines á vna priessa tan grand.
Myo Çid e su mugier a la elesia uan.
Echos donna Ximena en los grados delantel altar,
Rogando al Criador quanto ella mejor sabe,
Que a Myo Çid el Campeador que Dios le curias de mal:
Ya sennor glorioso, padré que en cielo estás,
.
.
Tu eres Rey de los Reyes e de todel mundo Padre.
A ti adoro e creo de toda voluntad,
E ruego a San Peydro que me aiude a rogar
Por Myo Çid el Campeador, que Dios le curie de mal.
Quando oy nos partimos en vida nos faz iuntar.
La oraçion fecha, la misa acabada la an.
Salieron de la elesia, ya quieren caualgar.
El Çid á donna Ximena yua-la abraçar.
Donna Ximena al Çid la manol va besar,
Lorando de los oios que non sabe que se far;
E él á las ninnas tornó-las á catar:
A Dios uos acomiendo, fijas, e a la mugier e al padre spirital
Agora nos partimos, Dios sabe el aiuntar.
Lorando de los oios que non viestes atal
Asis parten vnos dotros commo la vnna de la carne.
Myo Çid con los sos vasallos pensso de caualgar.
A todos esperando la cabeça tornando ua.
A tan grand sabor fabló Minaya Albar Fanez:
Çid, do son uuestros esfuerços? en buen hora nasquiestes de
[madre.
Pensemose de yr nuestra via, esto sea de vagar.
Aun todos estos duelos en gozo se tornarán.
Dios que nos dió las almas, conseio nos dará.

Al abbat don Sancho tornan de castigar,
Commo sirua á donna Ximena e a la fijas que ha,
E a todas sus duennas que con ellas están.
Bien sepa el abbat que buen galardon dello prendrá.
Tornado es don Sancho, e fabló Albar Fanez:
Si viéredes yentes veuir por connusco yr,
Abbat, deçildes que prendan el rastro é piensen de andar;
Ca en yermo o en poblado poder-nos han alcançar.
Soltaron las riendas, piensan de andar.
Cerca viene el plazo por el reyno quitar.

(Anónimo.)

SIGLO XIII.

Del Fuero Juzgo.—Título I.—Ley XVIII.

Del galardon que el rey fac á sos fieles.

Toller so galardon a los fieles no ye sola mientre contra razo, mes contra derecho. Et porque el rey celestial, et los terrenales an costumpne de galardonar sos fieles, razon ye, que los sacerdotes de Dios fagan sobresto sua sentencia. He por ende fô estavlezudo del anno primero que regnó el nuestro príncipe, que todos aquellos que fiel mientre servirent al príncipe, et que facen sos mandados, et que lo gardant a todo so poder, non deven perder sos derechos del regno, nen sua dignidat, nen suas cosas sen derecho. He esto mismo estavleceamos agora, que el príncipe los ordene a los sos fieles, asi como vir que ye mester enna tierra, et fágalos tanto de bien, porque ayan en que vevir los otros, que son de venir en so poder, et aquellas cosas que ellos ganaren con derecho, que las dexen en so poder dellos, que las dien a sos fillos, o a quien quisieren. He si algunos ovier que non sean fieles contra el rey, ó que non fagan por él las cosas que llos son a comendadas, seant en poder del rey de facer dellos aquello como quisier. Ca gran torto ye, non conucer aquel por sennor, que Dios metió por governador. He si depois de la morte del príncipe for allado de aquesta manera, perda quanto

li diera el principe, et quanto él ganara, et torne todo enno regno, et esta nra. constitucion sea firme. Este nuestro degredo, que nos todos feciemos por el nuestro principe, por guardar fé, et piedat, et iusticia, comendamos á todos ante Dios, et ante todos sos angeles, que lo gardent daqui adelantre, et que lo complant, et que lo defiendant, que nengun non lo quebrante. Et aquellos que lo despreciarent, la ira de Dios venga sobr' ellos; et los que lo gardarent ayan la misericordia de Dios, et ayant paz perduravle, et la gloria celestial. Amen.

De la Introducci3n al libro de los Milagros de Nuestra Señora de Gonzalo de Berceo.

Amigos e vasallos de Dios omnipotent,
Si vos me escuchasedes por vuestro consiment,
Querriavos contar un buen aveniment:
Terrédeslo en cabo por bueno verament.

Yo maestro Gonzalvo de Berceo nomnado
Yendo en romeria caeçi en un prado
Verde e bien sençido, de flores bien poblado,
Logar cobdiçiaduero pora omne cansado.

Daban olor sobeio las flores bien olientes,
Refrescaban en omne las caras e las mientes,
Manaban cada canto fuentes claras corrientes,
En verano bien frias, en yvierno calientes.

Avie hy grant abondo de buenas arboledas,
Milgranos e figueras, peros e manzanedas,
E muchas otras fructas de diversas monedas;
Mas non avie ningunas podridas nin açedas.

La verdura del prado, la olor de las flores,
Las sombras de los arbores de temprados sabores
Refrescaronme todo, e perdi los sudores:
Podie vevir el omne con aquellos olores.

Nunqua trobé en siglo lugar tan deleitoso,
Nin sombra tan temprada, nin olor tan sabroso,
Descargué mi ropiella por iacer mas viçioso,
Poseme a la sombra de un arbor fermoso.

Yaçiendo a la sombra perdi todos cuidados,
Odi sonos de aves dulçes e modulados:

Nunqua udieron omnes organos mas temprados,
Nin que formar pudiessen sones mas acordados.

Unas tienien la quinta, e las otras doblaban
Otras tienien el punto, errar non las dexaban,
Al posar, al mover todas se esperaban,
Aves torpes nin roncás hi non se acostaban.

Non serie organista nin serie violero,
Nin giga nin salterio, nin manoderotero,
Nin estrument nin lengua, nin tan claro voçero,
Cuyo canto valiesse con esto un dinero.

Pero que vos dissiemos todas estas bondades,
Non contamos las diezmas, esto bien lo creades:
Que avie de noblezas tantas diversidades,
Que non las contarien priores nin abbades.

El prado que vos digo avie otra bondat:
Por calor nin por frio non perdie su beltat,
Siempre estava verde en su entegredat,
Non perdie la verdura por nulla tempestat.

Manamano que fuy en tierra acostado,
De todo el laçerio fui luego folgado:
Oblidé toda cuita, el laçerio pasado:
Qui alli se morasse serie bien venturado!

Los omnes e las aves quantas acaecièn,
Levaban de las flores quantas levar querien;
Mas mengua en el prado ninguna non façien:
Por una que levaban, tres ó quatro naçien.

Semeia esti prado equal de paraiso,
En qui Dios tan grant graçia, tan grant bendiçion miso:
El que crió tal cosa, maestro fué anviso:
Omne que hi morasse, nunqua perdrie el viso.

El fructo de los arbores era dulz é sabrido,
Si don Adan oviesse de tal fructo comido,
De tan mala manera non serie decibido,
Nin tomarien tal danno Eva nin so marido.

Sennores é amigos, lo que dicho avemos,
Palabra es oscura, esponerla queremos:
Tolgamos la corteza, al meollo entremos
Prendamos lo de dentro, lo de fuera dessemos.

Todos quantos vevimos que en piedes andamos,
Siquier en preson, o en lecho iagamos,



Todos somos romeos que camino andamos:
Sant Peidro lo diz esto, por él vos lo probamos.

Quanto aquí vivimos, en ageno moramos;
La ficanza durable suso la esperamos,
La nuestra romeria estonz la acabamos
Quando a paraíso las almas enviamos.

Del libro de Calila é Dymna.

Del falso é del torpe.

Dijo Calila: «Dos homes eran en una compañía, et el uno dellos era torpe é el otro falso, é ficieron aparcería en una mercadería; et yendo por un camino fallaron una bolsa en que habia mil maravedís, é tomáronla, é tovieron por bien de se tornar á la cibdat. Et quando fueron cerca de la cibdat, dijo el torpe al falso: «Toma la meatad destes dineros, et tomaré yo la otra meatad.» Et dijo el falso, pensándose levar todos los maravedís: «Non fagamos así, que metiendo los amigos sus haciendas en manos de otri fazen mas durar el amor entre ellos; mas tome cada uno de nos pora gastar, é soterrremos los otros que fincaren en algun logar apartado, et quando hobieremos menester dellos, tomarlos hemos.» E acordóse el torpe en aquello, et soterraron los maravedís só un árbol muy grande, é fuéronse ende, é despues tornó el falso por los maravedís, é levólos; é quando fué dias, dijo el falso al torpe: «Vayamos por nuestros maravedís, que yo he menester que despienda.» E fuéronse para el logar que los posieron, é cavaron é non fallaron cosa; é comenzóse á mesar el falso et á ferir en sus pechos, et comenzó á decir. «Non se fie home en ninguno desde aquí, nin se crea por él.» E dijo al torpe: «Tu tornaste aquí et tomaste los maravedís.» Et comenzó el torpe á jurar é confonderse que lo non feciera; é é el falso diciendo: «Non sopo ninguno de los maravedís, salvo yo et tú, é tú los tomaste.» E sobre esto fuéronse para la cibdat, é para el alcáll, é el falso querellóse al alcáll como el torpe le habia tomado los maravedís, é dijo el alcáll: «¿Tú has testigos?» Dijo el torpe: «Sí, que fio por Dios que el árbol me será testigo, é me afirmará en lo que yo digo.» E sobre esto mandó el alcáll que se diesen fiadores, et díjoles: «Venid vos para mí é irémos al árbol que decídes.» E fuése el falso á su padre é fizógelo

saber é contóle toda su hacienda, et dijole: «Yo non dije al alcáll esto que te he contado, salvo por una cosa que pensé; si tú acordares conmigo, habéremos ganado el haber.» Dijo el padre: «¿Qué es?» Dijo el falso: Yo busqué el mas hueco árbol que pude fallar, é quiero que te vayas esta noche allá é que te metas dentro aquel lugar y donde puedas caber, et cuando el alcáll fuere ende, é preguntare quién tomó los maravedís, responde tú dentro que el torpe los tomó.» Dijo el padre: «Fijo, algunas cosas ha que echan al home con su arteria é con su engaño en muy grant peligro é en tribulación, así como acaecio á la garza.» Dijo el fijo, «¿Cómo fué eso?»

De la garza.

Dijo el padre: «Dicen que una garza criaba cerca de una cueva de una culebra, é esta culebra comiale cuantos pollos sacaba, et la garza pagándose mucho de aquella morada, entristecié é ovo muy grant pesar, é entendiégelo un cangrejo é preguntóle que qué había, et ella dijogelo, é dijo el cangrejo: «¿Quieres que te conseje una cosa que te libraré de la culebra?» Dijo ella: «Placerme-hia mucho.» Et fué é mostróle una cueva de un liron, é contóle que tamaña enemistad había entre la culebra é el liron, que si hubiesen ocasion matarianse el uno al otro. «Toma, le dijo, et ayunta muchos peces é ponlos desde la puerta de la cueva de la culebra fasta la cueva del liron; comerlos-ha este, é fallará á la culebra é matarla-ha.» Et ella fizolo así como le aconsejó el cangrejo, et liron siguió el rastro fasta que falló á la culebra é la mató. Et andando así el liron buscando los peces, falló el nido de la garza, é comió á ella é á sus pollos. Et yo non te di este enjemplo, salvo porque sepas que el que non cata la cosa primero que la faz, échalo la suerte por avéntura en lugar donde non puede estorcer.»

Dijo el falso á su padre: «Entendido-he lo que me dijiste, pero non hayas miedo, que mas ligera y mas presta cosa es que tú non cuidas.» Et non quedó de le rogar que lo ficiese fasta que gelo otorgó. Et fuése á meter en el árbol, é otro dia de mañana llegó el alcáll con ellos al árbol, é preguntóle por los maravedís, et respondió el padre del falso, que estaba metido en el árbol, et dijo: «El torpe tomó los maravedís.» E maravillóse de aquello el alcáll é cuantos ende estaban, é anduvo al rededor del árbol,

é non vió cosa en que dudase, é mandó meter y mucha leña é ponerla en derredor del árbol, é le fiizo poner fuego. E quando llegó el fumo al viejo, é le dió la calor, escomenzó de dar muy grandes voces é demandar acorro; et entonces sacáronle de dentro del árbol medio muerto, é el alcall fiizo su pesquisa é sopo toda la verdat, é mandó justiciar al padre é al fijo é tornar los maravedís al torpe; é así el falso perdió todos los maravedís, é su padre fué justiciado por cabsa de la mala cobdicia que ovo é por la falsa artería que fiizo.

Del poema de Alejandro.

(LIBRO DE ALEXANDRE)

ESCRITO POR EL CLÉRIGO JUAN LORENZO SEGURA DE ASTORGA.

Alejandro arenga á sus oficiales antes del asalto de la ciudad de Tyro.—Toma de esta Ciudad.

El rey Alexandre allegó su conçeio:

Dijo: ya uarones caemos en mal trebeio,
Perdemos nuestros dias en un mal castelleio,
Mester es que busquemos otro meior conseio.

Si assy nos estorçieren estos esta uegada,
Quantos esto oyeren non darán por nos nada:
La nuestra buena fama que ya es leuantada
A nada e a uilta será luego tornada.

Mas quiero que fagamos todos un perçimiento:
Vamos pora ella todos de buen taliento,
Fagamos las almenas que cayan al çimiento,
Yo seré el primero, so dezidme que miento.

Démosles todos priessa quisquier por su partida,
De dia, de noche no les demos uagar,
Non dexen por los muertos los biuos de lidiar,
Por cansidat derecha no la auran á dar.

No lo dixo á sordos, fuéronla combater
Por mar é por terreno a muy grant poder:
Porque ueyen los unos caer,
Por esso non dexauan su camino tener.

Todos altos e baxos lidiauan bien aueras,

Ayna sobre ayna ponien las escaleras,
Trayen escabradas muchos las calaueras,
El rey todauia leuaua las primeras.

Que mucho uos digamos todo aquí se ençierra,
El buen muro de Tyro fue ayna en tierra,
Auiene los de fuera ya tomada la sierra,
Yuanlos maestrando rica mente de la era.

Los tesoros de Tyro fueron todos barridos,
Fueron chicos é grandes a espada metidos,
Degollauan las madres, assy fazien los hijos,
Encara los que eran aquel dia naçidos.

Por tal passaron todos e tal muerte prisoron,
Fueras si ennos templos algunos se metioron:
Si ellos malos fueron mala muerte prisoron:
Por fé a mi non pesa, ca bien lo mereçioron.

Desde que fue de los ombres la villa bien hermada
Encendieron las casas, fue ayna quemada:
Tornaron enna çerca, fue toda allanada,
Do antes era villa ya non paresçie nada.

Siempre deben tal çaga auer los traedores,
Non deben escapar por nullos fiadores,
Ca non guardan amigos nin escusan sennores:
Mala fin tomen ellos e sus atenedores.

Assi fue destroyda Tyro la muy preçiada,,
La que ouo Genor a grant mission polada;
Mas al tiempo de Xpto. fue despues restaurada
A las otras çidades fue por cabeça dada.

Del Código de las siete partidas, escrito de órden y bajo la inspeccion del rey D. Al- fonso X el Sábio.

Partida primera.—Ley IV y siguientes.

Ley tanto quiere decir como leyenda en que yace enseña-
miento, é castigo escripto que liga é apremia la vida del home,
que no faga mal, é muestra, é enseña el bien que el home debe
facer, é usar: é otrosí es dicha ley, porque todos los mandamien-

tos della debeñ ser leales, é derechos, é cumplidos segun Dios é segun justicia.

Las virtudes de las leyes son en siete maneras. La primera es creer. La segunda, ordenar las cosas. La tercera, mandar. La cuarta, ayuntar. La quinta, galardonar. Lo sexta, vedar. La setena, escarmentar. Onde conviene, quel que quisiere leer las leyes de este nuestro libro, que pare en ellas bien mientes: é que las escodriñe, de guisa que las entienda: ca si las bien entendiere, fallará todo esto que diximos, é venirle han ende dos provechos. El uno que será mas entendido: et otro que se aprovechará mucho dellas. E segun dixeron los sábios, el que lee las escripturas, é non las entiende, semeja que las desprecia. E otrosí es atal, como el que sueña la cosa, é cuando despierta non la falla en verdad.

Tomadas fueron estas leyes de dos cosas: la una, de las palabras de los Santos, que fablaron espiritualmente lo que conviene á la bondad del home, é salvamiento de su alma. La otra, de los dichos de los Sábios que mostraron las cosas naturalmente: que es para ordenar las fechos del mundo, de como se fagan bien, é con razon. E el ayuntamiento destas dos maneras de leyes han tan gran virtud, que aducen cumplido ayuntamiento al cuerpo, é al alma del home. E por ende el que las bien sabe, é entiende, es home cumplido, conociendo lo que ha menester para pró del alma é del cuerpo.

A la creencia de nuestro Señor Jesu-Christo pertenescen las leyes que fablan de la Fe. Ca estas ayuntan al home con Dios por amor: ca en creyendo bien en él, por derecho conviene que le ame, é que le honre, é que le tema, amándolo por la bondad que en él ha: é otrosí por el bien que nos él face. E hánlo de honrar por la su grand nobleza, é por la su grand virtud. E temerle por su grand poder, é por la su grand justicia, é el que esto ficiere non puede errar que non haya el amor de Dios cumplidamente. E al gobernamiento de las gentes pertenescen las leyes que ayuntan los corazones de los homes por amor: é esto es derecho é razon: ca destas dos sale la justicia cumplida, que face á los homes vivir como á cada uno conviene. E los que así viven, non han porque desarmar, mas que por se querer bien. Por ende las leyes que son derechas, facen ayuntar la voluntad del un home con el otro desta guisa por amistad.

Cumplidas deben ser las leyes, é muy cuidadas é catadas,

de guisa que sean con razon, é sobre cosas que pueden ser segund natura, é las palabras dellas, que sean buenas, é llanas é paladinas, de manera que todo hombre las pueda entender é retener. E otrosi han de ser sin escalima é sin punto: porque no puedan de el derecho sacar razon torticera por su mal entendimiento: queriendo mostrar la mentira, por verdad: ó la verdad por mentira: é que no sean contrarias las unas de las otras.

Fechas deben ser las leyes é cumplidas, segun diximos en la ley ántes desta. Otrosi, debe ser mucho escogido el derecho que en ellas fuere puesto, ántes que sean mostradas á las gentes. E quando de esta guisa fueren fechas, serán sin yerro, é á servicio de Dios é á loor y honra de los Señores que las mandaron facer, é á pro é á bien de los que por ella se ovieren á juzgar. E otrosi, deben guardar, que cuando las ficiere, no haya ruido, ni otra cosa que los estorbe, ó embargue: e que las fagan con consejo de homes sabidores, é entendidos, é leales, é sin codicia. Ca estos á tales sabrán conoscer lo que conviene al derecho é á la justicia, é á pró comunal de todos.

Muy grande es á maravilla el pró que aducen las leyes á los homes: ca ellas muestran á conoscer á Dios: é conociendole, sabrán en que manera lo deben amar é temer. E otrosi, les muestra conoscer sus Señores é sus Mayorales, é en que guisa les deben ser obedientes é leales. Otrosi muestran, como los homes se amen unos á otros, queriendo cada uno su derecho para el otro, guardándose de le non facer, lo que no querria que le ficiesen á él. Ca en guardando bien estas cosas, viven derechamente, é con folgura, é en paz, é aprovéchase cada uno de lo suyo, é á sabor de ello, é enriquescen las gentes, é amuchiguase el pueblo, é acrecientase el Señorío, é refrenase la maldad, é cresce el bien. E por todas estas razones dan carrera al home, porque haya bien en este mundo é en el otro.

Del libro de Apolonio.

(DE AUTOR DESCONOCIDO.)

Luciana, hija del Rey Architrastres ruega á Apolonio de Tiro que toque y cante, y al ver su maestria en la música se enamora de él.

Amigo, dixo ella, si Dios te bendiga
Por amor si la as de la tu dulce amiga,
Que cantes huna laude en rota ho en gigua (1),
Sino as me dicho soberuia é enemiga.

Non quiso Apolonio la duenya contrastar,
Prisó huna viuela é sópola bien temprar,
Dixo que sin corona non sabrie violar,
Non queria maguer pobre su dignidat baxar.

Ouo desta palabra el Rey muy grant sabor
Semeiole que le yua amansando la dolor,
Mandó de sus coronas aduzir la meior,
Diola a Apolonio hun buen violador.

Quando el Rey de Tiro se vyó coronado,
Fue de la tristeza ya quanto amansando,
Fue cobrando el seso de color meiorando
Pero non que houiesse el duelo oluidado.

Alço contra la duenya vn poquiello el çeio,
Fue ella de verguenza prisa hun poquilleio,
Fue trayendo el arco equal é muy pareio,
Abes cabie la duenya de gozo en su pelleio.

Fue leuantando hunos tan dulçes sonos
Doblas é debayladas, temblantes, semitones,
A todos alegraua la boz los corazones;
Fue la duenya toquada de malos aguigones.

Todos por huna boca dizien é afirmauan
Que Apolonio Çeteo meior non violaua.
El cantar de la duenya que mucho alabauan,
Contra el de Apolonio nada non lo preciauan.

(1) La rota y la gigua eran instrumentos de música.

El Rey Architrastes non seria mas pagado
Sy ganasse hun Regno, ho hun rico condado.
Dixo a altas bozes, desde que yo fuy nado
Non vi segunt mio sseso cuerpo tan acabado.

Padre, dixo la duenya al Rey su senyor.
Vos me lo condonastes que yo por vuestro amor
Que pensasse de Apolonio quanto pudiesse meior,
Quiero desto que me digades como auedes sabor.

Fixa; dixo el Rey, ya vos le mandado
Seya vuestro maestro auet-lo atorgado,
Dalde de mi trasoro que tenedes alçado
Quanto sabor ouieredes, que eil seya pagado.

II.

Tarsiana, hija de Apolonio y de Luciana, cogida cautiva por unos piratas la compra un mal hombre que quiere comerciar con su hermosura. Ella le ruega que no la entregue á tal infamia y le propone hacerse juglaresa en cuyo ejercicio obtendrá su dueño mayores ganancias sin infamia para ella. El dueño acepta, y Tarsiana recibe muchos aplausos en las calles de la Ciudad y su dueño pingües ganancias.

Dixo la buena duenya vn sermon tan temprado,
Senyor si lo ouiesse de ti condonado,
Otro mester sabia ques mas sin pecado,
Que es mas ganancioso, e es mas ondrado.

Si tu me lo condonas por la tu cortesia,
Que mela yo estudio en essa maestria,
Quanto tu demandares yo tanto te daria,
Que auries gran ganancia e yo non pecaria.

De qual guisa se quiere que pudiesse seyer,
Que maior ganancia tu pudieses auer,
Por esso me compraste á esso deues fazer,
A tu prouecho fablo deues-melo creyer.

El sermon de la duenya fue tan bien adonado
Que fué el coraçon del garçon amansando
Diole plaço poco ha dia senyalado
Mas que ella catase que hauie demandado.

Luego el otro dia de buena madurguada
Leuantóse la duenya rica-miente adobada,
Prisó huna viola buena é bien temprada,

E sallio al mercado violar por soldada.

Començó hunos viesos é hunos sonos tales,
Que trayen grant dulçor, é eran naturales,
Finchense de omnes apriesa los portales,
Non les cabie en las plaças, subiense á los poyales.

Quando con su viola hono bien solazado,
A sabor de los pueblos houo asaz cantado,
Tornóles á rezar hun romance bien rimado,
De la su razon misma por ho auia pasado.

Fizo bien á los pueblos su razon entender,
Mas valie de çient marquos ese dia el loguer.
Fuesse el traydor pagando del menester,
Ganaua por ello sobeiano grant auer.

Cogieron con la duenya todos muy grant amor;
Todos de su fazienda auian grant sabor,
Demas commo sabian que auia mal senyor
Ayudauan-la todos de voluntad meior.

Del libro de los Castigos y Documentos, atribuido al Rey Don Sancho IV el Bravo.

DEL CAPITULO XXXV.

Que fabla de cómo se non debe home pagar del home lisonjero.

Mio fijo: non te pagues del home lisonjero, ca tales son las palabras del lisonjero como el manjar que de primero parece dulce é despues sale amargo. En decir verdat non hay lisonja ninguna, mas la verdat puede home decir en tal guisa é en tal tiempo é en tal logar que semejará mas lisonja que non verdat. Lisonja quiere decir mentira compuesta, afeitada, e non cae al vasallo estar de balde loando á su señor delante, nin decir bien del ante su rostro, salvo ende en un logar apartado é do él non esté, ca entonces non es lisonja. Si el señor faz un bien muy señalado, derecho es que lo loen en tal, por tal que tome sabor en el bien é lo lleve adelante é haya sabor de tornar á ello; ca loando el bien cresce al home el corazon de lo facer é de ir por ello adelante, é extrañando el mal toman los homes castigos é

pártense de lo facer. E el mal débese extrañar en el dicho é en el fecho, é en el continente que home feciere debe demostrar que le pesa é lo extraña é que lo tiene por muy sin guisa. Mucho vale mas extrañar home la cosa mal fecha é desaguisada de primero por palabra, que haberla despues a extrañar é castigar por fuerte escarmiento. De fecho falso es el vasallo que lisonjea al señor con quien vive á dapno del señor. Falsedat face el vasallo que lisonjee é aplacentea al señor con que vive del mal que el señor face, dando á entender por el mal que es bien, é con tal lisonja como esta confonde al señor. El mal consejero é el mal lisonjero consejarte-han que fagas todas malas costumbres é malos fechos, porque te pierdas con Dios é porque pierdas la tu alma, é porque pierdas el tu cuerpo, é porque pierdas la tu honra, é porque pierdas la tu buena fama. E el que te non fuere lisonjero é te quiere ser leal é verdadero, mas de vegadas te dira pesares á tu pró que non placeres.

Non quieras que el tu privado, cuando te hobiere á aconsejar, dé consejo a tu voluntad é non segund la verdat. Quien te bien hobiere á aconsejar con verdat, la tu pró debe catar; ca non lo semejante placentéandote con la mentira. Tal es el que sigue voluntad de su señor en las cosas desaguisadas en que la non debe seguir, como el que dá fuego á la casa en que está su señor dormiendo é quema a su señor é á si mismo dentro en ella. Non quieras mal en tu corazon nin te despagues del que vieres que te conseja lo mejor é a tu pró; mas págate dél é amuéstral' mas amor por ello, é allégalo á ti e fazle mas de bien por ello. El mal consejero facerte ha perder con Dios, é meterte-ha en carreras porque pierdas la tu alma, é facerte-ha dejar buenas mañas é buenas costumbres, é tomar las malas; é facerte-ha perder sanidat de tu cuerpo en cosas vanas é dañosas para ti; é facerte-ha perder con el señor con quien visquieres é cuyo vasallo eres; facerte-ha perder con el vasallo tuyo; facerte-ha perder con los tus amigos; facerte-ha perder la tu buena fama é que cayas en la mala; facerte-ha perder con la mujer con quien eres casado, é que fagas contra ella cosas con que pese á Dios é á ella; facerte-ha perder con tus fijos; facerte-ha perder con tus parientes; facerte-ha perder con todos aquellos sobre que hayas poder. El buen consejero e leal é verdadero é partido de todo mal é lisonja facerte-ha que por el su consejo bueno que estás bien con Dios, é que hayas gracias é amor del señor cuyo vasallo

eres; facerte-ha que estes bien con el tu vasallo, é que non le pierdas por tu culpa; facerte-ha que estes bien con tus amigos é que los sepas guardar, que los non pierdas, é consejarte-ha que tomes buenas costumbres e las buenas mañas é que dejes las malas; consejarte-ha que mantengas é guardes la tu buena fama, é que non caigas en la mala, é consejarte-ha que te avengas bien con tu mujer é la honres é la ames é la mantengas en buen estado, é te non pierdas con ella haciendo obras de perdicion de tu alma; consejarte-ha que ames los tus fijos de tal amor cual debe haber padre á fijos é a sus herederos; consejarte-ha que fagas bien la tu hacienda, é que la llesves adelante con Dios é con derecho, é consejarte-ha que vivas honradamente; consejarte-ha que ames justicia, é que la fagas, é que la non vendas por dineros.

Del libro de las querellas, del rey Don Alfonso X el Sábío.

A tí, Diego Perez Sarmiento, leal,
Cormano et amigo, et firme vasallo,
Lo que á míos omes de coita les callo
Entiendo decir, plannendo mi mal.
A tí que quitaste la tierra e cabdal,
Por las mí haciendas en Roma é allende,
Mí pendola vuela, escochala dende,
Ca grita doliente con fabla mortal.

Commo yaz solo el rey de Castiella,
Emperador de Alemanna que foé,
Aquel que los reyes besaban el pié,
Et reynas pedian limosna en mançiella!
Aquel que de hueste mantouo en Seuiella
Diez mil de a cauallo et tres dobles peones;
Aquel que acatado en lejanas naciones
Foé por sus Tablas é por su cochiella!

.
Yo salí de la mí tierra para yr á Dios servir,
Et perdí lo que auia desde mayo fasta abril,
Todo el reyno de Castiella fasta allá á Guadalquevir.

Los obispos et perlados cuyde que metien paz

Entre mi et el mio fijo, como en su decreto iaz:
Ellos dexaron aquesto et metieron mal asaz,
Non a escuso, mas a voces, bien commo annafil faz.

Fallecióronme parientes et amigos que yo auia,
Con aueres et con cuerpos, et con su caualleria;
Ayúdeme Jesu-Christo, su madre Sancta Maria:
Que yo a ellos me acomiendo de noche et tambien de dia.

Non hé mas a quien lo diga nin a quien me querellar,
Pues los amigos que auie non me ossan ayudar:
Que por miedo de don Sancho desamparado me han;
Pues Dios non me desampare, quando por mi a imbiar.

Ya yo oy otras veçes de otro rey assi contar,
Que con desamparo que ouo se metió en alta mar
A se morir en las ondas ó las venturas buscar:
Apollonio fué aqueste rey, é yo faré otro que tal.

SIGLO XIV.

Del Libro de Patronio ó el Conde Lucanor,

ESCRITO POR EL INFANTE DON JUAN MANUEL.

ENXEMPLO IV.

De lo que dijo un genovés á su alma quando se queria morir.

Un dia fablaba el conde Lucanor con Patronio, su consejero, et contábale su hacienda en esta manera: «Patronio, yo tengo, loado sea Dios, mi hacienda asaz en buen estado et en paz, et todo lo que me cumple segun mis vecinos, et mis iguales, et por ventura mas. Et algunos conséjanme que comience un fecho de muy grand aventura et muy peligroso, et yo he muy grand voluntad de facer aquello que me consejan; pero por la fianza que en vos he non lo quis comenzar fasta que fablase convusco et vos rogase que me consejásedes lo que en ello ficiese.»

«Señor conde Lucanor, dijo Patronio, para que vos fagades en este fecho lo que vos mas cumple, placermehia que supiédeses lo que contesció á un genovés.» Et el conde le rogó quel' dijiese cómo fuera aquello, et Patronio le dijo: «Señor conde Lucanor, un genovés era muy rico et muy bien andante, segun sus vecinos, et aquel genovés adolesció muy mal, et de que entendió que non podia escapar de la muerté, fizo llamar á sus parientes et á sus amigos, et de que todos fueron con él, envió por sus mujer et por sus fijos, et asentóse en un palacio muy bueno donde parecia la mar et la tierra, et fizo traer ante sí todo su tesoro et todas sus joyas: et desque todo lo tuvo ante sí, comenzó en manera de trebejo á fablar con su alma en esta guisa: «Alma, yo veo que tú te quieres partir de mi, et non sé por qué lo faces; ca si tú quisieres mujer et fijos, bien los vees aqui delante, tales de que te debes tener por pagada; et si quieres parientes et amigos, vees aqui muchos et muy buenos et muy honrados; et si quieres muy grand tesoro de oro, et de plata, et de piedras preciosas, et de joyas, et de paños, et de mercaderias, tu tienes aqui tanto dello que te non face mengua mas; si tu quieres naves et galeras que te ganen et te traigan grand haber et muy gran honra, veslas aqui donde están en la mar, que parescen desde mi palacio; et si quieres muchas heredades et huertas muy fermosas et muy deleitosas, veslas do parescen destas finiestras; et si quies caballos, et mulas, et canes para cazar et tomar placer, et joglares para te facer alegria et solaz, et muy buena posada, mucho apostada de camas et de estrados et de todas las otras cosas que son y mester, de todas estas cosas á ti non mengua nada; et pues tú has tanto bien et non te tienes por pagada nin puedes sufrir el bien que tienes, et con todo esto non quieres así fincar, et quieres buscar la que non conoces, de aqui adelante ve con la ira de Dios, et será muy necio qui de tí se doliere por mal que te venga.»

«Et vos, señor conde Lucanor, pues, loado á Dios estades en paz et con bien et con honra, tengo que non faredes buen recabdo en aventurar esto, et comenzar lo que decides que vos consejan; ca por ventura estos vuestros consejeros vos lo dicen porque saben que desque en el fecho vos vieron metido, que por fuerza habredes á facer lo que ellos quisieren, et que habredes a seguir su voluntad desque fuéredes en grand mester, asi como siguen ellos la vuestra agora que estades en paz; et por ventura

cuidan que por el vuestro pleito enderezaran ellos sus haciendas, lo que se les non guisa en quanto vos vivierdes en asusiego, et contescervos-hia lo que decia el genovés á su alma: mas por el mi consejo, en quanto pudieredes haber paz et sosiego á vuestra honra sin vuestra mengua, non vos metades en cosa que lo hayades todo á aventurar; ca la guerra et el pleito, dijo el sabidor, comienzan en punta de aguja et acaban en quintal de fierro »

Al conde plogo mucho de este consejo que Patronio le dió, et fizolo asi, et fallóse ende muy bien. Et quando don Johan falló este enxemplo, tóvolo ende por bueno, et non quiso facer vicios de nuevo, sinon que puso y una palabra que dicen las viejas en Castiella. Et la palabra dice asi:

Quien bien se siede, non se lieve.

Del Libro de los Cantares,

O DEL ARCIPRESTE DE HITA, DON JUAN RUIZ.

De como clérigos é legos, é flayres ó moujas, é duennas é ioglares salieron á recibir a don Amor.

Dia era muy santo de la Pascua mayor,
El sol era salido muy claro é de noble color,
Los omes é las aves et toda noble flor
Todos van rescebir cantando al Amor.

Rescibenlo las aves, gayos et ruysennores,
Calandrias, papagayos mayores é menores,
Dan cantos plasenteros é de dulçes sabores,
Mas alegria fassen los que son mas mejores.

Rescibenlos los arbores con ramos et con flores
De diversas maneras, de diversos colores,
Reçibenlo los omes, et duennas con amores,
Con muchos instrumentos salen los atambores.

Alli sale gritando la guitarra morisca
De las voses aguda é de los puntos arisca,
El corpudo laud que tiene punto á la trisca,
La guitarra latina con esos se aprisca.

.

Trompas é annafiles salen con atambales,
Non fueron tiempo ha plaserterias tales
Tan grandes alegrías, nin atan comunales,
De juglares van llenas cuestas é eriales.

Las carreras van llenas de grandes procesiones
Muchos omes ordenados, que otorgan perdones,
Los legos segrales con muchos clerisones,
En la procesion iba el abad de Bordonos

Ordenes de Cister con las de Sant Benito,
La orden de Crus niego con su abad bendito,
Quantas ordenes son non las puse en escrito.
Venite exultemus cantan en alto grito.

.
Muchas compannas vienen con el grand emperante,
Arçiprestes et duennas, estos vienen delante,
Luego el mundo todo, et quanto vos dixite ante,
De los grandes roídos es todo el val sonante.

Desde que fué y llegado don Amor el lozano,
Todos finojos fincados besáronle la mano,
Al que gela non besa teníanlo por villano;
Acaesció grand contienda luego en ese llano.

Con quales posarje hobieron grand porfia
Querria levar tal huesped luego la clerisia,
Fuéronle muy contrarios quantos tienen fleylia,
Tambien ellas como ellos querrian la mejoría.

Dixieron alli luego todos los religiosos é ordenados:
Sennor, nos te daremos monesterios honrados,
Refitorios muy grandes, é manteles parados,
Los grandes dormitorios de lechos bien poblados.

Cántica de Serrana.

Cerca de Tablada
La sierra pasada
Falleme con Aldara
A la madrugada.

Encima del puerto
Coydé ser muerto
De nieve é de frio
E dese rosío
E de grand elada.

A la deçida
Di una corrida
Falle una serrana
Fermosa, lozana,
E bien colorada.

Dixe yo á ella:
Homillome, bella:
Dis: tu que bien corres,
Aquí non te engorres,
Anda tu jornada.

Yol dixé: frio tengo
E por eso vengo
A vos, fermosura,
Quered por mesura
Hoy darne posada.

Dixome la moza:
Pariante, mi choza
El que en ella posa,
Connigo desposa
E dam grand soldada.

Yol dixé: de grado,
Mas soy casado
Aquí en Ferreros;
Mas de mis dineros
Darvos he, amada.

Dis: trotá connigo;
Levome consigo,
E diom buena lumbre
Como es de costumbre
De sierra nevada.

Del libro de los Gatos.

(DE AUTOR DESCONOCIDO.)

Enxemplo del gato con el mur.

En un monesterio habia un gato que habia muerto todos los mures del monesterio, salvo uno que era muy grand, el cual non podia tomar, Pensó el gato en su corazon en qué manera lo podria engañar que lo pudiese matar; é tanto pensó en ello que acordó entre si que se ficiese facer la coroua, é que se vistiese hábito de monje, é que se asentase con los monjes á la mesa, é estonce que habria derecho del mur; é fizolo ansi commo lo habia pensado. El mur, desdeque vió el gato comer con los monjes, hobo muy grand placer, é cuidó, pues el gato era entrado en religion, que dende adelante que le non faria enojo ninguno, en tal manera que se vino don mur á do los monjes estaban co-

miendo, é comenzó á saltar acá é allá. Estonce el gato volvió los ojos commo aquel que non tenia ya ojo á vanidad nin locura ninguna; é paró el rostro muy acorde é muy homildoso; et el mur desde que vió aquello fuése llegando poco á poco, et el gato desde que lo vió cabe si, echó las uñas en él muy fuertemente, é comenzóle á apretar muy fuertemente la garganta. E dijo el mur: «¿Porqué me faces tan grand crueldad que me quieres matar, siendo monje?» Estonce dijo el gato: «Non prediques agora tanto, porque yo te deje; ca, hermano, sepas que cuando me pago so monje, é cuando me pago calonje, é por esto fago ansi» Ansi es de muchos clérigos é de muchos ordenados en este mundo, que non pueden haber riquezas nin dignidades nin aquello que cobdician haber; estonce facen una herejia, ca finjense de buenos é de santos, é en sus corazones son muy falsos, é muy cobdiciosos, é muy amigos del diablo, é facéense parescer al mundo tales como ángeles; et otros ha y que se meten á ser monjes por tal que les fagan priores é obispos, et por esto fácense corona, é vistense hábitos, porque puedan tomar alguna dignidad, asi commo tomó el gato al mur; et maguera entiendan despues que lo han habido falsamente, por mucho que los otros prediquen que lo dejen no lo quieren dejar. En esta manera el araña fila sus telas, é ordida su trama consúmese toda por tomar una mosca, et despues que la ha tomado; viene un viento é lleva la tela é la araña é la mosca. Ansi es de muchos clérigos escolares que van á la corte á veces desnudos, é con grandes calenturas, é frios é nieves, por muchos montes, por valles, é trabajando mucho, quebrantando sus carnes, é sus cuerpos por cobrar algun beneficio, et despues viené la muerte é llévalo todo.

Del Rimado de Palacio.

(DEL CANCELLER PERO LOPEZ DE AYALA)

Hablando del *Gouernamiento de la República* expone el poeta los abusos de los privados y ministros del rey, y su connivencia con los recaudadores de las contribuciones, para aumentarlas, con lo cual se hace intolerable la situación del pueblo, abrumado de tantas cargas, que sirven principalmente para enriquecer á los oficiales de la Côte.

Este nombre de rey de buen regir desçiende,
Quien ha buena ventura, bien así lo entiende
El que bién a su pueblo gouierna é defiende,
Este es rey verdadero, tirese el otro dende.

De un padre de vna madre con ellos descendemos,
Vna naturaleza ellos é nos auemos,
De vivir é morir vna ley tenemos
Saluo obediencia que les leal devomos.

.
Los huérfanos é viudas que Dios quiso guardar,
En su grant encomienda véoles voses dar:
Acórrenos, Sennor, non podemos durar
Los pechos é tributos que nos fassen pagar.

De cada dia veo asacar nuevos pechos
Que demandan sennores demas de sos derechos,
E a tal estado son llegados ya los fechos
Que quien tenia trigo, non le fallan afrechos.

Ayúntanse priuados con los procuradores
De çibdades é villas, é fassen repartidores:
Sobre los ynocentes cuytados pecadores:
Luego que han acordado llaman arrendadores.

Allí vienen judios, que están aparejados
Para verer la sangre de los pobres cuytados:
Presentan sus escriptos que tienen concertados,
E prometen sus joyas é dones apriuados.

Perlados que sus eglesias deúan gouernar,
Por cobdiçia del mundo allí quieren morar,
E ayudan reuoluer el regno á mas andar,
Como rebueluen tordos vn pobre palomar.

Allí fassen judios el su repartimiento

Sobre el pueblo que muere por mal defendimiento,
E ellos entre sy apartan luego medio cuento
Que han de auer privados, qual ochenta, qual çiento.

Disen los priuados, seruimos de cada dia,
Al rey, quando yantamos es mas de medio dia,
E velamos la noche, que es luenga é fría,
Por conçertar sus cuentas é la su atasmia.

E así sin conçiencia é sin ningunt otro mal,
Podemos nos sacar de aquí algunt cabdál:
Ca dise el Euangelio é nuestro decretal,
Que digno es el obrero de leuar su jornal.

De la Crónica del rey D. Pedro.

DEL MISMO LOPEZ DE AYALA.

carta que suponen escrita por un moro de Granada en contestación á otra del rey en que este le pedia explicación de una profecía que el rey deseaba ver interpretada.

«Quando el Rey D. Alfonso tu padre era vivo, é aun despues de su finamiento, é despues acá que tú regnaste algunt tiempo, todos los del tú seniorio vivian á grant plaçer de la vida por las muchas buenas costumbres de que usaba tu padre: é este plaçer les fincó así pendiente despues del su finamiento en tiempo del tu señorío, el qual plaçer avian por tan deleytoso, que bien podian decir que dulzor de panares de miel nin de otro sabor alguno non podia ser á ello comparado. De los quales placeres son tirados tiempo há todos los tus subditos, é tu eres el accidente dello por muchas amarguras é quebrantamientos é desafueros en que los has puesto é pones de cada dia, haciendo en ellos muchas cruexas de sangres é muertes, é otros muchos agravios, los quales lengua non podria pronunciar. . . .

Rey, sabe: que tan manifesta es la tu cobdicia desordenada de que usas, que todos los que han el tu conocimiento por uso, é por vistas, é aún eso mismo por oídas ó por otra cualquier conversacion, tienen que eres el mas señalado Rey, cobdicioso é desordenado que en los tiempos pasados ovo en Castilla nin en otros regnos-é tierras é señoríos. Porque tan descubierta é tan manifesta é tan grande es la tu cobdicia que muestras en

acrescentar tesoros desordenados; que non tan solamente non te abasta lo ordenado, mas aún, siguiendo mal á mal, tomas é robas los algos é bienes de las iglesias é casas de oracion. E así acrescientas estos tesoros que non te vence consciencia nin vergüenza: é que tan grande es el acúcia que en la cobdicia pones, que faces nuevas obras é fuertes, así de castillos como de fortalezas é labores, dó puedas asegurar estos tales tesoros; porque non puedes caber con ellos en todo el mundo, andando fuyendo de un logar en otro todavía con ellos, porque el partir de ellos te es grave de lo provar.

Las peñolas con que los Reyes ennoblescén á si mesmos, e amparan e defienden sus tierras e estados, son los omes grandes en linages e en sangre, que son sus naturales: porque estos son comparados e llamados alas con que los reyes vuelven de unas tierras á otra con quien facen sus consejos: e con las peñolas que estas tales alas se crián en los cuerpos de los reyes ennoblecen mucho sus personas e sus figuras, e se facen mucho apuestos por ello, e cresçen en su orgullo, e apremian con ello mucho á sus contrarios, e con estas alas pueden facer muy ligeros vuelos los Reyes quando los sus naturales son pagados dellos..... Lo manifesto de tí es que las plumas enteras e los cuchillos que solias aver en tus alas con que volar solias, te son caidas, pues todos los tus naturales mas nobles a mas poderosos, que á esto eran comparados, e fasta aquí tenias por peñolas de tu vuelo, han puesto en olvido el amorio que solian aver; e el señorío tuyo que fasta aquí obedesçian, trocáronle con el tu contrario..... Tengo que los del tu señorío non quieren acogerte irado nin pagado en quanto ellos pudiesen; porque siempre quesiste ser de los tuyos mas temido que loado e amado.

SIGLO XV.



DEL LABERINTO DE JUAN DE MENA.

COPLA I.

Al muy prepotente don Juan el Segundo,
Aquel con quien Júpiter tuuo tal zelo,

Que tanta de parte le hace del mundo
Quanta assí mismo se hace en el cielo:
Al gran rey de España, al Cesar nouelo,
Al que es con fortuna bien afortunado,
Aquél en quien cabe virtud y reynado,
A él las rodillas hincadas por suelo.

II.

Tus casos fallaces, fortuna, cantamos,
Estados de gentes que giras, é trocas
Tus muchas mudanças, tus firmezas pocas;
Y los que en tu rueda quexosos fallamos,
Hasta que al tiempo de agora vengamos,
Y hechos passados cobdicia mi pluma;
Y de los presentes hazer breue suma
Dé fin Apolo, pues nos començamos.

III

Tu, Galiope, me sey faorable
Dandome alas de dón virtuoso,
Porque discurra por donde no oso;
Combida mi lengua con algo que hable;
Leuante la fama su voz inestable,
Porque los hechos que son al presente
Vayan de gentes sabidos en gente,
Oluido no priue lo que es memorable.

IV.

Como que creo que fuesen menores
Que los africanos los hechos del Cid,
Ni que feroces menos en la lid
Entrassen los nuestros que los agenores.
Las mas hazañas de nuestros mayores,
La mucha constancia de quien los mas ama
Yaze en tinieblas dormida su fama,
Dañada de oluido por falta de auctores.

V.

La gran Babilonia que ouo cercado
La madre de Nino de tierra cozida,
Si ya por el suelo nos es destruyda
Quanto mas presto lo mal fabricado?
E si los muros que Phebo ha trauado
Argolica fuérza pudo subuerter;
Que fábrica pueden mis manos hazer
Que no haga curso segun lo pasado?

VI.

Ya pues derrama de tus nuevas fuentes
Pierio subsidio, inmortal Apollo,
Aspira en mi boca por do pueda solo
Virtudes é vicios narrar de potentes:
A ellos mis versos mostrad vos presentes,
Hijas de Thespis, con vuestro thesoro,
Con armonía de aquel dulce choro,
Suplid cobijando mis inconvenientes.

De la Visión Delectable.

(DEL BACHILLER ALFONSO DE PALENCIA.)

Avisos y consejos que da la Templanza sobre la intemperancia y apetitos de los hombres.

No trabaxes como allegues riquezas supérfluas, que son causa de tristezas é trabaxos; mas trabaxa como no seas mendigo ni puesto en necesidad grande: que la pobreza extrema aborrecida es de la condicion humana. E ansi, seyendo contento de lo tuyo, no avrás invidia ni procurarás lo ageno. No fuyas todas las delectaciones como insensibíe é rústico, ni las persigas como intemperado. De las palabras torpes abstenerite has, cá el su uso intemperancia engendra. Ama las palabras honestas é verdaderas mas que apartadas é afeytadas: mira lo que dices é la manera del decir. Lo que sabes enséñalo sin jactancia; é lo que no sabes, confiésalo sin verguenza. Guárdate de lisongeros, ni

quieras por lisonjas merecer la amistad de ninguno: guárdate de la compañía de los viles: alégrate quando desplaces á los malos; y piensa que es tan malo alabarte los torpes como si te alabasen de torpeza. Amostrará de grado: reprenderás con paciencia. Non seas audaz nin presuntuoso Si alguno te reprende debidamente, piensa que aprovechó, si indebidamente, sabe que pensó aprovechar. Fuye de tus vicios, é non seas curioso inquiridor de los agenos, ni aspero reprehendedor. Al que yerra perdona de grado. No ensalces sobre mesura á ninguno, ni lo abaxes..., Al que te llama, óyele, é respóndele de grado: al que entiende déxalo luego. No seas modesto en las plazas, é intemperado en tu casa. Sey movable é non ligero: sey constante, é no pertinaz ó porfióso. A todo hombre serás igual, No menospreciarás á los menores con sobervia, ni temerás á los mayores con la rectitud de la vida..... A todos sey benigno; á pocos familiar, no á ninguno doblado. Sey mas profundo en el juicio que aparente en la palabra; y mejor en la vida que en la cara. Sey amador de la clemencia é perseguidor de la crueldad. No seas sembrador de tu fama, ni detrahedor de la agena: no creas las suspiciones ni los crímenes, ni las nuevas vanas.

Coplas de Jorge Manrique

Á LA MUERTE DE SU PADRE.

Recuerde el alma dormida,
Avive el seso y despierte,
Contemplando
Cómo se passa la vida,
Cómo se viene la muerte
Tan callando.
Quán pronto se va el placer,
Cómo despues de acordado
Da dolor:
Cómo, á nuestro parecer
Cualquiera tiempo pasado
Fué mejor.
Pues que vemos lo presente

Cuán en un punto]ses ido
Y acabado,
Si juzgamos sábiamente,
Daremos lo no venido
Por pasado.
No se engañe nadie, no,
Pensando que ha de durar
Lo que espera.
Mas que duró lo que vió,
Pues que todo ha de pasar
Por tal manera.

Nuestras vidas son los rios
Que van á dar en la mar,
Que es el morir,
Alli van los señorios
Derechos á se acabar
Y consumir.
Alli los rios caudales,
Alli los otros medianos
Y mas chicos.
Allegados son iguales
Los que viven por sus manos
Y los ricos.

Dexo las invocaciones
De los famosos poetas
Y oradores;
No curo de sus ficciones,
Que traen yerbas secretas
Sus sabores.
A aquel solo me encomiendo,
A aquel solo invoco yo
De verdad,
Que en este mundo viviendo,
El mundo no conoció
Su deidad.

Este mundo es el camino
Para el otro, que es morada
Sin pesar;
Mas cumple tener buen tino
Para andar esta jornada

Sin errar.
Partimos cuando nacemos,
Andamos cuando vivimos,
Y allegamos
Al tiempo que fenecemos:
Asi que cuando morimos
Descansamos.

.
Decidme: la hermosura,
La gentil frescura y tez
De la cara;
La color y la blancura
Quando viene la vejez
¿Qual se para?
Las mañas y ligereza
Y la fuerza corporal
De juventud,
Todo se torna graveza
Quando llega al arrabal
De senectud.

Pues la sangre de los godos,
Y el linaje y la nobleza
Tan crecida,
¡Por cuantas vias y modos.
Se sume su gran alteza
En esta vida!
Unos por poco valer,
Por quan baxos y abatidos
Que los tienen;
Otros que, por no tener
En officios no debidos
Se mantienen.

.
Los placeres y dulzores
Desta vida trabajada
Que tenemos.
¿Que son sino corredores
Y la muerte la celada
En que caemos?
No mirando á nuestro daño,

Corremos á rienda suelta
Sin parar.
Desde vemos el engaño
Y queremos dar la vuelta
No hay lugar.

Estos reyes poderosos
Que vemos por escrituras
Ya pasadas,
Por casos tristes liorosos
Fueron sus buenas venturas
Trastornadas.
Asi que no hay cosa fuerte
A papas ni emperadores,
Ni perlados.
Que asi los trata la muerte
Como á los pobres pastores
De ganados.

Dexemos á los Troyanos
Que sus males no les vimos,
Ni sus glorias;
Dexemos á los Romanos
Aunque oimos y leimos
Sus historias.
No curemos de saber
Lo de aquel siglo pasado
Que fué dello;
Vengamós á lo de ayer
Que tambien es olvidado
Como aquello.

¿Que se hizo el rey don Juan?
Los infantes de Aragon,
Que se hicieron?
¿Que fué de tanto galan?
¿Que fué tanta invencion
Cómo traxeron?
Las justas y los torneos,
Paramentos, bordaduras
Y cimeras,
¿Fueron sino devaneos?
¿Que fueron sino verduras?

De las eras?

¿Que se hicieron las damas
Sus tocados y vestidos,
Sus olores?

¿Que se hicieron las llamas
De los fuegos encendidos
De amadores?

¿Que se hizo aquel trovar
Las músicas acordadas
Que tañian?

¿Que se hizo aquel danzar?
Aquellas ropas chapadas
Que traian?

Pues el otro su heredero,
Don Enrique, que poderes
Alcanzaba,
¡Quán blando y quán halaguero
El mundo con sus placeres
Se le daba!
Mas verás quán enemigo,
Quán contrario, quán cruel
Se le mostró,
Habiéndole sido amigo;
Quán poco duró con él
Lo que le dió.

.....
Pues aquel gran Condestable
Maestre que conocimos
Tan privado,
No cumple que del se hable
Sino solo que lo vimos
Degollado.
Sus infinitos thesoros,
Sus villas y sus lugares,
Y mandar,
¿Que le fueron sino lloros,
Fueronle sinó pesares
Al dexar?

.....
Tantos duques excelentes,

Tantos marqueses y condes
Y varones
Como vimos tan potentes,
Di, muerte, ¿do los abscondes
Y traspones?
Y sus muy claras hazañas
Que hizieron en las guerras
Y en las pazes,
Quando tu, cruel te ensañas
Con tu fuerza, las atieras
Y deshazes.

Las huestes innumerables,
Los pendones y estandartes
Y banderas;
Los castillos impugnables;
Los muros y baluartes
Y barreras;
La cava honda chapada
Y cualquier otro reparo
Que aprovecha,
Que si tu vienes airada,
Todo lo pasas de claro
Con tu flecha?

.
Aquél de buenos abrigo,
Amado por virtuoso
De la gente
El maestro don Rodrigo
Manrique, tan famoso
Y tan valiente,
Sus grandes hechos y claros
No cumple que los alabe,
Pues los vieron,
Ni los quiero hazer caros,
Pues el mundo todo sabe
Quales fueron.

Amigo de sus amigos,
¡Que señor para criados
Y parientes;
Qué enemigo de enemigos,

Qué maestro de esforzados
Y valientes!
¡Qué seso para discretos,
Qué gracia para donosos,
Qué razon,
Qué benigno á los subjectos
Y á los brávos y dañosos
Un leon!

En ventura Octaviano
Julio César en vencer
Y batallar;
En la virtud, Aphricano;
Anibal en el saber
Y trabajar,
En la bondad un Trajano;
Tito en liberalidad
Con alegría;
En sus brazos un Troyano,
Marco Atilio en la verdad
Que prometia.

.
No dexó grandes thesoros
Ni alcanzó grandes riquezas
Ni vaxillas,
Mas hizo guerra á los moros
Y sus villas.
En las lides que venció,
Muchos moros y caballos
Se perdieron,
Y en este officio ganó
Las rentas y los vasallos
Que le dieron.

.
Aquestas viejas historias
Que con sus manos pintó
En la juventud,
Con otras nuevas victorias
Agora las renovó
En su senectud.
Por su gran habilidad,

Por méritos y anciania
Bien gastada,
Alcanzó la dignidad.
Por su grande valentia
Del espada.

Y sus villas y sus tierras
Ocupadas de tiranos
Las halló;
Mas por cercos y por guerras
Y por obras de sus manos
Las cobró.
Pues nuestro rey natural,
Si de las obras que obró
Fué servido,
Dígalo el de Portugal,
Y en Castilla quien siguió
Su partido.

Despues que puso la vida
Tantas veces por su ley
Al tablero;
Despues que tan bien servida
La corona de su rey
Verdadero;
Despues de tanta hazaña
En que no puede bastar
Cuenta cierta,
En la su villa de Ocaña
Vino la muerte á llamar
A su puerta.

Diciendo: «buen cavallero,
Dexad al mundo engañoso
Con halago,
Vuestro corazón de acero
Muestre su esfuerzo famoso
En este trago.
Pues que de vida y salud
Tan poca cuenta hicistes
Por la fama,
Esfuerceos la virtud
Para sufrir esta afrenta

Que vos llama.

No se os haga tan amarga
La batalla temerosa
Que esperais,
Pues otra vida mas larga
De fama tan gloriosa
Acá dexais.
Aunque esta vida de honor
Tampoco no es eternal
Verdadera,
Mas, con todo, es muy mejor
Que la otra corporal
Perecedera.

.

Pues que vos, claro varon,
Tanta sangre derramastes
De paganos
Esperad el galardon
Que en este mundo ganastes
Por las manos.
Y con esta confianza
Y con la fé tan entera
Que teneis,
Partid con esta esperanza,
Que la vida venidera
Ganareis.»

No gastemos tiempo ya
En esta vida mezquina
Por tal modo,
Que mi voluntad está
Conforme con la divina
Para todo.
Que consiento en mi morir
Con voluntad plasertera
Clara y pura,
Que querer hombre vivir
Cuando Dios quiere que muera
Es locura.

Tú, que por nuestra maldad
Tomaste forma civil

Y baxo nombre;
Tú, que á tu divinidad
Juntaste cosa tan vil
Como el hombre;
Tú, que tan grandes tormentos
Sufristes sin resistencia
En tu persona,
No por mis merecimientos,
Mas por tu sancta clemencia
Me perdona.

Asi, con tal entender,
Todos sentidos humanos
Conservados;
Cercado de su mujer,
De sus hijos y hermanos
Y criados,
Dió la alma á quien se la dió,
El qual la ponga en el cielo
Y en su gloria;
Aunque la vida murió.
Nos dexó harto consuelo
Su memoria.

De «La Celestina»

tragi-comedia de Calisto y Melibea,

POR RODRIGO DE COTA Y FRANCISCO DE ROJAS.

CELESTINA. Pasos oigo; acá descienden. Haz, Sempronio, que no los oyes; escucha, y déjame hablar lo que á ti y á mi conviene.

SEMPRONIO. Habla.

CELESTINA. No me congojes, ni me importunes, que sobrecargar el cuidado es aguijar al animal congojoso. Asi sientes la pena de tu amo Calisto, que parece que tú eres él y él tú, y que los tormentos son en un mismo sujeto. Pues cree que yo no vine acá por dejar este pleito indeciso; porque él alcanzará su intento, ó moriré en la demanda.

CALISTO. Parmeno, detente, ce, escucha que hablan esto: veamos en qué ley vivimos. ¡Oh notable mujer, oh bienes mundanos, indignos de ser poseidos de tan alto corazón! ¡Oh fiel y verdadero Sempronio! ¿Has visto, mi Parmeno? ¿Oíste? ¿Tengo razón? ¿Que me dices, rincón de mi secreto, y consejo y alma mía?

PARMENO Protestando mi inocencia en la primera sospecha, y cumpliendo con la fidelidad, porque me concediste, hablaré. Óyeme, y el afecto no te ensorde, ni la esperanza del delito te ciegue. Téplate, y no te apresures; que muchos con codicia de dar en el fiel, yerran el blanco. Aunque soy mozo, cosas he visto asaz, y el seso y la vista de muchas cosas demuestran la experiencia. De verte ó de oírte descender por la escalera, parlan estos, lo que fingidamente han dicho, en cuyas falsas palabras pones el fin de tu deseo.

SEMPRONIO. Celestina, ruinmente suena lo que Parmeno dice.

CELESTINA. Calla, que para mi santiguada, *do vino el asno verná la albarda*. Déjame tú á Parmeno, que yo te lo daré uno de nos; y de lo que hubiéremos, démosle parte; que los bienes, si no son comunicados, no son bienes. Ganemos todos, partamos todos, holguemos todos: yo te lo traeré manso y benigno á picar el pan en el puño y seremos *dos á dos*; y (como dicen) *tres al mohino*.

CALISTO. Sempronio.

SEMPRONIO. Señor.

CALISTO. ¿Que haces, llave de mi vida? Abre. O Parmeno, ya la veo, sano soy, vivo soy. Mira ¡que reverenda persona, que acatamiento! Por la mayor parte por la fisonomía es conocida la virtud interior. ¡Oh vejez virtuosa! ¡Oh virtud envejecida! ¡Oh fin de mi deleitosa esperanza! ¡Oh salud de mi pasión, reparo de mi tormento, regeneración mía, vivificación de mi vida, resurrección de mi muerte! Deseo llegar á ti codicioso de besar esas manos llenas de remedio. La indignidad de mi persona lo embarga. Desde aquí adoro la tierra que huellas y en tu reverencia la beso.

CELESTINA. Sempronio, de aquellas vivo yo. Los huesos que yo

roi piensa este necio de tu amo de darme á comer; pues á l le sueño, *al fréir lo verá*. Dile que cierre la boca y comience á abrir la bolsa, que de las obras dudo cuanto mas de las palabras. *Xô, que te estriego, asna coja*; mas habia de madrugar.

PARMENO. ¡Guay de orejas que tal oyen! ¡Perdido es quien tras perdido anda! ¡Oh Calisto desventurado, abatido, ciego!.... Desecho es, vencido es, caido es, no es capaz de ninguna redencion, consejo ni esfuerzo.

CALISTO. ¿Que decia la madre? Paresceme que pensaba que le ofrecia palabras por escusar galardón.

SEMPRONIO. Asi lo sentí.

CALISTO. Pues ven conmigo, trae las llaves que yo sanaré su duda.

SEMPRONIO. Bien harias, y luego vamos; que non se debe dejar crescer la hierba entre los panes, ni la sospecha en los corazones de los amigos, sino alimpiar luego con el escardillo de las buenas obras.

CALISTO. Astuto hablas, vamos y no tardemos.

CELESTINA. Pláceme, Parmeno, que habemos habido oportunidad para que conozcas el amor mio para contigo, y la parte que en mi inmérito tienes. Y digo *inmérito* por lo que te oí decir, de que no hago caso. Porque virtud nos amonesta á sufrir las tentaciones, y no dar mal por mal; y en especial cuando somos tentados por mozos, y no bien astutos en lo mundano, en que con nescia lealtad pierden á si y á sus amos, como agora tu á Calisto. Bien te ví; y no pienses que el oír con los otros exteriores sentidos mi vejez haya perdido; que no solo lo que veo, oyo y conozco, mas aun lo intrínseco con los intelectuales ojos penetro. Has de saber, Parmeno, que Calisto anda de amor quejoso, y no lo juzgues por eso flaco; que el amor improbo todas las cosas vence. Y sabe, si no lo sabes, que dos conclusiones son verdaderas: la primera, que es forzoso al hombre amar á la mujer, y la mujer al hombre; la segunda que el que verdaderamente ama es necesario que se turbe con la dulzura del soberano deleite que por el Hacedor de las cosas fue puesto porque el linaje de los hombres se per-

petuase, sin lo cual peresceria Y no solo en la humana especie, mas en los peces, en las bestias, en las aves, en las reptilias, y en lo vejetativo algunas plantas han este respecto, si sin interposicion de otra cosa en poca distancia de tierra están puestas; en que hay determinacion de herbolarios y agricultores ser machos y hembras. ¿Que diras á esto, Parmeno? ¿Nezuelo, loquito, angelico, perlica, simplecito, lobito en tal gusto?... Mas rabia mala me mate, si te llego á mi, aunque vieja; la voz tienes ronca, las barbas te apuntan

PARMENO. Hi, hi, hi.

CELESTINA. ¿Rieste, landrecilla mala?

PARMENO. Calla, madre, no me culpes, ni me tengas, aunque mozo, por insipiente. Amo á Calisto, porque le debo fidelidad, por crianza, por beneficios, por ser del bien honrado y bien tratado, que es la mayor cadena que el amor del servidor al servicio del señor prende, cuanto lo contrario aparta. Véole perdido; y no hay cosa peor que ir tras el deseo sin esperanza de buen fin; y especial pensando remediar su hecho tan árduo y difícil con vanos consejos y nescias razones de aquel bruto de Sempronio, que es pensar *sacar aradores á pala y azadon*. No lo puedo sufrir; dígolo y lloro.

CELESTINA. Parmeno, ¿tú no ves que es simpleza ó nescedad llorar por lo que con llorar no se puede remediar?

PARMENO. Por eso lloro, que si con llorar fuese posible traer á mi amo el remedio, tan grande seria el placer de la tal esperanza, que de gozo no podria llorar; pero asi perdida ya toda esperanza, pierdo la alegria, y lloro.

CELESTINA. Lloras sin provecho por lo que llorando estorbar no podrás, ni sanarlo presumas. A otros ¿no ha acontecido esto, Parmeno?

PARMENO. Si; pero á mi amo no le querria doliente.

CELESTINA. No lo es; mas aun cuando fuese doliente, podria sanar.

PARMENO. No curo de lo que dices, porque en los bienes, mejor es el acto que la potencia; y en los males mejor es la potencia que el acto. Asi que mejor es ser sano,

que poderlo ser; y mejor es poder ser doliente, que ser enfermo por acto. Y por tanto es mejor tener la potencia en el mal que el acto.

CELESTINA. ¡Oh malvado, como que no se te entiende! ¿Tú no sientes su enfermedad? ¿Que has dicho hasta agora? ¿De que te quejas? Pues burla, ó di por verdad lo falso, y cree lo que quisieres; que el es enfermo por acto, y el poder ser sano es en mano de esta flaca viéja.

SECCIÓN SEGUNDA.

EJERCICIOS PRÁCTICOS

CORRESPONDIENTES Á LOS PRECEPTOS GENERALES
DE LA OBRA LITERARIA.

CUADRO PRIMERO.

Modelos y ejemplos de pensamientos literarios

PENSAMIENTOS VERDADEROS.

Aquel hombre que pierde la honra por el negocio, pierde el negocio y la honra.

(Quevedo.)

Nunca Milciades hubiera en la prisión acabado infelizmente su vida, si sordo é incógnito su valor á la fama, y moderando sus pensamientos altivos, se contentara con parecer igual á los demás ciudadanos de Atenas

(Saavedra Fajardo.)

Fueron Arcadio y Honorio más religiosos y reformados en sus costumbres, que dichosos: pues en su tiempo la majestad del imperio romano, que de pequeños principios era llegado á la cumbre, y su misma grandeza con su peso le trabajaba, comenzó á despeñarse sin volver más en sí; que fué clara muestra de la flaqueza humana.

(*El P. Mariana.*)

Es Ceylan una de las más raras islas del orbe y la más fértil. Yace frontera del Cabo Comorin, poblada y cultivada con magnificencia. Nacen en ella todas las plantas conocidas en las otras partes de la tierra.

(*Argensola.*—Historia de las Molucas.)

PENSAMIENTOS FALSOS.

En Roma los parricidas eran metidos vivos dentro de un saco bien cosido por todas partes y así arrojados al Tiber, porque si exponían estos grandes criminales á las fieras, *estas se harían más crueles con su contacto, y si los echaban desnudos al río y este los arrastraba en su corriente hasta el mar, los cadáveres de tan grandes criminales contaminarían sus aguas.*

(*Cicerón.*—Oración pro Boecio.)

Doscientos reales me envía Vmd. á pedir *sobre* prendas para una necesidad; y aunque me los pidiera para dos fuera lo mismo: Bien mio y mi Señora: mi dinero se halla mejor *debajo de llave* que *sobre prendas*; que es muy humilde, y no es nada altanero, *ni amigo de andar sobre nada: que como es de materia grave y no leve, su natural inclinación es bajar.*

(*Quevedo.*)

Del cansancio y del hambre cayó mi mula muerta, ó lo que yo más creo por desechar de sí tan inútil carga como en mí llevaba.

(*Cervantes.*)

Sus ilustres acciones eran hijas de la sangre noble que corría por sus venas.

(*Saavedra Fajardo.*)

PENSAMIENTOS INGENIOSOS.

Mas hurtos padecen los príncipes en el castigo de los hurtos por algunos jueces, que en los hurtos por los ladrones.

(Quevedo.)

En los ilustres y gloriosos capitanes y emperadores del mundo el estudio y la guerra han conservado la vecindad, y la arte militar se ha confederado con la lección: no ha desdeñado en tales ánimos la espada y la pluma. *Docto simbolo de esta verdad es la saeta: con la pluma vuela el hierro que ha de herir.*

(El mismo.)

Aguarda hasta que yo pase
Si ha de caerse una teja.
Aciertanme las pedradas;
Las curas solo me yerran;
Si á alguno pido prestado
Me responde tan á secas,
Que en vez de prestarme á mí
Me hace prestarle paciencia.

(El mismo.)

VEROSILIMITUD.

Rompen, talan, destrozan
Cuanto se ofrece á su sangrienta espada.
Aquí, matando al dueño, se alborozan,
Hieren allí su esposa acongojada;
La familia asolada
Yace espirando, y con feroz ronrisa
Sórben voraces el fatal tesoro.

(J. N. Gallego.)

Está Cataluña esclava de insolentes, nuestros pueblos como anfiteatros de sus espectáculos, nuestras haciendas despojo de su ambición, nuestros edificios materia de su ira; los caminos, ya seguros por la industria de nuestras justicias, ahora se hallan nuevamente infestados; las casas de los pueblos les sirven de fáciles hosterías, sus techos de oro y preciosas pinturas ar-

den lastimosamente en sus hogueras; mas ¿cómo tratarán con reverencia los palacios de los que no se desdeñan de ser incendiarios de los templos?

(Melo.)

INVEROSIMILITUD.

- DON MENDO. Mirad que eso es bobería
De vuestra imaginación,
DON DIEGO. No paso yo por balcón
Donde no haga batería;
Pues al pasar por las rejas
Donde voy logrando tiros
Sordo estoy de los suspiros
Que me dan por las orejas.
D. MENDO. Vive Dios, que eso es manía
Que teneis....
D. DIEGO. Mujer sé yo
Que dos veces se sangró
Por haberme visto un día.

(Moreto.)

Brazo á brazo los dos luchamos fuertes
Siendo de entrambos los amagos muertos;
Mas lo que admiré altivo
Fué que, *habiéndole muerto, estaba vivo.*
Porque tan cerca de mi boca daba,
Que de mi propio aliento se animaba;
Y de esta suerte, con valor incierto,
Sin duda peleó después de muerto.

(Luis de Belmonte.)

CLARIDAD DE LOS PENSAMIENTOS.

Yo busco una mujer boca de risa,
Guardosa sin afan, franca con tasa,
Que al honesto festin vaya sin prisa,
Y traiga entera su virtud y gasa;
No sepa si el sultan viste camisa,

Mas sepa repasar las que hay en casa
Cultive flores, cuide pollas cluecas,
Despunte agujas y gorobe ruecas.

(Vargas Ponce.)

Bueno está eso, respondió D. Quijote: los libros que están impresos con licencia de los reyes, y con aprobacion de aquellos á quien se remitieron, y que con gusto general son leídos y celebrados de los grandes y de los chicos, de los pobres y de los ricos, de los letrados é ignorantes, de los plebeyos y caballeros, y finalmente de todo género de personas de cualquier estado y condición que sean, ¿habian de ser mentira?

(Cervantes.)

PENSAMIENTOS PROFUNDOS.

No estima la quietud del puerto quien no ha padecido en la tempestad, ni conoce la dulzura de la paz quien no ha probado lo amargo de la guerra.

(Saavedra Fajardo.)

Dijo y la imprenta fué; y en un momento
Vieras la Europa atónita, agitada
Con el estruendo sordo y formidable
Que hace sañudo el viento
Soplando el fuego asolador que encierra
En sus cavernas lóbregas la tierra.
¡Ay del alcázar que al error fundaron
La estúpida ignóranca y la tiranía!
El volcán reventó, y á su porfía
Los soberbios cimientos vacilaron.

(Quintana.)

La poesia consiste en pensar alto, sentir hondo y hablar claro.

(El Dugue de Rivas.)

Asomaba á sus ojos una lágrima,
Y á mi labio una frase de perdón;
Habló el orgullo y se enjugó mi llanto,
Y la frase en mis labios espiró.
Yó voy por un camino, ella por otro;

Pero al pensar en nuestro mútuo amor,
Yo digo aún: «¿por qué callé aquel día?»
Y ella dirá: «por qué no lloré yo?»

(G. A. Becquer.)

¿Qué tendrá la luz que sale
De ese monte, qué tendrá?

¿Qué tendrá

Que una lágrima ha bañado
La megilla del soldado
Que el servicio cumplió ya?

(R. Aguilera.)

PENSAMIENTOS DELICADOS Y GRACIOSOS.

Ya con triste armonía
Esforzando el intento
Mil quejas repetía;
Ya cansado callaba,
Y al nuevo sentimiento
Ya sonoro volvía:
Ya circular volaba,
Ya rastrero corria,
Ya después de rama en rama
Al rústico seguía,
Y saltando en la grama,
Parece que decía:
—Dame, rústico fiero,
Mi dulce compañía:
Y que le respondía
El rústico, —no quiero.

(Villegas.)

De un jardín por la enramada
Solitaria y misteriosa,
Asidas las blancas manos
Iban dos niñas hermosas;
Alegre y viva la una
Triste y pausada la otra.
Contando á la niña alegre
Va la niña melancólica

De rejas y serenatas
No sé que reciente historia
En que la palabra *amor*
Brotó de su dulce boca.
Sorprendida la inocente:
—¿Qué es amor?— dijo curiosa.
—Esto— repuso mostrándole
Ya triste dos blancas rosas,
Que al blando impulso del céfiro
Confundían sus aromas.

(Luis Eguilaz.)

Al ver mis horas de fiebre
E insomnio lentas pasar,
A la orilla de mi lecho
¿Quién se sentará?

Cuando la trémula mano
Tienda próxima á espirar,
Buscando una mano amiga
¿Quién la estrechará?

Cuando la muerte vidrie
De mis ojos el cristal,
Mis párpados aún abiertos
¿Quién los cerrará?

Cuando la campana suene
(Si suena en mi funeral)
Una oración al oírla
¿Quién murmurará?

Cuando mis pálidos restos
Oprima la tierra ya,
Sobre la olvidada fosa
¿Quién vendrá á llorar?

¿Quién, en fin, al otro día
Cuando el sol vuelva á brillar
De que pasé por el mundo
¿Quién se acordará?

(G. A. Becquer.)

PENSAMIENTOS SÓLIDOS.

«Yo conozco con el natural entendimiento que Dios me ha dado que todo lo hermoso es amable; mas no alcanzo que por razón de ser amado esté obligado lo que es amado por hermoso á amar á quien le ama; y más que podría acontecer que el amador de lo hermoso fuese feo, y siendo lo feo digno de ser aborrecido, cae muy mal el decir quiérote por hermoso, hasme de amar aunque sea feo.»

(*Cervantes.*)

Los hombres se compadecen de los vicios y aborrecen la hipocresía, porque en aquellos se engaña uno á sí mismo, y en esta á los demás; aún las acciones buenas se desprecian si nacen del arte y no de la virtud.

(*Saavedro Fajardo.*)

PENSAMIENTOS NUEVOS.

La gloria es grande si la lucha es fuerte;
La estatua á golpe de cincel se labra,
La tierra con el hierro del arado,
Y el error de su altar cae desplomado
Al golpe inmaterial de la palabra.

(*J. P. Velarde.*)

Al dar de las ánimas
El toque postrero,
Acabó una vieja
Sus últimos rezos:
Cruzó la ancha nave,
Las puertas gimieron,
Y el santo recinto
Quedóse desierto.
De un reloj se oía
Compasado el péndulo
Y de algunos cirios
El chisporroteo.
Tan medroso y triste,
Tan oscuro y yerto

Todo se encontraba....
que pensé un momento:

«¡Dios mío, qué solos
Se quedan los muertos!»

De la alta campana
La lengua de hierro
Le dió volteando
Su adiós lastimero.

.

(G. A. Becquer.)

Cual de ambición y de avaricia ciego
Surca el piélago inmenso, peregrino,
Y vé del sol más tarde el claro fuego;
Cual ardiendo en furor de Marte indino,
Arma el osado pecho en duro hierro.
Contra el estrecho deudo y el vecino.

(Herrera.)

NATURALIDAD Y OPORTUNIDAD.

Et tronco de ovas vestido
De un álamo verde y blanco
Entre espadañas y juncos
Bañaba el agua del Tajo,
Y las puntas de su altura!
Del ardiente sol los rayos;
Y todo el árbol dos vides
Entre racimos y lazos.
Al son del agua y las ramas
Heria el céfiro manso
En las plateadas hojas,
Tronco, punto, vides, árbol.

(Lope de Vega.)

¡Héroes de Mayo, levantad las frentes!
Sonó la hora y la venganza espera;
Id, y hartad vuestra sed en los torrentes
De sangre de Bailén y Talavera.

(Espronceda.)

EXAGERACIÓN É INCHAZÓN.

Despues que en el celeste anfiteatro
El ginete del dia
Sobre Flegonte toreó valiente
Al luminoso toro,
Vibrando por rejones rayos de oro;
Aplaudiendo sus suertes
El hermoso espectáculo de estrellas,
Turba de damas bellas
Que á gozar de su talle alegre mora
Encima los balcones de la aurora:
Despues que en singular metamorfosis
Con talones de pluma
Y con cresta de fuego
A la gran multitud de astros lucientes
Gallinas de los campos celestiales
Presidió gallo el boquirrubio Febo
Entre los pollos del diario lucero, etc.

(Gracian, en las selvas del año.)

MODELOS DE IMÁGENES.

Salid, pues, ahora hijas de Sión, y mirad al rey Salomón con la corona con que le coronó su madre en el dia de su desposorio, y en el dia de la alegría de su corazón. ¡Oh! ánimas religiosas, amadoras de Cristo, salid ahora de todos los cuidados y negocios del mundo; y recogidos todos vuestros pensamientos y sentidos, poneos á contemplar á vuestro Salomón, pacificador de los cielos y la tierra, no con la corona que le coronó su padre cuando le engendró eternalmente y se lo comunicó todo; sinó con la que le coronó su madre, cuando le parió temporalmente y le vistió de vuestra humanidad. Venid á ver al hijo de Dios, no en seno del Padre, sinó en los brazos de la Madre; no entre los coros de los ángeles, sinó entre viles animales; no asentado á la diestra de la Majestad en las alturas, sinó reclinado en un pesebre de bestias; no tronando y relampagueando en el cielo, sinó llorando y temblando de frio en un establo. Ve-

nid á celebrar este dia de su desposorio, donde sale ya del tálamo virginal desposado con la naturaleza humana, con tan estrecho vinculo de matrimonio, que ni en la vida ni en la muerte le hayan de desatar.

(Fr. Luis de Granada.)

Quebrantaste al cruel dragón, cortando
Las alas de su cuerpo temerosas
Y sus brazos terribles nõ vencidos;
Que con hondos gemidos
Se retira á su cueva, do silvando
Tiembla con sus culebras venenosas
Lleno de miedo torpe sus entrañas.

(Herrera.)

Levántase Copérnico hasta el cielo
Que un velo impenetrable antes cubria
Y alli contempla el eternal reposo
Del astro luminoso
Que da á torrentes su esplendor al dia.
Siente bajo su planta Galileo
Nuestro globo rodar: la Italia ciega
Le da por premio un calabozo impio,
Y el globo en tanto sin cesar navega
Por el piélago inmenso del vacio.
Y navegan con él impetuoso,
A modo de relámpagos huyendo,
Los astros rutilantes; mas lanzado
Veloz el genio de Newton tras ellos,
Los sigue, los alcanza,
Y á regular se atreve
El grande impulso que sus orbes mueve.

(Quintana.)

Suelta, á otro lado la madeja de oro,
Mustio el dulce carmín de su mejilla,
Y en su frente marchita la azucena,
Con voz turbada y anhelante lloro,
De su verdugo ante los pies se humilla
Timida virgen de amargura llena;
Mas con furor de hiena,

Alzando el corvo alfange damasquino,
Hiende su cuello el bárbaro asesino.

(J. N. Gallego.)

CUADRO SEGUNDO.

Modelos y ejemplos de las propiedades y vicios de la palabra.

PUREZA Y CORRECCIÓN.

Porque sabida cosa es, que cuando la mujer asiste á su oficio, el marido la ama, y la familia anda en concierto, y aprenden virtud los hijos y la paz reina, y la hacienda crece. Y como la luna llena, en las noches serenas, se goza rodeada y como acompañada de clarísimas lumbres, las cuales todas parece que avivan sus luces en ella y que la miran y reverencian; así la buena en su casa reina y resplandece, y convierte así juntamente los ojos y los corazones de todos.

(Fr. Luis de León.)

Deja el lecho caliente
Con la esposa dormida
El cazador solícito y robusto;
Sufre el cierzo inclemente,
La nieve endurecida;
Y tiene de su afán por premio justo
Interrumpir el gusto
Y la paz de las fieras
En vano cautas, fuertes y ligeras.

(Lupercio de Argensola.)

BARBARISMOS.

Hotel, Restaurant, Buffet, Lunch, Meeting, Tramvia, Sport, Joquet, Vies, Punf.

NEOLÓGISMOS.

1.º Por derivacion. De amar, *amable, amador, amante, amabilidad*: de cantar, *cantable, cantante, cantador, canción, canto*:

de exigir, *exigible*, *exacción*: de ejemplo, *ejemplar*, *ejemplaridad*, etc., etc.

2.º Por composición: armigero, flamigero, aurífero, soliloquio, rabi-largò, corre-ve-y-dile, pati-zamho, cari-acontecido, rompe-cabezas, pedigüño, am-putar, contro-versia, de-mora, incólume, etc., etc.

ARCAISMOS.

Agora, alcandara, cuemo, fabla, coyta, catar, tollir, sofrir, sóbeio, etc., etc.

EJEMPLO DEL ESTILO BÁRBARO QUE HOY SUELE USARSE.

En los salones de la señora Marquesa de N. se dió anoche una espléndida *soirée* en la que se dieron cita las personas mas *commilfout* y elegantes de nuestra sociedad. Los galanes lucieron su *esprit*, las niñas sus *toilettes* y unos y otros bailaron con mucho gusto y delicadeza *walses*, *polkas* y *mazurkas*, sobresaliendo en el *galop* final. Despues los dueños de la casa obsequiaron á los convidados con un agradable *buffet*. Los salones estaban encantadores y preparados con un exquisito *comfort* del mejor gusto.

MODELO DE ARCAISMO.

(Veáse cualquiera de los trozos puestos en la Seccion Primera.)

EJEMPLO DE INCORRECCIOEES.

Lope dice, señor, que á vuestro abuelo
Sirvió en *Ingalaterra* con la espada.

(Lope de Vega.)

Entonce el pecho generoso herido.....

(Meléndez Valdés.)

Cólega, expédito, interválo, méndigo, périto, etc., etc.

PROPIEDAD, PRECISIÓN Y EXACTITUD.

Bien hayan aquellos benditos siglos que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la artilleria, á cuyo inventor tengo para mí que en el infierno se le está dando el premio de su diabólica invención, con lo cual

dió causa que un infame y cobarde brazo quite la vida á un valeroso caballero; y que sin saber cómo y por donde, en la mitad del corage y brio que enciende y anima á los valientes pechos, llega una desmandada bala, disparada de quien quizá huyó y se espantó del resplandor que hizo el fuego al disparar de la maldita máquina, y corta y acaba en un instante los pensamientos y vida de quien la merecería gozar luengos siglos.

(Cervantes.)

El castigo y el premio, el miedo y la esperanza son las dos pesas con que se gobierna el reloj de la vida humana: el miedo no da lugar á la cobardía; la industria y la diligencia son hijas de la esperanza.

(El P. Mariana.)

Muchas veces nos engaña el miedo, tan disfrazado y desconocido que le tenemos por prudencia, y á la constancia por temeridad: otras veces no nos sabemos resolver, y viene entretanto el peligro. No todo se ha de temer, ni en todos tiempos ha de ser muy considerada la consulta, porque entre la prudencia y la temeridad suele acabar grandes cosas el valor.

(Saavedra Fajardo.)

CLARIDAD.

No entiendo, respondió Sancho: solo entiendo que en tanto que duermo, ni tengo temor ni esperanza, ni trabajo ni gloria. Y bien haya quien inventó el sueño, capa que cubre todos los humanos pensamientos, manjar que quita la hambre, agua que ahuyenta la sed, fuego que calienta el frío, frío que templó el ardor; y finalmente, moneda general con que todas las cosas se compran, balanza y peso que iguala al pastor con el rey y al simple con el discreto.

(Cervantes.)

TECNICISMO.

La palabra *clásico* siempre ha significado lo que es perfecto en su género, en materia de literatura, y que debe servir de modelo á todos los que quieran emprender la misma carrera.

La palabra *romántico*, inglesa en su origen, si atendemos á este, significa todo lo que se asemeja al mundo ideal que se finge en la novela (*roman*).

(Lista.)

PALABRAS EQUÍVOCAS Y HOMÓNIMAS.

Otros al campo raso,
Las distancias midiendo
Que hay de *Venus* á *Marte*,
Que hay de *Mercurio* á *Venus*.
(*Cadalso.*)

Entré muy humilde, sentéme y comenzóse el juego; ellos levantaban bien é iban tres al *mohino*; pero quedaron *mohinos* los tres, porque yo que sabia más que ellos, les di tal gatada que en espacio de tres horas me llevé más de mil y trescientos reales.

(*Quevedo.*)

¿Conocerá, á lo que infiero
Alguna *lengua*? ¡Pues no!
¡Vaya si me pirro yo
Por las *lenguas* de carnero!
(*Ruiz Aguilera.*)

Con dos tragos del que suelo
Llamar yo néctar divino
Y á quien otros llaman *vino*
Porque nos *vino* del cielo.
(*Baltasar del Alcazar.*)

NATURALIDAD Y OPORTUNIDAD.!

Levántate por tu vida, Sancho, y desviate algún trecho de aquí, y con buen ánimo, date trescientos ó cuatrocientos azotes á buena cuenta de los del desencanto de Dulcinea; y esto rogando te lo suplico, que no quiero venir contigo á los brazos como la otra vez, porque los tienes muy pesados. Después que te hayas dado, pasaremos lo restante de la noche cantando, yo mi ausencia y tú tu firmeza, dando desde zhora principio al ejercicio pastoral que hemos de tener en nuestra aldea.

Señor, respondió Sancho, no soy yo religioso para que desde la mitad de mi sueño me levante y me discipline, ni menos me parece que del extremo del dolor de los azotes se pueda pasar al de la música; y vuesa merced me deje dormir, y no me

apriete en esto de azotarme, que me hará hacer juramento de no tocarme al pelo del sayo, no que el de mis carnes.

(Cervantes.)

Del monte en la ladera
Por mi mano plantado tengo un huerto,
Que con la primavera
De bella flor cubierto
Ya muestra en esperanza el fruto cierto.

Y como codiciosa,
Por ver y acrecentar su hermosura,
Desde la cumbre airosa
Una fontana pura
Hasta llegar corriendo se apresura.

Y luego, sosegada,
El paso entre los árboles torciendo,
El suelo de pasada
De verdura vistiendo
Y con diversas flores va esparciendo.

(Fr. Luis de León,)

Cuántas veces durmiendo en la floresta
(Reputándolo yo por desvario)

Vi mi mal entre sueños, desdichado!
Soñaba que en el tiempo del estío
Llevaba, por pasar allí la siesta,
A beber en el Tajo mi ganado:

Y después de llegado,
Sin saber de cuál arte,

Por desusada parte

Y por nuevo camino el agua se iba:

Ardiendo yo en la calor estiva,

El curso enagenado iba siguiendo

Del agua fugitiva:

Salid sin duelo lágrimas corriendo.

(Garcilaso.)

Humilde se apea el villano,

Y sobre la yegua pone

Un cuerpo con poca sangre

Pero con dos corazones.

A su cabaña los guía
Que el sol deja su horizonte,
Y el humo de su cabaña
Les va sirviendo de norte.

Llegaron temprano á ella
Do una labradora acoje
Un mal vivo con dos almas,
Una ciega con dos soles.

Blando heno en vez de pluma
Para el lecho les compone,
Que será tálamo luego
Do el garzón sus dichas logre.

(Góngora.)

EXAGERACIÓN É HINCHAZÓN.

Pasos de un peregrino son errante
Cuantos me dictó versos dulce musa,
En soledad confusa,
¡Oh tú, que de venablos impedido,
Muros de Abeto, almenas de diamante,
Bates los montes, que de nieve armados,
Gigantes de cristal, los teme el cielo;
Donde el cuerno, del eco repetido,
Fieras te expone, que al teñido suelo
Muertas, pidiendo términos disformes,
Espumoso coral le dan al Tórmes.

(De la dedicatoria al Duque de Bejar del poema *Las Soledades de Góngora.*)

Rústico nace entre desnudas peñas
Un palacio tan breve
Que al sol apenas á mirar se atreve:
Con tan rudo artificio
La arquitectura está de su edificio,
Que parece á las plantas
De tantas rocas y de peñas tantas
Que al sol tocan la lumbre
Peñasco que ha rodado de la cumbre

(Calderón.)

EPÍTETOS.

A este escuadron fronterero forman y hacen gentes de diversas naciones; aquí están los que beben las *dulces* aguas del *famoso* Janto; los *montuosos* que pisan los *masilicos* campos; los que criban el *finísimo* y *menudo* oro de la *felice* Arabia; los que gozan las *famosas* y *frescas* riberas del *claro* Termodonte; los que sangran por muchas y diversas vías al *dorado* Pactolo..... En esotro escuadrón vienen los que beben las *corrientes cristalinas* del *olivifero* Bétis; los que tersan y pulen sus rostros con el licor del siempre *rico* y *dorado* Tajo; los que gozan las *provechosas* aguas del *divino* Genil; los que pisan los *tartesios* campos, de pastos abundantes; los que se alegran en los *eliseos* jerezanos prados; los manchegos, *ricos* y *coronados* de *rubias* espigas; los de hierro vestidos, reliquias de sangre goda; los que en Pisuerga se bañan, *famoso por la mansedumbre de su corriente*; los que su ganado apacientan en las *extendidas* dehesas del *tortuoso* Guadiana, etc.

(Cervantes.)

Este despedazado anfiteatro,
Impio honor de los dioses, cuya afrenta
Publica el amarillo jaramago,
Ya reducido à trágico teatro.
¡Oh fábula del tiempo! representa
Cuánta fué su grandeza y es su estrago.
¿Como en el cerco vago
De su desierta arena
El gran pueblo no suena?
¿Dónde, pues, fieras, ¡ay! está el desnudo
Luchador? Donde está el atleta fuerte?
Todo desapareció, cambió la suerte
Voces alegres en silencio mudo;
Mas aun el tiempo da en estos despojos
Espectáculos fieros à los ojos,
Y miran tan confuso lo presente,
Que voces de dolor el alma siente.

(Rodrigo Caro.)

CUADRO TERCERO.

Modelos y ejemplos de las diversas clases de cláusulas.

Cláusulas cortas y largas, simples y compuestas, sueltas y periódicas.

No penseis, hermanas mías, que por no andar á contentar á los del mundo, os ha de faltar de comer, yo os aseguro. Jamas por artificios humanos pretendais sustentaros: que morireis de hambre y con razón. Los ojos en vuestro Esposo: que él os ha de sustentar. Contento él, aunque no quieran, os darán de comer, lo menos vuestros devotos, como lo habeis visto por experiencia. Si haciendo vosotras esto, murierades de hambre; bienaventuradas las monjas de San Joseph. Esto no se os olvide por amor al Señor: pues dexais la renta, dexad el cuidado de la comida; sino, todo va perdido. Los que quiere el Señor que la tengan, tengan en hora buena estos cuidados, que es mucha razón, pues es su llamamiento: mas vosotras hermanas es disparate. Cuidado de rentas ajenas, me parece á mi, sería estar pensando en lo que los otros gozan. Si por vuestro cuidado no muda el otro su pensamiento, ni se le pone deseo de dar limosna: dexad ese cuidado á quien los pueda mover á todos, que es el Señor de las rentas y de los renteros. Por su mandamiento venimos aqui: verdaderas son sus palabras, no pueden faltar; antes faltarán los cielos y la tierra. No le faltemos nosotras; que no hayas miedo que falte. Y si alguna vez os faltare, será para mayor bien: como faltaban las vidas á los santos quando los mataban por el Señor, y era para aumentarles la gloria por el martirio. Buen truco sería acabar presto con todo, y gozar de la hartura perdurable.

(Santa Teresa de Jesus.)

No sé por cierto, hermanos míos, porque nos han de agradar más los caminos ásperos de los vicios que los llanos de las virtudes. En la humildad se halla el descanso, la tranquilidad y paz. Porque, como ella sea de su natural pacífica y llana; aunque se levanten contra ella los vientos y tempestades del mundo,

no hallan adonde quebrar las fuerzas de sus ímpetus furiosos. Blandamente se allanan las grandes ondas de la mar en la arena, que con grande ruido suenan y baten en las altas peñas. Qualquiera encuentro que venga á dar sobre el humilde, como no le resiste, antes baja la cabeza; despídele de sí, dándole lugar y dejándole pasar. Toda la braveza de la mar es contra las altas rocas y peñascos, y pierde su furia en la blandura de las llanas y blandas arenas. En los altos montes andan recios los vientos, que no se sienten en los valles bajos y humildes. Los caminos de los soberbios son quebrados, llenos de barrancos y peñascos: porque donde está la soberbia está la indignación, allí la ferocidad, allí la inquietud y desasosiego, porque aun acá padezca el soberbio esta justa condenación, y acá comience el malo su infierno; como el alma del bueno donde acá tiene ya principio de su gloria en la quietud de su conciencia.

(Fr. Luis de Granada.)

Más vale estar cargado junto al fuerte que aliviado junto al flaco. Cuando estás cargado de aflicciones, estás junto á Dios, que es tu fortaleza, el qual está con los atribulados. Cuando estás aliviado, estás junto á tí, que eres tu misma flaqueza; porque la virtud y fortaleza del alma en los trabajos crece y se confirma.

Mira que tu carne es flaca, y que ninguna cosa del mundo puede dar á tu espíritu fortaleza ni consuelo: que lo que nace del mundo, mundo es: y lo que nace de la carne, carne es: y el buen espíritu solo nace del espíritu de Dios, que se comunica no por mundo ni por carne.

Mira que la flor más delicada, más presto se marchita y pierde su olor. Por tanto, guardate de caminar por espíritu de sabor, porque no serás constante: mas escoge para tí un espíritu robusto, no asido á nada y hallarás dulzura y paz en abundancia: porque la sabrosa, dulce y durable fruta, en la tierra fria y seca se coge.

Aunque el camino es llano y suave para los hombres de buena voluntad; el que camina, caminará poco y con trabajo, si no tiene buenos pies y ánimo, y porfia en eso mismo animosamente.

No comas en pastos vedados, que son los de esta vida presente: porque bienaventurados son los que han] hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos.

Verdaderamente aquel tiene vencidas todas las cosas, que ni el gusto de ellas le mueve á gozo, ni el desabrimiento le causa tristeza. Con la fortaleza trabaja el ánimo, obra las virtudes, y vence los vicios.

(*San Juan de la Cruz.*)

Pues aquel Dios tan rico y tan exento de males, aquel cuyas riquezas, cuyo poder, cuya sabiduría ni puede crecer ni ser más de lo que es; aquel que ni antes de la creación del mundo, ni ahora despues de criado, es mayor ni menor de lo que era; ni porque todos los angeles y hombres se salven y le alaben, es en sí más honrado; ni porque todos se condenen y le blasfemen, menos glorioso: este gran Señor, no por necesidad sino por caridad, siendo nosotros sus enemigos y traidores, tuvo por bien de inclinar los cielos de su grandeza y descender á este lugar de destierro, y vestirse de nuestra mortalidad, y tomar sobre sí todas nuestras deudas, y padecer por ellas los mayores tormentos que jamás se padecieron ni se padecerán. Por mí, Señor, naciste en un establo, por mí fuiste reclinado en un pesebre, por mí circuncidado al octavo día, por mí desterrado en Egipto, y por mí finalmente perseguido y maltratado con infinitas maneras de injurias. Por mí ayunaste, velaste, caminaste, sudaste, lloraste, y probaste por experiencia todos los males que habia merecido mi culpa, no siendo tu el culpable, sino el ofendido. Por mí finalmente fuiste preso, desamparado, vendido, negado, presentado ante unos y otros tribunales y jueces; y ante ellos acusado, abofeteado, infamado, escupido, escarnecido, azotado, blasfemado, muerto y sepultado. Finalmente remediásteme muriendo en una cruz, y acabando la vida en presencia de vuestra Santísima Madre, con tan grande pobreza que no tuvisteis una sola gota de agua en la hora de vuestra muerte, y con tan gran desamparo de todas las cosas, que de vuestro mismo Padre fuisteis desamparado.

(*Fr. Luis de Granada.*)

A esto responden las armas, que las leyes no se podrian sustentar sin ellas, porque con las armas se defienden las repúblicas, se conservan los reinos, y se guardan las ciudades, se aseguran los caminos, se despojan los mares de corsarios; y finalmente si por ellas no fuese, las repúblicas, los reinos, las monarquias, las ciudades, los caminos de mar y tierra estarian

sujetos al rigor y á la confusión que trae consigo la guerra el tiempo que dura y tiene licencia de usar de sus privilegios y de sus fuerzas: y es razón averiguada que aquello que más cuesta, se estima y debe estimar en más. Alcanzar alguno á ser eminente en letras le cuesta tiempo, vigiliias, hambre, desnudez, vaguidos de cabeza, indigestiones de estómago y otras cosas adherentes. que en parte ya las tengo referidas; mas llegar uno por sus términos á ser buen soldado, le cuesta todo lo que al estudiante, en tanto mayor grado, que no tiene comparación, porque á cada paso está á pique de perder la vida. ¿Y qué temor de necesidad y pobreza puede llegar ni fatigar al estudiante, que llegue al que tiene un soldado, que hallándose cercado en alguna fortaleza, y estando de posta ó guarda en algun rebellín ó caballero, siente que los enemigos están minando hacia la parte donde él está, y no puede apartarse de allí por ningún caso, ni huir el peligro que de tan cerca le amenaza?..... Y si éste parece pequeño peligro, veamos si le iguala ó hace ventaja el de embestirse dos galeras por las proas en mitad del mar espacioso, las cuales enclavijadas y trabadas no le queda al soldado más espacio del que conceden dos pies de tabla del espolón; y con todo esto, viendo que tiene delante de sí tantos ministros de la muerte que le amenazan, cuantos cañones de artillería se asentan de la parte contraria, que no distan de su cuerpo una lanza, y viendo que al primer descuido de los pies iría á visitar los profundos senos de Neptuno, y con todo esto, con intrépido corazón, llevado de la honra que le incita, se pone á ser blanco de tanta arcabuceria, y procura pasar por tan estrecho paso al bajel contrario: y lo que más es de admirar, que apenas uno ha caido donde no se podrá levantar hasta el fin del mundo, cuando otro ocupa su mismo lugar; y si éste también cae en el mar, que como á enemigo le aguarda, otro y otro le sucede, sin dar tiempo al tiempo de sus muertes: valentia y atrevimiento el mayor que se puede hallar en todos los trances de la guerra.

(Cervantes.)

Los grandes atentados exigen muy crudos escarmientos; este, señores, es el más grave que pudo cometerse. En esta perversión y abandono brutal de las costumbres públicas; en esta funesta disolución de los lazos sociales; en esta inmoralidad que por todas partes cunde y se propaga con la rapidez de la peste;

en este fatal egoismo, causa de tantos males; en este olvido de todos los deberes; cuando se hace escarnio del nudo conyugal; cuando el torpe adulterio y el corrompido celibato van por todas partes descarados y como en triunfo, apartando á los hombres de su vocación universal, y proclamando altamente el vicio y la estéril disolución; en estos tiempos desastrados; este lujo devastador que marcha rodeado de los desórdenes más feos; estos matrimonios que por todas partes se ven indiferentes ó de hielo, por no decir más; un delito contra esta santa unión exige toda vuestra seguridad: un delito tan horroroso la merece más particularmente; y esas ropas acuchilladas que recuerdan su infeliz dueño; esa sangre inocente en que las veis teñidas y empapadas, clamandoos por su justa venganza; la virtud que os las presenta cubierta de luto y desolada; ese pueblo que teneis delante, conmovido y colgado de vuestra decisión; el rumor público que ha llevado este atentado hasta las naciones extrañas; la patria consternada, que llora á un hijo suyo malogrado, y hundidas con él mil altas esperanzas; el Dios de la justicia que os mira desde lo alto, y os pedirá algún día estrechísima cuenta del adulterio y del parricida; vuestra misma seguridad comprometida y vacilante sin un ejemplar castigo; todo, señores, os grita, todo clama, todo exige de vosotros la sangre impia de estos alevosos.

(Meléndez Valdés.)

CUALIDADES DE LA CLÁUSULA.

PUREZA.

Es cosa digna de admiración, que siendo estos señores, (*los ricos*), en todo lo demás grandes [seguidores, ó por mejor decir, grandes esclavos de su deleite; en esto solo se olvidan del, y pierden por un vicioso dormir lo más deleitoso de la vida, que es la mañana. Porque entonces la luz, como viene después de las tinieblas, y se halla como después de haber sido perdida; parece ser otra cosa, y hiere el corazón del hombre con una nueva alegría: y la vista del cielo entonces y el colorear de las nubes, y el descubrirse el aurora, que no sin causa los poetas la coronan de rosas, y el aparecer la hermosura del sol, es una

cosa bellísima. Pues el cantar de las aves ¿qué duda hay, sino que suenan entonces más dulcemente? y las flores y las yerbas y el campo todo despide de sí un tesoro de olor.

(Fr. Luis de León.)

No, no, Sancho amigo, huye, huye destos inconvenientes: quien tropieza en hablador y en gracioso, al primer puntapie cae, y da en truhán desgraciado. Enfrena la lengua, considerá y rúmia las palabras antes que te salgan de la boca; y advierte que hemos llegado á parte, donde con el favor de Dios y valor de mi brazo hemos de salir mejorados en tercio y quinto, en fama y en hacienda.

(Cervantes.)

Las cláusulas de los dos ejemplos anteriores son además de puras, castizas.

VICIOS CONTRA LA PUREZA,—SOLECISMOS, GALICISMOS, ETC., ETC.

Que digais nosotros merecer ser esclavos á causa que no tenemos Principe que nos mande, ni Senador que nos gobierne, ni ejército que nos defienda, á esto os respondo que pues no tenemos enemigos, no curábamos de ejércitos, etc., etc.

(Fr. Antonio de Guevara.)

No lloro solamente tu partida,
Aunque es mal que matara solamente;
Lloro ver la esperanza consumida
En quien siempre el deseo es mas ardiente.

(Francisco de Figuera.)

Cierra igualmente los oídos á los aduladores tuyos *que* á los murmuradores de otros.

(El P. Nieremberg.)

Costosa es la injuria del que más puede; ni se recompensará un agravio con muchos servicios. La honra cada uno tiene por debida, el agravio por repugnante; y más se siente una injuria, que agradan muchas cortesías.

(El mismo.)

UNIDAD Y ENERGIA.

Sosegó su corona, (*D. Fernando el Católico*), con la celeridad y la presencia; levantó la monarquía con el valor y la prudencia; la firmó con la religión y la justicia; la conservó con el amor y el respeto; la adornó con las artes; la enriqueció con la cultura y el comercio; y la dejó perpetua con fundamentos y institutos verdaderamente políticos.

(*Saavedra Fajardo.*)

Era M. Bruto varón severo, y tal que reprehendía los vicios ajenos con la virtud propia, y no con palabras. Tenía el silencio elocuente y las razones vivas. No rehusaba la conversación por no ser desapacible; ni la buscaba, por no ser entrometido: en su semblante resplandecía más la honestidad que la hermosura,

(*Quevedo.*)

¡Oh! Despertad: el humillado acento
Con majestad no usada
Suba á las nubes penetrando el viento;
Y si quereis que el universo os crea
Dignos del lauro en que ceñís la frente,
Que vuestro canto enérgico y valiente
Digno también del universo sea.

(*Quintana.*)

Como al que en el campo y de noche el turbión le arrebató, que ni ve persona que le ayude, ni camino que le guíe. ni árbol do se esconda, [ni suelo cierto adonde afirme su paso, y el trueno le espanta, y la lluvia le traspasa, y la avenida le trabuca y anega envuelto en horror y desesperación; así cuando muere el malo, no ve sobre sí sinó horror y tiniebla, todo lo que ve es espanto y lo que imagina temor.

(*Fr. Luis de León.*)

Verted juntando las dolientes manos
Lagrimas ¡ay! que escalden la mejilla
Mares de eterno llanto, castellanos,
No bastan á borrar vuestra mancilla.

Llorad como mujeres; vuestra lengua
No osa lanzar el grito de venganza....

(*Espronceda.*)

VICIOS CONTRA LA UNIDAD Y ENERGIA.

«Soldado sois, y hecho á las armas, y con ellas al tributo de la paciencia en el rigor del hielo y el ardor del estío, sin buscar regalos ni perdonar trabajo. No os acobarde en vuestra casa el temor de aquello, cuyo desprecio os hizo ser temido de vuestros enemigos en campaña. Pues, ni aquí es la muerte más poderosa, ni allí menos terrible: y la vida contra quien ella pelea, mucho más apetecible entonces que ahora, por la comodidad que la salud y vigor de las fuerzas os daban para gozar de los bienes de ella; de los cuales os ha privado la enfermedad, dejando en vuestra alma solo arrepentimiento de los tiempos pasados, y en el cuerpo el dolor de los males presentes.

(Del P. Roa) en la vida de D.^a Sancha de Carrillo.

No pedimos del todo perdón, dado que en ninguna parte pudieras mejor emplearle: contentándonos con que el castigo sea templado. Que si nos niegas las vidas, y no das lugar á la pelea, determinados estamos de probar cualquier cosa hasta morir por nuestros manos si fuese necesario, antes que por las ajenas; que será el postrer oficio de varones esforzados.

(Del P. Mariana). Discurso de Aluro de Numancia á Escipión.

Los que aborrecen y persiguen á los que siguen lo bueno, ordinariamente son gente poderosa en el mundo, soberbia de suyo y altiva, y apoyada en favor y riqueza, y por la misma causa, no solo gente arredrada, más á lo que parece, escondida de todo mal suceso y revés. Por donde, cuando les viene algún desastre, es visto el mal haber puesto diligencia en buscarles y hallarles entrada: que á los desamparados no les busca el mal, porque los tiene á la mano y como delante sus ojos; antes tropiezan en ellos mismos, y se les entra en casa.

(De Fr. Luis de León).

En Enrique IV de Castilla desfalleció de todo punto la grandeza y la de sus antepasados, y todo lo afeó con su poco orden y traza, persona que fué toda su vida de una maravillosa inconsecuencia en sus acciones y consejos, (indigna del nombre de rey), ocasión para que la industria y la virtud se abriese por otra parte camino para el reino de Castilla, y aún casi de toda España.

(Del P. Mariana.)

Es el fin y paradero de las letras (y no hablo ahora de las divinas, que tienen por blanco llevar y encaminar las almas al cielo, que á un fin tan sin fin como este ninguno otro se le puede igualar), hablo de las letras humanas, que es su fin poner en su punto la justicia distributiva, y dar á cada uno lo que es suyo, entender y hacer que las buenas leyes se guarden.

(Cervantes)

CLARIDAD.

(Todos los ejemplos de cláusulas que guardan las leyes de la pureza, unidad y energia son á la vez ejemplos de cláusulas claras.)

OSCURIDAD DE LAS CLÁUSULAS.

Traia un bonete los dias de sol, *ratonado* en mil gateras y guarniciones de grasa.

(Quevedo.)

Esta es cadena de galeotes, gente perdida del rey, que va á las galeras.

(Cervantes.)

Más precia el ruiseñor su pobre nido
De pluma y leves pajas, más sus quejas
En el bosque repuesto y escondido,
Que agradar lisonjero las orejas
De algun príncipe insigne, *aprimionado*
En el metal de las doradas rejas.

(Fernandez Anchada.)

ARMONÍA DE LA CLÁUSULA.

Melodía y ritmo ó número.

Eran en aquella santa edad (*la de oro*) todas las cosas comunes: á nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano, y alcanzarle de las robustas encinas que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes ríos en magnífica abundancia sabrosas y transparentes aguas les

ofrecían. En las quebras de las peñas y los huecos de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo á cualquier mano, sin interés alguno, la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornocos despedían de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas con que se comenzaron á cubrir las casas sobre rústicas estacas sustentadas, no más que para defensa de las inclemencias del cielo.

Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia: aún no se había atrevido la pesada reja del corbo arado á abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre, que ella sin ser forzada ofrecía por todas las partes de su fértil y espacioso seno lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar á los hijos que entonces la poseían. Entonces si que andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle, y de otero en otero, en trenza y en cabello, sin más vestidos de aquellos que eran menester para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere y ha querido siempre que se cubra. Y no eran sus adornos de los que ahora se usan, á quien la púrpura de Tyro y la por tantos modos martirizada seda encarecen, sinó de algunas hojas de verdes lampazos y yedra entretejidas, con lo que quizá iban tan pomposas y compuestas como van ahora nuestras cortesanas con las raras y peregrinas invenciones que la curiosidad ociosa les ha mostrado.

(Cervantes.)

Todas las criaturas tienen finitas y limitadas sus naturalezas y virtudes, porque todas las criastes en número peso y medida, y les hicistes sus rayas y señales, y señalastes los límites de su jurisdicción. Mny activo es el fuego en calentar, y el sol en alumbrar, y mucho se extiende su virtud; mas todavía reconocen estas criaturas sus fines, y tienen términos que no pueden pasar. Por esta causa puede la vista de nuestra ánima llegar de cabo á cabo y comprenderlas, porque todas ellas están encerradas cada una dentro de su jurisdicción. Mas vos, Señor, sois infinito: no hay cerco que os comprenda: no hay entendimiento que pueda llegar hasta los últimos términos de vuestra sustancia, porque no los teneis. Sois sobre todo género, y sobre toda especie y sobre toda naturaleza criada: porque así como no reconocéis superior, así no teneis jurisdicción determinada,

(Fr. Luis de Granada.)

¡Cuánto siempre te amé, sol refulgente!
¡Con qué sencillo anhelo,
Siendo niño inocente,
Seguirte ansiaba en el tendido cielo,
Y estático te veía,
Y en contemplar tu luz me embebecía!
De los dorados límites de Oriente
Que ciñe el rico en perlas Oceano,
Las orlas de tu ardiente vestidura
Tiendes en pompa, augusto soberano,
Y el mundo bañas en tu lumbre pura;
Vivido lanzas de tu frente el día,
Y, alma y vida del mundo,
Tu disco en paz majestuoso envía
Plácido ardor fecundo,
Y te elevas triunfante,
Corona de los orbes centellante.
Tranquilo subes del cénit dorado
Al regio trono en la mitad del cielo,
De vivas llamas y esplendor ornado,
Y reprimes tu vuelo;
Y desde allí tu fúlgida carrera
Rápido precipitas,
Y tu rica encendida cabellera
En el seno del mar trémula agitas,
Y tu esplendor se oculta,
Y el ya pesado día
Con otros mil la eternidad sepulta.

(Espronceda.)

ARMONIA IMITATIVA.

Yo soy viva,
Soy activa,
Me meneo,
Me paseo,
Yo trabajo
Subo y bajo,
No me estoy quieta jamás.

(Iriarte.)

Cuando con resonante
Rayo y furor del brazo impetuoso
A Encelado arrogante
Júpiter poderoso
Despeñó airado en Etna cavernoso;
Y la vencida tierra
A su imperio rebelde, quebrantada
Desamparó la guerra;
Por la sangrienta espada
De Marte, aun con mil muertes no domada.

(Herrera.)

Mas ¡ay! que en tanto sus funestas alas,
Por la opresa metrópoli tendiendo,
La yerma asolación sus plazas cubre,
Y al áspero silbar de ardientes balas,
Y al ronco son de los preñados bronce,
Nuevo fragor y estrépito sucede.

(J. N. Gallego.)

Cuando se tiende, como negro manto
En azul fluido
Espesa nube, produciendo espanto,
Súbito el rayo rásgala encendido,
Resuena conmoción atronadora,
Y el nublado espantoso, estremecido,
En lluvia se deshace bienhechora.

Cuando chocan las nubes en la mente
Vibra y relampaguea
Como rayo fulgente
La luminosa idea
Con voz de trueno la palabra brota,
Y el nublado iracundo
Se deshace cayendo gota á gota
En lluvia de verdades sobre el mundo.

(José P. Velarde.)

CUADRO CUARTO.

Modelos y ejemplos de figuras retóricas.

ELEGANCIAS.

PRIMERA CLASE: POR ADICCIÓN Ó SUPRESIÓN.—Asindeton, Polisindeton y Zeuma.

Cristo, la noche á quien sucedió el dia último de su vida mortal, los juntó á todos (*á los apóstoles*), y cenó con ellos juntos, y les manifestó su partida, y vió su congoja; y tuvo por bien verla y sentirla, para que con ella fuese más amarga la suya.

(Fr. Luis de León.)

Y entre aplausos, y músicas, y estruendo
Y de ella en pos la humanidad entera
Y en torno de ella armónica volviendo
En giro eterno la argentada esfera.

(Espronceda.)

Bruto quiere libertar á Roma, asesina á Cesar, levanta un ejército, acomete, pelea, se mata.

(Jove-Llanos.)

Cuando yo busco á mi Dios no busco forma de cuerpo, ni hermosura de tiempo, ni blancura de luz, ni melodía de canto, ni olores de flores, ni unguentos aromáticos, ni miel; ni maná deleitable al gusto, ni otra cosa que pueda ser tocada y abrazada con las manos.

(Fr. Luis de Granada.)

Todos tus hijos somos:
El tártaro, el lapón, el indio rudo,
El tostado africano,
Es un hombre, es tu imagen, es mi hermano.

(Meléndez Valdés: Oda á la presencia de Dios.)

Como en la tempestad de verano, cuando el aire se turba, el cielo se escurece de súbito, y juntamente el viento brama, y el fuego reluce, y el trueno se oye, y el rayo y el agua y el granizo amontonándose cayendo, redoblan con increíble priesa sus

golpes; así á Job, sin pensar, le cogió el remolino de la fortuna; y le alzó y abatió con fiereza y priesa.

(Fr. Luis de León.)

Rompen, talan, destrozan,
Cuanto se ofrece á su sangrienta espada.
Aqui matando al dueño se alborozan,
Hieren allí su esposa acongojada.

(J. N. Gallego.)

Gran donaire, ó por mejor decir, ceguedad lastimera es creer que los encarecimientos y amores de Dios habian de parar en armas, y en banderas, y en el estruendo de los atambores, y en castillos cerrados, y en muros batidos por tierra, y en cuchillo, y en sangre, y en el asalto y captiverio de mil inocentes.

(Fr. Luis de León.)

Al prado, y haya, y cueva, y monte y fuente,
Y al cielo, desparciendo olor sagrado
Rindo por tanto bien gracias eternas.

(Francisco de la Torre.)

No se llama uno caballero, porque es en sangre limpio, en potencia grande, en joyas rico y en vasallos poderoso; porque todas estas cosas se suelen hallar en un mercader, y aun un judío las suele comprar. Lo que al caballero le hace ser caballero, es ser medido en el hablar, largo en el dar, sobrio en el comer, honesto en el vivir, tierno en el perdonar y animoso en el pelear.

(A. de Guevara.)

Era negro el corcel, negro el arreo,
Negras también las relumbrantes armas
Negro el penacho que del viento al soplo
Sobre su casco trémulo ondeaba.

(S. B. de Castro.)

Llamas, dolores, guerras,
Muertes, asolamientos, fieros males
Entre tus brazos cierras.

(Fr. Luis de León.)

En ella anda Dios, y discurre volando, y con ella viene el

soplo de su espíritu, y el relampago de su luz, y el tronido y el estampido con que el sentido de la carne se aturde.

(Del mismo.)

Quiso bien, fué aborrecido; adoró, fué desdichado; rogó á una fiera, importunó á un marmol, corrió tras el viento, dió voces á la soledad, sirvió á la ingratitud, de quien alcanzó por premio ser despojo de la muerte en la mitad de la carrera de la vida.

(Cervantes.)

Muy furioso hiendo y quiebro
En las enemigas haces
Petos, y yelmos, y grevas,
Lanzas, y picas, y alfanges.

(Del Romancero.)

SEGUNDA CLASE: POR REPETICIÓN.—Repetición, conversión, complexión, reduplicación, conduplicación, concatenación, epanadiplosis y reflexión ó retruécano. (1)

Porque todos los otros animales en sus géneros viven amigablemente: que los *leones* no emprenden guerra contra los *leones*, ni los *elefantes* contra los *elefantes*, ni los *tigres* contra los *tigres*; solamente los *hombres* superbisimamente se levantan contra los *hombres*.

(Francisco de Villalobos.)

Sueña el rico en su riqueza
Que más cuidados le ofrece;
Sueña el pobre que padece
Su miseria y su pobreza;
Sueña el que á medrar empieza;
Sueña el que afana y pretende;
Sueña el que agravia y ofende,
Y en el mundo en conclusión,
Todos sueñan lo que són
Aunque ninguno lo entiende.

(Calderón.)

Por cierto, Señor, *el que* tales voces no oye, sordo *es*; y *el*

(1) Los ejemplos no se colocan en el orden que se enumeran las figuras.

que con tan maravillosos resplandores no os ve, ciego *es*; y *el que* vistas todas estas cosas no os alaba, mudo *es*; y *el que* con argumentos y testimonios de todas las criaturas no conoce la nobleza de su Criador, loco *es*.

(El P. Granada.)

Trescientos Zenetes eran
Deste relato la causa.
Que á los rayos de la luna
Descubrieron las *adargas*,
Las *adargas* avisaron
A las mudas *atalayas*
Las *atalayas* los *fuegos*
Los *fuegos* á las campanas.

(Góngora.)

Parece que los gitanos vinieron al mundo para ser *ladrones*; nacieron de padres *ladrones*, criáanse con *ladrones*, estudian para *ladrones* y finalmente salen con ser *ladrones* corrientes y molientes á todo ruedo.

(Cervantes.)

Quien va desnudo de si, y armado de hierro, es hombre con *armas*, cuando ellas son *armas* sin hombre.

(Quevedo.)

Afuera, *âfuera* los mios,
Los de á pie y los de á caballo,
Que de aquella torre mocha
Una vira me han tirado.

(Del Romancero.)

Porque bien debes saber
Que ya el ser pobre es deshonra,
Y que muchos suele haber
Que, como el *tener es honra*
Dan la *honra por tener*.

(Gaspar de Aguilera.)

Venid á ver al hijo de Dios, *no* en el seno del Padre, sino en los brazos de la Madre; *no* entre los coros de los ángeles, sino entre viles animales; *no* asentado á la diestra de la majestad en las alturas, sino reclinado en un pesebre de bestias; *no*

tronandó y relampagueando en el cielo, sino llorando y temblando de frio en un establo.

(Del P. Granada.)

¿Mas? para qué la mente se derrama
En buscar al dolor nuevo tormento?
Basta ejemplo menor: *basta* el presente:
Que aun *se ve* el humo aquí, *se ve* la llama
Aun se oyen llantos *hoy*, *hoy* ronco acento.

(Rodrigo Caro.)

La razón os enseñará que no es dado á la más fecunda fantasía hacer nada perfecto si las *reglas*, las *abominables reglas* no la señalan los debidos límites.

(Moratin.)

Mis obras me deben mucho, pues que las di el *ser*; mas débolas yo el no poder dejar de *ser*. Si las quemó, viviré por *ellas*, si muero por no quemarlas viviré en *ellas*.

(Quevedo.)

Una voz triste se oye que, llorando,
Cayo Itálica dice; y lastimoso
Eco reclama *Itálica* en la hojosa
Selva que se le opone, resonando
Itálica, y el claro nombre oído
De *Itálica* renuevan el gemido
Mil sombras nobles de su gran ruina.

(Rodrigo Caro.)

Seguro gozo puede ser *ninguno*,
Ninguno puede ser perpétuo en cuanto
La tierra cria y cerca el gran Neptuno.

(Herrera.)

Tened, pues, en memoria, así los reyes como los súbditos, que ninguna de estas cosas se alcanza sin *libertad*, ni la *libertad* sin *guerra*, ni la *guerra* sin bríos y sin conformidad.

(Argensola.)

Porque aquí, á lo que sospecho,
No *adorna el vestido* al *pecho*
Que el *pecho* *adorna el vestido*.

(Calderón.)

Estos son (*los comerciantes*), dijo los que han ganado, como buenos caballeros, el infierno por sus *pulgares*, pues á puras *pulgadas* se nos vienen acá.

(*Quevedo, en las Zaurdas de Plutón.*)

Los *hombres* desde el atroz derecho de la guerra, se armaron contra los *hombres*; esto es, la *fuerza* se destruye por la *fuerza*.

(*Saavedra.*)

No hay criatura sin amor
Ni amor sin celos perfecto,
Ni celos libres de engaños,
Ni engaños sin fundamento.

(*Tirso de Molina.*)

Los pueblos invocaban á *Marco Aurelio* y *Marco Aurelio* los consolaba en sus desgracias. Todos adoraban á *Marco Aurelio* y *Marco Aurelio* huía sus inciensos.

(*Capmany.*)

La que escudriña toda ajena casta,
La que come carbón y cal merienda,
La que el habano fuma y rejón gasta,
La que de rifa en rifa lleva prenda,
La que en reir es agua por canasta
La que no compra y va de tienda en tienda,
La que cura los males por ensalmo
Y siembra chismes mil en medio palmo.

(*Vargas Ponce.*)

Pinten, pinten un poco los modernos sobre lienzos de las ocasiones que corren y vendrá después la comparación de aquellos tiempos con estos, de aquellos personajes grandes con estotros.

(*Antonio Perez.*)

¡Que galan entró Verger
Con cintillo de *diamantes*
Diamantes que fueron antes
De *amantes* de su muger.

(*El Conde de Villamediana.*)

Servia á una mora el moro
Por quien andaba el rey muerto,

En *todo extremo* hermosa
Y discreta en *todo extremo*.

(Góngora.)

El consejo que se dá ó que se toma, *hale de dar hombre cuerdo* por el buen juicio que tiene: *hale de dar hombre sabio*, por lo mucho que ha leído: *hale de dar hombre sufrido*, por lo mucho que por él ha pasado: *hale de dar hombre sin pasiones*, porque no le ciegue la malicia: *hale de dar hombre sin interés*, porque no le impida la codicia.

(Guevara.)

Y en fin, como te conoces
Cargada de culpas graves,
Dejaste de verme al punto
Y de ser firme *dejaste*.

(Del Romancero.)

¿De donde viene lo que más lisonjea al gusto? *De América*.
¿De donde sacamos las materias más importantes para las artes?
De América. ¿A quién debe la medicina sus más heróicos remedios? A la *América*.

(Capmany.)

Al que *ingrato me deja* busco amante,
Al que *amante me sigue* dejo ingrata
Constante adoro á quien mi amor maltrata,
Maltrato á quien mi amor busca constante.

Al que *trato de amor hallo diamante*,
Y soy *diamante* al que de amor me trata;
Triunfante quiero ver al que me mata
Y mato al que me quiere ver triunfante.

(Sor J. I. de la Cruz.)

De aquí procede que el mismo hijo de Dios ama á los justos como á sus *miembros*, y mira por ellos como por sus *miembros* y tiene solícito cuidado de ellos como de sus propios *miembros*, é influye en ellos continuamente como cabeza en sus *miembros*.

(Del P. Granada.)

Que el hombre, el hombre mismo,
Si á la maldad declina,

Desconociendo términos, excede
A las iras del cielo y de la tierra.

(Moratin.)

De manera que su ser (*habla de Dios*) es su esencia, y su esencia es su poder, y su poder es su querer, y su querer es su voluntad, y su voluntad es su entendimiento, y su entendimiento es su entender, y su entender es su ser, y su ser es su sabiduría, y su sabiduría es su bondad, y su bondad es su justicia, y su justicia es su misericordia, la cual aunque tiene contrarios efectos que la justicia, cuales son perdonar y castigar, realmente en él son tan una cosa, que su misma justicia es su misericordia, y su misericordia es su justicia.

(Del P. Granada.)

Fuego arrojó su ruginoso acero;
¡Venganza y guerra! resonó en su tumba,
¡Venganza y guerra! repitió Moncayo,
Y al grito heroico que en los aires zumba
¡Venganza y guerra! claman Turia y Duero.
Guadalquivir guerrero
Alza al bélico son la régia frente
Y del patrón valiente,
Blandiendo altivo la robusta lanza
Corre gritando al mar: ¡guerra y venganza!

(J. N. Gallego.)

3.° CLASE: POR SEMEJANZA EN LOS ACCIDENTES GRAMATICALES.—Aliteración, asonancia y paronomasia, derivación, polipole y similitudencia, sinonimia y paradiastole, equívoco.

En este se *alegró* toda la Humanidad en Cristo, *alegráronse* todos los discípulos de Cristo, *alegróse* el cielo, alegróse la tierra: hasta el mismo infierno cupo parte de esta general alegría.

(Del P. Granada.)

Nada les oímos, solo cuando por encarecer sus servicios, dijo uno á los otros: (*á los soldados*) ¡qué, digo, camarada, ¡qué trances hemos pasado, y qué tragos! Lo de los tragos se les creyó.

(Quevedo, en las *Zaurdas* de Plutón.)

El mismo es el *sacerdote* y el *sacrificio*, el *pastor* y el *pasto*, el

doctor y la doctrina, el abogado y el juez; el premio y el que dá el premio, la guía y el camino.

(Fr. Luis de León.)

De mala gana me rio,
¡Qué donoso disparate!
Tú no guardas tu secreto,
¿Y quieres que otro lo guarde?

(Del Romancero.)

Por mi ayunaste. velaste, caminaste, sudaste, lloraste y probaste por experiencia todos los males que había merecido mi culpa.

(Del P. Granada.)

Rompa el cielo en mil rayos encendido
Y con pavor horrisono cayendo
Se despedace en hórrido estampido.

(Herrera.)

Aunque el camino es llano y suave para los hombres de buena voluntad, el que camina, caminará poco y con trabajo.

(De San Juan de la Cruz.)

—Vuelva usted, niña esa cara,
Que amor-con amor se cura,
Y si usted bien lo repara,
Al que como yo se apura
Debe decirsele *apara*.

—Anda usted de ceca en *meca*
Y quiere volverme *mica*
Para que me ponga hueca;
Pero el que de todo *pica*
Ya sé yo por lo que *peca*,

—Le digo á usted que la *cosa*
Se puede quedar en *casa*,
Y que es usted tan hermosa
Que tengo ya el alma *rasa*
Por esa cara de *rosa*.

(Larra.)

El precio del silencio, les respondieron, es silencio también. ¿Cómo puede ser eso, si lo que se vende es *callar*? La paga cómo

se puede callar? Muy bien: que bien callar se paga con otro: este *calla* porque aquel *calle*, y todos dicen *callar* y *callemos*.

(Gracian)

Ducados compran *ducados*,
Escudos pintan *escudos*,
Y tahures muy desnudos
Con dados ganan *condados*,
Cruzados hacen *cruzados*
Y coronas majestad.

(Góngora.)

Tenemos por virtudes los vicios, creyendo que la *ambición* sea *grandeza de ánimo*, la *crueidad* *justicia*, la *prodigalidad* *liberalidad*, la *temeridad* *valor*, sin que la prudencia llegue á discernir lo honesto de lo malo, y lo útil de lo dañoso.

(Saavedra.)

Hay *alcalde* que de *valde*
Por solo hacer el *alcalde*
Me pondrá de San Lorenzo.

(Alarcón.)

Ardia en sedición y discordia el sitio; cuando el gremio de los pasloros dijeron que los oyesen luego y los primeros porque se les habian rebelado las ovejas, diciendo que ellas les guardaban de los lobos que se las comian una á una para trasquilarlas, desollarlas, matarlas y venderlas todas juntas de una vez.

(Quevedo.)

..... Al pecho que os ofrezco
Tan voluntariamente abrid mil puertas;
Que no cabrá por menos tanta *llama*,
Tanto *ardor*, tanto *fuego*, tanta *hoguera*.

(Huerta.)

El amor es infinito
Si se funda en ser honesto;
Y aquel que se acaba presto
No es amor, sinó *apetito*.

(Corvantes.)

Un gitano que el *jaez*
Apretaba un jaco cojo

Cogiendo lleno enojo
De esquilár la tijereta
Dijo al majo:—Por la jeta
Te la encajo si te cojo.

(Samaniego.)

Pues la verdad que quiero, (dijo Preciosa) que me diga, si *por ventura* es poeta,— A serlo, replicó el paje, forzosamente habia de ser *por ventura*.

(Cervantes.)

Considera también que donde hay muchas riquezas, también hay muchos que las *consuman*, muchos que las *gasten*, muchos que las *desperdicien* y *hurten*.

(P. Granada.)

Esta nación ingrata ni nos dá de comer ni nos aplaude; mientras nosotros procurando su felicidad y su gloria, la enriquecemos *diariamente*, *semanalmente*, *mensualmente*, *continuamente*, de conocimientos útiles.

(Moratin.)

A las *Córtés* vais buen Cid,
Y á lo que os lleva á la *cóрте*
Ha de dar *cóрте* la espada
Porque no tiene otro *cóрте*.

(Del Romancero.)

Su *celo*, su *paciencia*, su *desinterés*, *mansedumbre* eran en este punto admirables.

(Jove-Llanos.)

Hombres con hombres con furor se estrellan.
Con golpes reciamente redoblados,
Lo *arrasan* todo y todo lo *atropellan*,
Hienden, *rajan*, *destrozan* irritados;
Armas, *muertos*, *caballos*, *carros* huellan
Con espantoso estruendo derribados:
Yelmos, *picos*, *turbantes*, *sangre ardiente*
Envuelve el Guadalete juntamente.

(Espronceda.)

Por su mandamiento venimos aquí: verdaderas son sus palabras, no pueden *fallar*; antes *faltarán* los cielos y la tierra. No le fallemos nosotros, que no hayais miedo que *falte*.

(De Santa Teresa de Jesus.)

La victoria al matador
Abrevia, y el que ha sabido
Perdonar lo hace mejor;
Pues mientras vive el *vencido*,
Venciendo está el *vencedor*,

(Alarcón.)

Ese es el cuerpo de Crisóstomo, que fué el único en el ingenio, solo en la cortesía, extremo en la gentileza, fénix en la amistad, *magnifico sin tasa, grave sin presunción, alegre sin bajeza*,

(Cervantes.)

Y así en el mundo ha dejado
Opinión, fama y renombre
De que llegó á ser el hombre
Más vicioso y regalado.

(G. de Castro.)

Tenemos muchas habilidades que felice fin nos prometen: porque en la cárcel *cantamos*, en el potro *callamos*, de día *trabajamos*, de noche *hurtamos*, ó por mejor decir *avisamos* que nadie viva descuidado de mirar donde pone su hacienda.

(Cervantes.)

En el punto que el Señor allí *bajó (al infierno)*, luego aquella eternal noche *resplandeció*, y el estruendo de los que lamentaban *cesó*, y toda aquella cruel tienda de atormentadores *tembló* con la bajada del Salvador.

(P. Granada.)

Para *orador* te faltan más de cien,
Para *arador* te sobran más de mil.

(Fr. Diego Gonzalez.)

Tan indigno es el que tu ruegues al tirano, como imposible que te *perdone* quien con *perdón* te justicia.

(Quevedo.)

Porque allí llevo sediento,
Pido vino de lo nuevo,
Mídenlo, dánmelo, bébolo
Págofo y voime contento.

(B. de Alcazar.)

Servi á Condes, servi á Reyes,
Hasta que por varios casos
Tendimus y *Latium*, digo,
Me mirais *tendido* y *lacio*.

(Góngora.)

FIGURAS DE PENSAMIENTO.

PRIMER GRUPO.—PINTORESICAS.—Descripción, enumeración, distribución y ampliación. (1)

La hermosura de los cielos, la claridad del sol y de la luna, la refulgencia de las estrellas, el resplandor de los planetas, las corrientes de las aguas, las verduras de los campos, la diversidad de las flores, la variedad de los colores y todo cuanto tus divinas manos fabricaron, ¡oh Dios de mi corazón y esposo de mi alma! me dicen que te ame.

(Del P. Estella.)

Y quitado el resplandor
Pudo el moro ver la plaza
Y en ella un toro furioso
Que á los cielos amenaza.

La cabeza en proporción,
La cerviz corta, empinada;
Anchuroso tiene el pecho,
La cola toda enroscada:

Un remolino en la frente,
En sangre los ojos baña;
Cortos brazos, largos pies
Bufa, salta, corre y brama.

(Del Romancero.)

(1) En la colocación de los ejemplos no se sigue de intento el orden en que están puestas las figuras.

¿Como no hablaré de Murillo, del suave y delicado Murillo, cuyo diestro pincel comunicaba al lienzo todos los encantos de la hermosura y de la gracia? ¡Gran Murillo! Yo he creído en tus obras los milagros del arte y del ingenio; yo he visto en ellas pintados la atmósfera, los átomos, el aire, el polvo, el movimiento de las aguas y hasta el trémulo resplandor de la luz de la mañana. Tu nombre es el celebrado de las personas de buen gusto,

(Jove-Llanos.)

DESCRIPCIÓN DEL LINDO D. DIEGO.

Es lindo el Don Diego, y tiene
Más que de Digo, de lindo.
Él es tan rara persona,
Que según anda vestido,
Puede en una mojiganga
Ser figura de capricho.
Tan ajustado se viste
Que al andar sale de quicio;
Porque anda descoyuntado
Del tormento del vestido
A dos palabras que hable
Le entenderás todo el hilo
Del talento: que él es necio;
Pero muy bien entendido.
Yo entré alla y le vi en la cama
De la frente al colodrillo,
Ceñido de un tocador,
Que pensé que era judío.
Con su bigotera puesta
Estaba el mozo jarifo,
Como mula de arriero
Con jaquima de camino.
Las manos en unos guantes
De perro, que por aviso
Del uso de los que da,
Los aforró de su oficio.
Deste modo de la cama

Salió á vestirse á las cinco,
Y en ajustarse las ligas
Llegó á las ocho de un giro;
Tomó el peine y el espejo,
Y en memoria de Narciso
Le dió las once en la luna;
Y en daga, y espada, y tiros,
Capa, vueltas, y valona,
Dió las dos, y después dijo:
Mozo, ¿donde habrá ahora misa?
Y el mozo humilde le dijo:
A las dos dadas, Señor,
No hay misa sino en el libro.
Este es el novio, Señora
Que de Burgos te ha venido,
Tal, que primero que el novio
Esperara yo un novillo.

(Moreto.)

Se llama espíritu nuevo (*la gracia*) porque renueva el corazón del hombre; y fuego, porque gasta los pecados; y unción, que sana las llagas espirituales; y luz, que da claridad en el entendimiento y virtud, que conforta nuestra flaqueza; y fuente, que mata la sed de nuestra alma; y hacha encendida, que nos inflama en el amor de Dios.

(Del P. Osuna.)

En solitaria y empinada roca
De los montes cantábricos, altiva
Rasga el espacio y en las nubes toca
Vieja torre feudal; la peña viva,
De donde arranca el resistente muro,
Con tan áspero corte el paso cierra,
Que no hay otro castillo más seguro
Coronando los riscos de la sierra.

Nuñez de Arce.

RETRATO DE CERVANTES HECHO POR EL MISMO.

Este que veis aquí de rostro aguileño, el cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y de nariz corva, aunque bien proporcionada, las barbas de plata, que no ha

veinte años que fueron de oro, los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes no crecidos, porque no tiene sino seis, y esos mal acondicionados y peor puestos, porque no tienen correspondencia los unos con los otros, el cuerpo entre dos extremos, ni grande ni pequeño, la color viva, antes blanca que morena, algo cargado de espaldas y no muy ligero de piés; este digo, que es el rostro del autor de la *Galatea* y de *Don Quijote de la Mancha*.

(Cervantes, en el prólogo de las *Novelas*.)

Y verás de una mirada
Que es lo más rico ó más bueno
Lo que vuela ó lo que nada.
Como la espuma en los mares
En el cielo los fulgores,
El incienso en los altares,
En los árboles las flores,
Los celajes en el viento,
En el viento los sonidos
La vida en nuestros sentidos
Y en la vida el pensamiento.

(*Campoamor*.)

¿Quien halló el hierro escondido en las venas de la tierra?
quien hizo de él el cuchillo para romper nuestras carnes?
quien hizo saetas? quien fué el que hizo lanzas?
quien lombardas? quien halló artes de quitarnos la vida,
sino el entendimiento, que ninguna igual industria halló de traernos la salud?

(*Perez de Oliva*.)

No la púrpura de Tiro
Señora yo os podré dar:
* * * * *
La miel sabrosa, la piña,
La fresa que se deshace,
La guinda negra, que nace
En el linde de la viña....
El cabritillo criado
Debajo del cesto á leche,
Y en fin cuanto rinda y peche
El monte, el prado, el ganado.

(*Lope de Vega*.)

Fué varón (*Don Alonso de Santa Maria, Obispo de Burgos*)
quito de cobdicias temporales, é nunca se sintió en él punto de
envidia. Decia él que no podia ser alegre en sus bienes el que
se atormenta con bienes ajenos. Era de espíritu humilde; é doc-
trinando con humildad, su doctrina era mejor recibida é de
mejor fruto. Aborrecia los loores que en presencia le decian;
porque si la conciencia acusa de dentro, poco, decia él, que
aprovechan los loores de fuera.

(*Fernando del Pulgar, en los Claros Varones.*)

El sol tiende los rayos de su lumbre
Por montes y por valles, despertando
Las aves, animales y la gente:
Cuál por el aire claro va volando,
Cuál por el verde prado ó alta cumbre
Paciendo va segura y libremente:
Cuál con el sol presente
Va de nuevo al oficio
Y al usado ejercicio
Do su natura ó menester le inclina:
Siempre está en llanto esta ánima mezquina,
Cuando la sombra el mundo va cubriendo,
O la luz se avecina:
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

(*Garcilaso.*)

FIGURAS DE SEGUNDA CLASE.—LÓGICAS: antítesis, concesión, corrección, epifone-
ma, gradación, paradoja y símil.

Ricos fueron los Romanos en tanto que supieron ser pobres:
con su pobreza se enterró su honra.

(*Quevedo.*)

Blandamente se allanan las grandes ondas de la mar en la
arena, que con grande ruido suenan y baten en las altas peñas.

(*P. Granada.*)

Una voz triste se oye, que llorando,
Cayó Itálica dice, y lastimoso
Eco reclama Itálica en la hojosa
Selva; y el claro nombre oido
De Itálica renuevan el gemido

Mil sombras nobles de su gran ruina:
¡Tanto aun la plebe á sentimiento inclina!

(Rodrigo Caro.)

Respondió el Señor: No os acongojeis, hijos míos, (á los apóstoles) que no os dejo como pensais. Decis que quedais solos; antes yo me quedo con vosotros hasta el fin del mundo en el sacramento del altar. Decis que os desamparo; no os dejaré huérfanos, que iré y vendré á vos y alegrarse há con estas venidas vuestro corazón. Decis que os dejo desconsolados; yo rogaré al Padre y daros ha otro Consolador. Decis que os dejo flacos en medio de tantos y tan fuertes contrarios; buen remedio, sosegaos en la ciudad, no salgais á tratar con ellos hasta que de lo alto seais vestidos de fortaleza.

(Del P. Granada.)

Hacer el bien con generosa mano
Tan solo por el bien, sin otra idea,
Fue siempre nobilísima tarea
Que á Dios levanta el corazón humano.

Hacerle á un enemigo que, villano,
Temor y no virtud tal vez lo crea
Es más subido mérito, aunque sea
Lo mismo que sembrar el aire vano.

Partir con el desnudo é indigente
El escaso alimento y el vestido,
Es acción que ya toca en lo eminente.

Pero hay mayor grandeza en el olvido
Sepultar el bien hecho, y juntamente
El mal en recompensa recibido.

(V. Ruiz de Aguilera.)

Pero excusadas son las palabras donde vocean las obras, que siempre fueron los testigos del amor verdaderos. Porque ¿que hombre, jamás no digo muchos hombres, sino un hombre solo, por más amigo suyo que fuese, hizo las pruebas de amor que hacen y harán innumerables gentes por Cristo en cuanto los siglos duraren?

(Fr. Luis de León.)

Cual suele acompañada de su bando
Aparecer la dulce primavera,

Cuando Favonio y Céfiro soplando
Al campo tornan su beldad primera,
Y van artificiosos esmaltando
De rojo, azul y blanco la ribera;
De tal manera á mi Flérída mía
Viniendo reverdece mi alegría.

(Garcilaso.)

Alguno me dirá que todo es una ilusión, *y es verdad*; pero es una ilusión inocente, agradable, provechosa. Y ¿que bien que goza del mundo no es una ilusión sobre la tierra?

(Jove-Llanos.)

Hombres necios que acusais
A la mujer sin razón,
Sin ver que sois ocasión
De lo mismo que culpais;
Si con ánsia sin igual
Solicitais su desdén,
¿Por qué quereis que obren bién
Si las incitais al mal.

• • • • •
¿Que humor puede ser mas raro
Que el que, falto de consejo
El mismo empaña el espejo
Y siente que no esté claro?

• • • • •
Dan vuestras amantes penas
A sus libertades alas;
Y después de hacerlas malas
Las quereis hallar muy buenas.

¿Cual mayor culpa ha tenido
En una pasión errada?
¿La que cae de rogada
O el que ruega de caído?
O ¿cuál es más de culpar
Aunque cualquiera mal haga,
La que peca por la paga
O el que paga por pecar?

(Sor J. Inés de la Cruz.)

Y es, iba á decir donaire, y no es donaire, sino vituperable inconsideración, que las madres celosas del bien de sus hijos les vedan las pláticas de algunas otras mujeres, y no les vedan los versos y los cantarillos de argumentos livianos, los cuales hablan con ellas á todas horas.

(Fray Luis de León.)

Confieso que eres valiente,
Que hiendes, rajas y partes,
Y que has muerto más cristianos
Que tienes gotas de sangre;
Que pierdo mucho en perderte,
Que gano mucho en ganarte
Y que si nacieras mudo
Fuera posible adorarte.
Mas por este inconveniente
Determino de dejarte;
Que eres pródigo de lengua,
Y amargan tus liviandades.

(Del Romancero.)

Pero seremos nosotros tan *desgraciados*? ¿Que digo? Seremos tan *indolentes* y *perezosos*, que teniendo el bien tan cerca, no levantamos nuestro espíritu para recibirle?

(Jove-Llanos.)

Pues bien, la fuerza mande, ella decida:
Nadie incline á esta gente fementida
Por temor pusilánime la frente:
Que nunca el alevoso fué valiente.

(Quintana.)

Para emprender una cosa es menester cordura; para ordenarla, experiencia; para acabarla paciencia; mas para sustentarla es menester buen esfuerzo, y para menospreciarla, grande ánimo.

(A. de Guevara.)

Del injusto opresor esta es la suerte:

.

Su edad será marchita como el heno,
Su juventud florida
Caerá, cual rosa del granizo herida,
En medio el valle ameno.

(Meléndez Valdés.)

Con estas deshonras me honrasteis, con estas acusaciones me defendisteis, con esta sangre me labasteis, con esta muerte me resucitasteis, y con esas lágrimas vuestras me librasteis de aquel perpétuo llanto y crujir de dientes.

(Del P. Granada.)

No sufro.... dije poco: yo abomino
De naipes en mujer el gusto ciego,
Y en el monte, malilla y revesino
Ver fundir mi caudal á lento juego.
¿Lento? ¡Ya, ya! ¡Gracioso desatino!
No es sino acometerle á sangre y fuego
Como antaño Leonor, la mogigata
Que jugó su berlina y volvió á pata.

(Vargas Ponce.)

Amigos verdaderos y doctos, *pocos*: amigos ciegos y mal apasionados, *algunos*: amigos solapados y chismosos, *muchos*: émulos envidiosos por idiota, *muchísimos*: enemigos declarados de balde, no pocos: indiferentes. desconocidos.

(Del P. Sarmiento).

. Claudio, todos
Predican ya virtud, como el hambriento
Don Ermeguncio cuando sorbe y llora...
¡Dichoso aquel que la practica y calla!

(Moratin.)

César vivió en las batallas, donde se muere, César murió en el Senado donde se vive.

(Quevedo.)

Del más hermoso clavel
Pompa de un jardín ameno,
El áspid saca *veneno*
La officiosa abeja *miel*.

(Calderon.)

En el espacio de muchos siglos casi no encontramos las artes sobre la tierra, y si de cuando en cuando divisamos alguno de sus monumentos, es tal, que apenas nos libra de la duda de su existencia; así como aquel río que después de haber conducido penosamente sus aguas por sitios pedregosos y quebrados, des-

aparece repentinamente de nuestra vista, sumido en los abismos de la tierra, y vuelve á brotar después de trecho en trecho, no ya rico y majestuoso como antes era, sino pobre, desfigurado y con más apariencias de lago que de río.

(*Jove-Llanos.*)

El gallado Abenzulema
Sale á cumplir el destierro
A que le condena el rey,
O el amor, que es lo mas cierto.

(*Del Romancero.*)

Y como el monte alto en la cumbre se toca de nubes y las traspasa, y parece que llega hasta el cielo, y en las faldas cria viñas y mieses y da pastos saludables á los ganados; así lo alto y la cabeza de Cristo es Dios, que traspasa los cielos, y es consejo altísimo de sabiduría, adonde no puede arribar ingenio ninguno mortal.

(*Fr. Luis de León.*)

Los dos lazados en sabroso nudo
Pisaban inespertos los vergeles
Del aromoso Eden. So el pié desnudo
De Adan se elevan súbito claveles;
Do fija Eva sus plantas, el menudo
Césped brota azucenas; en pos fieles,
Les dan aves y fieras vasallaje.
¡Padres felices de infeliz linaje!

(*Reinoso.*)

Pocos negocios vence el impetu, algunos la fuerza, muchos el sufrimiento, y casi todos la razón ó el interés.

(*Saavedra.*)

Dirás que muchas barcas
Con el favor en popa
Saliendo desdichadas
Volvieron venturosas.
No mires los ejemplos
De las que van y tornan,
Que á muchas ha perdido
La dicha de las otras.

(*Lope de Vega.*)

Otros cohechan, importunan, solicitan, madrugan, ruegan, porfian y no alcanzan lo que pretenden.

(Cervantes.)

Este que llama el vulgo estilo llano
Encumbra tantas fuerzas, que quien osa
Acometerle suda en vano:
Y su *facilidad dificultosa*
También convida y desanima luego
En los corifeos de la prosa.

(Argensola.)

FIGURAS DE TERCERA CLASE.—PATÉTICAS: apóstrofe, interrogación, conminación, deprecación, optación, imprecación, exclamación, hipérbole, prosopopeya, histerología y reticencia.

Bien notas, escudero fiel y leal, las tinieblas de esta noche, su extraño silencio, el sordo y confuso estruendo destes árboles, el temeroso ruido de aquella agua, en cuya busca venimos, *que parece que se despeña y se derrumba desde los altos montes de la luna.*

(Cervantes.)

Dice la muerte. «Isla soy yo de reposo
En medio el mar de la vida,
Y el marinero allí olvida
La tormenta que pasó;
Allí convidan al sueño
Aguas puras sin murmullo,
Allí se duerme al arrullo
De una brisa sin rumor.»

(Espronceda.)

¡Oh soberano Dios! ¡A ti, que todos los atribulados llaman, los apasionados piden remedio, los llagados medicina! á ti que los cielos, mar, tierra con los infernales centros obedescen! á ti, el cual todas las cosas de los hombres sojuzgastes! humildemente suplico dés á mi herido corazón sufrimiento y paciencia, con que mi terrible pasión pueda disimular.

(De La Celestina)

Sácame de aquesta muerte
Mí Dios, y dame la vida;

No me tengas impedida
En este lazo tan fuerte.
Mira que muero por verte,
Y vivir sin ti no puedo,
Que muero porque no muero.

(*Santa Teresa.*)

¡Oh Roma! maldita sea tu honra, y maldito sea el que crió en ti la soberbia! Maldito sea de los hombres y aborrecido de los Dioses el que inventó en ti esa pompa! porque han sido muy pocos los que con verdad la han alcanzado, y han sido infinitos los que por ella se han perdido.

(*A. de Guevara.*)

¿Son estos por ventura los famosos,
Los fuertes, los beligeros varones
Que conturbaron con furor la tierra,
Que sacudieron reinos poderosos,
Que domaron las hórridas naciones,
Que pusieron desierto en cruda guerra
Cuanto el mar Indo encierra,
Y soberbias ciudades destruyeron?
¿Do el corazón seguro y la osadía?
¿Como así se acabaron, y perdieron
Tanto heróico valor en solo un día:
Y lejos de su patria derribados,
No fueron juntamente sepultados?

(*Herrera.*)

¡Oh vosotros, quien quiera que seais, rústicos dioses, que en este inhabitable lugar teneis vuestra morada! oid las quejas de este desdichado amante, á quien una larga ausencia y unos imaginados celos han traído á lamentarse á estas asperezas..... ¡Oh solitarios árboles que desde hoy en adelante habeis de hacer compañía á mi soledad! dad indicio con el blando movimiento de vuestras ramas que no os desagrada mi presencia.

(*Cervantes.*)

Parte, parte cruel; busca tu Italia
Por medio de los piélagos ventosos;
Parte: yo espero, si hay un Dios, del justo

Terrible vengador, que tu castigo
Hallarás entre rígidos escollos.

(Virgilio, Trad.)

Con todo eso dijo Don Quijote; mira Sancho lo que hablas,
porque tantas veces va el cantarillo á la fuente... y no digo más.

(Cervantes.)

Y ¿á quien debo culpar? ¿Es ella la delincuente, ó su madre,
ó sus tías, ó yo?... ¿Sobre quien ha de caer esta cólera que por
más que procuro no se reprimir?... La naturaleza la hizo tan
amable á mis ojos! ¡Que esperanzas tan halagüeñas concebí!
¡Que felicidades me prometía!... ¡Cielos!... ¿Yo? ¡En que edad
tengo celos!...

(Moratin, en *El Sí de las niñas*.)

También Nelson allí.... Terrible sombra
No esperes, no, cuando mi voz te nombra,
Que vil insulte á tu postrer suspiro:
Inglés te aborrecí, y héroe te admiro.

(Quintana.)

¡Oh miserables oídos, que ninguna otra cosa oireis sino ge-
midos! ¡Oh desventurados ojos, que ninguna otra cosa vereis
sinó miseria! ¡Oh desventurados cuerpos, que ningún otro re-
frigerio tendreis sino llamas!

(Del P. Granada.)

Del Soldán de Babilonia,
De ese os quiero decir
Que le dé Dios mala vida,
Y á la postre peor fin.

(Del Romancero.)

Mas los hombres andarán secos y ahilados de muerte, oyen-
do los bramidos espantosos de la mar y viendo las grandes olas
y tormentas que levantará, barruntando por esto las grandes ca-
lamidades y miserias que amenazan al mundo tan tenebrosas
señales. Y así andarán atónitos y espantados, las caras amarillas
y desfiguradas; antes de la muerte muertos, y antes del juicio
sentenciados, midiendo los peligros con sus propios temores, y
tan ocupados cada uno con el suyo, que no se acordará del aje-
no, aunque sea padre ó hijo.

(Del P. Granada.)

¡Cuánta escena de muerte, cuánto estrago!
¡Cuántos ayes doquier! Despavorido
Mirad á ese infelice
Quejarse al adalid empedernido
De otra cuadrilla atroz. ¡Ah! ¿Qué te hice?
Exclama el triste en lágrimas deshecho;
Mi pan y mi mansión parti contigo,
Te abrí mis brazos, te cedí mi lecho,
Templé tu sed y me llamé tu amigo.
¿Y ahora pagar podrás nuestro hospedaje
Sincero, franco, sin doblez ni engaño,
Con dura muerte y con indigno ultraje?
¡Perdido suplicar! ¡Inutil ruego!
El mónstruo infame á sus ministros mira,
Y con tremenda voz gritando: ¡fuego!
Tinto en su sangre el infeliz espira.

(J. N. Gallego.)

La discordia rasga con sangrienta mano el velo de paz que cubria á España, y dando suelta á las vivoras sedientas que emponzoñan la sangre de su pecho, pronuncia el grito de esterminio entre padres é hijos, entre hermanos y amigos.

(Del Conde de Toreno.)

Ocuparon del piélago los senos,
Puesta en silencio y en temor la tierra,
Y cesaron los nuestros valerosos,
Y callaron dudosos:

(Herrera.)

¡Oh Dulcinea del Toboso, dia de mi noche, gloria de mi pena, norte de mis caminos, estrella de mi ventura! Así el cielo de la de buena en cuanto acertares á pedirle, que consideres el lugar y estado á que tu ausencia me ha conducido, y que con buen término correspondas al que á mi se le debe.

(Cervantes.)

¿Qué es nuestra vida mas un breve dia
Do apenas sale el sol cuando se pierde
En las tinieblas de la noche fria?
¿Qué es mas que el heno á la mañana verde,

Seco á la tarde? ¡Oh ciego desvario!
¿Será que de este sueño me recuerde?

(Fernandez Andrade.)

¡Oh! Señor mio!.... No te pido muerte dulce ni sabrosa, pues tú la tomaste por mí tan amarga; no pido ni escojo manera ó tiempo de muerte: solo te pido que me des tal socorro de gracia y fortaleza, que ninguna congoja, ni agonía, ni tentación baste á apartarme de ti, sinó que siempre tenga yo sed de tu justicia y amor hasta espirar, inclinando á ti mi cabeza con perfecta obediencia.

(Del P. Ortiz.)

Mas tú, fuerza del amor, tú excelsa Tiro,
Que en tus naves estabas gloriosa,
Y el término espantabas de la tierra,
Y si hacías guerra,
De temor la cubrias con suspiros;
¿Cómo acabaste, fiera y orgullosa?
¿Quién pensó á tu cabeza daño tanto?
Dios, para convertir tu gloria en llanto
Y derribar tus inclitos y fuertes,
Te hizo perecer con tantas muertes.

(Herrera.)

Veo al público, y á la verdad clamando sin cesar por el desagravio de la inocencia atropellada, á las costumbres y al santo nudo conyugal, solicitando ardientemente las penas más severas para respirar en adelante con seguridad y reposo.

(Meléndez Valdés.)

Y aun hubo en la tierra un hombre
Que osó profanar tu manto.....
¡Espacio falta á mi canto
Para maldecir su nombre!.....

(Bernardo L. Garcia.)

Vayades con Dios el Conde
Y con gracia de San Gil;
Dios os eche en vuestra suerte
A ese soldán paladin.

(Del Romancero.)

Lo que has de hacer, escudero fiel, es apretar bien las cinchas á Rocinante, y quédate aquí, que yo daré la vuelta pronto, ó vivo ó muerto.

(Cervantes.)

Su corola alzan las flores,
Y de un aroma suave,
Despidiéndose del día
Embalsaman todo el aire.

(Meléndez Valdés.)

Esté siempre, Señor de mi vida, sujeta mi voluntad á no salir de la vuestra, que no haya cosa que me lo impida. Pueda yo decir, Dios mio, y gloria mia, que «son mejores vuestros pechos y más sabrosos que el vino.»

(Santa Teresa.)

Rompieron sin temor con fiero estrago
Tus armadas, escuadras y braveza.
La arena se tornó sangriento lago,
La llanura con muertos aspereza.

(Rerreyra.)

FIGURAS DE 4.ª CLASE.—*Indirectas, oblicuas ó intencionales.*—Dubitación, dialogismo, atenuación, permisión, preterición, perifrasis, alusión é ironía.

El Hacedor del circulo estrellado,
•Hagamos, dijo, al hombre á imagen nuestra
Y á cuantos animales he criado
Sujete y dome su invencible diestra;
De los cielos el curso arrebatado
Penetre y el viaje que el Sol muestra
Y con ingenio perspicaz posea
Cuanto ve, y el Olimpo en sí rodea!!

(Alonso de Acevedo.)

¡Oh cruz, cómo tienes burladas nuestras esperanzas, y causada nuestra perdición! En un árbol alcanzamos todas nuestras riquezas; y ahora en el de la cruz las perdimos.

(P. Granada.)

Dígote, en fin, que es admirable idea
En tu edad cana acariciar las musas
Y trepar á la fuente Pegasea.

(Moratín.)

«¿Qué debo hacer, Jueces? Si callo me confirmáis reo; si hablo, me reputaré mentiroso.»—«¿Qué examinaré primero, ó de dónde partiré? ¿Qué auxilio he de pedir ó de quiénes puedo esperar? ¿De los dioses inmortales, ó del pueblo romano? ¿Imploraré vuestra fé, vosotros, que teneis la suprema autoridad?

(Cicerón.)

Dexemos á los troyanos.
Que sus males no los vimos,
Ni sus glorias:
Dexemos á los romanos
Aunque oimos y leímos
Sus historias.

(Jorje Manrique.)

No me pesa de ver la lozanía
De vuestro corazón, antes me esfuerza:
Mas temo que esta vuestra valentía,
Por mal gobierno el buen camino tuerza,
Que, vuelta entre nosotros la porfía,
Degolleis nuestra patria con su fuerza:
Cortad, pues, si ha de ser desamano,
Esta vieja garganta la primera.

(Ercilla.)

Si yo por males de mis pecados, ó por mi buena suerte, me encuentro por ahí algún gigante, como de ordinario les acontece á los caballeros andantes y le derribo en un encuentro, ó le parto por la mitad del cuerpo, ó finalmente le venzo y le rindo, ¿no será bien tener á quien enviarle presentado, y que éntre, y se hinque de rodillas ante mi dulce señora, y diga con voz humilde y rendida: yo, señora, soy el gigante Caraculiambro, señor de la ínsula Melendriana, á quien venció en singular batalla el jamás como se debe alabado caballero D. Quijote de la Mancha, el cual me mandó que me presentase ante vuestra merced para que la vuestra grandeza disponga de mi á su talante?

(Cervantes.)

Callaré á Otumba y su feroz campaña
Que estremeció los montes de la luna;
Los peligros de Chalco en la montaña,
Tanto choque naval en la laguna.

Hasta que preso Guatimoce, España
Su imperio halló sin resistencia alguna.

(N. F. de Moratin.)

¿Y el estilo? ¿Y la versificación? ¿Y el estro poético que resplandece en aquellas composiciones? ¿No es particular? ¿No es admirable? Desde el ovillejo más diminuto y vil á las octavas más repugnantes y pomposas, ¿no se descubren bellezas incomparables que darán fama inmortal á las recalientes seseras que las produjeron,

(Moratin hablando de los malos poetas.)

Madre dichosa y obediente sierva
De Arturos, de Eduardos y de Enricos,
Ricos de fortaleza y de fé ricos:
Ahora, condenada á infamia eterna
Por la que te gobierna
Con la mano ocupada
Del huso, en vez del cetro y de la espada.

(Góngora en la Oda á la Armada Invencible.)

Por más áspero y de más fieras condiciones que el marido sea, es necesario que la mujer lo soporte y que no consienta por ninguna ocasión que se divida la paz. ¡Oh, que es un verdugo! Pero es tu marido. ¡Es un beodo! Pero el nudo matrimonial le hizo contigo uno. Un áspero, un desapacible. Pero miembro tuyo ya, y miembro el más principal.

(Fr. Luis de León.)

CAPITAN. No es razón,
Que.....

CRESPO. Cómo no, si vais preso?

CAPITAN. Tratad con respeto.

CRESPO. Eso

Está muy puesto en razón:
Gon *respeto* le llevad
A las Casas, en efecto
Del concejo, y *con respeto*
Un par de grillos le echad
Y una cadena, y tened
Con respeto gran cuidado,
Que no hable á ningún soldado;

Y á esos dos también poned
En la carcel; que es razón,
Y aparte, porque después
Con respeto á todos tres
Les tomen la confesión.
Y aquí para entre los dos,
Si hallo harto paño, en efeto
Con muchisimo respeto
Os he de ahorcar, juro á Dios.

(Calderón en el Alcalde de Zalamea.)

Después de la aventura de los Batanes.

Miróle Sancho (á D. Quijote), y vió que tenia la cabeza inclinada sobre el pecho, con muestras de estar corrido. Miró también Don Quijote á Sancho, y vióle que tenia los carrillos hinchados y la boca llena de risa con evidentes señales de querer reventar con ella, y no pudo su melancolía tanto en él que á la vista de Sancho pudiese dejar de reirse; y como vió Sancho que su amo habia comenzado, soltó la presa de manera que tuvo necesidad de apretarse las hijadas con los puños por no reventar riendo. Cuatro veces sosegó, y otras tantas volvió á su risa con el mismo ímpetu que primero, de lo cual ya se daba al diablo D. Quijote, y más cuando le oyo decir como por modo de fisga: «has de saber ¡oh Sancho amigo! que yo nací por querer del cielo en esta nuestra edad de hierro para resucitar en ella la dorada ó de oro; yo soy aquél para quién están guardados los peligros, las hazañas grandes, los valerosos fechos;» y por aquí fué repitiendo todas ó las más razones que Don Quijote dijo la vez primera que oyeron los temerosos golpes.

(Cervantes.)

Son celos exhalaciones
Que nacen del corazón
Sofística presunción
Que pare imaginaciones
De muy pequeña ocasión.
Es envidia conocida
Que no sabe contentarse;
Una paz interrumpida,
Yerba en el alma nacida
Muy difícil de arrancarse.

¡ Es jara en yerba trocada,
Aljaba que pare flechas,
Una traición embozada
De contrarios rodeada,
Cárcel de dos mil sospechas.

Es una fuente de enojos,
Rio de muchas corrientes,
Camino hecho de abrojos,
Rejalgar para los ojos
Y agujijón para los dientes.

(Hurtado de Mendoza.)

AL GUADALQUIVIR

Tú, á quien ofrece el apartado polo,
Hasta donde tu nombre se dilata,
Preciosos dones de luciente plata
Que envidia el rico Tajo y el Pactolo;
Para cuya corona como á solo
Rey de los rios, entreteje y ata
Palas su oliva con la rama ingrata
Que contempla en tus márgenes Apolo.

Claro Guadalquivir, si impetuoso
Con crespas ondas y mayor corriente
Cubrieses nuestros campos mal seguros,
De la *mayor ciudad*, por quien famoso
Alzas igual al mar la altiva frente,
Respetas humilde los antiguos muros.

(J. de Arguijo.)

TROPOS DE PALABRA.—Sinecdoque, metonimia y metáfora.

El gallardo Abenumeya
Gran guerrero sobre el agua
Aquel que hizo estragos
Contra las *velas* cristianas.

(Del Romancero.)

Más, pienso yo ha hecho Cataluña en salir del estado pacífico para el sedicioso, que hará en pasarse ahora de sediciosa á

rebelde. No es la *espuela* aguda la que doma el caballo desbocado; la hábil mano del gínete lo templa y acomoda.

(Melo.)

Quereis con presunción necia
Hallar á la que buscais,
Para pretendida *Lais*,
Y en la posesión *Lucrecia*.

(Sor J. I. de la Cruz.)

El común consentimiento de los doctos solo ha tenido por elocuentes á aquellos que estuvieron dotados de un conocimiento universal de casi todas las ciencias; á los *Demóstenes*, digo, y *Cicerones* entre los gentiles; á los *Naciancenos* y *Crisóstomos*, á los *Ciprianos* y *Gerónimos* entre los cristianos; y para hablar de nuestros españoles á los venerables Padres Fr. Luis de Granada y Fr. Luis de León.

(Mayans.)

Tales ya fueron éstos, cual hermoso
Cedro del alto Líbano, vestido
De ramos, hojas, con excelsa alteza;
Las aguas lo criaron poderoso,
Sobre empinados árboles crecido
Y se multiplicaron en grandeza
Sus ramos con belleza;
Y extendiendo su nombre, se anidaron
Las aves que sustenta el grande cielo,
Y en sus hojas las fieras engendraron,
Y hizo á mucha gente umbroso velo:
No igualó en celsitud y en hermosura
Jamás árbol alguno á su figura.

Pero elevóse con su verde cima
Y sublimó la presunción su pecho
Desvanecido todo y confiado
Haciendo de su alteza sólo estima.
Por eso Dios lo derribó deshecho,
A los impios y ajenos entregado
Por la raíz cortado.
Que opreso de los montes arrojado,
Sin ramas y sin hojas y desnudo

Huyeron de él los hombres espantados,
Que su sombra tuvieron por escudo:
En su ruina y ramas cuantas fueron
Las aves y las fieras se pusieron.

(Herrera.)

Desvanecidas las tempestades de su juventud les queda (á los franceses) el fondo de una índole sincera, prolija educación y exterior agradable, sin la astucia del *italiano*, la soberbia del *inglés*, la aspereza del *alemán*, la avaricia del *holandés* y el despejo del *español*.

(Gadahalso.)

A UNA VIEJA.

Epilogo de los tiempos,
Almacén de las arrugas,
Archivo de las edades
Y taller de las argucias;
Inmemorial poseedora
De una vida que madruga
Desde el tiempo de Noé
A ser de todos injuria
Con tu larga senectud
Que aún no te parece mucha,
Sara se murió en agraz,
Matusalén en la cuna.

(Tirso de Molina.)

Viste el rico la delicada *holanda*, y el pobre gruesa *estopa*, pero dime si hasta ahora viste quejarse alguien pobre de que la aspereza de la estopa le ocasione al cuerpo alguna molestia.

(Feijóo.)

La belleza de las moras
El donaire gracia y gala
Es mejor para creida
Que con palabras contada,
Porque la más larga *pluma*
Quedará más atrasada.

(Del Romancero.)

Y ya que callemos los principes guerreadores y victoriosos que florecieron en los tiempos más vecinos al nuestro, notorios son los *Scipiones*, los *Marcelos*, los *Marios*, los *Pompeyos*, los *Césares* de los siglos antepasados, de cuyo valor y esfuerzo felicidad fué muy pequeña la redondez de la tierra.

(Fr. Luís de León.)

Tú, que con celo pio y noble saña
El seno undoso al húmido Neptuno
De selvas inquietas has poblado.

(Góngora.)

¡Día de difuntos! exclamé, y el *bronce* herido que anuncia con lamentable clamor la ausencia eterna de los que han sido, parecía vibrar más lúgubre que ningún año, como si presagiase su propia muerte.

(Larva.)

De Alejandro y Darío
Duermen los *blancos huesos*:
Que todo al fin es juego de fortuna
Cuanto ven en la tierra sol y luna.

(Quevedo.)

Y así con piadosa orden del cielo se tuercen y alteran perpetuamente todas las felicidades de esta vida, para que la *prosperidad* se temple con el miedo, y la *adversidad* con la esperanza.

(Coloma.)

Alma región luciente,
Prado de bienandanza, que ni al hielo
Ni con el rayo ardiente
Fallece, fértil suelo
Produtor eterno de consuelo.

De púrpura y de nieve
Florida la cabeza coronado
A dulces pastos mueve
Sin honda ni cayado
El buen pastor en tí su hafo amado.

Él va, y en pos dichasas
Le siguen sus ovejas do las paze
Con inmortales rosas,

Con flor que siempre nace
Y cuanto más se goza, más renace.

(Fr. Luis de León.)

La nave del corazón, combatida por los vientos de las pasiones turbulentas, se estrella en las rocas del vicio; pero si es llevada por el suave soplo de la virtud, arribará segura al puerto de la inmortalidad.

(Capmany.)

Sin tí (*sin la imprenta*) se devoraban
Los siglos á los siglos, y á la tumba
De un olvido eternal yertos bajaban,
Tú fuiste: el pensamiento
Miró ensanchar la limitada esfera
Que en su infancia fatal le contenía,
Tendió las alas y arribó á la altura
De do escuchar la *edad* que antes viviera
Y hablar ya pudo con la *edad futura*.

(Quintana)

Llevaba la tercera tropa Don Carlos Coloma con su compañía, y las de Don Juan Gamarra y Don Francisco de Padilla, que todos podían hacer el número de ciento y cincuenta *lanzas*.

(Coloma)

Y que ha de cumplirlo espero,
Si andas tu cumplido en dar;
Que para hacer confesar,
No hay *cordel* como el dinero.

(Alarcón.)

Subir á la *cumbre* del mando y del señorío por malos *caminos* es cosa fea; más desamparar al reino que de su voluntad se se os ofrece, y se recoge al amparo de vuestra *sombra* en el peligro, mirad no parezca flojedad y cobardía.

(P. Mariana.)

A las armas, moro amigo,
Dejad malicias aparte,
Y en vez de *damasco* y *sedas*
Vestid *jacerina* y *ante*.

(Del Romancero.)

Al mismo paso se iban acabando aquellos pobres indios que gemían debajo del peso, obligados á buscar con el *sudor* de su rostro lo mismo que despreciaban, y á pagar con su esclavitud la ingrata fertilidad de su patria.

(*Solis.*)

Que aunque á los dos y en años adelante
La *cana* en mi cabello aún no es nacida,
Ni surca la honda *ruca* mi semblante.

(*Fr. D. Gonzalez.*)

Y el mismo valor que venció á los turcos vencedores de los griegos, también puede darnos confianza de romper y abatir sus *águilas* como se abatieron sus *lunas*.

(*Moncada.*)

El soldán de Berbería,
El que se ha hecho temer
En Orán del *castellano*,
En Ceuta del *portugués*.

(*Góngora.*)

Dispuesto, pues, el corazón á creer lo que te he dicho, está ¡oh hijo! atento á tu *Calón*, que quiere aconsejarte y ser norte y guía que te encamine y saque á seguro puerto de este mar proceloso donde vas á engolfarte.

(*Cervantes.*)

Ya *Mendozas* y *Guzmanes*
Leivas, *Tolcidos*, *Bazanes*,
Enriquez, *Rojas*, *Girones*,
Pachecos, *Lasos*, *Quiñones*,
Pimenteles y *Lujanes*.
Truecan las armas por galas
Por música el atambor.

(*Lope de Vega.*)

Pero dime por tu vida, ¿has visto más valeroso caballero que yo en todo lo descubierta de la tierra? La verdad sea, respondió Sancho, que yo no he leído ninguna historia jamás, porque no sé leer ni escribir, más lo que osaré apostar es, que más atrevido amo que vuestra merced yo no lo he servido en todos

los días de mi vida, y quiera Dios que estos atrevimientos no se paguen donde tengo dicho.

(Cervantes.)

Que eres amable y como amable hermosa
Mil te lo han dicho ya; mil todavía
Te lo dirán también en verso y prosa,
Y yo á ser más galán, te lo diría|

(Quintana.)

¿Qué es, Señor, todo este mundo visible sinó un *espejo* que pusisteis delante de nuestros ojos, para que en él contempláramos vuestra hermosura? Porque es cierto, que así como en el cielo vos sois *espejo* en que veamos las criaturas así en este *destierro*, ellas nos son *espejo* para que os conozcamos.

(Del P. Granada.)

Lo que ocupó el *pie* lo mantuvo el *brazo* y el ingenio: lo que pudo vencer con el arte no lo remitió á la *espada*.

(Saavedra Fajardo.)

Si la esperanza viva es el *áncora* de nuestra vida ¿cómo osa nadie entrar en el golfo de este siglo tan *tempestuoso* sin el socorro del *áncora*? Y si la esperanza decíamos que era el escudo con que nos defendemos del enemigo, ¿cómo andan los hombres sin este escudo en medio de tantos enemigos? Si la esperanza es el *báculo* en que se sostiene la naturaleza humana, y después de aquella general dolencia. ¿qué será del hombre *flaco* sin arrimo de este *báculo*?

(Del P. Granada.)

CUADRO TERCERO.

Modelos y ejemplos de las diversas clases de estilo.

Volviendo Cristo el tercer día á la vida para no morir más, rodeado de sus despojos subió triunfando al cielo, de donde el soberbio cayó; y colocó nuestra sangre y nuestra carne en el lugar, que el malvado apeteció, á la diestra de Dios. Y hecho señor, en cuanto hombre, de todas las criaturas, y juez y salud

dellas; y para poner su efecto en ellas y en nosotros mismos la eficacia de su remedio, y para llevar á sí y subir á su mismo asiento á sus miembros, y para el fuerte tirano, que encadenó y despojó en el infierno, quitarle de la posesión malvada y de la adoración injusta que se usurpaba en la tierra; envió desde el cielo al suelo su Espíritu sobre los humildes y pequeños discípulos, y armádoles con él, les mandó mover guerra contra los sábios vanos y presuntuosos, que tenía por ministros suyos el demonio en el mundo. Y como hacen los grandes maestros, que lo más dificultoso y más principal de las obras lo hacen ellos por sí, y dejan á sus obreros la de menos trabajo; así Cristo, vencido que hubo por sí y por su persona al espíritu de la maldad, dió á los suyos que movieran guerra á sus miembros. Los cuales discípulos la movieron osadamente, y la vencieron más esforzadamente; y quitaron la posesión de la tierra al príncipe de las tinieblas, derrocando por el suelo su adoración y su silla. Pero aqúeste hecho, por donde quiera que le miremos es hecho maravilloso: maravilloso en el poco aparato con que se principiò: maravilloso en la presteza con que vino á crecimiento: y más maravilloso en el grandísimo crecimiento á que vino: y sobre todo maravilloso en la forma y manera como vino.

Porque, si sucediera así, que algunos persuadidos al principio por los apóstoles, y por aquellos persuadiéndose otros, y todos juntos y hechos un cuerpo y con las armas en la mano, se hicieron dueños de una ciudad, y de allí peleando sujetaron á sí la comarca, y poco á poco cobrando más fuerzas ocuparon un reino, y como á Roma le aconteció, que hecha señora de Italia, movió guerra á toda la tierra, así ellos, hechos poderosos, y guerreando venciéran el mundo y le mudáran sus leyes; si así fuera, menos fuera de maravilllar. Así subió Roma á su imperio: así también la ciudad de Cartago vino á alcanzar grande poder. Muchos poderosos reinos crecieron de semejantes principios. La secta de Mahoma, falsísima, por este camino ha cundido. Y la potencia del Turco, de quien agora tiembla la tierra, principio tuvo de ocasiones más flacas. Y finalmente, de esta manera se esfuerzan, y crecen, y sobrepujan los hombres unos á otros.

(Fr. Luis de León.)

Es la cosecha del clavo la riqueza de los reyes Malucos, más cierta que los tributos de sus vasallos: y aunque la desesperación y rabia de la ofensa les ponía el fuego en las manos para abrasar la pátria, pudiera ser que, de la manera que suelen salir provechosos de algún error, fertilizarán sus campos con lo que pensaban hacerlos estériles. La ceniza bruta y mezclada, ¿quién no sabe, que esparcida en la tierra, le suele añadir fecundidad? En Europa, remedio común para el terreno inútil suele ser el encender los restrojos y levantar hogueras en ellos aunque sean con pajas livianas: porque ó las tierras quemadas adquieren fuerzas secretas y pastos abundantes, ó por el incendio se recuece todo su vicio, y suda el humor inútil. Por ventura el calor intenso abre muchas vias y rebaja los poros ciegos y respiraderos ocultos, y por ellos acude la sustancia y la recibe la tierra en los senos para concebir nuevos partos, ó se endurecen y aprietan más las venas que se abrieron, para que las aguas sutiles, ó el poderío continuado del sol, ó el frio del cierzo que la suele traspasar, no la injurien. De más que, habiendo elegido la naturaleza aquella parte del mundo única para solos estos frutos, sin que se haya jamás notado intermisión ni falta de ellos, no es creíble que se aniquilaran por una violencia momentánea. Más la intención de aquellos pueblos no era renovar las selvas aromáticas, destruirlas. Aquí se entiende para cuán notable daño, contra sí mismos y contra todas las gentes se armaban.

(Argensola.)

Parece que los gitanos y gitanas solamente nacieron en el mundo para ser ladrones: nacen de padres ladrones, criáanse con ladrones, estudian para ladrones, y finalmente salen con ser ladrones corrientes y molientes á todo ruedo; y la gana de hurtar y el hurtar son en ellos como accidentes inseparables que no se quitan sinó con la muerte.

Una, pues, desta nación, gitana vieja, que podía ser jubilada en la ciencia de Caco, crió una muchacha en nombre de nieta suya, á quien puso por nombre Preciosa, y á quien enseñó todas sus gitanerías y modos de embelecocos y trazas de hurtar. Salió la tal Preciosa la más única bailadora que se hallaba en el gitanismo, y la más hermosa y discreta que pudiera hallarse, no entre los gitanos, sinó entre cuantas hermosas y discretas pudiera publicar la fama. Ni los soles ni los aires, ni

todas las inclemencias del cielo, á quien más que á otras gentes están sujetos los gitanos, pudieron deslustrar su rostro, ni curtir sus manos; y lo que es más, que la crianza tosca en que se criaba no descubria en ella sinó ser nacido de mayores prendas que de gitana, porque era en extremo cortés y bien razonada; y con todo eso era algo desenvuelta, pero no de modo que descubriese algun género de deshonestidad; antes con ser aguda era honesta, que en su presencia no osaba alguna gitana vieja ni moza cantar cantares lascivos, ni decir palabras no buenas. Y finalmente la abuela conoció el tesoro que en la nieta tenia, y así determinó el águila vieja sacar á volar su aguilucho y enseñarle á vivir por sus uñas.

(Cervantes.)

Ciudadanos de Roma: Las guerras civiles, de compañeros de Julio César os hicieron vasallos; y esta mano de vasallos os vuelve compañeros. La libertad que os dió Junio Bruto contra Tarquino os da Marco Bruto contra Julio César: de este beneficio no aguardo vuestro agradecimiento, sino vuestra aprobación. Yo nunca fui enemigo de César, sino de sus designios; antes tan favorecido, que el haberle muerto fuera el peor de los ingratos, si no hubiera sido el mejor de los leales. No han sido sabidores de mi intención la envidia ni la venganza. Confieso que César, por su valentía, por su sangre, y su eminencia en la arte militar y en las letras, mereció que le diese vuestra liberalidad los mayores puestos; más también afirmo que mereció la muerte porque quiso, antes tomarlos con el poder de darlos, que merecerlos: por esto no le he muerto sin lágrimas. Yo lloré lo que él mato en sí, que fue la lealtad en vosotros, y la obediencia á los Padres. Pompeyo dió la muerte á mi padre; y aborreciéndole como á homicida suyo, luego que contra Julio en defensa de vosotros tomó las armas, le perdoné el agravio, seguí sus ordenes, milite en sus exercitos y en Farsalia me perdí con él. Llamóme con su benignidad César, prefiriéndome en las honras y beneficios á todos. He querido traerlos estos dos sucesos á la memoria, para que veais que, ni en Pompeyo me apartó de vuestro servicio mi agravio, ni en César me grangearon contra vosotros las caricias y favores. Murió Pompeyo por vuestra desdicha; vivió César por vuestra ruina; matele yo por vuestra libertad. Si esto juzgáis por delito con vanidad lo confieso; si por

beneficio, con humildad os lo propongo. No temo el morir por mi patria: que primero decreté mi muerte, que la de César. Juntos estais, y yo en vuestro poder: quien se juzgase indigno de la libertad que le doy, arrójeme su puñal, que á mi me será doblada gloria el morir por haber muerto al tirano. Y si os provocan á compasión las heridas de César recorred todas vuestras parentelas; y vereis como por él habeis degollado vuestros linajes; y los padres con la sangre de los hijos, y los hijos con la de sus padres habeis manchado las campañas y calentado los puñales. Esto que no puede estorbar, y procuré defender, he castigado. Si me haceis cargo de la vida de un hombre, yo os le hago de la muerte de un tirano. Ciudadanos: si merezco pena, no me la perdoneis; si premio, yo os le perdono.

(*Quevedo.*) Discurso de Bruto al pueblo romano después de haber dado muerte á César.

Con la igualdad no hay competencia. En creciendo la fortuna de uno, crece la envidia del otro: semejante es á la cizaña, que no acomete á las mieses bajas, sino á las altas cuando llevan fruto, y asi desconócese á la fama, á las dignidades, y á los oficios el que se quisiese desconocer á la envidia. En la fortuna media son numerosos los peligros. Régulo vivió seguro entre las crueldades de Nerón, porque su nobleza nueva, y sus riquezas moderadas no le causaban envidia; porque seria indigno temor de un ánimo generoso. Lo que se envidia es lo que nos hace mayores; lo que se compadece nos está mal. La envidia es el estímulo de la virtud y espina que, como á la rosa, la conserva. Facilmente se descuidaría si no fuese emulada. A muchos hizo grandes la emulación, y á muchos felices la envidia. La gloria de Roma excedió con la emulación de Cartago: la del Emperador Cárlos Quinto con la del Rey Francisco de Francia. La envidia trajo á Roma á Sixto V, de donde nació su fortuna.

Ningún remedio mejor que el desprecio y levantarse á lo glorioso, hasta que el envidioso pierda de vista al que persigue. La soberbia y desprecio de los demás es quien en la felicidad irrita á la envidia, y la mezcla con el odio: la modestia la reprime, porque no se envidia por feliz al que no se tiene por tal. Con este fin se retiró Saul á su casa luego que fue ungido Rey; y mostrando que no le engreia la dignidad, arrimó el centro, y puso la mano en el arado. Algunas veces se evita la en-

vidia, ó por lo menos sus efectos, embarcando en la misma fortuna á los que pueden envidiarla.

(*Saavedra Fajardo.*)

Fue digna de admiración en aquellos bárbaros la maestría con que dispusieron su facción. Observaron con vigilante disimulación el movimiento de los enemigos; juntaron y distribuyeron sin rumor la multitud inmanejable de sus tropas; sirvieronse de la oscuridad y del silencio para lograr el intento de acercarse sin ser descubiertos; cubriose de canoas armadas el ámbito de la laguna, entrando al combate con tanto sosiego y desembarazo, que se oyeron sus gritos y el estruendo belicoso de sus caracoles casi al mismo tiempo que se dejaron sentir los golpes de sus flechas.

Perecería sin duda todo el ejército de Cortés, si hubieran guardado los Indios en pelear la buena ordenanza que observaron al acometer. Pero estaba en ellos violenta la moderación; y al empezar la cólera, cesó la obediencia, y preveleció la costumbre, cargando de tropel sobre la parte donde reconocieron el bulto del ejército.

(*Solis.*)

De bajos principios (*D. Alvaro de Luna*) subió á la cumbre de la buena andanza; de ella le despeñó la ambición. Tenía buenas partes naturales, condición y costumbres no malas: si las faltas, si los vicios sobrepujaban, el suceso y el remate lo muestran. Era de ingenio vivo y de juicio agudo, sus palabras concertadas y graciosas: usaba de donaires con que picaba, aunque era naturalmente algo impedido en la habla: su astucia y disimulación grande: el atrevimiento, soberbia, y ambición no menores.

Todas estas cosas comenzaron desde sus primeros años: con la edad se fueron aumentando. Allegóse el menosprecio que tenía de los hombres, como enfermedad de poderosos. Dejábase visitar con dificultad: mostrábase áspero, en especial de media edad adelante: fue en la cólera muy desenfrenado, exasperado con el odio de sus enemigos, y desapoderado por los trabajos en que se vió: á manera de fiera que agarrochean en la leonera y después la sueltan, no dejaba de hacer riza. ¿Que estragos no hizo con el deseo ardiente que tenía de vengarse? Con estas costumbres no es maravilla que cayese; sino cosa vergonzosa



que por tanto tiempo se conservase Varón verdaderamente grande, y por la misma variedad de la fortuna maravilloso....,

Por espacio de treinta años poco más ó menos, estuvo apoderado de tal manera de la casa real, que ninguna cosa grande ni pequeña se hacia sino por su voluntad..... Pero con el ejemplo de su desastrada muerte quedarán avisados los cortesanos que quieran más ser amados de sus príncipes que temidos, porque el miedo del señor es la perdición del criado, y los hados (cierto Dios) apenas permiten que los criados soberbios mueran en paz.

(Del P. Mariana.)

¿No veis esa dilatada región que se extiende entre los cielos y la tierra? A vuestros ojos se presenta vacia; más ¿cual será vuestro asombro cuando os convencieseis de que toda está enchida y penetrada de aquella naturaleza activa, benéfica y á que se da el nombre de elemental, porque parece ocupada perennemente en la sucesiva reproducción de los entes y en la conservación de todo! Allí sabreis como la luz, emanada del Sol, ya se lanza á iluminar el anillo de Saturno y las radiantes cabelleras de los cometas remotisimos, y ya descendiendo sobre nosotros, inunda la tierra en un Océano de esplendor. Corpórea, pero impalpable; penetrante hasta traspasar los poros del diamante más duro, pero flexible hasta cedér al encuentro de una plumilla, ella vivifica cuanto existe, y no visible en si, hace visibles todas las cosas. Simple é inmaculada, ellas las colora y cubre de bellas y variadas tintas. Sabe recogerse y extenderse, y ya la veis reunida en esplendentes manojos, ya suelta y desatada en brillantes hilos. Su solo movimiento produce el calor, y la agitación del calor este fuego elemental, alma de la naturaleza, que, difundidos por todos los cuerpos, los penetra, los llena, los dilata, y asi reside en la deleznable arcilla como en el duro pedernal, así en el agua termal como en el fríisimo carámbano. Este agente poderosísimo los mueve y los anima, su influjo los fomenta y vivifica, pero también su enojo los destruye y anonda, ora sea que anunciada por el trueno, caiga desde las nubes á derrocar las altas torres, ora que desgarrando las entrañas de la tierra, reviente por las nevadas cumbres para sepultar en rios de lava y ceniza los bosques y los campos, las solitarias alquerias y las ciudades populosas.

El aire le alimenta; el aire, otro fluido elemental, invisible, movible, elástico por excelencia y grave y velocísimo. En él, como en un golfo inmenso, nada sumergida la tierra. Un día conoceréis cómo la estrecha y abraza por todas partes, y cómo gravita sobre ella y la sostiene, y cómo la sigue constantemente en su discurso y anual movimiento. Por él respiran los entes animados, por él alienta la vegetación y se renueva todos los años, y á él deben todos los cuerpos solidez, sonoridad y armonía. Por él el hombre anuncia la serenidad y las tormentas, y por él mide la elevación y compara la temperatura de los climas. Su movimiento forma los vientos salutíferos, purificadores de la atmósfera y conservadores de la existencia y la vida. ¡Cuán benéficos y regulados cuando en las mañanas de primavera cubren de flores los valles y colinas, ó en las tardes de estio difunden el refrigerio sobre los campos abrasados! Pero ¡cuán terribles sí, rotas alguna vez sus cadenas, se precipitan á conmover los cielos, y llamando las tempestades, turban y sublevan el vasto imperio de los mares.

(Jove-Llanos) Discurso sobre la importancia de estudio de las ciencias naturales.

Todas las cosas criadas, así como tienen limitada esencia que las comprende, así tienen limitado poder á que se extienden, y limitadas obras en que se ejercitan, y limitados lugares donde moran, y limitados nombres con que se significan, y particulares definiciones con que se declaran, y señalados predicamentos ó géneros donde se encierran. Mas aquella soberana sustancia, así como es infinita en el ser, así lo es también en el poder, y en todo lo demás; y así ni tiene definición que la declare, ni genero que la encierre, ni lugar que la determine, ni nombre que la signifique por su propio concepto. Antes como dice San Dionisio, con no tener nombre, tiene todos los nombres; porque en sí contiene todas las perfecciones significadas por esos nombres. De donde se infiere que todas las criaturas, como son limitadas, así son comprensibles; más solo aquel ser divino, así como es infinito, así es incomprensible á todo entendimiento criado. Porque como dice Aristóteles, lo que es infinito, como no tiene cabo, así con ningún entendimiento puede ser comprendido ni abarcado, sino es con solo aquel que todo lo comprende. ¿Que otra cosa nos significan aquellos dos serafines que vió Isaias puestos al lado de la majestad de Dios, que

estaban sentados en un trono muy alto, cada uno con seis alas, con las dos de las cuales cubrían el rostro de Dios, y con las otras dos los pies del mismo Dios, según declara un interprete, sino dar á entender, que ni aún aquellos espíritus soberanos que tienen el más alto lugar en el cielo y están más vecinos á Dios, pueden comprender todo cuanto hay en Dios, ni llegar de cabo á cabo á conocerle, puesto caso que claramente le vean en su misma esencia y hermosura? Porque como el que está á la orilla de la mar, realmente ve la mar en si misma, mas no llega á ver, ni la profundidad, ni la largura de ella, asi aquellos espíritus soberanos, con todos los otros escogidos que moran en el cielo, realmente ven á Dios, mas no pueden comprender ni el abismo de su grandeza, ni la longura de su eternidad. Y por esto mismo se dice que está Dios sentado sobre los querubines, en quien están encerrados los tesoros de la sabiduria divina, mas con todo eso está sobre ellos, porque no le pueden ellos alcanzar ni comprender.

(Del P. Granada.)

Y cuando no se cata (*el caballero andante*) ni sabe donde ha de parar, se halla entre unos floridos campos con quien los Eliseos no tienen que ver en ninguna cosa. Allí le parece que el cielo es más trasparente, y que el sol luce con claridad más nueva. Acullá ofrécesele á los ojos una apacible floresta de tan verdes y frondosos árboles compuesta, que alegra á la vista su verdura y entretiene los oídos el dulce y no aprendido canto de los pequeños, infinitos y pintados pajarillos, que por los intrincados ramos van cruzando. Aquí descubre un arroyuelo, cuyas frescas aguas, que líquidos cristales parecen, corren sobre menudas arenas y blancas piedrezuelas, que oro cernido y puras perlas semejan. Acullá ve una artificiosa fuente de jaspe variado, y de liso mármol compuesta: acá ve otra á lo brutesco ordenada, á donde las menudas conchas de las almejas con las torcidas casas blancas amarillas del caracol, puestas con orden desordenado, mezclados entre ellas pedazos del cristal luciente, y de contrahechas esmeraldas hacen una variada labor, de manera que el arte, imitando á la naturaleza, parece que allí la vence. Acullá de improviso se le descubre un fuerte castillo ó vistoso alcazar, cuyas murallas son de macizo oro, las almenas de diamantes, las puertas de jacintos: finalmente, él es de tan

admirable compostura, que con ser la materia de que está formado, no menos que de diamantes, de carbunclos, de rubíes, de perlas, de oro y de esmeraldas, es de más estimación su hechura, y hay más que ver, después de haber visto esto, que ver salir por la puerta del castillo un buen número de doncellas, (cuyos galanos y vistosos trajes si yo me pusiese ahora á decirlos, como las historias nos los cuentan, sería nunca acabar) y tomar luego la que parecia principal de todas, por la mano el atrevido caballero que se arrojó en el ferviente lago, y llevarle sin hablar palabra, dentro del rico alcazar ó castillo, y hacerle desnudar como su madre le parió, y bañarle con templadas aguas y luego untarle todo con olorosos unguentos, y vestirle una camisa de cendal delgadísimo, toda olorosa y perfumada; y acudir otra doncella, y echarle un mantón sobre los hombros, que por lo menos, dicen que suele valer una ciudad y aun más.

(Cervantes.)

The first part of the document is a letter from the Secretary of the
 Board of Education to the Board of Directors of the
 Board of Education. The letter is dated the 1st day of
 the month of January, 1901. The letter is addressed to
 the Board of Directors of the Board of Education.
 The letter is signed by the Secretary of the Board of
 Education. The letter is numbered 101.

SECCIÓN TERCERA.

PARTE PRIMERA.

Trozos y fragmentos de modelos de composición en prosa.

GÉNERO EPISTOLAR

Carta de la reina Doña Isabel la Católica á Fr. Fernando de Talavera, arzobispo de Granada y su confesor.

Zaragoza 4 de Diciembre de 1492.

Tales son vuestras cartas, que es osadía responder á ellas, porque ni bastó ni sé leerlas como es razón; más sé cierto que me dan la vida y que no puedo decir ni encarecer, como muchas veces digo, cuánto me aprovechan; tanto, que no es razón descansar ni dejarlas, sinó escribir con cuantos acá vinieren. Y querría yo que aún más las extendiésedes, y más particularmente de cada cosa, y de las causas que hubiese de negociar, y de los cosas que acá pasan, como es la que tratamos agora con el rey de Portugal sobre que tocó á aquellas islas que halló Colón, y sobre ellas mismas que decís que nunca escribí, y sobre lo que escribís de los casamientos de nuestros hijos, qué es lo que os parecerá mejor: aunque de la Princesa no es de hacer cuenta, porque está determinada de no casar, y el Rey mi se-

ñor desde agora en un año le aseguro de no mandárselo, y yo desde antes estaba de no mudar de voluntad.

Y no solo en estos negocios que son los mayores; en todos los de nuestros reinos, y de la buena gobernación dellos, querría que particularmente me escribiédes en todo vuestro parecer: y ha muchos dias que yo deseo escrebiros esto, y dejándolo porque me parecia que os escusábades de todo. Y agora me dió ocasión lo que me decís que nunca os he escrito de las Indias, de que tomé que no os pesará que os escriba, así aquellas cosas: y dello y de otras muchas hubiera escrito y pescudado si supiera esto. Algo ha estorbado á esto el poco espacio que tengo para escribir, y que recibo pena en ello desta manera que querría tanto decir; y teniendo tan poco espacio confúndese el entendimiento, de manera que sé muy menos de lo que sabia con más espacio: y dejo de decir mucho de lo que querría, y lo que digo, muy desconcertado. Y esto me pena: que si tuviese espacio, sin duda que no hay pasatiempo en que yo más huelgue; y aun así como es, será descanso para mi, si yo pienso que vos sufrís sin pena mis cartas aunque vayan tan descarriadas y alargaré más en ellas. Y en lo que yo no pudiese daqui adelante, de mano de Fernán Álvarez os haré saber todas las cosas principales, para que sepamos en ellas vuestro parecer.

Y esto os ruego yo mucho que no escuseis de escribir vuestro parecer en todo en tanto que nos veamos. Ni os escuseis con que no estais en las cosas, y que estais ausente, porque bien sé yo ausente será mejor el consejo que de otro presente. Y no hubo nadie presentes ni ausentes, que así como vos en ausencia supiese sentir y loar la paz por tantas y tales razones, ni así decir ni enseñar las gracias que habíamos de hacer á Dios por ella y las otras mercedes, cual plega á Dios por su bondad que hagamos..... Ni que así también reprendiese de lo que se habia de reprender de la demasia de las fiestas: que es todo lo mejor dicho del mundo, y muy conforme mi voluntad con ello; ni quien en todo lo otro así hablase ni aconsejase como vos en vuestras cartas. Y por eso vuelvo todavia á rogar y encargar que le queráis hacer como lo pido, que no puedo recibir en cosa mayor contentamiento: y recibolo tan grande en lo que he dicho que reprehendeis, y es tan santamente dicho, que no querría parecer que me disculpo.

A Fr. Juan de Jesús Roca, carmelita descalzo.

Recibí la carta de V. R. en esta carcel adonde estoy con sumo gusto, pues paso todos mis trabajos por mi Dios y por mi religión. Lo que me da pena, mi padre, es la que vuestras reverencias tienen de mí: esto es lo que me atormenta. Por tanto, hijo mio, no tenga pena ni los demás la tengan; que como otro Pablo (aunque no en santidad) puede decir: que las cárceles, los trabajos, las persecuciones, los tormentos, las ignominias y afrentas por mi Cristo y por mi religión son regalos y mercedes para mí.

Nunca me he visto más aliviada de los trabajos que ahora. Es propio de Dios favorecer á los afligidos y encarcelados con su ayuda y favor. Doy á mi Dios mil gracias, y es justo se las demos todos, por la merced que me hace en esta carcel. ¿Hay, mi hijo y padre, hay mayor gusto, ni más regalo, ni suavidad, que padecer por nuestro buen Dios? ¿Cuando estuvieron los santos en su centro y gozo, sinó cuando padecían por Cristo y Dios? Este es el camino seguro para Dios y el más cierto, pues la cruz ha de ser nuestro gozo y alegría. Y así padre mio, cruz busquemos, cruz deseemos, trabajos abracemos; y el día que nos faltaren, ¡ay! de la religión descalza, y ¡ay! de nosotros.

Díceme en su carta como el Sr. Nuncio ha mandado que no se funden más conventos de Descalzos, y los hechos se deshagan á instancia del P. General; y que el Nuncio está enojadísimo de mí, llamándome mujer inquieta y andariega, y que el mundo está puesto en armas contra mí y mis hijos, escondiéndose en las breñas ásperas de los montes y en las casas más retiradas, porque no los hallen y prendan. Esto es lo que lloro, esto es lo que siento, esto es lo que me lastima, que por una pecadora y mala monja hayan mis hijos de padecer tantas persecuciones y trabajos, desamparados de todos, más no de Dios: que desto estoy cierta que no nos dejará ni desampará á los que tanto le aman.

Y porque se alegre, mi hijo, como los demás sus hermanos, le digo una cosa de gran consuelo: y esto se quede entre mi y V. R. y el P. Mariano, que recibiré pena que lo entiendan otros. Sabrá, mi padre, como una religiosa desta casa, estando la vigilia de mi Padre San José en oración, se le apareció, y la Virgen, y su Hijo: y vió cómo estaban por la reforma: y le dijo nuestro Señor que el infierno y muchos de la tierra hacían gran-

des alegrías, pör ver que á su parecer estaba deshecha la orden: más al punto que el Nuncio dió sentencia que se deshiciese, la confirmó á ella Dios, y le dijo que acudiesen al rey, y que le hallarian en todo como padre, y lo mismo dijo la Virgen y San José; y otras cosas que no son para carta; y que yo dentro de veinte dias saldria de la cárcel, placiendo á Dios. Y así alegrémonos todos, pues desde hoy la reforma descalza irá subiendo.

Lo que ha de hacer V. R. es estarse en casa de Doña María de Mendoza hasta que yo avise: y el P. Mariano irá á dar esta carta al rey y la otra á la duquesa de Pastrana; y V. R. no salga de casa porque no le prendan, que pronto nos veremos libres.

Yo quedo buena y gorda, sea Dios bendito. Mi compañera está desganada: encomiéndenos á Dios y diga una misa de gracia á mi Padre San José. No me escriba hasta que yo le avise. Dios le haga santo y perfecto religioso descalzo. Hoy miércoles 25 de Marzo de 1579.

Con el P. Mariano avisé que V. R. y el P. Fr. Gerónimo, de la Madre de Dios, negociaran de secreto con el duque del Infantado.

(*Santa Teresa de Jesus.*)

De Antonio Perez á sus hijos.

Hijos: á todos tres va esta. Hijos, digo, que sobre esta palabra se funda ella. A las lanzadas de vuestras palabras, que tales son al alma de un padre las que me refieren pasajeros de *padre mio, padre de mi alma, padre de mis entrañas*, con una las reparo y recompenso todas, *hijos*. Que quien dijo *hijos*, de sus entrañas dijo, de todos esotros rincones de las partes de su alma; porque de todas aquellas teneis parte, y sois parte de mi. Pero esotro, *padre de mi vida, padre de mis entrañas*: todo esotro, la fuerza que tiene es á mi favor, porque es confesar que sois parte de mi, y esta confesión de vuestra boca, que soy el que más amo: pues cada uno ama más á sus prendas, que las prendas á su dueño.

Que os cuesto caro, que os han martirizado por mí, que aún estais en el tormento, eso os debo, eso también me debeis: pues vuestros agravios me hacen á mi inocente, y á vosotros mártires. Pues más os digo: que vivis obligados á los mismos agravios, porque os han consignado la deuda en el cielo: pagamento infalible y de grandes recambios de feria á feria.

¿Qué pensais que quiero decir, de feria à feria? En el cielo y en la tierra: que tales agravios, tales tormentos, en pellejos niños, en almas niñas, acá y allá han de ver la satisfacción. La palabra de Dios lo dijo: *mea est ultio, ego retribuam* Esperad un poco; vivid digo, y veréislo.

No penseis que tiro ese lugar de los cabellos à mi propósito. Oid: decir Dios *mea est ultio*, à buena razon ha de ser más en general por los que padecen inhabilitados de defensa, cuales niños, pupilos, viudos sobre inocentes; demás de ser los reservados à su cargo y cuidado por especial privilegio de su palabra.

A Don Alfonso Carnerero.

Señor y amigo mio: A una carta de vuestra merced debo respuesta, cuya fecha es de 9 de Marzo pasado, y es de las menos atrasadas de mi cartera. No faltarán disculpas con que aliviarme de la tardanza, sino hablara con quien me conoce y sabe lo que pesan en los haraganes las ocupaciones de la negligencia. Quedo con salud, gracias à nuestro Señor, y ya poco menos que convalecido de dos sangrias à que me obligaron algunos achaques, de cuya parte se puso la primavera, que es una de las tentaciones en que suele caer el invierno de mis años.

Ayer me dijo el Sr. D. Nicolas que vuestra merced habia padecido en Gante un dolor de hijada: noticia que sentí sumamente; y aunque me refirió su merced como pasado este accidente, avisándome al mismo tiempo de su mejoría de vuestra merced, no basta este consuelo para quitar los recelos de cuidado. Vuestra merced me avise como se halla, que yo no tengo à quien preguntar lo que tanto me importa; porque D. Francisco Salazar tiene bastantes ocupaciones para que yo me queje de que no se deje ver: y no le puedo buscar, porque las calamidades y angustias del tiempo me han obligado à deshacerme del coche y à comerme las mulas à fuer de sitiado, que no es poco asedio el de las malas cobranzas. D. Carlos Rey habrá dicho à vuestra merced el estado en que se halla la nómina de los Consejos, y yo soy de los más atrasados por más inútil ó menos diligente.

Siento mucho que se atrase (como vuestra merced me dice) el expediente de la cédula de 300 ducados, à cuya cuenta me adelantó vuestra merced no me acuerdo qué cantidad. He pe-

dido á mi amo carta para el señor Principe, y creo la remitiré con esta. La otra cédula se quedó acá, pero fué necesario enmendarla en la secretaria. Si no lo dije así en la carta que fué con ella, pensaria en otra cosa, ó no sabria darme á entender. Ahora la remito, y es de otros 300 ducados, por si vuestra merced pudiera pasarlos á las ancas de la carta. Y no sé si paso los confines de la razón en dar á vuestra merced este nuevo embarazo, cuando necesita las ajenas manos para favorecerme.

Y me hallo tan falto de noticias, que temo incurrir en el servicio de preguntador. Vuestra merced me diga qué estado tienen las dependencias de su secretaria; que resolución se ha tomado sobre sus representaciones de vuestra merced; si se ha mejorado el semblante de la fortuna en esta jornada, que siempre me tienen temeroso las melodias de su agrado de vuestra merced y las elocuencias de su razón; y aunque vivo con esperanzas de aquel abrazo que vuestra merced me ofreció para el mes de Octubre, no me atrevo á mirar como posible una felicidad que con ser mia se hace inverosímil.

Otra interrogación me falta, que no me importa menos. Dígame vuestra merced como está mi señora doña Maria Teresa, y cuando entra en el remedio de las aguas de Aspa; que si curase á su merced, como yo deseo, quedaré predicador continuo de sus alabanzas, y seré otro doctor Peñaranda en llevar su crédito á regiones extrañas.

De las novedades de la córte tendrá vuestra merced mejor informados relatores. Todo es miseria y necesidad; quiebras de mercaderes y hombres de negocios; frecuencia de ladrones; y pocos dias há que se han visto presas y llamadas por edictos y pregones las Órdenes militares todas, sino es la de San Juau, que se fué por un atajo. Llegará el tiempo en que sea el hurtar galantería de buen gusto, y se permita el latrocinio: porque hacen los hombres cautos y avisados, como se insinua en la *Utopia* de Tomás Moro. Este monstruo de la baja moneda engendró la premática; la premática, la carestia de todas las cosas; y de la carestia nació la hambre, que carece de ley y desarma los legisladores.

Murió nuestro buen amigo don Pedro Calderón, cantando, como dicen del cisne; porque hizo cuanto pudo en el mismo peligro de la enfermedad por acabar el segundo auto del *Corpus*; pero últimamente le dejó poco más que mediado, y después

le acabó, ó acabó con él don Melchor de León. Dícenme que el que acabó es de los mejores que hizo en su vida; y yo he sentido esta pérdida con igual demostración á nuestra antigua amistad, ahora me tiene mohino que no haya quien celebre sus honras entre la nobleza de España, llegando el caso que las hagan y autoricen los comediantes, convidando á ellas y á un *sermón de guerra* el Trinitario, como únicos favorecedores de los ingenios. Bastante desengaño de la hediondez en que se convierten los aplausos de esta vida.

Sírvase vuestra merced de dar mis besamanos y mis disculpas al Sr. D. Crispin Botello, diciéndole que hasta que acabe mi Historia no soy hombre comunicable. Téngola ya en estado de faltarme solo tres ó cuatro capítulos; pero como me faltan los oyentes que solian encaminarme y advertirme, estoy algo desconfiado de lo que he escrito en esta ausencia.

A mi señora doña Maria Teresa beso las manos, y reciba vuestra merced repetidas memorias del P. Tébar y de D. Francisco Zapata, á cuyo par de buenos amigos se reduce toda mi comunicación. Guarde Dios á vuestra merced los muchos años que deseo y he menester. Madrid 11 de Junio de 1681.—
B. L. M. de vuestra merced S. M. A. y M. S.

DON ANTONIO SOLIS.

Del P. José de Isla á su hermana, escrita en Villagarcía á 14 de Abril de 1758.

Hija mia: Tus dos cartas de 29 del pasado y 5 del corriente llegaron muy apropósito para desahogarme un poco el corazón, que estaba tan lleno de hipocondria, como la más aventajada que pueda tener cualquiera corazón de pelo en pecho. Mira si te correspondo con fineza, y si el mio es parecido al tuyo. Pero no te pase por la imaginación pensar que este accidente haya sido producido por la varia fortuna del libro. (1) No se me ha dado un bledo por ella, ni se me dará sea la que fuere. Está muy segura de eso. La fortuna del autor no depende de la del libro: aquella ya está hecha, sin que nadie la pueda deshacer; y si fuera de pensamientos tan bajos y tan ruines, que hubiese trabajado por la gloria propia, nada tendria más que desear. Dios, por su misericordia, me ha dado más honrados ó más cristianos pensamientos. Eso de desdoro personal, aunque la Inquisi-

(1) Alude el P. Isla á su obra *Fray Gerundio Campazas*.

ción recoja el libro, es bueno para que lo piensen los entendimientos del infimo vulgo: el tuyo, gracias á quien te le dió, es muy superior aún á los que son de clase más elevada, y es lástima que se haya dejado teñir de una aprensión tan ajena de su despejo. Dentro de las paredes domésticas nada he tenido ni tendré que sufrir; porque los que podían darme algo que padecer, son los que elegían la obra. Majaderos y envidiosos en todas partes los hay, pero estos no hacen más que número en el comercio de la vida humana. En fin este negocio pide más oraciones que palabras: aprieta á Dios con las tuyas, y dejémonos serenamente en sus manos.

Cayéronme en gracia tus quejas por no haberte dado parte de mi flemón. Bobona, si lo escribo á Nicolás, (1) ¿que más me dá? ¿Querrás persuadirme que vuestras cartas no son comunes? Véte al rollo. Haz á madre y á las convalecientes una visita; y á Dios, hija, que te me guarde cuanto apetece tu amante, *Pepe*. —Mariquita mia.

Carta de Dón Gaspar Melchor de Jove-Llanos al general francés Horacio Sebastiani.

Sr. General:

Yo no sigo un partido: sigo la santa y justa causa que sigue mi Patria, que unánimemente adoptamos los que recibimos de su mano el augusto encargo de defenderla y regirla, y que todos hemos jurado seguir y sostener á costa de nuestras vidas. No lidiamos, como pretendéis, por la Inquisición, ni por soñadas preocupaciones; ni por interés de los grandes de España; lidiamos por los preciosos derechos de nuestro Rey, nuestra Religión, nuestra Constitución y nuestra Independencia. Ni creais que el deseo de conservarlos esté distante del de destruir los obstáculos que puedan oponerse á este fin; antes por el contrario, y para usar de vuestra frase, el deseo y el propósito de regenerar la España, y levantarla al grado de esplendor que ha tenido algún día, es mirado por nosotros como una de nuestras principales obligaciones. Acaso no pasará mucho tiempo sin que la Francia y la Europa entera reconozcan que la misma nación que sabe sostener con tanto valor y constancia la causa de su Rey y de su libertad contra una agresión tanto mas injusta,

(1) Es decir, á su marido.

cuanto menos debía esperarla de los que se decían sus primeros amigos, tiene también bastante celo, firmeza y sabiduría para corregir los abusos que la condujeron insensiblemente á la horrorosa suerte que la preparaban. No hay alma sensible que no llore los atroces males que esta agresión ha derramado sobre unos pueblos inocentes, á quienes, después de pretender denigrarlos con el infame título de rebeldes, se niega aún aquella humanidad que el derecho de la guerra exige, y que encuentra en los más bárbaros enemigos. Pero ¿á quienes serán imputados estos males? ¿A los que los causan violando todos los principios de la naturaleza y la justicia, ó á los que lidian generosamente para defenderse de ellos, y alejarlos de una vez para siempre de esta grande y noble nación? Porque, Sr. General, no os dejeis alucinar; estos sentimientos que tengo el honor de expresaros son de la nación entera, sin que haya en ella un solo hombre bueno, aún entre los que vuestras armas oprimen, que no se sienta en su pecho la noble llama que arde en el de sus defensores. Hablar de nuestros aliados fuera impertinente, si vuestra carta no me obligase á decir en honor suyo, que los propósitos que les atribuis son tan injuriosos como ajenos de la generosidad con que la Nación inglesa ofreció su amistad y sus auxilios á nuestra provincias, cuando desarmadas y empobrecidas, los imploraron desde los primeros pasos de la opresión con que la amenazaban sus amigos.

En fin, Sr. General, yo estaré muy dispuesto á respetar los humanos y filosóficos principios que, según nos decis, profesa vuestro rey José, cuando vea que, ausentándose de nuestro territorio, reconozca que una nación cuya desolación se hace actualmente á su nombre por vuestros soldados, no es el teatro más propio para desplegarlos. Este sería ciertamente un triunfo digno de su filosofía: y vos, Sr. General, si éstais penetrado de los sentimientos que ella inspira, debereis gloriaros también de concurrir á este triunfo, para que os toque alguna parte de nuestra admiración y nuestro reconocimiento.

Solo en este caso me permitirán mi honor y mis sentimientos entrar con vos en la comunicación que me proponeis, si la Suprema Junta General lo aprobase. Entretanto, recibid, Sr. General, la expresión de mi sincera gratitud, por el honor con que personalmente me tratáis, seguro de la consideración que os profeso. Sevilla 24 de Abril de 1809,

ARTICULOS DE PERIÓDICOS.

Literarios, Críticos, Históricos, Humorísticos.

Calderón y Shakespeare.

Examinando con la atención debida las cualidades y producciones del poeta dramático más grande de España y del más ilustre de Inglaterra, ó lo que es lo mismo, de Calderón y Shakespeare, facil es notar que hay entre ambos genios notables semejanzas, sin que esto impida que hay también señaladas diferencias. Demostrar esta tesis es el objeto del presente artículo.

La primera semejanza que puede notarse entre Shakespeare y Calderón es que ambos cultivaron el género romántico y prescindieron de las reglas clásicas que algunos escritores quisieron difundir en la época del renacimiento inspirándose en Aristóteles y Horacio, así como no faltaron autores dramáticos que intentaron, sin resultado alguno, llevar á la escena la imitación de los teatros griego y latino.

Ni el poeta inglés ni el español adoptaron tales doctrinas y procedimientos. Comprendiendo con su claro ingenio que la primera condición del arte bello es la libertad, y que la inspiración artística no puede someterse á reglas mezquinas y convencionales, entregáronse sin freno ni límite al libre vuelo de su inspiración ardiente y poderosa, y dieron al teatro aquellas sublimes producciones, gloria del arte, y honor insigne de España é Inglaterra, que se llaman *Hamlet*, *Otelo*, *Macbeth*, *El rey Lear*, *El mercader de Venecia* y *El sueño de una noche de verano*, y *La vida es sueño*, *El mágico prodigioso*, *El mayor monstruo los celos*, *El médico de su honra*, *A secreto agravio secreta venganza*, *El Alcalde de Zalamea*, *La dama duende* y *Casa con dos puertas mala es de guardar*.

Asemejábanse también los dos poetas en que su inspiración se elevaba á las más altas regiones del ideal, y no contentos con retratar en la escena los hechos y caracteres de los hombres, remontábanse á mayor altura y desarrollaban en sus pro-

ducciones los más trascendentales problemas filosóficos, y encarnaban en sus personajes los aspectos más originales y grandiosos de la naturaleza humana. Shakespeare personificaba con vivos y portentosos colores en la figura extraordinaria y sublime de Hamlet la duda, el desengaño, la desesperación, todos los terribles dolores que al hombre pensador ó apasionado atormentan en esta vida miserable, y presentia así esta poesía moderna, escéptica ó pesimista, hija legítima del siglo XIX.

Calderón, por su parte, con intuición no menos poderosa é inspiración no menos grande, que dignamente compètia con la del poeta inglés, llevaba á la escena á aquel Segismundo de *La vida es sueño* que abrumado, como Hamlet por las desventuras y por los desengaños, declaraba que la vida no es más que un engañoso sueño, y afirmaba que es preciso obrar bien para prevenir lo que pudiera tener de temeroso el despertar.

Pero Calderón era católico y Shakespeare protestante y acaso libre-pensador, y el escepticismo de Segismundo se detenía ante la fé cristiana, diferenciándose de Hamlet que, en el colmo de la desesperación, pronunciaba aquellas terribles palabras: *¡Morir es dormir.... y tal vez soñar!* Por esta razón hemos dicho que no hay solo semejanzas, sino también diferencias entre el poeta inglés y el español; pero en genio é inspiración tan grande es el uno como el otro.

Shakespeare, como Calderón, conocia y empleaba en sus dramas la ley del honor y el sentimiento de la galantería, lo cual era debido á que el ideal caballeresco, creación de la Edad Media, lo mismo existía en Inglaterra que en España y en todas las naciones civilizadas. *Romeo y Julieta* es buena prueba de la alteza con que Shakespeare concebía y pintaba el sentimiento de la pasión amorosa, y por cierto que esta producción conmovedora y sublime ofrece alguna semejanza con el magnífico drama de Calderón *Amar después de la muerte*,

La pasión terrible de los celos y la inexorable ley del honor tienen también portentosa representación en el teatro de Shakespeare, y su pintura es tan vigorosa como la que de estas pasiones hace Calderón en sus dramas inmortales. ¿Quién se alreveria á poner en duda que en este punto se parecen mucho los grandes poetas que en este trabajo estudiamos? ¿Qué diferencias hay entre esa sublime personificación de los celos que se denomina *Otelo*, y esas no menos sorprendentes que se ape-

llidan Herodes, Don Gutierre, Don Lope de Almeida y D. Juan de Rojas?

En la concepción y desarrollo de los dramas que pueden llamarse históricos, se parecen también Shakespeare y Calderón, aunque, en nuestro juicio, el poeta inglés es más exacto y se amolda mejor á la historia que el vate español. En la comedia las diferencias son mayores, porque entre las costumbres inglesas y las españolas no hay, ni ha habido nunca verdadera semejanza; pero en el ingenio para trazar una intriga complicada, en la pintura de los caracteres cómicos y en la gracia del lenguaje, bien puede competir el donoso autor de *La dama Duende*, *Casa con dos puertas mala es de guardar*, *Mañanas de Abril y Mayo* y otras deliciosas producciones, con el poeta que ha dado á la escena *El mercader de Venecia*, *Lás alegres comadres de Windsor*, y la preciosa creación del género fantástico, que se llama *El sueño de una noche de verano*.

Pero la semejanza entre los insignes méritos y cualidades, el grandioso genio, la inspiración sublime de estos dos grandes poetas, no impedía que Calderón disfrutara de una gran ventaja de que no pudo disfrutar Shakespeare. Esta ventaja consistía en el medio de expresión de que podía servirse Calderón, y que desgraciadamente no le era posible emplear á Shakespeare. Manejaba Calderón la lengua hermosa, sonora, verdaderamente musical, que comparte con la italiana el mérito de ser la más adecuada para la expresión de la poesía; Shakespeare tenía que luchar con los obstáculos que había de ofrecer á la manifestación bella y espléndida de su inspiración esa lengua inglesa, tan poco sonora y armoniosa, que para todo podía servir, menos para expresar con la perfección necesaria las bellezas poéticas.

En resumen; Calderón y Shakespeare fueron los genios dramáticos más grandes de la época en que comienza esa edad de civilización y progreso, tan superior á la Edad Media, que se llama Edad Moderna. Ambos rivalizaron dignamente en llevar el arte dramático á su mayor punto de perfección; Shakespeare es gloria insigne de la escena inglesa; Calderón es gloria no menos ilustre de la escena española; y los dos gloria y admiración de la humanidad civilizada.

Del régimen municipal en España.

(FRAGMENTO.)

El pueblo español, como nadie ignora, tuvo su cuna en las montañas de Asturias, y en las de Sobrarbe. Libre, resolvió reconquistar el territorio de su patria, ocupado por los sarracenos: libre eligió un rey que le guiase á los combates y juzgase sus desavenencias. Mientras la naciente monarquía tuvo por límites las montañas donde nació, es muy probable que no hubiese otra diferencia personal que la de los méritos y servicios.

Pero este sencillo y primitivo orden de cosas no pudo subsistir largo tiempo. La conquista extendió los límites del reino, por una parte hasta el Oceano de Galicia, por otra hasta las orillas del Duero y del Ebró; y este engrandecimiento fué origen de la seguridad política y civil de las personas. Conquistáronse ciudades y villas de enemigos; otras, diruidas por la guerra, fueron reedificadas y repobladas; y se sabe que los cristianos no extendían sus límites hasta que el territorio que ya poseían estuviese bien poblado y defendido por fortalezas. De aquí el nombre de Castilla que se dió primero al país comprendido entre Duero y Ebro, lleno de pueblos fortificados: de aquí el nombre de Estremadura (*Estrema-durii*) que se dió al principio á la frontera que formaba este río, y que se extendió después á todas las que se formaron en lo sucesivo hasta Sierra Morena.

Era imposible que los habitantes cristianos de una ciudad, arrancada al poder de los moros, tuviesen los mismos derechos políticos que sus belicosos libertadores: esto dió lugar á la distinción entre nobles y plebeyos. Los moros, prisioneros en los combates, quedaban esclavos de sus vencedores por el derecho de represalias; y á esta clase se agregó la de algunos cristianos *esclavos de la pena*, debida á sus delitos. Sucedia también que conquistada alguna plaza, quedaban en ella, en virtud de la capitulación, algunos moros sometidos que conservaban los derechos concedidos por la capitulación. Muchos de ellos pasaban á la clase de los plebeyos, convirtiéndose al cristianismo.

Hubo, pues, la siguiente distinción de clases, como una consecuencia natural del hecho de la reconquista: *siervos, moros sometidos, plebeyos, nobles, condes y familia real*; pues aunque la monarquía era de derecho electiva á los principios, estaba muy re-

ciente la catástrofe del reino de los visigodos, para que no se introdujese por costumbre la monarquía hereditaria, de modo que la corona pasó á los niños en el siglo x, y en el siguiente á las hembras.

De las clases que hemos nombrado no se reconocía en los esclavos ningún derecho civil: en los moros sometidos, solo el que se les hubiese concedido por capitulación. El verdadero pueblo español se componía de los plebeyos y de los nobles. Los condes, ó los *compañeros* del rey, eran los gobernadores militares y capitanes de los ejércitos, encargados de la defensa del país y de la repoblación de la frontera.

Pero las familias plebeyas no estaban condenadas á la abyección y al envilecimiento, ni podían estarlo: porque tanto los reyes como los vasallos necesitaban esta clase para la guerra. El gañán leonés labra la tierra con la espada al lado para defenderse de las algaras y acometidas súbitas de los moros: y en un momento se convertían los aldeanos en soldados. Hombres tan necesarios al estado bajo dos aspectos, el del alimento y el de la defensa, no podían estar sometidos á la triste abyección de los *esclavos del terruño*, clase tan general en los demás estados feudales de la Europa.

Insignes pruebas de esta verdad y de los derechos civiles y políticos, de que gozaba el estado llano de León, son primero la existencia inmemorial de los cuerpos municipales; segundo el derecho de reunión de los habitantes: tercero, el derecho de elección que tenían los señores de *behetria*.

El primer documento legislativo de nuestra historia en que hallamos hecha mención de los concejos municipales, es el fuero de León, dado por Alonso V en las Córtes celebradas en dicha Ciudad en el año de 1020. En él se habla del concejo (*concilium*) como de una institución existente ya de muy antiguo, y se le atribuyen varias facultades, algunas de ellas judiciales. En el artículo segundo se estableció que si había reclamación contra algún testamento en el cual se hiciesen donaciones á la Iglesia, se dirimiese la disputa ante el concejo, examinando por hombres verídicos la autenticidad del instrumento. En el artículo XXXV se concede al ayuntamiento la facultad de conceder licencias para vender carne por peso: y esta atribución municipal debía ser ya antigua; pues se manda á los carniceros que den un *yantar* con fiesta de *zahurrones* (farsantes) al concejo:

obligación que no es probable que se hubiese incluido en una ley, á no estar ya autorizada por la costumbre. En fin, los artículos XLV y XLVIII se encomienda al concejo la seguridad de los mercados, y se le autoriza para exigir multa y castigar con pena ignominiosa de azotes al alguacil ó merino, si quitase algo ó hiciese prenda en los vendedores.

Existían, pues, ayuntamientos antes de la época citada: pues en este fuero no se habla de su creación, sinó se supone ya hecha; y como no hay ninguna época anterior á que pueda referirse con preferencia la creación de las corporaciones municipales, tenemos derecho para inferir que son tan antiguas como las monarquías: mucho más, sabiéndose indudablemente, que los primeros fundadores de la sociedad cristiana de Asturias eran más libres que los habitantes del reino de Leon, ya dividido en clases.

Observamos que á principios del siglo XI, siglo de oro del feudalismo en el resto de Europa, era conocido y común entre nosotros el régimen municipal, incompatible con aquella bárbara institución. Este régimen de libertad era entonces desconocido, y nadie ignora cuántos elogios se han tributado, y con razón, á Luis el Gordo, rey de Francia, por haberlo introducido en sus estados, y dado el primer golpe á la hidra de la anarquía feudal. Este fenómeno histórico se explica observando que nuestra monarquía se formaba en la misma época que concluía la que fundó Carlo-Magno; y el sistema feudal, esto es, la desmembración de la soberanía, necesitaba de grandes y opulentos estados en que hubiese botín suficiente para todos los usurpadores.

Obsérvese además que en la época de que vamos hablando, no existía para la clase plebeya otra garantía de libertad que las instituciones municipales; pues el gobierno, rigurosamente hablando, era en el siglo XI una monarquía aristocrática, aunque hereditaria ya. Las cortes de León, compuestas del rey, de los preladados, y de los magnates, ejercitaban la soberanía, pues en el preámbulo del fuero usan de la palabra *decrevimus*, decretamos. Aún hay más: no era conocido entonces el principio de la inviolabilidad real: pues en las Cortes de Coyanza, celebradas treinta años después de las que hemos citado de León, no se exceptúa al rey mismo de perder su dignidad, si obrase contra los fueros de León y de Castilla.

VARIOS CARACTERES.

Revista Española correspondiente al 13 de Octubre de 1833.

No siempre está en mano del hombre el coordinar sus ideas y formar con ellas una obra arreglada, con principio, medio y fin. ¿A quién no le habrá sucedido repetidas veces abrir un libro, leer maquinalmente y no poder establecer entre lo escrito y su cabeza ninguna especie de comunicación, cerrar el libro y no poderse dar cuenta de lo que ha leído? En estos casos, que muy á menudo me suceden, suelo echar mano del sombrero y la capa, y no pudiendo fijar mi atención en una sola cosa, trato de fijarla en todas: sálgome á la calle, éntrome por los cafés, voime á la Puerta del Sol, á Correos, al Museo de Pinturas, á todas partes, en fin, y en ninguna puedo decir que estoy en realidad. Cualquiera me conocerá en estos dias en que el fastidio se apodera de mi alma, y en que no hay cosa que tenga á mis ojos color, y menos color agradable. En estos dias llevo cara de filósofo, es decir, de mal humor; una sonrisa amarga de indiferencia y despego á cuanto veo se dibuja en mis labios; llevo conmigo un lente, no porque me sirva, pues veo mejor sin él, sinó para poder clavar fijamente el objeto que más me choca, que un corto de vista tiene licencia para ser desvergonzado; no saludo á ningún amigo ni conocido que encuentro, porque esto seria hacer yo también un papel en la comedia de que pretendo ser únicamente espectador, y que solo para divertirme á mi creo por entonces que represento el mundo entero. Mala crianza será, pero me acerco á escuchar conversaciones de corrillos; es de advertir que cuando el tedio me abrumba con su peso, no puedo tener más que tedio. Recibo insensible las impresiones de cuanto pasa á mi alrededor; á todo me dejo amoldar con indiferencia y abandono; en semejantes dias no hay hermosas para mí, no hay feas, no hay amor, no hay odio.

Esta es la razón porque me fuera imposible hacer hoy un artículo de costumbres medianamente coordinado: si ha menester plan, si necesita reflexión la cosa que hoy emprenda, inútil me es emprenderla; conozco que no he de poder llevarla á cabo.— Acaso encontraria, investigando metafísicamente mi corazón, la causa que ha podido ponerme hoy en esta estraña disposición de

ánimo; pero este trabajo me causaría, y he dicho que no quiero hacer hoy impresiones, sino recibirlas. En estos días es, sin embargo, cuando colocado detrás de mi lente, que es entonces para mí el vidrio de la linterna mágica, veo pasar el mundo todo delante de mis ojos; é imparcial, ajeno de consideración que á él me ligue; véole tal cual se presenta en cada fisonomía, en cada cada acción que observo indolentemente.

—¿Qué hace D. Julian en ese café? Todas las tardes viene al dar las cuatro: el mozo no ha menester que le hablen una palabra; apenas se ha colocado aquel en su silla, ya tiene la cafetera encima de la mesa. Toma, paga, y se duerme. Esa es la principal ocupación de D. Julian. Tomar café una vez cada día.

—¿Y qué hace en el café aquel viejo? Treinta años ha que viene: todas las tardes juega su partida de ajedrez: todas las tardes se la ven jugar aquellos cuatro originales que tiene en derredor; ni él hace más en la vida, ni ellos ven otra cosa. Eso es lo que se llama aislarse en medio del mundo.

—¿Quién es aquel que cruza por aquella esquina? ¡Bello muchacho! Pero nó; conforme se acerca cuento las arrugas del rostro. ¡Ah! Es un joven de sesenta años. A las ocho de la mañana sale vestido ya y ceñido, prendido y ajustado; ni una mota, ni una arruga lleva el frac: la bota es un espejo; el guante blanco como la nieve; la corbata no hace ni un pliegue; el pelo rizado, mejor diremos pintado; en todos los conciertos, en todos los bailes, en el paseo, en la luneta, erguido siempre, bailando, coqueteando. ¿Nunca se descompone? ¿Nunca se ensucia? ¿Qué secreto posee? ¿No le crece nunca la barba? Jamás. Es solo de estrañar que vaya solo; ó acaba de dejar algunas señoras, ó va á buscarlas. Las hablará de la ópera, del figurin, de lo mal que baila el solo Gasparito; esta es la existencia del viejo verde: miradle contraerse y revolcarse en su vanidad al lado de una hermosa: ¿es una serpiente que roza contra un árbol? No; el viejo verde al lado de las bellas es una oruga que se desliza por entre las rosas.

—¿Han visto ustedes unas caras paradas, unos ojos mudos, unos corbatines siempre iguales, un vestido regular y uniforme, unos cuerpos ni elegantes ni mal vestidos, unos brazos que se balancean monótonos, siempre con la regularidad y compás de las aspas de un molino? ¿Saben ustedes que los hombres de esas señas hablen nunca nada que pueda ser referido, escriban

nada que deba ser leído, hagan una acción digna de ser imitada? No; esos son oficinistas ó propietarios. Se levantan, fuman, dicen palabras, dan pasos, saludan, entran, salen, se rien (estos nunca lloran), son hombres entre otros hombres. En una palabra, duermen despiertos.

—¿Como hace aquel original para llevar hace diez años el mismo frac, abrochado siempre del mismo modo: los mismos guantes: el mismo pañuelo blanco al cuello con el mismo lazo: el mismo pantalón: la misma postura de sombrero... ¿No se desnuda ese hombre? ¿No envejece? Ese es el judío errante.

—¿De que habla don Cosme? Lo diré: don Cosme viene de la calle de la Paz: allí acude todos los días á las ocho de la mañana: alarga una mano á la banasta de los periódicos: es un parroquiano á la lectura de papeles á cuarto. Hoy la Revista, mañana el Boletín ... Gran noticioso. Ese sabe siempre á punto fijo, de muy buena tinta los pormenores de la última batalla: sabe si don Miguel está en Coimbra, en Lisboa ó Badajoz entiendo muy bien la marcha de Nicolas, que así llama él con franqueza al autócrata ruso. Suele sucederle luego que los que él supuso entrar vencedores en un punto, entraron en él prisioneros; pero todo es entrar. Estos hombres hablan siempre al oído; contraen la costumbre de suponerse espiados por las grandes cosas que creen decir; de resultas si le encuentran á usted, le dirán al oído muy secretamente:—Buenos días: beso á usted la mano.

—¿Hay nada más torpe que estos hombres amigos de usted que le ven parado en una calle, y no conocen que cuando está usted parado es que no quiere andar, que cuando está callado es que no quiere hablar?

—¡Dios me libre de un hombre amable! No iré á su casa, porque me convidará. No le encontraré en la calle, porque vendrá á mi con los brazos abiertos, aunque me haya visto ayer; se enganchará de mi, me preguntará de mi edad, de mis hijos, de mis comedias, de mis artículos, de mis.... Pero libreme, aunque sea el diablo, de una mujer amable; nunca sabré si me quiere ó si me estima, si es bien criada ó tierna, si ¡Valgame Dios! y libreme aunque sea el diablo, de una mujer amable: esa me volvería loco.

—Oigan ustedes á don Lucas Mentirola. Ese viene siempre de donde sucede algo. ¿Ha habido fuego? Vengo de allí: hace

estragos horrorosos.—¿Ha llegado el tenor nuevo?—Sí, responde, le acabo de dar un abrazo: viene gordo, y su voz es un portento: le hice entrar en un portal y cantar un rato. ... por mi lo hizo. Es gran muchachón, rubio, alto, ¡extrangero!—Al otro día se sabe que el tenor no ha llegado, y si ha llegado es chiquito, negro, bizzo....—¿Está malo algún sugeto marcado?—Hoy está mejor, dice; se ha reído mucho conmigo; una hora he estado con él.—Luego se averigua que el que tanto se ha reído estaba ya enterrado.—¿Quién es aquel botarate?—¿Aquel? un monstruo; aquel se prevale de la bondad, del candor de la casa donde le reciben; hay una mujer hermosa: nada le dice: sin embargo afecta ir á la casa á horas de franqueza: la acompaña al Prado: en el baile ó sarao donde está ella está él, siempre al lado de la hermosa, siempre baila con ella: Cuando ella no le ve, finge mirarla con celos de algún otro; afecta disimulo, que en realidad no puede existir, pues nada hay que disimular. ¿Se retiran? siempre da el brazo á la hermosa. Ella en tanto, á quien nada dice, que nada nota en él de galanteo, está bien lejos de creer que el público malicioso no habla de otra cosa sino de sus amores con fulanito. Fulanito tiene amor propio, no amor. Se contenta con que las gentes crean que es feliz; para él no hay otro modo de serlo. ¡Qué horrible carácter! ¡Qué triste buena fé la de su victima que no lo conoce!

MARIANO JOSÉ DE LARRA (FIGARO.)

COMPOSICIONES DIDÁCTICAS.

TRATADOS ELEMENTALES.

DEL ARTE DE HABLAR EN PROSA Y VERSO.

FRAGMENTO.

Oratoria política.

Bajo este título general se comprenden todos los discursos pronunciados en aquellas reuniones ó juntas, en que se venti-

lan y deciden cuestiones relativas al gobierno de las naciones, tomándose la palabra gobierno en toda la extensión que tiene en el uso común, Asi, pertenece á esta clase toda arenga en que se defiende ó combate una resolución, ya se refiera á la política propiamente dicha, ya á la legislación, ya á la paz ó á la guerra, ya á la administración interior del Estado. Este género de elocuencia de tan frecuente uso en las repúblicas antiguas, desapareció con su caída; porque bajo el imperio militar de los romanos, aunque se trataban las mismas cuestiones en consejos públicos ó secretos, la irresistible autoridad del monarca hacia inútil todo debate, y la timidez de los consejeros se limitaba á corroborar con su voto, y alabar con bajas adulaciones, la más ligera indicación de la voluntad soberana. Establecida en las monarquias de la edad media una especie de representación nacional por la reunión de los barones y prelados en ciertas épocas para entender en materias de gobierno, volvió á renacer la elocuencia popular; pero tan tosca y desaliñada como debia esperarse de la ignorancia de aquellos siglos. Mas cualquiera que fuese, volvió á eclipsarse de nuevo poco después [del renacimiento de las letras; porque, habiéndose acrecentado, y muy felizmente para los pueblos, la autoridad de los príncipes por causas que no es de este lugar exponer. dejaron de convocarse aquellas juntas generales en los pueblos que las tenian. Asi solo en Inglaterra, y en las repúblicas aristocráticas de Venecia, Génova y Holanda, que tenian juntas deliberantes, es donde hubo alguna sombra de las antiguas tribunas; hasta la erección de una república democrática en la América del Norte, la revolución francesa, y el establecimiento del gobierno representativo en algunos estados han resucitado en parte la antigua manera de arengar á una asamblea numerosa sobre materias políticas. Es pues necesario tratar de esta especie de oratoria, aunque en realidad es muy poco lo que en un tratado de retórica puede enseñarse que sea útil en la práctica. El que aspire á brillar algún día en los consejos gubernativos debe prepararse á desempeñar tan difícil encargo, haciendo un estudio profundo de las leyes, la economía política, la estadística, el sistema de hacienda y administración, la diplomacia, y en los países católicos hasta el derecho canónico y la disciplina de la iglesia. Con estos estudios y el de las reglas generales del arte hablar, con la atenta lectura de los oradores más célebres antiguos y modernos, y

teniendo por otra parte las prendas naturales que pide la profesión del orador público, podrá sobresalir en los congresos deliberantes; pero sin estos requisitos, poco ó nada le ayudarán los preceptos retóricos, sobre todo de los antiguos. Porque si bien las oraciones políticas de nuestro tiempo son de la misma clase que las pronunciadas por Demóstenes en la plaza de Atenas, y por Cicerón en la de Roma; el auditorio no es el mismo; esta sola circunstancia las da un carácter particular, y hace que casi todas las observaciones de los antiguos maestros sobre el género deliberativo, que es cabalmente lo que nosotros llamamos oratoria política, no sean aplicables á los discursos que ahora se pronuncian delante de los cuerpos legislativos.

Los antiguos hablaban á un auditorio compuesto por la mayor parte de la ruda é ignorante plebe, y tenían por consiguiente que dirigirse más bién á las pasiones que á la razón de sus oyentes, acomodándose á su rudeza y proponiendo las pruebas con alguna prolijidad. Los oradores modernos hablan á un pueblo escogido, en cuyos individuos se debe suponer mucha instrucción é inteligencia; y á los cuales bastan por lo común ligeras indicaciones, y no es tan necesario conmover fuertemente su corazón, como ilustrar y convencer su entendimiento. Además los antiguos hablaban en la plaza pública, y delante de un inmenso gentío: y así como les era necesario levantar y esforzar mucho la voz para ser oídos, tenían también que abultar y exagerar los objetos más de lo que hoy permite la rigurosa exactitud lógica cuando se habla en un recinto cerrado y á una concurrencia infinitamente menor que la que llenaba la gran plaza de Atenas, ó el vasto foro de Roma. Estas observaciones deben tenerse presentes cuando se lean y estudien los oradores antiguos para no imitar servilmente su manera difusa y declamatoria. Las únicas oraciones de Cicerón que son parecidas á las de nuestros congresos, son las que dijo en el senado, pero aún estas; la costumbre y el hábito le impusieron la obligación de darles el mismo aire y giro que á las rigurosamente populares. Las arengas políticas que tenemos de Demóstenes fueron pronunciadas todas en la plaza pública; y aún que menos retóricas, por decirlo así, que las de Cicerón, no convendría hoy, aún en la cámara baja del parlamento inglés, hablar á los diputados como él hablaba á los atenienses.

Supuesto, pues, que las reglas contenidas en las antiguas

retóricas no son aplicables ni útiles en el día, veamos que preceptos, ó mas bien que consejos, deberán darse á los oradores políticos que puedan guiarlos en su difícil carrera. He dicho consejos; porque en efecto, cuanto puede enseñarse sobre la oratoria política, y hasta cierto punto sobre la forense y la sagrada, está subordinado á las circunstancias locales, y casi es imposible dar una sola regla terminante y precisa que sea aplicable á todos los casos. Ciertos principios generales, que la prudencia del orador aplicará en cada ocasión, es todo lo que puede esperarse de un tratado didáctico sobre la materia. Asi, supuestas las reglas generales del arte de hablar, y las comunes á todos los discursos públicos; lo único que puede añadirse respecto de las arengas políticas, se reduce á lo siguiente.

En ellas el exordio debe constar por regla general de los pensamientos llamados costumbres oratorias; porque como entonces hace el orador oficio de consejero, es muy importante que desde luego procure dar muestras de prudencia, veracidad, recta intención y otras buenas cualidades esenciales en quien ha de dar consejo. Es escusado prevenir que esto se haga sin afectación, observando cuanto arriba se dijo sobre la modestia, sencillez y decoro que deben reinar en todo discurso, y particularmente en el exordio.

En este género regularmente no hay proposición formal; pero si alguna vez conviene insinuar el punto de que se trata, ha de hacerse en pocas palabras; añadiendo las reflexiones, ó recordando los hechos que deban tenerse presentes, sin descender á formales y extendidas narraciones, á no ser en algún raro caso en que las circunstancias lo exijan.

La confirmación se hace del mismo modo que en los discursos judiciales, con la diferencia de que comunmente contienen más número de *ejemplos* que de argumentos positivos. Esto se funda en que tratándose de acciones futuras, y siendo lo pasado la regla de lo venidero; el argumento más poderoso de que una cosa saldrá bien en lo sucesivo, será el que siempre haya tenido buen éxito, y al contrario. En efecto, vemos que los hombres, para emprender ó no cualquiera cosa, consultan la experiencia de lo pasado y se deciden por lo que se ha hecho en otras ocasiones semejantes, haciendo poco caso de argumentos puramente metafísicos. Y lo aclertan: porque toda delibera-

ción es un verdadero cálculo de probabilidades, cuyos datos se han de tomar de la experiencia. Después de los ejemplos lo que más influye en la voluntad de los oyentes para determinarlos á abrazar el consejo que se les dá, es el crédito del orador. Por esto no solo en el exordio, como ya se dijo, sino también en la confirmación y en todo el discurso, deben irse sembrando los rasgos que hemos llamado expresión de costumbres, observando lo que se enseñó acerca de uno en general.

Algunos de estos rasgos con una breve recapitulación, forman por lo común el epilogo de las oraciones políticas. Por tanto nada hay que añadir á lo dicho sobre las costumbres y la peroración.

JOSÉ GOMEZ HERMOSILLA.

Composiciones didácticas, políticas, místicas y morales.

DE LA HISTORIA Y VIDA DE MARCO BRUTO.

FRAGMENTOS.

I.

La sabiduría romana, que tuvo por maestro á su pobreza, para premiar la virtud y la valentía, labró moneda con el cuño de la honra, batióla en el aire: y sin empobrecerse de oro y de la plata, tuvo caudal para satisfacer á los generosos y á los magnánimos. Puso asco para los premios ilustres en los metales el verlos empleados en hartar ladrones, pagar adulterios, facilitar maldades, falsear leyes, y escalar jueces: por esto aquellos Padres condenaron la plata y el oro á precio desautorizado de almas sensibles y de vidas mecánicas. Honraron con unas hojas de laurel una frente; dieron satisfacción con una insignia en el escudo á un linaje; pagaron grandes y soberanas victorias con las aclamaciones de un triunfo; recompensaron vidas casi divinas con una estátua. Y para que no descaeciesen de prerrogativas de tesoro los ramos y las hierbas, el mármol y las voces; no las permitieron á la pretensión, sino al mérito. Cobráronlas

las hazañas; no las daban ni vendían la codicia ni la pasión. Ricos fueron los Romanos en tanto que supieron ser pobres: con su pobreza se enterró su honra..... En dedicar á Junio Bruto estátua, mostraron su agradecimiento; y dieron á admirar su providencia en poner entre las estátuas de sus reyes la de aquel que los desterró de la ciudad, y dejó su nombre reo: no quisieron quedar á deber nada al ejemplo ni al castigo.

II.

Entonces las repúblicas se administran bien, cuando envían ministros á las provincias distantes, que procuran, antes estorbar los robos, que castigar los que roban. Más hurtos padecen los príncipes en el castigo de los hurtos por algunos jueces, que en los hurtos por los ladrones. Quien estorba que no hurte su ministro, guarda su ministro y su hacienda; quien le deja hurtar, pierde su hacienda y su ministro. Aquellos pecados se cometen más que más veces se castigan; por eso el ahorrar castigos es ahorrar pecados. Pocas veces se deja de defender el que roba con lo mismo que robó. Siempre los delinquentes fueron alegres y hacienda de los malos jueces: por esto los buscan, para hallarlos, no para corregirlos. No quiso Catón que Canidio pudiese hurtar, y no le dejó Bruto que hurtase: quedó Roma deudora á los dos de lo que era suyo dos veces, la una porque se lo dieron, y la otra porque no se lo dejaron quitar.

Las monarquías se descabalan del número de sus reinos, cuando á gobernarlos envían ministros que vuelven opulentos con los triunfos de la paz. Confieso que esto es empezarse á caer; mas como empiezan á caerse por los cimientos, juntamente es acabarse de caer. Pocas leyes saben convencer de delincuente al que hurta con consideración; consideración llamo hurtar tanto, que habiendo para satisfacer al que envidia, para acallar al que acusa, y para inclinar al que juzga, sobra mucho para el delincuente, que hurtó para todos.

III.

Esta de Marco Bruto fué acción fiscal contra todos aquellos que prefieren el interés propio á la utilidad común. Era Pompeyo enemigo suyo por causa tan justificada como haberle

muerto á su padre. Era Pompeyo entonces padre de su patria: acudió Bruto al parentesco universal, y apartóse del propio, mas no sin cumplir con él. No hacia cortesía á la persona de Pompeyo; más reverenciaba su oficio, aprobaba su intento y seguía sus armas. Fué tan buen hijo de su patria como de su padre; el que es cumplidamente bueno, con todo cumple bién. Era enemigo de la persona de Pompeyo, y no de su oficio; si se juntara á César, fuera buen hijo y mal ciudadano, y dos veces buen hijo.

Aquel hombre que pierde la honra por el negocio, pierde el negocio y la honra. Infinitas victorias ha dado á los enemigos el interés de los propios; ningún contrario tienen contra sí los príncipes tan grande, como el propio vasallo, que quiere más la victoria [para el enemigo que para su General, movido de envidia de su acierto. Observación es más verdadera que convenia lo fuese en los consejos de guerra, porque no se logre la cordura experimentada del que bien propone, votar los más en favor del adversario. ¡Oh alevosa maldad! ¡que quiera más el ignorante perderse, que seguir el parecer del que le salva! Aquel príncipe, que de sus consultas elige por bueno lo que votaron los más, es esclavo de la multitud, debiendo serlo de la razón. Si el príncipe no sabe por muchos, muchos son los que le engañan.....

Fué Bruto á Sicilia, y no hallando ocasión generosa en que merecer, se fué á buscar en el campo de Pompeyo el último peligro en la batalla de Farsalia. Por haber servido en Chipre y enriquecido á Roma con el tesoro de Ptolomeo, y haber servido en Cilicia con esta legacia, no pidió al Senado merced alguna. Él, buscando el peligro de la batalla que necesitaba de él, se dió lo que deseaba, y se ahorró la molestia de pedir. Tienen acabado y mendigo al mundo, no los premios que se piden por los servicios, sino los premios que se piden por los premios. Infame modo de enriquecer han hallado los facinerosos: pedir que les den porque pidieron, y luego piden que les den porque les dieron. La causa de esta maldad está en que los codiciosos piden que les den algo á los que toman todo para sí: por esto los unos pueden pedir, y los otros no pueden negar.....

FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS.

DE LAS EMPRESAS POLÍTICAS.

Obligación que tienen los gobernantes de no gravar á los estados con tributos.

La política de estos tiempos presupone la malicia y el engaño en todo, y se arma contra él de otros mayores, sin respeto á la religión, á la justicia y fé pública. Enseña por lícito todo lo que es conveniente á la conservación y aumento; y ya comunes estas artes, batallan entre sí, se confunden y se castigan unas con otras, á costa del público sosiego, sin alcanzar sus fines. Huya el príncipe de tales maestros, y aprenda de la misma naturaleza, en quien sin malicia, engaño ni ofensa está la verdadera razón de estado. Aquella solamente es cierta, fija y sólida, que usa en el gobierno de las cosas vegetativas y vivientes, y principalmente la que por medio de la razón dicta á cada uno de los hombres en su oficio, y particularmente á los pastores y labradores para la conservación y aumento del ganado y de la cultura; de donde quizá los reyes que del cayado ó del arado pasaron al cetro, supieron mejor gobernar sus pueblos. Válese el pastor (cuya obligación y cuidado es semejante al de los príncipes) de la leche y lana de su ganado, pero con tal consideración, que ni le saca la sangre, ni le deja tan rasa la piel, que no pueda defenderse del frío y del calor. Así debe el príncipe, como dijo el rey don Alfonso; «guardar más la pró comunal que la suya misma, porque el bien y la riqueza de ellos es como suya.» No corta el labrador por el tronco el árbol, aunque sea menester hacer leña para sus usos domésticos, sino le poda las ramas, y no todas; antes las deja de suerte que puedan volver á brotar, para que vestido y poblado de nuevo, le rinda el año siguiente el mismo beneficio: consideración que no cae en el arrendador; porque, no teniendo amor á la heredad, trata solamente de disfrutarla en el tiempo que la goza, aunque después quede inútil á su dueño. Esta diferencia hay entre el señor natural y el tirano en la imposición de los tributos. Este, como violento poseedor, que teme perder presto el reino, procura disfrutarle mientras se le deja gozar la violencia, y no repara en arrancarle tan de raíz las plumas, que no puedan renacer. Pastor es que no apacienta á su ganado, sino á sí mismo, y como

mercenario no cuida de él, y le desampara. Pero el príncipe natural considera la justificación de la causa, la cantidad y el tiempo que pide la necesidad, y la proporción de las haciendas y de las personas en el repartimiento de los tributos; y trata su reino, no como cuerpo que ha de fenecer con sus días, sino como quien ha de durar en sus sucesores, reconociendo que los príncipes son mortales, y eterno el reino; y esperando de él continuados frutos cada año, le conserva como seguro depósito de sus riquezas, de que se pueda valer en mayores necesidades; porque como dijo el rey don Alonso en sus Partidas, tomándolo de Aristóteles en un documento que dió á Alejandro Magno: «El mejor tesoro que el rey ha, é el que más tarde se pierde, es el pueblo, cuando bien es guardado; é con esto acuerda lo que dijo el emperador Justiniano, que entonces son el reino, é la Cámara del Emperador ó del Rey ricos é abundados, cuando sus vasallos son ricos, é su tierra abundada.»

Cuando, pues, impone tributos el príncipe con esta moderación, deuda es natural en los vasallos el concederlos, y especie de rebelión el negarlos; porque solamente tiene este doté la dignidad real y este socorro la necesidad pública. No puede haber paz sin armas, ni armas sin sueldos, ni sueldos sin tributos. Por esto el senado de Roma se opuso al emperador Nerón, que queria remitir los tributos, diciéndole que sin ellos se disolveria el imperio. Son los tributos precios de la paz. Cuando estos exceden, y no ve el pueblo la necesidad que obligó á imponerlos, fácilmente se levanta contra su príncipe.....

En las contribuciones se ha de tener gran consideración de no agravar la nobleza; porque siendo los tributos los que la distinguen de los pecheros, siente mucho verse igualar con ellos, rotos sus privilegios adquiridos con la virtud y el valor. Por esto los hidalgos de Castilla tomaron las armas contra el rey don Alonso el Tercero, que les quiso obligar á la imposición de cien maravedis de oro al año para los gastos de guerra.

No se han de imponer los tributos en aquellas cosas que son precisamente necesarias para la vida, sino en las que sirven á las delicias, á la curiosidad, al ornato y á la pompa; con lo cual, quedando castigado el exceso, cae el mayor peso sobre los ricos y poderosos, y quedan aliviados los labradores y oficiales, que son la parte que más conviene mantener en la república. Los romanos cargaron grandes tributos sobre los aromas, perlas y

piédras preciosas que se traian de Arabia. Alejandro Severo los impuso sobre los oficios de Roma que servian más á la lascivia que á la nécesidad.

Ningunos tributos menos dañosos á los reinos que los que se imponen en los puertos sobre las mercancías que se sacan, porque la mayor parte pagan los forasteros. Por eso con gran prudencia están en ellos constituidas las rentas reales de Inglaterra, dejando libre de imposiciones al reino.

El mayor inconveniente de los tributos y regalías está en los receptores y cobradores, porque á veces hacen mas daño que los mismos tributos, y ninguna cosa llevan mas impacientemente los vasallos que la violencia de los ministros en su cobranza. Sola Sicilia, dice Cicerón, que se mostraba fiel en sufrirlos con paciencia, De ellos se quejó Dios, por boca de Isaias, que habian despojado su pueblo. En Egipto era un profeta presidente de los tributos, porque solamente de quien era dedicado á Dios se podian fiar; y hoy están en manos de negociantes y usureros, que no menos despojan á la nave que llega al puerto que el naufragio, y como los bandoleros desnudan al caminante que pasa de un confin á otro. ¿Que mucho, pues que falte el comercio á los reinos, y que no les entren de afuera las monedas y riquezas, si han de estar expuestas al robo? Y ¿qué mucho que sientan los pueblos las contribuciones, si pagan uno al príncipe y diez al que las cobra? Por estos inconvenientes, en las cortes de Guadalajara, en tiempo del rey don Juan el Segundo, ofreció el reino de Castilla un servicio de ciento y cincuenta mil ducados con tal que tuviese los libros del gasto y recibo, para que constase de su cobranza y si se empleaba bien, y no á arbitrio de los que gobernaban á Castilla por la minoridad del Rey. Por esto el reino de Francia propuso á Enrique el Segundo que le quitase los exactores, y le pondria donde quisiere sus rentas reales; y aunque inclinó á ello, no faltaron después consejeros que con aparentes razones le disuadieron. Lo mismo han ofrecido diversas veces los reinos de Castilla, obligándose también al desempeño de la corona; pero se ha juzgado que seria descrédito de la autoridad real, el darle por tutor al reino, y peligrosa en él esta potestad; pero la causa más cierta es, que se deja de mala gana el manejo de la hacienda y la ocasión de enriquecer con ella á muchos. No está el crédito del príncipe sino en tener. No fué menos atenta la república romana á su re-

putación que cuantas ha habido en el mundo, y reconociendo este peso de las cobranzas, ordenó que los mismos pueblos beneficiasen y cobrasen sus tributos; y no por esto dejó de tener la mano sobre sus magistrados, para que sin avaricia y crueldad se cobrasen; en que fué muy cuidadoso Tiberio. La suavidad en la cobranza de un tributo obliga á la concesión de otros.

DIEGO SAAVEDRA FAJARDO.

DE LA OBRA TITULADA «LÓS PROBLEMAS.»

La guerra es una crudelísima maldición que comprendió al género de los hombres sobre todos los animales que habitan en la tierra. Porque todos los otros animales en sus géneros viven amigablemente: que los leones no emprenden guerra contra los leones, ni los elefantes contra los elefantes, ni los tigres contra los tigres; solamente los hombres superbísimamente se levantan contra los hombres. Es una grangería que halla el diablo para ganar mucho en poco tiempo: hacíasele poca cosa y pobre ganancia llevarlos uno á uno. Metióse tanto en este trato de la guerra, y tomó compañía con los hombres; y dellos mismos gana, veces hay, en un día cincuenta mil esclavos juntos, y cient mil, y cuantos más él puede.

El padre y la madre que engendran la guerra, son el soberbio ánimo, y la desenfrenada avaricia. Las hermanas della mayores á quien ella obedece, son la iracundia y la invidia: y como estas són pasiones espirituales, perturban de tal manera el ánimo de los príncipes, que destierra y aparta fuera de su reino toda buena razón, y consejo bueno y sano. Dentro de la cámara del entendimiento entran en consejo las cuatro perturbaciones susodichas. La soberbia, como más principal, habla primero, y intima las cosas de la honra, diciendo que es poco la vida y todos los reinos del mundo para que se pierdan por la honra; y que si esto se sufriese, otro día se harían insultos y atrevimientos mucho mayores. Y luego dice: ¿Qué dirán de mi en Francia, qué dirán de mi en Italia y en Alemania? No se debe mirar el precio sobre que es la diferencia sinó la cualidad de la fama, y la real preeminencia que de aquí depende. Luego se levanta la avaricia y dice: más hay que eso, que si este caso se lleva adelante por las armas, con la guerra se asegura la paz, y se pue-

den adquirir despojos y provincias: y acrescentando el poder y señorío, se pone terror y espanto en el enemigo para que de allí adelante haya gana de obedecer á la razón y al buen apuntamiento. Levántase luego la invidia, y dice: no es razón de sufrir la presunción que esos tienen con la riqueza. Póngase todo en arbitrio de la fortuna: y si esta señora acostare á nuestra parte, todo lo que ellos tienen será para nosotros. Entonces dice la ira: sús á las manos, que ya se tarda mucho en sufrir tantos ultrajes y tanto desacatamiento. Luego torna á hablar la soberbia, y dice: si supiésemos dónde está la razón, bien holgaría que se hallase en este consejo: porque yo no solamente presumo de sostener la gloriosa fama con la fortaleza del ánimo, más también quiero que digan que voy arrimada al consejo de la razón y de la justicia: que la razón, como triste y hipócrita ha ganado en el mundo tan gran reputación, que todos nos preciamos de tener alguna muestra y apariencia della; y por esto será bien que sea llamada á este consejo, y si se concertare con nuestro acuerdo, tanto que mejor; y sinó, una higa para élla; volverse ha por donde habrá venido.

Llega pues la razón temblando de miedo, y dice: yo vengo tan flaca que apenas puedo echar la voz, porque ya cuando me desterrastes, estaba yo tan doliente por vuestra causa, que ningún provecho ni fruto se podía sacar de mi. Dice el ánimo soberbio, ¿cómo por nuestra causa? Dice la razón, porque á poder de porradas me hicistes hinchar de pies á cabeza: la avaricia me hizo perder la vista de los ojos, y la invidia me hizo consumir la carne y los tuétanos de los huesos, y tornarme éthica; y la iracundia me hizo frenética. Más, ya que me habeis traído aquí y dado libertad para que diga mi parecer, yo lo diré, con protestación que no tengo de ser creída. La guerra, yo confieso, que es cosa dulce y regocijada para hablar en ella, espècialmente los que tienen el ánimo inquieto y amigo de bullicios y novedades: más para experimentarla y ponerla en obra, no es otra cosa sinó un acervo y amontonamiento de miserias y de tristezas incomportables, que paren y se multiplican en diversas maneras. Unas paren cada día, otras cada semana, y otras cada mes, y cada tres meses, y cada seis meses: y de allí pocas veces pasan, porque todo se acaba y todo lo acaban.

Primeramente incumbe la necesidad presente de la innumerable suma del dinero..... Cuando pensais que llevais para tres

meses, en llegando lo habeis despendido todo. Esto hacen las mentiras de los capitanes, que con rabia de engolfarse en los piélagos donde ellos han de pescar, hácenlo todo muy barato y muy fácil. Y cuando pensais que os enviarán socorro dende á dos meses, no va á los cuatro: esto hacen las mentiras de los oficiales, que prometen todo lo imposible, porque á rio revuelto puedan ellos pescar todo lo posible. Esto es en cuanto á lo del dinero, que es muy malo de sacar de las casas ajenas.

La segunda necesidad es de gente, y deixo agora de hablar en los soldados viejos porque los doy al diablo. Más los otros soldados que se han de hacer de nuevo, sin duda es gente muy peligrosa para su dueño, y para perder la jornada muy aparejada, porque ellos van á lo que no saben ni vieron jamás: y como comiencen á sentir la hambre y sed, y las desordenadas calores, y el dormir en el suelo, y otras molestias, no de la guerra sinó del camino, muchos dellos se vuelven, y otros van tales que los querria más para contrarios que valedores de mi parte: pues arrimados á los desarrapados ginetes del Andalucia, estos en toda su vida nunca cabalgaron en caballo ensillado; más son mozos, ó alquilados á jornal de los que tienen caballos, que ni saben de guerra ni de honra, ni saben esperar ni huir. En Castilla alguna falta hay de buenos escuderos; así como en Francia hay falta muy grande de hombres de pie. Acuérdomé que Hernando de Vega, mi amigo, solia decir, que se maravillaba mucho del rey de Francia, como no despertaba todas las noches con cuidado que le habian de tomar su reino, porque en toda Francia no hay un hombre de pie que sepa tomar el cuchillo en la mano. Agora dicen que se hacen allá cuarenta mil soldados de tierra, que verles hacer la reseña es una graciosa farsa; y ellos se van muriendo de risa de sí mismos.

La tercera necesidad es de artillería con todas sus municiones y aparejos. Y si quereis saber cuánta es esta necesidad, allegaos al capitán del artillería de Castilla, y deciros ha que es menester que venga madera y pólvora desde Flandes en una flota que venga á muy buen recaudo por el mar Oceano; y que la fusilería, y los maestros de la fundición, y los carpinteros de los carretones vengán de Italia en otra flota por el mar Mediterráneo..... La cuarta necesidad es de bastimentos para hombres y bestias..... En este artículo hay inmensos trabajos, porque no puede venir cada dia por medida todo lo que es necesario

para tanta multitud de hombres y bestias: y no aprovecha para un día lo que sobró en otro. Allí son los clamores de la mezclada canalla, que en diversos lugares y con desentonadas voces se quejan de la inadvertencia y poco proveimiento del capitán: y unos se pasan á los enemigos; otros se tornan moros; y cualquier partido, cualquiera ley y condición, y cualquier suerte tienen por mejor que la suya.

¿Guay de las orejas del príncipe de aquella hueste, que tales cosas oye! ¿Cuántas veces desea ser hombre bajo? Cuántas veces estar en su casa comiendo legumbres? Cuántas veces invoca la perezosa muerte? ¿Cuántos torcimientos de corazón y mortales singultos, que son peores que la muerte?

(DEL DOCTOR FRANCISCO DE VILLALOBOS)

DE LA NOCHE OSCURA DEL ALMA.

Así lo sentía y lloraba Jeremías para declarar los trabajos de esta noche pasada, diciendo: quitada y despedida está mi alma de la paz. Esta es una penosa turbación de muchos recelos, imaginaciones, y combates que tiene el alma dentro de sí, en que con la aprehensión y sentimiento de las miserias en que se ve, sospecha que está perdida y acabados sus bienes para siempre.

De aquí es que entró en el espíritu un dolor y gemido tan profundo, que le causa fuertes rugidos y bramidos espirituales, pronunciándolos á veces por la boca y resolviéndose en lágrimas cuando hay fuerza y virtud para poderlo hacer; aunque las más veces hay este alivio. El Real Profeta David declaró muy bien esto, como quien también lo experimentó, diciendo: Fui muy afligido y humillado: rugía del rugido de mi corazón. El cual rugido es cosa de gran dolor; porque algunas veces con la súbita y aguda memoria de estas miserias en que se ve el alma, siente tanto dolor y pena; que no sé como se podría dar á entender, sinó por la semejanza que el Santo Job, estando en el mismo trabajo, dice por estas palabras: De la manera que son las avenidas de las aguas, así el rugido mio. Porque, así como algunas veces las aguas hacen tales avenidas que todo lo anegan y llenan, así este rugido y sentimiento del alma á veces crece tanto, que anegándola y traspasándola toda, la llena de angustias y dolores espirituales

todos sus afectos profundos y fuerzas, sobre todo lo que se puede encarecer.

Tal es la obra que en ella hace esta noche encubridora de las esperanzas del día. Porque á este propósito dice también el mismo Job: En la noche es horadada mi boca con dolores, y los que me comen no duermen. Aquí por la boca se entiende la voluntad, la cual es traspasada con estos dolores que en despedazar el alma no cesan ni duermen, porque las dudas y recelos que así la traspasan, nunca cesan. Profunda es esta guerra y combate, porque la paz que espera ha de ser muy profunda, y el dolor espiritual es íntimo y delgado y apurado; porque el amor que ha de poseer, ha de ser también muy íntimo y apurado. Que, cuanto más íntima, esmerada, y pura ha de ser y quedar la obra; tanto más íntima, esmerada y pura ha de ser la labor; y tanto más fuerte, cuanto el edificio más firme. Por eso, como dice Job, se está marchitando en sí misma el alma, y hirviendo sus interiores sin alguna esperanza.... En estas tinieblas ha ido el alma más segura, y es porque ha ido padeciendo, que el camino de padecer es más seguro y aun más provechoso que el gozar y hacer. Lo uno, porque en el padecer se le añaden fuerzas de Dios, y en el hacer y gozar ejercita el alma sus flaquezas y imperfecciones; y lo otro, porque en el padecer se van ejercitando y ganando las virtudes, y purificando el alma y haciéndola más sabia y cauta.

Pero aquí hay otra más principal causa: porque, yendo el alma á oscuras, va segura, y es de parte de la dicha luz ó sabiduría oscura. Porque de tal manera la absorbe y embebe en sí esta oscura noche de contemplación, la pone tan cerca de Dios, que la ampara y libra de todo lo que no es Dios.... A la verdad, cuanto el alma más á él se acerca, más oscuras tinieblas siente, y más profunda oscuridad por su flaqueza: así como el que más cerca del sol llegase, más tinieblas y pena le causaría su grande resplandor, por la flaqueza, impureza, y cortedad de sus ojos.

De donde tan inmensa es la luz espiritual de Dios, y tanto excede al entendimiento; que cuanto más cerca, le ciega y escurece. Y esta es la causa porque dice David: que puso Dios por su escondrijo y cubierto las tinieblas, y su tabernáculo en rededor de sí, tenebrosa agua en las nubes del aire. La cual agua tenebrosa en las nubes del aire es la oscura contempla-

ción y sabiduría divina en las almas. Lo cual ellas van sintiendo, como cosa que está cerca del tabernáculo donde él mora, cuando Dios las va juntando más á sí. Y así lo que en Dios es luz y claridad más alta, es para el hombre tinieblas oscuras, según lo declara el Real Profeta David, diciendo: Por causa del resplandor que está en su presencia, salieron nubes y cataratas; conviene á saber, para el entendimiento natural.....

¡O miserable suerte la de nuestra vida, donde con tanta dificultad la verdad se conoce: pues lo más claro y verdadero no es más que oscuro y dudoso!.... ¡En cuánto temor y peligro vive el hombre, pues la misma lumbre de sus ojos natural con que se guía, es la primera que le encandila y engaña para ir á Dios; y que si ha de acertar á ver por donde va, tenga necesidad de llevar cerrados los ojos, y ir á oscuras para ir segura de los enemigos domésticos de su casa, que son sus sentidos y potencias! Bien está, pues, aquí el alma escondida y amparada en esta agua tenebrosa que está cerca de Dios; porque, así como el mismo Dios sirve de tabernáculo y morada, le servirá de otro tanto á ella, y de amparo perfecto y seguridad, aunque en tinieblas, donde está escondida y amparada de sí misma, y de todos los demás daños de criaturas.. ..

De las tales también se entiende lo que dice David en otro salmo: Esconderlos has en el escondrijo de tu rostro de la turbación de los hombres: ampararlos has en tu tabernáculo de la contradicción de las lenguas. En lo cual se entiende toda manera de amparo: porque estar escondidas en el rostro de Dios de la turbación de los hombres, es estar fortalecidos con esta oscura contemplación contra todas las ocasiones que de parte de los hombres les pueden sobrevenir. Y estar amparados en su tabernáculo de la contradicción de las lenguas, es estar el alma engolfada en esta agua tenebrosa, que es el tabernáculo que hemos dicho de David. De donde, por tener el alma todos los apetitos y aficiones destetados, y las potencias escurecidas, está libre de todas las imperfecciones que contradicen al espíritu, así de su misma carne, como de las demás criaturas. De donde esta alma bien puede decir, que va á *oscuras* y *segura*.

DEL LIBRO DE LA VANIDAD DEL MUNDO.

Ninguno puede servir á dos señores, dice Christo nuestro Redentor. Suave es la divina consolación; y esta no es para todos, sino para los que desprecian las vanidades del mundo. No es posible gustar de Dios, y amar desordenadamente las cosas de esta vida. Todos quieren gozar de la suave conversación del Señor; pero muy pocos son los que quieren perder sus intereses, y menospreciar de corazón los bienes terrenales: desean recibir la interior consolación del alma, y juntamente satisfacer á sus apetitos.....

De los Samaritanos, que eran una gente perdida, dice la Escritura, que temían á Dios, y juntamente con esto tenían ídolos que adoraban. No puedes temer á Dios con amor filial y verdadero, y adorar el vicio que amas. Por amor deste mandó Jacob á los suyos quitar los ídolos para orar y sacrificar á Dios. Contrarios son Jesuchristo y el demonio: ninguna cosa tienen común, ni pueden morar juntos...., No podrás gustar de Dios hasta que los bienes de este mundo y sus deleites tengas por amargos y desabridos. Cuando las cosas de este mundo tuvieres por acedas, entonces está tu ánima dispuesta para recibir la interior consolación de Jesuchristo. Como es imposible mirar con un ojo al cielo, y con el otro á la tierra; así no cabe en razón, ni se compadece, que teniendo las afecciones en los bienes terrenales, quieras gozar de las espirituales consolaciones. Si quieres gozar de Dios, forzado es que seas privado de todo género de mundana y sensual consolación.....

No busques á Dios entre los vergeles y florestas de los deleites y pasatiempos del mundo; pues le halló Moises entre las espinas de la penitencia y aspereza de la vida. Porque los mundanos le buscan en los regalos, nunca merecen hallarle. Aborrece de corazón toda humana delectación, y serás de parte de Dios recreado. Desarraiga el amor del mundo en tu alma, para que dé lugar á que el divino amor haga presa en él. No permitió Dios que su santa Arca, y el ídolo Dagón tuviesen un altar; y aunque porfiaron los filisteos, jamás pudieron hacer que estuviesen juntos. No quiere Dios que esté en pié el ídolo del vicio que adoras, donde está su divina persona: no consiente que él y el mundo sean juntamente adorados. Por tanto, si á Dios quieres amar, cumple que desames la gloria deste siglo. Nunca

apareció Dios á Moises estando en Egipto; ni tú esperes gozar de él viviendo entre las tinieblas del mundo.....

Menosprecia de corazón todas las cosas que deleitan debajo del cielo, y podrás levantar tu ánimo sobre el cielo, y recibir parte de los gozos del cielo. Aquella pobre viuda por mandado del Profeta Eliseo echaba aceite en los vasos vacíos que sus hijos le ofrecían; y faltando los vasos cesó el aceite, que Dios milagrosamente había multiplicado. Si quieres que Dios derrame en tu corazón su divina gracia, conviene que se le ofrezcas vacío de amor mundano. Aparejada está la divina largueza para comunicarte sus dones; y los da á quien le ofrece el corazón desocupado de todo lo que es mundo, y sabe á mundo..... Muchos quieren tener dos respetos: y entregándose á Dios, reservan los cumplimientos que tienen con el mundo.... No revela Dios al alma sus íntimos secretos delante de testigos; ni quiere conversar con el bullicioso que en muchos negocios se ocupa.... No quiere el Señor nuestro corazón partido ni dividido, sino entero. Por no perder un bien tan verdadero ten en poco estos falsos bienes, y alcanzarás la perfecta consolación del espíritu.

.
Mi paz os doy, y mi paz os dejo, dice el Señor. En tanto que al mundo sirvieres, siempre vivirás en contienda. El amor de las cosas terrenales es liga de las penas espirituales: los amadores del mundo viven en continuo tormento. Rueda es el mundo, que siempre da vueltas; y volviendo, mata á sus amadores. Los mundanos nunca alcanzarán la paz del corazón: ama á Dios, y tendrás vida: niega á ti mismo, y conseguirás la verdadera paz.

¿Quién alcanza la verdadera paz? el que es humilde y manso de corazón. Limpia tu corazón de toda malicia, y tendrás la buena paz. Apartate de las cosas que te distraen; porque no hallarás en ellas holganza, sino vuelves á tu corazón y buscarás á Dios, y le amares sobre todas las cosas..... Está en silencio, y sufre un poco por amor de Dios; y él te libraré de toda carga é inquietud. La buena conciencia da confianza para con Dios y en la tribulación y en la muerte; pero la mala conciencia siempre anda con temor, y tiene consigo contienda. El airado presto cae de un mal en otro: el sufrido y manso, de enemigo hace amigo, y halla á Dios propicio por la piedad que tiene con el que peca. El que desea tener paz debe morar en Sión,

donde está la pacífica Jerusalém. Si tuvieses á Dios contigo, tendrás la paz que cantaba Simeón haber alcanzado cuando tenia á Jesuchristo en sus brazos. Él solo da la paz, la cual, según él mismo dice, no puede dar el mundo.

Deprende á vencerte en todas las cosas, y el Señor te dará esta paz interior. Corta tus desordenados apetitos; quita de ti vanos deseos; lanza fuera la codicia de este mundo; y vivirás pacífico y contento. Ninguno te podrá turbar, ninguna cosa te dará pena, gozarás de la suavidad del espíritu y tendrás paraíso encima la tierra; ninguna cosa puede acontecer al justo, dice el Sabio, que le dé turbación. Tus propias pasiones son las que te hacen la guerra; y teniendo los enemigos dentro de casa, quejaste de los de fuera.

Grande Señor es quién manda á si mismo: este es el grande señorío de nuestra voluntad, que tiene mayor poder que los reyes y emperadores del mundo, los cuales no pueden hacer amigos de sus enemigos..... La causa porque te dan pena las injurias, las adversidades, ú otras cualesquier tribulaciones, es porque las aborreces. Pregonáste guerra contra estos trabajos; y porque los tienes por enemigos, te dan molestia. En tu mano está amarlos: y así lo que agora te da pena, te dará después consolación. San Andrés con la cruz holgaba, y aquel glorioso Padre San Francisco á las enfermedades llamaba sus hermanas: y por eso aquellos y los otros santos se deleitaban en las tribulaciones que te dan enojo, porque amaban ellos lo que tu aborreces.....

Si padeciendo persecución recibes pena, no te quejes de quien te persigue; mas antes te debes quejar de ti mismo, pues teniendo libertad para amar la persecución, no quieres. Enmolda tu alma en Jesuchristo, sé amigo de la cruz y pasión, entregate todo á él, y ama lo que él amó; y verás cuanta dulzura y suavidad hallarás en las cosas que agora tienes por desabridas. Entra dentro de ti mismo, y mete á cuchillo todas tus pasiones y deseos de mundo; y nunca tendrás queja de nadie. Y si algún agravio tienes, vuelve contra ti, y vengate de tus enemigos de dentro que son los que te desconsuelan; y no te quejes de los de fuera, pues ningún perjuicio te pueden hacer si tú no quieres.

Como la polilla nacida en el paño, destruye al mismo paño, y el gusano roe el madero donde se crió; así esos agravios que

tanto roen tu corazón, de la propia concupiscencia nacen, en tí se criaron y te cortan la vida, y como víboras rompen las entrañas de la madre donde fueron engendrados. ¡O cuán pacífico vivirías, si fueses verdaderamente mortificado, y dejases esas cosas de fuera! En tanto que anduvieres distraído por las cosas deste siglo, no tendrás reposo en tu corazón. Entonces andará tu vida concertada, cuando moráres contigo mismo. El que está en todo lugar, no está en parte alguna: los peregrinos tienen muchas posadas, y ningunas amistades. Si te quitares de ocupaciones exteriores, gozarás de la buena paz. ¿Qué aprovecharán todos los negocios temporales, cuando viniere Dios á examinar tu conciencia? ¿Quiéres ser quieto de dentro? no te derrames de fuera. No curas del reino de Dios, que está dentro de tí, cuando te diviertes á estas vanidades de fuera.

Tanto estas cosas serán á nosotros menos mólestas, cuanto más trabajemos de ser dentro de nosotros más pacíficos. No mora el Espíritu Santo sino en el corazón pacífico; según aquello que está escrito en el salmo: *en la paz tiene su lugar.....* Vuelve á las cosas interiores, y entra en el secreto de tu corazón; porque si en lo interior no hay paz no irá bien por más que la busques en las criaturas. Si tuvieres paz contigo, no te hará daño la malicia ajena: verdadera es la sentencia que dice, que ninguno es ofendido sino de sí mismo. El mayor enemigo que tienes, eres tu mismo. El sabio no recibe injuria aunque otro se la quiera hacer: todo su bien consiste en la virtud del ánimo, la cual no empece quien quita la libertad, honras ó riquezas. Las persecuciones, no solo no dañan; mas antes dan materia de merecimiento.

DEL P. FR. DIEGO DE ESTELLA.

DEL INFORME SOBRE EL LIBRE EJERCICIO DE LAS ARTES.

Voy, pues, á examinar primero los perjuicios que producen los gremios, y después haré ver que no se pueden temer iguales de parte de la libertad; y últimamente prescribiré las reglas y precauciones que se deben tomar para que la misma libertad no se oponga ni al buen orden civil, ni al fomento de la industria, ni á la seguridad del público.

Poco antes de exponer los perjuicios que han causado los

gremios, volvamos por un instante la vista hácia su origen, y el de las leyes que los autorizaron.

Hubo entre nosotros un tiempo en que todos los brazos del Estado debían estar prontos para su defensa. El glorioso empeño de reconquistar un reino envilecido bajo el yugo de los árabes, y de arrojar de nuestro continente estos enemigos bárbaros y opresores, armó contra ellos todas las clases, sin que hubiese alguna que se creyese libre de la honrada pensión de restaurar la libertad de su patria. El rico-hombre, el prelado, el caballero, el solariego, seguían el primer toque del tambor que los convocaba á la guerra, y marchaban en auxilio del estandarte Real á lidiar por la conservación de un estado de que eran miembros y defensores.

Entre tanto, las pocas artes que conocía una nación sóbria, guerrera y enemiga del lujo, quedaban á cargo de los brazos más débiles. Las mujeres trabajaban en el reposo de sus hogares cuanto era necesario para el sùrtimiento de sus casas y familias. Los demás objetos necesarios al uso de la vida eran fruto también de la industria doméstica, ó de la aplicación de aquellas manos flacas, á quienes había separado de la guerra su misma debilidad. Las artes eran entonces rudas, sencillas y groseras como los siglos que las cultivaban, ó por mejor decir, no se conocían oficios por entonces á que pudiese aplicarse con propiedad el nombre de artes.

Este era el tiempo en que la libertad renacía en Italia, y se levantaba sobre las ruinas del gobierno feudal. A su sombra florecían la navegación y el comercio, y la industria que los alimentaba hacia los progresos más rápidos. De aquí se derivó el incremento, la perfección y división de las artes, y de aquí también aquel sistema municipal, que reduciendo á corporaciones los individuos de cada una, fué el verdadero origen de las gremios, y la causa primitiva de los males que han causado á la industria en el discurso de los tiempos.

Entre tanto habían logrado nuestros príncipes arrojar los moros de la mayor parte de sus conquistas. Toledo, y sucesivamente Jaen, Córdoba, Sevilla y Murcia, arrancadas de sus manos y agregadas á la corona de Castilla, habían establecido un gobierno, ya adoptado en la capital de Cataluña, y cuya imágen se veía con emulación en las florecientes repúblicas de Italia. En él se formó una clase para los artistas; se les permitió unirse en

gremios ó asociaciones; se les señalaron barrios ó distritos; se les concedieron privilegios y franquicias, y en fin, se les trató con tanta mayor generosidad, cuanto empezaban los reyes á mirarlos como un pueblo enteramente suyo, y libre del señorío particular en que gemian los miserables solariegos.

La clasificación de los artistas, útil sin duda para establecer la policía y el buen orden, se convirtió muy luego en un principio de destrucción para las mismas artes. Reunidos sus profesores en gremios, tardaron poco en promover su interés particular con menoscabo del interés común. Con pretexto de fijar la enseñanza, establecieron las clases de aprendices y oficiales; con el de testificar al público la suficiencia de los que le servían, exigieron las maestrías; y para asegurarle de engaños, inventaron preceptos técnicos, prescribieron reconocimientos y visitas, dictaron leyes económicas y penales, fijaron demarcaciones y en una palabra, redujeron las artes á esclavitud, estancaron su ejercicio en pocas manos, y separaron de él á un pueblo codicioso que las buscaba con ansia por participar de sus utilidades:

Tal es la historia de los gremios. Yo repasaré brevemente sus principales perjuicios, empezando por el más digno de atención y remedio de parte de cualquiera gobierno donde la libertad industrial y el amor al público tengan alguna estima.

El hombre debe vivir de los productos de su trabajo Esta es una pena de la primera culpa, una pensión de la naturaleza humana, un decreto de la boca de su mismo Hacedor.

De este principio se deriva el derecho que tiene todo hombre á trabajar para vivir; derecho absoluto que abraza todas las ocupaciones útiles, y tiene tanta extensión como el de vivir y conservarse.

Por consiguiente, poner límites á este derecho, es defraudar la propiedad más sagrada del hombre, la más inherente á su ser, la más necesaria para su conservación.

Aun suponiendo al hombre en sociedad, se debe respetar este derecho. Ninguno ha renunciado de su libertad natural sino aquella parte que es absolutamente necesaria para conservar el Estado sin menoscabo de la propia conservación. Sobre este principio se apoya y debe fundarse la santidad de toda ley.

De aquí es que las leyes gremiales, en cuanto circunscriben

al hombre la facultad de trabajar, no solo vulneran su propiedad natural sino también su libertad civil.

Pero esta ofensa no se causa solo al artista; se extiende también á los demás individuos que consumen los productos de la industria. Todo ciudadano tiene derecho de emplear en su favor el trabajo de otro ciudadano, mediante una recompensa establecida entre los dos. Los gremios destruyen este recíproco derecho, obligando al consumidor á servirse solamente de aquellos maestros que tienen la facultad exclusiva de trabajar.

La injusticia de esta exclusión se hace más palpable cuando se considera que ha defraudado de la libertad de trabajar á la mitad de los pueblos que la adoptaron; que ha separado casi enteramente á las mujeres del ejercicio de las artes, y que ha reducido á la ociosidad unas manos que la naturaleza habia criado diestras y flexibles para perfeccionar el trabajo. Las artes fáciles y sedentarias, aunque más convenientes á este sexo que al nuestro, no por eso se han exceptuado de la regla general.

Pero tan monstruosa exclusión no ha comprendido solo á las mujeres, sino también á todos los hombres á quienes su estado y profesión separaban forzosamente de los gremios. Labradores, soldados, artistas, aunque hábiles para el ejercicio de muchas artes, no pudiendo incorporarse en los gremios, debieron renunciar al derecho de trabajar en ellos.

Tenemos en esto un ejemplar palpable en nuestro expediente. Gabriel Maroto, de ejercicio herrero, quiso establecer en Valladolid una manufactura de cintas caseras. ¡Cuánto no tuvo que sufrir del gremio de pasamaneros este infeliz artista! Y ¿qué seria de él, si la ilustración de la Junta no le hubiera sostenido contra las opresiones de aquel gremio? Aun con esta protección apenas está seguro de sus persecuciones.

La primera consecuencia de tan funesto estanco, fué impedir la unión de la industria con la labranza. Mientras los campos de Alemania están cubiertos de nieve, se ocupa el labrador germano en trabajar la infinita variedad de obras curiosas de madera, piedra y metales con que sus paisanos surten las tiendas de nuestras ciudades populosas, y acumulan ganancias insumables. En los mercados de Bretaña, del Anjou, de Flándes, Irlanda y los Cantones, venden tambien los labradores los lienzos que trabajaron sus familias en el tiempo que las faenas

rústicas les dejaron libre. Estos bienes se deben principalmente á la libertad, y son inasequibles sin ella....

(GASPAR MELCHOR DE JOYE-LLANOS.)

DIÁLOGOS CIENTÍFICOS.

DE LA DIGNIDAD DEL HOMBRE.

Interlocutores.

AURELIO.—ANTONIO.—DINARCO.

ANTONIO. Muchas veces, Dinarco, me he holgado de venir á esta fuente, más no tanto como agora, que la hallo tan bien acompañada; si ella estuviese siempre así, no habria para mí lugar más deleitable.

DINARCO. Con vosotros tiene tan buena compañía, que no se debe desear mejor

ANTONIO. No está bien acompañada sino una fuente con otra. Esta es fuente de agua clara, y tu eres fuente de clara sabiduría: así que sois dos fuentes bien ayuntadas para entera recreación del ánima y del cuerpo.

DINARCO. Mejor hace Aurelio en no decirme nada, que tu Antonio, en saludarme con tanto amor, que no curas de poner medida en tus palabras.

AURELIO. Yo no deajo de ayudar á Antonio, sino porque no sabré decir cosas iguales á tu merecimiento.

DINARCO. Mejor será sufriros, pues defenderme es incitaros. Agora decid: ¿qué ocasión os ha traído por acá.

ANTONIO. Gana de hablar en una disputa que habíamos comenzado.

DINARCO. ¿Qué disputa es?

ANTONIO. Sobre el hombre es nuestra contienda; que Aurelio dice ser cosa vana y miserable, y yo soy venido á defenderlo, y queremos te rogar tu seas nuestro juez, á quien todos con mucha razón acatan por sabio principal.

DINARCO. Yo quisiera ser merecedor de la estima en que me teneis, por cumplir vuestra voluntad como deseo; pero de cualquier manera que sea, yo y estos mis amigos holgaremos de

oir tan buena disputa. Y yo confío tanto de vuestros ingenios y saber, que no se os esconderán las razones que para esta contienda hobiéredes menester, de donde yo pienso quedar tan instruido, que habré cobrado aviso para no errar en la sentencia.

ANTONIO. Pues tu nos muestra la manera que debemos tener en esta disputa.

DINARCO. Porque no se confundan vuestras razones me parece que cada uno diga por sí su parecer entero. Tu, Aurelio, dirás primero, y después te responderá Antonio; y así guardareis la forma de los antiguos oradores, en cuyas contiendas el acusador era el primero que decia y después el defensor.

AURELIO. Pues vosotros os sentad en esos céspedes; y yo, en este tronco sentado, os diré lo que me parece.

DINARCO. Sentaos todos, de manera que podais tener reposo.

AURELIO. Suelen quejarse los hombres de la flaqueza de su entendimiento, por lo cual no pueden comprender las cosas como son en la verdad. Pero quien bien considere los daños de la vida y los males por do el hombre pasa del nacimiento á la muerte, parecerle ha que el mayor bien que tenemos es la ignorancia de las cosas humanas, con la cual vivimos los pocos dias que duramos, como quien en sueño pasa el tiempo de su dolor. Que si tal conocimiento de nuestras cosas tuviésemos, como ellas son malas, con mayor voluntad deseáramos la muerte que amamos la vida. Por esto quisiera yo doblaros, si pudiera, el descuido, y meteros en tal ceguedad y tal olvido, que no viérades la miseria de nuestra humanidad ni sintiérades la fortuna, su atormentadora. Pero, pues, por vuestra voluntad, que grande mostrais, de saber lo que del hombre siento, soy yo casi compelido á haceros esta habla; si por ventura mis palabras fueran causa que recibais dolor cual antes no habiades sentido, vosotros teneis la culpa, que mandais aquesto á quien no puede dejar de obedeceros. Oid, pues, señores, atentos, y hablaros he en esto que mandais, no según que pertenece para ser bien declarado (porque á esto no alcanza la flaqueza del entendimiento, aunque solo es agudo en sentir sus males), sino hablaré yo en ello según la experiencia [que podamos alcanzar en los pocos dias] que vivimos, de tal manera, que el tiempo baste, y la paciencia que para oír teneis aparejada.

Primeramente, considerando el mundo universo, y la parte que de él nos cabe, veremos los cielos hechos morada de espí-

ritus bienaventurados, claros y adornados de estrellas lucientes, muchas de las cuales son mayores que la tierra; donde no hay mudanza en las cosas, ni hay causas de su detrimento; más ántes todo lo que en el cielo hay persevera en un sér constante y libre de mudanza.. Debajo suceden el fuego y el aire, limpios elementos, que reciben pura lumbre del cielo. Nosotros estamos acá en la hez del mundo y su profundidad entre las bestias, cubiertos de nieblas, hechos moradores de la tierra, do todas las cosas se truecan en breves mudanzas, comprendida en tan pequeño espacio, que solo un punto parece, comparada á todo el mundo, y aún en ella no tenemos licencia para toda. Debajo las partes sobre que se rodea el cielo, nos las defiende el frio, en muchas partes los ardores, las aguas en muchos más, y la esterilidad también hace grandes soledades, y en otros lugares la destemplanza de los aires. Así que de todo el mundo y su grandeza estamos nosotros retraidos en muy chico espacio, en la más vil parte de él, donde nacemos desproveidos de todos los dones que á los otros animales proveyó naturaleza. A unos cubrió de pelos; á otros de pluma, á otros de escama y otros nacen en conchas cerradas; más el hombre tan desamparado, que el primer don natural que en él hallan el frio y el calor es la carne. Así sale al mundo como á lugar extraño, llorando y gimiendo, como quien da señal de las miserias que viene á padecer. Los otros animales, poco después de salidos del vientre de su madre, luego, como venidos á lugar propio y natural, andan los campos, pacen las yerbas, y según su manera gozan del mundo; más el hombre muchos días después que nace, ni tiene en sí poderío de moverse, ni sabe do buscar su mantenimiento, ni puede sufrir las mudanzas del aire. Todo lo ha de alcanzar por luengo discurso y costumbre. do parece que el mundo como por fuerza lo recibe, y naturaleza, casi importunada de los que al hombre crian, le da lugar á la vida. Y aun eutonces le da por mantenimiento lo mas vil. Los brutos que la natuleraza hizo mansos, viven de yerbas y simientes y otras limpias viandas; el hombre vive de sangre, hecho sepultura de los otros aimales.

. ,
.

ANTONIO. Considerando, señores, la composicion del hombre, de quien hoy he de decir, me parece que tengo delante los ojos la más admirable obra de cuantas Dios ha hecho, donde veo,

no solamente la excelencia de su saber más representada que en la gran fábrica del cielo, ni en la fuerza de los elementos, ni en todo el orden que tiene el universo; mas veo también, como en espejo claro, el mismo ser de Dios, y los altos secretos de su Trinidad. Parte de esto vieron los sabios antiguos con la lumbre natural, pues que puestos en tal contemplación, dijo Trimegisto que gran milagro era el hombre, de cosas grandes se veian; Aristoteles creyó que era el hombre el fin á quien todas las cosas acatan, y que el cielo tan excelente, y las cosas admirables que dentro de sí tiene, todas fueron reducidas á que el hombre tuviese vida, sin el cual todas parecian inútiles y vanas. Solo Epicuro se quejaba de la naturaleza humana, que le parecia desierta de bien, y aflijida de muchos males; alegando tales razones, que me parece que tu, Aurelio, lo has bien en ellas imitado. Por lo cual le parecia que este mundo universal se regia por fortuna, sin providencia que dentro dél anduviese á disponer de sus cosas. Mas de cuánto valor sea la sentencia de Epicuro, ya él lo mostró cuando antepuso el deleite á la virtud. Yo no quisiera que aprobára al hombre quien á la virtud condena; basta que lo aprueben aquellos que con alto juicio saben que al artífice hace grave injuria quien reprueba su obra más excelente. Dios fué el artífice del hombre; y por eso, si en la fábrica de nuestro sér hubiese alguna falta, en él redundaría más señaladamente que de otra obra alguna, pues nos hizo á su imagen, para representarlo á él..... Que así como Dios tiene en su poderio la fábrica del mundo, y con su mando la gobierna, así el ánima del hombre tiene el cuerpo sujeto, y segun su voluntad lo mueve y lo gobierna; el cual es otra imagen verdadera de aqueste mundo, á Dios sujeto. Porque, como son estos elementos, de que está compuesta la parte baja del mundo, así son los humores en el cuerpo humano, de los cuales es templado. Y como veis el cielo ser en sí puro y penetrable de la lumbre, así es en nosotros el leve espíritu animal, situado en el cerebro, y de allí á los sentidos derivado, por do se recibe lumbre y vista de las cosas de afuera; por donde es manifiesto ser el hombre cosa universal, que de todos participa. Tiene á ánima Dios semejante, y cuerpo semejante al mundo; vive como planta, siente como bruto y entiende como angel. Por lo cual bien dijeron los antiguos que es el hombre menor mundo, cumplido de la perfición de todas las cosas, como Dios en sí tiene perfición universal; por donde otra

vez somos tornados á mostrar cómo es su verdadera imagen. . .

(.)
DINARCO. Yo no tengo más que juzgar, de tenerte, Antonio, por bien agradecido en conocer y representar lo que Dios ha hecho por el hombre; y preciar también mucho tu ingenio, Aurelio, pues en causa tan manifiesta hallaste, con tu agudeza, tantas razones para defenderla. Y vámonos; que ya la noche se acerca, sin darnos lugar que lleguemos á la ciudad antes que del todo se acabe el día.

DEL MAESTRO FERNÁN PÉREZ DE OLIVA.

COMPOSICIONES HISTÓRICAS.

Fragmentos de la Historia de la Guerra contra los Moriscos de Granada.

I.

De la Introducción.

Bien sé que muchas cosas de las que se escribieron, parecerán á algunos livianas y menudas para historia, comparadas á las grandes que de España se hallan escritas. Guerras largas de varios sucesos; tomas y desolaciones de ciudades populosas; reyes vencidos y presos; discordias entre padres y hijos, hermanos y hermanos, suegros y yernos; desposeidos, restituidos, y otra vez desposeidos, muertos á hierro; acabados linajes; mudadas sucesiones de reinos; libre y extendido campo y ancha salida para los escritores. Yo escogí camino más estrecho, trabajo, estéril y sin gloria; pero provechoso y de fruto para los que adelante vinieren: comienzos bajos; rebelión de salteadores; juntas de esclavos; tumulto de villanos; competencias, odios, ambiciones y pretensiones; dilación de provisiones; falta de dineros; inconvenientes, ó no creidos, ó tenidos en poco; remisión y flojedad en ánimos acostumbrados á entender, proveer y disimular mayores cosas. Y así no será cuidado perdido consi-

derar de cuán livianos principios y causas particulares se viene á colmo de grandes trabajos, dificultades, y daños públicos, y cuasi fuera de remedio. Veráse una guerra, al parecer tenida en poca y liviana dentro de casa; mas fuera estimada y de gran coyuntura: que en cuanto duró, tuvo atentos y no sin esperanza los ánimos de los principes amigos y enemigos, lejos y cerca; primero, cubierta y sobresanada, y al fin descubierta parte con el miedo y la industria, y parte criada con el arte y ambición. La gente que dije pocos á pocos junta, representada en forma de ejércitos; necesitada España á mover sus fuerzas para atajar el fuego; el Rey salir de su reposo y acercarse á ella; encomendar la empresa á Don Juan de Austria su hermano, hijo del Emperador Don Cárlos, á quien la obligación de las victorias del padre moviese á dar la cuenta de si que nos muestra el suceso. En fin pelearse cada dia con enemigos; frio, calor, hambre; falta de municiones y de aparejos en todas partes; daños nuevos, muertes á la continua: hasta que vimos á los enemigos, nación belicosa, entera, armada y confiada en el sitio, en el favor de los bárbaros y turcos, vencida, rendida, sacada de su tierra, y desposeida de sus casas y bienes; presos y atados hombres y mujeres; niños cautivos vendidos en almoneda, ó llevados á habitar á tierras lejos de la suya: cautiverio y trasmigración no menor que las que de otras gentes se leen por las historias. Victoria dudosa y de sucesos tan peligrosos, que alguna vez se tuvo duda, si éramos nosotros ó los enemigos, los á quien Dios queria castigar: hasta que el fin de ella descubrió que nosotros éramos los amenazados, y ellos los castigados. Agradezcan y acepten esta mi voluntad, libre y lejos de todas las causas de ódio ó de amor, los que quisieren tomar ejemplo ó escarmiento: que esto solo pretendo por remuneración de mi trabajo, sin que de mi nombre quede otra memoria.

II.

Entrada del morisco Farax-Aben-Farax en Granada.

En España no habia galeras: el poder del Rey ocupado en regiones apartadas, y el reino fuera de tal cuidado, todo seguro, todo sosegado: que tal estado era el que á ellos parecia más á su propósito. Los ministros y gente de Granada, más sospe-

chosa que proveída: como pasa donde hay miedo y confusión. Pero fué acontecimiento hacer aquella noche tan mal tiempo, y caer tanta nieve en la sierra que llaman *nevada*, que cegó los pasos y veredas, cuanto bastaba para que tanto número de gente no pudiese llegar. Mas Farax con los ciento y cincuenta hombres poco antes del amanecer entró por la puerta alta de Guadix, donde junta con Granada el camino de la sierra, con instrumentos y gaitas, como es su costumbre. Llegaron al Albaicin, corrieron las calles, procuraron levantar el pueblo, haciendo promesas, pregonando sueldo de parte de los Reyes de Fez y Argel afirmando que con gruesas armadas eran llegados á la costa del reino de Granada: cosa que escandalizó y atemorizó los ánimos presentes; y á los ausentes dió tanto más en que pensar, cuanto más lejos se hallaban: porque semejantes acaecimientos cuanto más se van apartando de su principio, tanto parecen mayores, y se juzgan con mayor encarecimiento.

Y que en un reino pacífico, lleno de armas, prudencia, justicia, riqueza; gobernado por Rey que pocos años antes habia hecho en persona el mayor principio que nunca hizo rey de España; vencido en un año dos batallas; ocupado por fuerza tres plazas al poder de Francia; compuesto negocio tan desconfiado como la restitución del Duque de Saboya; hecho por sus capitanes otras empresas; atravesando sus banderas de Italia á Flandes (viaje al parecer imposible) por tierras y gentes, que después de las armas romanas nunca vieron otros en su comarca; pacificado sus estados con victorias, con sangre, con castigos: dentro en el reposo, en la seguridad de su reino, en ciudad poblada la mayor parte de cristianos, tanto mar en medio, tantas galeras nuestras, ¿entráse gente armada con espaldas de tantos hombres por medio de la ciudad apellidando nombre de reyes infieles enemigos? Estado poco seguro es el de quien se descuida, creyendo que por sola su autoridad nadie se puede atrever á ofendelle.....

Habia entre los que gobernaban la ciudad emulación y voluntades diferentes; pero no por esto, así ellos como la gente principal y pueblo, dejaron de hacer la parte que tocaba á cada uno. Estúvose la noche en armas: tuvo el conde de Tendilla el Alhambra á punto, escandalizado de la música morisca, cosa en aquel tiempo ya desusada..... Bajó el Conde á la plaza nueva, y puso la gente en orden, Acudieron muchos forasteros de

la ciudad, personas principales, al Presidente D. Pedro Deza por su oficio, por el cuidado que le habian visto poner en descubrir y atajar el tratado, por su afabilidad y buena manera generalmente con todos; y algunos por la diferencia de voluntades que conocian entre él y el Marqués de Mondejar. Este con solos cuatro de á caballo y el Corregidor subió al Albaicin, más por reconocer lo pasado que suspender el daño que se esperaba, ó asesegurar los ánimos que ya tenia por perdidos, contento con alargar algún dia el peligro: mostrando confianza y gozar del tiempo que fuese común, á ellos para ver cómo procedían sus valedores, y á él para armarse y proveerse de lo necesario, y resistir á los unos y á los otros. Hablóles: «encareció su lealtad y firmeza, su prudencia en no dar crédito á la liviandad de pocos y perdidos, sin prendas: hombres, que con las culpas ajenas pensaban redimir sus delitos, ó adelantarse. Tal confianza se habia hecho siempre y en casos tan calificados, de la voluntad que tenian al servicio del Rey, poniendo personas, haciendas y vidas con tanta obediencia á los ministros: ofreciéndose de ser testigo y representador de su fé y servicios, intercediendo con el Rey para que fuesen conocidos, estimados y remunerados.» Pero ellos respondiendo pocas palabras, y esas más con semblante de culpados y arrepentidos que de determinados, ofrecieron la obra y perseverancia que habian mostrado en todas las ocasiones, Y pareciéndole al Marqués bastar aquello; sin quitalles el miedo que tenian del pueblo, se bajó á la ciudad.....

Tornó el Marqués una hora antes de media noche; y sin perder tiempo, comenzó á prevenir y llamar la gente que pudo sin dineros y que estaba más cerca: los que por servir al Rey, los que por su seguridad, por amistad del Marqués, memoria del padre y abuelo, cuya fama era grande en aquel reino, por esperanza de ganar, por el ruido ó vanidad de la guerra, quisieron juntarse. Hizo llamamientos generales pidiendo gente á las ciudades y señores de la Andalucía, cada uno conforme á la obligación antigua y usanza de los concejos: que era venir la gente á su costa el tiempo que duraba la comida que podian traer sobre los hombros. Contábase para una semana; mas acabada, servian tres meses pagados por sus pueblos enteramente, y seis meses adelante pagaban la mitad los pueblos y otra mitad el Rey. Tornaban estos á sus casas, venian otros: manera

de levantar gente, dañosa para la guerra, y para ella, porque siempre era nueva.... Llamó también á soldados particulares aunque ocupados en otras partes, á los que vivían á sueldo del Rey, á los que, olvidadas ó colgadas las esperanzas y las armas, reposaban en sus casas. Envió espías por todas partes á calar el motivo de los enemigos: avisó y pidió dineros al Rey para resistirlos y asegurar la ciudad. Mas en ella era el miedo mayor que la causa: cualquier sospecha daba desasosiego, ponía los vecinos en arma: discurrir á diversas partes: de ahí volver á casa, medir el peligro cada uno con su temor, trocados de continua paz en continua alteración: tristeza, turbación, y prisa: no fiar de persona, ni de lugar: las mujeres á unas y otras partes preguntar, visitar templos. Muchas de las principales se acogieron á la Alhambra, otras con sus familias salieron por mayor seguridad á lugares de la comarca. Estaban las casas yermas, y tiendas cerradas, suspenso el trato, mudadas las horas de oficios divinos y humanos; atentos los religiosos y ocupados en oraciones y plegarias: como se suele en tiempo y punto de grandes peligros.

DIEGO HURTAPO DE MENDOZA.

DE LA HISTORIA DE LA CONQUISTA DE MÉJICO.

I.

Los hechos de Cristobal Colón en su admirable navegación, y en las primeras empresas de aquel nuevo mundo; lo que obró Hernán Cortés con el consejo y con las armas en la conquista de Nueva España, cuyas vastas regiones duran todavía en la incertidumbre de sus términos; y lo que se debió á Francisco Pizarro, y trabajaron los que le sucedieron en sojuzgar aquel dilatadísimo Imperio de la América Meridional, teatro de varias tragedias y extraordinarias novedades; son tres argumentos de historias grandes, compuestas de aquellas ilustres hazañas, y admirables accidentes de ambas fortunas, que dan materia digna á los anales, agradable alimento á la memoria y útiles ejemplos al entendimiento y al valor de los hombres.....

Corria el año de mil quinientos diez y siete, digno de particular memoria en esta Monarquía, no menos por sus turbaciones que por sus felicidades. Hallábase á la sazón España com-

balida por todas partes de tumultos, discordias y parcialidades, congojada su quietud con males internos que amenazaban su ruina; y durando en su fidelidad, más como reprimida de su propia obligación, que como enfrenada y obediente á las riendas del gobierno. Y al mismo tiempo se andaba disponiendo en las Indias Occidentales su mayor prosperidad en el descubrimiento de otra Nueva España, en que no solo se dilatasen sus términos, sino se renovase y duplicase su nombre. Asi juegan con el mundo la fortuna y el tiempo; y asi se suceden, ó se mezclan con perpétua alternación los bienes y los males.

.....
Reduciase entonces todo lo conquistado de aquel Nuevo-Mundo á cuatro islas, y á una parte de Tierra-Firme, que se habian poblado en el Darién, á la entrada del golfo de Uraba, de cuyos términos constaba lo que se comprehendia en este nombre de Indias Occidentales..... Lo demás de aquel Imperio consista, no tanto en la verdad, como en las esperanzas que se habian concebido de diferentes descubrimientos y entradas que hicieron nuestros capitanes con varios sucesos, y con mayor peligro que utilidad; pero en aquello poco que se poseia estaba tan olvidado el valor de los primeros conquistadores, y tan arraigada en los ánimos la codicia, que solo se trataba de enriquecer, rompiendo con la conciencia y con la reputación: dos frenos sin cuyas riendas queda el hombre á solas con su naturaleza, y tan indómito y feroz en ella como los brutos más enemigos del hombre.

II.

Batalla de Otumba ganada por Hernán Cortés contra los mejicanos.

Reconocida por todo el ejército la nueva dificultad á que debian preparar el ánimo y las fuerzas, volvió Hernán Cortés á examinar los semblantes de los suyos con aquel brio natural que hablaba sin voz á los corazones; y hallándolos más cerca de la ira que de la turbación, «llegó el caso, dijo, de morir ó vencer: la causa de nuestro Dios milita por nosotros.» Y no pudo proseguir, porque los mismos soldados le interrumpieron clamando por la orden de acometer, con que solo se detuvo en prevenirlos de algunas advertencias que pedia la ocasión; y ape-

ludando como solía, unas veces á Santiago y otras á San Pedro, avanzó prolongada la frente del escuadrón para que fuese unido el cuerpo del ejército con las alas de la caballería, que iba señalada para defender los costados y asegurar las espaldas. Dióse tan á tiempo la primera carga de arcabuces y ballestas, que apenas tuvo lugar el enemigo para servirse de las armas arrojadas. Hicieron mayor daño las espadas y las picas, cuidando al mismo tiempo los caballos de romper y desbaratar las tropas que se inclinaban á pasar de la otra banda para sitiar por todas partes el ejército. Ganóse alguna tierra de este primer avance. Los españoles no daban golpe sin herida, ni herida que necesitase de segundo golpe. Los tlascaltecas se arrojaban al conflicto con sed rabiosa de la sangre mejicana, y todos tan puestos de su cólera que mataban con elección, buscando primero á los que parecían capitanes; pero los indios peleaban con obstinación, acudiendo menos unidos que apretados á llenar el puesto de los que morían y el mismo estrago de los suyos era nueva dificultad para los españoles, porque se iba cebando la batalla con gente de refresco. Retirábase, al parecer, todo el ejército cuando cerraban los caballos ó salían á la vanguardia las bocas de fuego, y volvía con nuevo impulso á cobrar el terreno perdido, moviéndose á una parte y otra la muchedumbre con tanta velocidad, que parecía un mar proceloso de gente la campaña, y no lo desmentían los flujos y reflujos.

Peleaba Hernán Cortés á caballo socorriendo con su tropa los mayores aprietos y llevando en su lanza el terror y el estrago del enemigo, pero le traía sumamente cuidadoso la porfiada resistencia de los indios, porque no era posible que se dejasen de apurar las fuerzas de los suyos en aquel género de continua operación; y discurriendo en los partidos que podría tomar para mejorarse ó salir al camino, le socorrió en esta congoja una observación de las que solía depositar en su cuidado para servirse de ellas en la ocasión. Acordóse de haber oído referir á los mejicanos que toda la suma de sus batallas consistía en el estandarte real, cuya pérdida ó ganancia decidía sus victorias ó la de sus enemigos, y fiado en lo que se turbaba, y descomponía el enemigo al acometer de los caballos, tomó resolución de hacer un esfuerzo extraordinario para ganar aquella insignia sobresaliente que ya conocía. Llamó á los capitanes Gonzalo de Sandoval, Pedro de Albarado, Cristóbal de Olid

y Alonso Dávila para que le siguiesen y guardasen las espaldas como á los demás que asistían á su persona, y haciéndoles una breve advertencia de lo que debían obrar para conseguir su intento, embistieron á poco más de media rienda por la parte que parecía más flaca ó menos distante del centro. Retiráronse los indios, temiendo, como solían, el choque de los caballos, y antes que se cobrasen al segundo movimiento, se arrojaron á la multitud confusa y desordenada con tanto ardimiento y desembarazo, que rompiendo y atropellando escuadrones enteros, pudieron llegar sin detenerse al paraje donde asistía el estandarte del imperio con todos los nobles de su guardia; y entretanto que los capitanes se desembarazaban de aquella numerosa comitiva, dió de los pies á su caballo Hernán Cortés y cerró con el capitán general de los mejicanos, que al primer bote de su lanza cayó mal herido por la otra parte de las andas. Habíanle ya desamparado los suyos, y hallándose cerca un soldado particular que se llamaba Juan de Salamanca, saltó de su caballo y le acabó de quitar la poca vida que le quedaba con el estandarte, que puso luego en manos de Cortés. Era este soldado persona de calidad, y por haber perfeccionado entonces la hazaña de su capitán, le hizo algunas mercedes el Emperador, y quedó por timbre de sus armas el penacho de que se coronaba el estandarte.

Apenas la vieron aquellos bárbaros en poder de los españoles, cuando abatieron las demás insignias, y arrojando las armas, se declaró por todas partes la fuga del ejército. Corrieron despavoridos á guarecerse de los bosques y maizales; cubriéronse de tropas amedrentadas los montes vecinos, y en breve rato quedó por los españoles la campaña. Siguióse la victoria con todo el rigor de la guerra, y se hizo sangriento destrozo en los fugitivos. Importaba deshacerlos para que no se volviesen á juntar, y mandaba la irritación lo que aconsejaba la conveniencia. Hubo algunos heridos entre los de Cortés, de los cuales murieron en Tlascalala dos ó tres españoles, y el mismo Cortés salió con un golpe de piedra en la cabeza tan violento, que, abollando las armas, le rompió la primera túnica del cerebro y fue mayor el daño de la contusión. Dejóse á los soldados el despojo, y fue considerable porque los mejicanos venían prevenidos de galas y joyas para el triunfo. Dice la historia que murieron veinte mil en esta batalla; siempre se habla por ma-

yor en semejantes casos, y quien se persuadiere á que pasaban de doscientos mil hombres el ejército vencido hallará menos disonancia en la desproporción del primer número.

ANTONIO DE SOLÍS.

DE LA HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA.

I.

Costumbres primitivas de los españoles.

Groseras sin policia ni crianza fueron antiguamente las costumbres de los españoles. Sus ingenios más de fieras que de hombres. En guardar secreto se señalaron extraordinariamente; no eran parte los tormentos, por rigurosos que fuesen, para hacersele quebantar. Sus ánimos inquietos y bulliciosos; la ligereza y soltura de sus cuerpos extraordinaria; dados á las religiones falsas y culto de los dioses; aborrecedores del estudio de las ciencias, bien que de grandes ingenios. Lo cual, transferidos en otras provincias, mostraron bastantemente que ni en la claridad de entendimiento, ni en excelencia de memoria, ni aún en elocuencia y hermosura de las palabras daban ventaja á ninguna otra nación. En la guerra fueron más valientes contra los enemigos que astutos y sagaces; el arreo que usaban simple y grosero; el mantenimiento más en cantidad que exquisito ni regalado; bebían de ordinario agua, vino muy poco; contra los malhechores eran rigurosos, con los extrangeros benignos y amorosos.

Esto fue antiguamente, porque en este tiempo mucho se han acrecentado, así los vicios como las virtudes. Los estudios de la sabiduria florecen cuanto en cualquiera parte del mundo; en ninguna provincia hay mayores ni más ciertos premios para la virtud; en ninguna nación tiene la carrera más abierta y patente el valor y doctrina para adelantarse. Deséase el ornato de las letras humanas, á tal empero que sea sin daño de las otras ciencias. Son muy amigos los españoles de justicia; los magistrados, armados de leyes y autoridad, tienen trabados los más altos con los bajos, y con estos los medianos con cierta igual-

dad y justicia; por cuya industria se han quitado los robos y salteadores, y se guardan todos de matar ó hacer agravio, porque á ninguno es permitido, ó quebrantar las sagradas leyes, ó agraviar á cualquiera del pueblo, por bajo que sea. En lo que más se señalan es en la constancia de la religión y creencia antigua, con tanta mayor gloria, que en las naciones comarcanas en el mismo tiempo todos los ritos y ceremonias se alteran con opiniones nuevas y extravagantes. Dentro de España florece el consejo, fuera las armas; sosegadas las guerras domésticas y echados los moros de España, han peregrinado por gran parte del mundo con fortaleza increíble. Los cuerpos son por naturaleza sufridores de trabajos y de hambre; virtudes con que han vencido todas las dificultades, que han sido en ocasiones muy grandes por mar y por tierra. Verdad es que en nuestra edad se ablandan los naturales y enflaquecen con la abundancia de deleites y con el aparejo que hay de todo gusto y regalo de todas maneras en comida y en vestido y en todo lo demas. El trato y comunicación de las otras naciones que acuden á la fama de nuestras riquezas, y traen mercaderias que son apropósito para enflaquecer los naturales con su regalo y blandura, son ocasión de este daño. Con esto, debilitadas las fuerzas y estragadas con las costumbres extrangeras, demas de esto por la disimulación de los príncipes y por la licencia y libertad del vulgo, muchos viven desenfrenados, sin poner fin ni tasa ni á la lujuria, ni á los gastos, ni á los arreos y galas. Por donde, como dando vuelta la fortuna desde el lugar más alto do estaba, parece á los prudentes y avisados que, mal pecado, nos amenazan graves daños y desventuras, principalmente por el grande odio que nos tienen las demás naciones; cierto compañero sin duda de la grandeza y de los grandes imperios, pero ocasionado en parte de la aspereza de las condiciones de los nuestros, de la severidad y arrogancia de algunos de los que mandan y gobiernan.

II.

Prisión y muerte de D. Alvaro de Luna.

Sin razón se quejan los hombres de la inconstancia de las cosas humanas, que son flacas, perecederas, inciertas, y con

pequeña ocasión se truecan y revuelven en contrario, y que se gobiernan más por la temeridad de la fortuna que por consejo y prudencia, como á la verdad los vicios y las costumbres no concertadas son los que muchas veces despeñan á los hombres en su perdición. ¿Qué maravilla si á la mocedad perezosa se sigue pobre vejez? Si la lujuria y la gula derraman y desperdician las riquezas que juntaron los antepasados? Si se quita el poder á quien usa del mal? La verdad es que los nombres de las cosas de ordinario andan trocados. Dar lo ajeno y derramar lo suyo se llama liberalidad; la temeridad y atrevimiento se alaba; mayormente si tiene buen remate la ambición se cuenta por virtud y grandeza de ánimo; el mando desapoderado y violento se viste de nombre de justicia y de severidad. Pocas veces la fortuna discrepa de las costumbres; nosotros, como imprudentes jueces de las cosas, escudriñamos y buscamos causas sin propósito de la infelicidad que sucede á los hombres, las cuales, si bien muchas veces están ocultas y no se entienden, no faltan. Esto me pareció advertir antes de escribir el desastrado fin que tuvo el condestable y maestre D. Álvaro de Luna.

De bajos principios subió á la cumbre de la buenandanza; de ella le despeñó la ambición. Tenia buenas partes naturales, condición y costumbres no malas; si las faltas, si los vicios sobrepujasen, el suceso y el remate lo muestra. Era de ingenio vivo y de juicio agudo; sus palabras concertadas y graciosas; usaba de donaires con que picaba, aunque era naturalmente algo impedido en la habla; su astucia y disimulación grande; el atrevimiento, soberbia y ambición no menores. El cuerpo tenia pequeño, pero recio y á propósito para los trabajos de la guerra. Las facciones del rostro menudas y graciosas con cierta majestad. Todas estas cosas comenzaron desde sus primeros años; con la edad se fueron aumentando. Allegóse el menosprecio que tenia de los hombres, común enfermedad de poderosos. Dejábase visitar con dificultad; mostrábase áspero, en especial de media edad adelante fué en la colera muy desenfrenado. Exasperado con el ódio de sus enemigos y desapoderado por los trabajos en que se vió, á manera de fiera que agarrochean en la leonera y después la sueltan, no cesaban de hacer riza; ¿que estragos no hizo con el deseo ardiente que tenia de vengarse? Con estas costumbres no es maravilla que cayese, sino cosa ver-

gonzosa que por tanto tiempo se conservase. Muchas veces le acusaron de secreto y achacaron delitos cometidos contra la majestad real... .

Ya que todo estaba á punto, á cinco de Abril, que era jueves, al amanecer cercaron con gente armada las casas de Pedro de Cartagena, en que D. Álvaro de Luna posaba. No pareció usar de fuerza, bien que algunos soldados fueron heridos por los criados de D. Álvaro, que les tiraban con ballestas desde las ventanas de la casa. Anduvieron recados de una parte á otra. Por conclusión, D. Álvaro de Luna, visto que no se podía hacer otra cosa y que le era forzoso, demás que el Rey, por una cédula firmada de su mano que le envió, le prometia no le sería hecho agravio, que era todo darle buenas palabras, finalmente se rindió. En las mismas casas de su posada fué puesto en prisión, á las cuales vino el Rey á comer después de oída misa....

En un mismo tiempo el rey de Castilla se apoderaba del estado y tesoros de D. Álvaro de Luna, y él mismo desde la carcel en que le tenían trataba de descargarse de los delitos que le achacaban, por tela de juicio, del cual no se podía salir bien, pues tenia por contrario al Rey y más irritado contra él por tantas causas. Los jueces señalados para negocio tan grave, sustanciado el proceso y cerrado, pronunciaron contra él sentencia de muerte. Para ejecutarla, desde Portillo, do le llevaron en prisión, le trajeron á Valladolid, Hiciéronle confesar y comulgar; concluido esto, le sacaron en una mula al lugar en que fué ejecutado con un pregón que decia: «Esta es la justicia que manda hacer nuestro señor el Rey á este cruel tirano, por quanto él con grande orgullo y soberbia, y loca osadía, y injuria de la real majestad, la cual tiene lugar de Dios en la tierra, se apoderó de la casa y córte y palacio del Rey nuestro señor, usurpando el lugar que no era suyo ni le pertenecia; é hizo é cometió en deservicio de nuestro señor Dios é del dicho señor Rey, é mengua y abajamiento de su persona y dignidad, y del estado y corona real, y en gran daño y deservicio de su corona y patrimonio, y perturbación y mengua de la justicia, muchos y diversos crímenes y excesos, delitos, maleficios, tiranías, cohechos; en pena de lo cual le manda degollar porque la justicia de Dios y del Rey sea ejecutada, y á todos sea ejemplo que no se atrevan á hacer ni cometer tales ni semejantes cosas. Quien tal hace que asi lo pague.»

En medio de la plaza de aquella villa tenían levantado un cadahalso, y puesta en él una cruz con dos antorchas á los lados y debajo una alhombra. Como subió en el tablado hizo reverencia á la cruz; y dados algunos pasos, entregó á un paje suyo que allí estaba el anillo de sellar y el sombrero con estas palabras: «Esto es lo postrero que te puedo dar.» Alzó el mozo el grito con grandes sollozos y llanto, ocasión que hizo soltar á muchos las lágrimas, causadas de los varios pensamientos que con aquel espectáculo se les representaban. Comparaban la felicidad pasada y la presente fortuna y desgracia, cosa que aun á sus enemigos hacia plañir y llorar. Hallóse presente Barrasa, caballero del príncipe D Enrique. Llamóle D. Álvaro y díjole: «Id y decid al Príncipe de mi parte que en gratificar á sus criados no siga este ejemplo del Rey, su padre.» Vió un garfio de hierro clavado en un madero bien alto; preguntó al verdugo para que le habian puesto allí y á que propósito. Respondió él que para poner allí su cabeza luego que se la cortase. Añadió D. Álvaro: «Después de yo muerto, del cuerpo haz á tu voluntad, que al varón fuerte ni la muerte puede ser afrentosa, ni antes de tiempo y sazón al que tantas honras ha alcanzado.» Esto dijo, y juntamente desabrochado el vestido, sin muestra de temor abajó la cabeza para que se la cortasen á cinco del mes de Julio. Varón verdaderamente grande, y por la misma variedad de la fortuna maravilloso.

Por espacio de treinta años, poco más ó menos, estuvo apoderado de tal manera de la casa real, que ninguna cosa grande ni pequeña se hacia sino por su voluntad, en tanto grado, que ni el Rey mudaba vestido ni manjar ni recibia criado sino era por orden de D. Álvaro y por su mano, Pero con el ejemplo de este desastre quedarán avisados los cortesanos que quieran más ser amados de sus príncipes que temidos, porque el miedo del señor es la perdición del criado, y los hados, cierto Dios, apenas permiten que los criados soberbios mueran en paz.

Acompañó á D. Álvaro por el camino y hasta el lugar en que le ajusticiaron Alonso de Espina, fraile de San Francisco, aquel que compuso un libro llamado *Fortalitium Fidei*, magnifico título, bien que poco elegante; la obra erudita y excelente por el conocimiento que da y muestra de las cosas divinas y de la Escritura sagrada. Quedó el cuerpo cortada la cabeza por espacio de tres dias en el cadahalso con una bacia puesta allí junto,

para recoger limosnas con que enterrasen á un hombre que poco antes se podia igualar con los reyes,

DEL P. JUAN DE MARIANA.

CRÓNICAS.

De la de Don Fernando y Doña Isabel.

CAPÍTULO IX.

Como se concluyó el casamiento de la Princesa con el Rey de Sicilia, Príncipe de Aragón.

La princesa (*Doña Isabel la Católica*) aquejada de todas partes porque concluyese su casamiento, enviólo hacer saber otra segunda vez á los Grandes del Reino, encargándoles la consciencia, para que la dijesen lo que les pareciese que debia hacer, pospuesta toda afición y propuesta toda utilidad del Reino. Algunos dellos públicamente le enviaron decir que debia concluir su casamiento con el Príncipe de Aragón, por las razones que habemos dicho, é porque era natural del Reino. Otros algunos Grandes de los que estaban de la parte del Rey don Enrique, secretamente le enviaron aconsejar esto mesmo; é hubo bien pocos que discrepasen de este consejo, quier diciéndogelo en público, quier en secreto. Los Caballeros y Dueñas, sus criados y servidores que estaban en el servicio continuo de su casa, vistas las embajadas que eran venidas sobre esta materia á la Princesa, é como á ninguna dellas se determinaba ni respondia con efecto; visto ansimesmo quanto le cumplia que su casamiento con el Príncipe D. Fernando de Aragón, más que con ninguno de los otros que eran movidos, se concluyese; conociendo que parte de la dilación que la Princesa daba, era por algún empacho que la honestidad suele á las doncellas impedir la determinación de sus casamientos propios, porque la deseaban servir con afición, especialmente aquel su Maestresala Gutierre de Cárdenas le decia, cuantas veces en su consejo era determinado, que según su edad le era necesario casar, porque estos Reinos que de derecho le pertenecian, no fucasen sin derecha sucesión. É como quier que mostraba placerle del voto de sus cria-

dos y servidores y de todos los otros de su consejo, pero según la dilación que daba en cosa que tan presto efecto requería, creían que la honestidad de su persona real le ponía empacho para hablar y se determinar en su matrimonio. Decíale ansimesmo aquel su Maestresala que verdad era que la plática de semejante materia no á la parte principal más á los padres pertenecía, é á los hermanos é parientes más propinquos cuando los hay; pero que debía considerar como era huérfana del Rey su padre, é carecía del beneficio de la Reina su madre por su larga é grave enfermedad, y que el Rey su hermano no solamente tenía poco cuidado del casamiento que le cumplía, más tenía voluntad de la casar donde á él placía y á ella no venía bien; y que donde tantos casos ocurrían, todo empacho quitado debía aclararse, y entender de la conclusión de su casamiento. Y que debía considerar, que los Príncipes que la demandaban eran el Rey de Portugal y el Duque de Guiana, hijo del Rey de Francia, el príncipe D. Fernando de Aragón; y que no veían por agora otro Rey ni Príncipe de la christiandad que debiese contraer con ella matrimonio; y que las calidades que en estos Príncipes y en sus señoríos ocurren, ella los sabía bien, porque en su presencia diversas veces se había platicado, en las cuales pláticas siempre habían concluido, que como quier el Rey de Portugal y el Duque de Guiana eran notables Príncipes, pero que se ballaba el casamiento con el Príncipe de Aragón ser más conveniente que otro ninguno, porque era Príncipe de edad igual con la suya, é porque esperaba la subcesión de Aragón y de los otros señoríos del Rey su padre, que confinan con los Reinos de Castilla, en que esperaba con el ayuda de Dios subceder; é porque estos Reinos é señoríos juntos con ellos puestos en un señorío, era la mayor parte de España. Allende desto decía, que todos los Grandes del Reino á quien sobre esta materia había consultado, quier en público, quier en secreto, por descargo de sus consciencias le habían enviado á decir, que por el bien destes Reinos, dejadas todas las otras cosas, lo concluyese con él. Y no solamente los Grandes, más los Perlados, los clérigos, los caballeros, los fidalgos, los cibdadanos y generalmente todos los tres estados y comunes del Reino mostraban placerles del matrimonio con el Príncipe de Aragón, por las utilidades y conveniencias que en él más que en otros parecían, y les pesaría si en otra parte lo concluyese. Por ende que mirando cuanto cumplía á su servicio

y bien de estos Reinos luego aclarase su voluntad, pues tenía presentes servidores tan leales, á quien con entera confianza lo podia decir. Y que no le tuviese más suspenso, porque dello ge le podia recrecer del servicio, y en estos Reinos de Castilla grandes é irreparables daños, de que Dios Nuestro Señor sería deservido. La Princesa, oidas estas razones, conociendo que ge las decian con zelo de lealtad, dijo, que Dios testigo de los corazonos sabia que pospuesta toda afección miraba solamente lo que al bien de estos Reinos cumplia. Y pues los votos de los Grandes del Reino eran en esto conformes, do parecia placer á Dios, ella, conformándose con su voluntad, se remitia al parecer de todos; é dió luego comisión á este Gutierre de Cárdenas, su criado y Maestresala, para lo concluir. Este Caballero fué luego á las personas que para esto eran deputadas por el Rey de Aragón, que le estaban esperando para entender en esta materia; y en fiu plogo á la voluntad de Dios, que lo concluyese con el Príncipe de Aragón, segun le fué aconsejado por los Grandes del Reino. É luego partió de Madrigal, é fué para Ontiveros, aldea de la ciudad de Avila, donde vino el Arzobispo de Toledo que lo trataba, y de allí fué para Valladolid, donde estaba el Almirante D. Fadrique, abuelo del Príncipe, y D. Pedro de Acuña, conde de Buendía, é D. Iñigo Manrique, obispo de Coria, é otros algunos Caballeros, que para la conclusión deste casamiento fueron juntos en aquella villa. Donde vino luego el Príncipe de Aragón, é con él Don Pedro Manrique, Conde de Treviño, Adelantado mayor del Reino de León, é otros Caballeros de Aragón, y celebraron sus bodas, de las cuales plogo mucho á toda la mayor parte de los Grandes y Caballeros del Reino; principalmente plogo á todas las comunidades y pueblos dél.

HERNANDO DEL PULGAR.

Retratos, Arengas y paralelos de personajes históricos.

RETRATO DE D. ENRIQUE II DE TRASTAMARA.

Vivió cuarenta y seis años y cinco meses; varón de los más señalados, y príncipe en la prosperidad y adversidad, constante contra los encuentros de la fortuna; de agudo consejo y presta

ejecución, y que el mundo le puede llamar bienaventurado, por la venganza que tomó de la muerte de su madre y de sus hermanos con la sangre del matador, y con quitarle de la cabeza la corona. Ejemplo finalmente con que se muestra, que la falta del nacimiento no empece á la virtud y valor; y que si enfrenara sus apetitos deshonestos en que fué suelto, pudiera competir con los reyes antiguos más señalados. La franqueza demasiada de que algunos le tachan, disculpa asáz la revuelta de los tiempos, y la codicia de los nobles, que no se dejaban granjear sinó á precio de grandes y excesivas mercedes. Además, que estaba puesto en razón hiciese parte de los premios de la victoria á los que le ayudaron á ganar, y se hallaron en los peligros y trabajos.....

Muchas dificultades venció la afabilidad, blandura y suave condición de D. Enrique, sus buenas y loables costumbres, que por excelencia le llamaron *el Caballero*. Ayudábanle otrosi á que le tuviesen respeto y afición la majestad y hermosura de su rostro blanco y rubio: cá dado que era de pequeña estatura, tenía grande autoridad y gravedad en su persona.

Estas buenas partes, de que la naturaleza le dotó, la benevolencia y afición que por ellas el pueblo le tenía, las aventajaba él con grandes dádivas y mercedes que hacía. Por donde, entre los Reyes de Castilla, él solo tuvo por renombre *El de las mercedes*: honroso título, con que le pagaron lo que merecía la liberalidad y franqueza que con muchos usaba.

EL PADRE JUAN DE MARIANA.

Razonamiento que hizo el Condestable de Castilla al Infante D. Fernando, tío y tutor del Rey D. Juan II, de solos 22 meses de edad, para que se dejase jurar por Rey.

Nos, Señor, os convidamos con la corona de vuestros padres y abuelos: resolución cumplidera para el Reino, honrosa para vos y saludable para todos..... No hay en nuestras palabras engaño ni lisonja. Subir á la cumbre del mando y del señorío por malos caminos, es cosa fea: más desamparar al reino, y que de su voluntad se os ofrece y se recoge al amparo de nuestra sombra en el peligro, mirad no parezca flojedad y cobardía. La naturaleza de la potestad real y su origen enseñan bastantemente que el cetro se puede quitar á uno y dar á otro, conforme á las necesidades que ocurren. Al principio del mundo vivían los

hombres derramados por los campos á manera de fieras, no se juntaban en ciudades ni en pueblos: solamente cada cual de las familias reconocia y acataba al que entre todos se aventajaba en la edad y en la prudencia. El riesgo que todos corrian de ser oprimidos de los más poderosos, y las contiendas que resultaban con los extraños, y aun entre los mismos parientes, fueron ocasión que se juntasen unos con otros, y para mayor seguridad se sujetasen y tomasen por cabeza al que entendian con su valor y prudencia los podria amparar y defender de cualquier agravio y demasía. Este fué el origen que tuvieron los pueblos, este el principio de la majestad real, la cual entonces no se alcanzaba por negociaciones ni sobornos: la templanza, la virtud y la inocencia prevalecian. Asimismo no pasaba por herencia de padres á hijos: por voluntad de todos, y de entre todos, se escogia al que debia suceder al que moria. El demasiado poder de los reyes hizo que heredasen las coronas los hijos, á veces de pequeña edad, de malas y dañosas costumbres. ¿Qué cosa puede ser más perjudicial que entregar á ciegas y sin prudencia al hijo, sea el que fuere, los tesoros, las armas y las provincias, y lo que se debia á la virtud y méritos de la vida, dallo al que ninguna muestra ha dado de tener bastantes prendas?....

DEL MISMO.

Paralelo de los dos Arzobispos, el de Toledo y el de Santiago, competidores en la privanza del joven Rey D. Enrique III de Castilla.

Fueron estos dos Prelados en aquella era los más señalados del reino, dotados de prendas y partes aventajadas, ingenio, sabiduría, y diligencia; bien que las trazas eran bien diferentes... La nobleza, la elocuencia, la grandeza de ánimo eran casi iguales: los caminos por donde se enderezaban eran diferentes. El de Santiago usaba de caricias, astucias, y liberalidad; el de Toledo se valia de su entereza, en que no tenia par, y de otras buenas mañas. El primero hacia placer y granjeaba la voluntad de los grandes; el otro se señalaba en gravedad y mesura y severidad. El uno daba; el otro tenia más que dar. Aquel amparaba los culpados y los defendia; el de Toledo queria que los ruines fuesen castigados. El uno era solícito, vigilante, favorecia á sus amigos, y á nadie negaba lo que estuviese en su mano: el otro ponía todo su cuidado en la templanza, reformation,

y todo género de virtudes. Al uno, punzaba el dolor por la iglesia de Toledo, que los años pasados le quitaron á tuerto y contra razón, como él se persuadía: al de Toledo acreditaba habella alcanzado sin pretensión ni trabajo. Era respetado y temido de sus contrarios por su valor; y si bien diversas veces le armaron lazos y cayó en sus manos, siempre se libró dellas, y con los rayos de su luz deshizo las tinieblas de muchas celadas que sus émulos le paraban.

DEL MISMO.

GÉNERO ORATORIO.

ORATORIA SAGRADA.

Sermón en la fiesta del Santísimo Sacramento.

Celebra hoy la santa madre Iglesia fiesta del Santísimo Sacramento del Altar, en el cual está verdaderamente el cuerpo de nuestro Salvador para gloria de la Iglesia y honra del mundo, para compañía de nuestra peregrinación, para alegría de nuestro destierro, para consolación de nuestros trabajos, para medicina de nuestras enfermedades, para sustento de nuestras vidas. Y porque estas mercedes son tan grandes, es muy alegre y grande la fiesta que hoy hace la Iglesia; verdad es que esta fiesta, habiendo de ser toda espiritual, ya la tienen los hombres toda convertida en vanidad. Aunque hay muchas cosas que decir de este divino misterio, trataremos algo de la necesidad deste sacramento, por conformarnos con el Evangelio, y así de los admirables efectos que obra en las almas de los que dignamente le reciben; porque por una parte den gracias, y se inflamen en fuego de divino amor del Señor que tan grandes bienes les procuró, y para que deseen y procuren llegar muchas veces al altar por gloria de Dios, y gozar de tantos beneficios. Si esto entendiesen los hombres, no dilatarían las comuniones de año á año, antes desearían llegarse muchas veces al día, si fuese lícito.

Pues cuanto á lo primero, comenzando por la necesidad deste sacramento, vése por esta razón. Todas las cosas que tienen vida, tienen su mantenimiento proporcionado para su conservación. Vemos que las unas tienen su mantenimiento en la tierra, otras en las aguas, otras en el aire, cada cual en su manera. De aquí se sigue que pues Dios quiere que el hombre viviese dos vidas, una animal y natural, y otra sobrenatural y espiritual (que es la vida divina), necesario fué proveerle de mantenimiento para esta segunda vida, como le proveyó para la primera. Esto hizo cuando instituyó este divino Sacramento, manjar divino para vida divina. Cuando se recibe dignamente deifica al hombre, y le hace divino, y otro Dios por participación.

También se declara esta necesidad por otra razón. Así como nuestros cuerpos tienen necesidad del continuo nutrimento y manjar, por razón del natural calor, que es como el fuego de la lámpara, que siempre está gastando el aceite que es su nutrimento; porque si á este continuo gastador no proveyésemos de mantenimiento, consumiría la sustancia de nuestros cuerpos, y desfallecería nuestra vida natural: á este modo la vida espiritual tiene necesidad deste nutrimento y sustento, por razón de otro calor, no natural, sino pestilencial, que tenemos dentro, que es el fuego de nuestros apetitos, al cual los teólogos llaman yesca del pecado. Este nos está siempre incitando y provocando á mal, y nos enflaquece en el bien; porque cuanto más se esfuerzan los apetitos de nuestra sensualidad, tanto se enflaquecen los deseos espirituales. Por esto nos proveyó la divina sabiduría deste divino manjar, para que con su virtud y gracia, y con los maravillosos efectos que en nuestras almas obra, repare en nosotros el estrago deste pestilencial calor, y encienda nuestros deseos, alumbre nuestro entendimiento, inflame nuestra voluntad, fortalezca nuestros propósitos, esfuerce nuestros corazones, y nos aficione á las cosas divinas, para que con estos dones y reparos nos rehagamos en este camino del cielo, y nos conservemos en esta vida espiritual.

De aquí nace que las almas que dignamente frecuentan este sacramento, están como un niño que tiene buen ama, de mucha y buena leche, que está gordito, y bien criado, y hermoso, y parece que crece á ojo cada día; ó como un árbol plantado á las

corrientes de las aguas, con las cuales siempre está verde y vistoso. Más los que no se llegan sino mal y tarde á esta mesa, ni gozan de este regalo celestial, son como árboles del desierto y mala tierra, que ni llevan fruto de provecho, ni tienen hermosura. Están como hombres que ha días que no comen en año de hambre, desfigurados y flacos, que no se pueden tener en los piés. Tal está el hombre en la vida espiritual, cuando está mucho tiempo sin comer este celestial pan. En nombre deste dice el Profeta: Secóse mi corazón, porque me olvidé de comer mi pan. Esta es la causa porque está hoy el pueblo cristiano tan debilitado y flaco, tan desemejado de la hermosura que solia tener. Porque en los tiempos pasados, con el buen ejemplo de la vida de los cristianos se convertian los infieles, mas agora es tal la vida de los que se llaman cristianos, que por sus malos ejemplos son causa de que los infieles blasfemen de Cristo, y estamos tales por faltar en la frecuencia deste divino sustento. Esta fué la principal causa de la institución deste sacramento, la cual muestra bien la necesidad que dél tenemos. Veamos agora algo de los efectos que obra en nuestras almas, adonde veremos esta necesidad más clara y palpablemente.

La primera virtud y efecto deste sacramento es dar gracia; y aunque este efecto sea común á todos los sacramentos de la ley de gracia, á este pertenece tan altamente, que por excelencia se dice Eucaristia, que quiere decir, sacramento de gracia. Es la razón desto, como dice Santo Tomás, porque en este sacramento está entera y verdaderamente Cristo nuestro Salvador, el cual así como viniendo corporalmente al mundo dió al mundo vida de gracia, así viniendo sacramentalmente el alma, le da también esta misma vida, si no pone impedimento. Por lo cual parece que este manjar es un singular remedio que el Señor instituyó contra aquel venenoso bocado que nuestros padres comieron. Porque como de aquel se dijo: En cualquier dia que dél comiéredes, morireis; así por el contrario se dice deste: El que comiere deste pan vivirá para siempre. Este es el primer efecto suyo, aunque general á todos los sacramentos de la ley de gracia.

El segundo efecto es propio á este sacramento, y por él se diferencia de los otros, y es una espiritual refección y reparo del alma que le recibe. Porque así como el que come, cobra nuevas fuerzas y aliento con el manjar, de tal manera, que si

está desmayado, se esfuerza, por lo cual la comida se llama refección, y es como una restitución de lo que se había quitado por el natural calor, continuo gastador; así este espiritual manjar es una restauración y renovación de las fuerzas espirituales del alma, con el cual cobrá nuevo espíritu y aliento para andar en el camino de la virtud. Por esto se llama por otro nombre Viático, que quiere decir, provisión de caminantes; porque por virtud de este manjar se rehace el hombre y cobra fuerzas para andar este camino. Por lo cual convenientísimamente fué figurado por el pan que el Ángel trajo al profeta Elías, con el cual cobró fuerzas y aliento para caminar cuarenta días y cuarenta noches, hasta llegar al monte de Dios, Oreb. Estas fuerzas y aliento nos da la devoción (causada por este sacramento), cuyo oficio es sacudir de nuestra alma la pereza, y hacer un corazón alegre en el servicio del Señor. Por donde parece que uno de los principales medios para alcanzar la verdadera devoción, es la frecuencia deste sacramento, cuyo efecto ella es.

Es tercero efecto deste sacramento deleitar con maravillosa dulzura el paladar del alma. No se contentó aquel gran Señor con que este sacramento fuese saludable, á modo de purga desabrida, sino con que fuese suavísimo, no menos provechoso: no solo que sanase y sustentase, sino que también deleitase y animase. Así convino á la grandeza de su infinita bondad y amor, proveyendo á nuestra necesidad. Quiso el eterno Padre mostrarnos las entrañas dulcísimas de su paternal amor en la dulzura deste sacramento, como dice Salomón que las mostró cuando envió el suavísimo maná á su pueblo, como dulce Padre á regalados hijos, mostrándoles su dulzura con la del manjar que les proveyó. Esto convino para nuestro remedio, porque esta misma suavidad nos encendiese en el amor de tal Señor, y nos destetase de todas las dulzuras de la tierra. Cuán grande sea la suavidad deste sacramento, dice Santo Tomás, que nadie lo puede declarar; porque allí se gusta esta espiritual suavidad en su misma fuente, que es Cristo. No fuera razón que habiendo Dios puesto tanta suavidad en todas las diferencias de manjares para la recreación de nuestros paladares, así de los malos como de los buenos, dejara de ponerla mucho mayor en este divino manjar para sus escojidos. Es cierto que cuanto este manjar es más noble, y se ordena á más alto fin, y para mejores criaturas, tanto es de mayor dulzura y suavidad. Mas esta no la reciben

todos, sino los que con paladar bien purgado y sano lo comen. Desventurados de aquellos que dicen que nunca han hallado en este divino manjar esta suavidad; porque es cierta señal que nunca se han llegado á esta mesa dignamente.

Otro efecto tiene, que se sigue del que acabamos de decir, y este es mitigar el ardor de nuestras pasiones y apetitos, y esta es la mayor medicina y remedio contra los incentivos y llamas del pecado original. Porque como este sacramento (bien recibido) hinche el alma de amor, de devoción, de gusto y suavidad, y de deseos del cielo, cuanto estos deseos más crecen, tanto se disminuyen y menoscaban los de nuestros apetitos sensuales, vencidos y rendidos de los espirituales. Por lo cual dijo San Bernardo: El que siente disminuido en el furor de la ira y los ardores sensuales, el apetito de la honra y cobdicia, y se viere vivir con quietud destas pasiones, entienda que esto es fruto deste divino Sacramento.

Escriben los poetas, que una sibila confeccionó un pan, el cual dándole al can Cerbero, amansó sus furias de tal manera, que lo adormeció, y quedó el camino libre y seguro á los pasajeros. Fabulosa es aquella historia, más es muy propia comparación para darnos á entender la virtud admirable deste sacramento, y la causa de su institución. Porque viendo aquel Señor, proveedor del mundo (que no falta en las cosas necesarias), que tenemos dentro de nosotros otro can Cerbero de tres gargantas insaciables (que son los tres apetitos, conviene á saber, de honra, hacienda y deleites), para que este monstruo no nos despedazase, consagró esta manera de pan, con tal virtud que pudiese amansar y adormecer el furor destas pasiones, para que no se inquietasen nuestras almas. Por aquí parece cuán grande remedio sea este contra la furia de estas pasiones, y cuanta necesidad tenemos de este manjar. También se ve cuán ignorantes desta necesidad son los que ni se llegan á esta mesa, y murmuran de los que se llegan. Sí no nos maravillamos del que por sentirse mordido del perro que rabia, va á buscar al saludador ¿por qué nos maravillamos y murmuramos de los que conociendo en sí este can Cerbero, acuden á este divino pan? No es otra la razón, sino porque estos murmuradores, ignoran su propia necesidad y dolencia, y la virtud deste divino remedio, del cual no tienen experiencia.

Otro efecto deste sacramento es darnos fortaleza contra la

fuerza de nuestra estragada inclinación y todos los malos apetitos, para romper por todas las dificultades que se nos ofrecen en el camino de la virtud. Deste efecto dijo David: Pusistesme, Señor, una mesa bien proveida, de la cual yo saco fuerzas para resistir á todos los contrastes de los que me procuran ofender. A esta mesa cobraron fuerzas los santos mártires, con las cuales se hicieron invencibles, y triunfaron del mundo y sus tiranos, del demonio y sus asechanzas, de la carne y sus regalos. Este pan fué figurado en aquella grande y admirable hogaza cocida en el rescoldo, de la cual se escribe en el libro de los Jueces, que rodando sobre una ladera abajo, vino á dar sobre las tiendas de Madian, y las desbarató y destruyó. Desta figura entendemos que con la virtud deste divino pan prevalecieron los mártires contra las fuerzas de los tiranos, y triunfan hoy los escogidos de toda la potencia de sus enemigos visibles é invisibles; y si vemos pocos mártires y pocos vencedores, es porque pocos se llegan á esta mesa como deben. Dice Cipriano: No está dispuesto para el martirio aquel que en este sacramento no se arma para el peligro, y es necesario que desfallezca el alma de aquel á quien este sacramento no enciende.

Por esto uno de los más saludables consejos que se pueden dar en esta vida, es que cuando el hombre se viese cercado de angustias y tribulaciones, de tentaciones y peligros, acuda á este único y singular remedio que para tales tiempos nos dejó el Señor. Vi yo personas en medio de grandes tentaciones acudir á esta medicina, y hallarse luego maravillosamente socorridas. ¿Qué menos se puede esperar de tan piadoso Señor y amoroso Padre, cuando su criatura con humildad y confianza llega á él para aprovecharse de los remedios que le dejó? ¿Como podría faltar aquí su misericordia y su palabra, si no falta nuestra fé, si no falta nuestra esperanza? Con este divino pan debemos comer nuestros trabajos; y aquí será certísimo proverbio: Todos los duelos con pan son menos, y pierden su amargura. Cocieron los hijos de los profetas unas yerbas para comer, y cuando uno cató la olla, halló que amargaba como la hiel: dijeron al sancto profeta Eliseo cuán mal recado de olla tenian, siendo ya hora de comer: remediólo el Profeta con facilidad pues con solo echar un poco de harina en la olla de las berzas, se volvió dulce la comida. El que en las dificultades, desabrimientos y amarguras desta miserable vida desea hallar

consolación, mezcle en ellas esta harina, lléguese á esta mesa, y hallará la dulzura que le haga sabrosos sus trabajos.

Mas concluyamos los efectos deste divino manjar en pocas palabras. El principal entre todos es unirnos con Cristo, y hacernos participantes de todos sus merecimientos, de su virtud, de su gracia y de su espíritu. Esto es estar unido con Cristo, ser miembro de su cuerpo: por esta unión tiene lugar esta tan rica participación. Esto se hace por virtud desta sagrada Comunión. Por esto quiso el Señor que este sacramento se administrase en especies de mantenimiento; porque como lo que comemos se viene á convertir en nuestra misma substancia, así cuando recibimos este sacramento dignamente nos hacemos una cosa con Cristo, viviendo en la vida espiritual con su mismo espíritu. Así como del muy cursado en la doctrina de Aristóteles decimos que la ha comido y entrañado en sí, y que es otro Aristóteles; en este sentido el que bien comulga, decimos que es otro Cristo, por participación de su gracia, de su espíritu, y de la imitación de su vida. De aquí nace que viendo el Padre eterno, así adornado al hombre y convertido en su hijo por esta manera, tiene la providencia dél, que el padre bueno y amoroso del buen hijo y obediente; y así le guarda la herencia del reino eterno, aunque no sea hijo natural, sino de la gracia y adopción, al cual las leyes humanas dan todos los privilegios de hijo natural. Por lo cual el que dignamente frecuenta este sacramento, ya no vive por sí, ni se gobierna por sí, sino por el espíritu de Cristo que mora en él, como el Señor lo significó por aquellas palabras que escribe Sant Juan: Porque mi Padre está en mí, es la vida que vivo conforme á la de mi Padre, que en mí mora: así la vida de aquel en quien yo moro (porque me comió por gracia) será conforme á la mia, y por eso no humana sino divina. Por donde parece que no es otra cosa comulgar, que dar por nuestra boca entrada á Cristo á nuestra alma, en la cual el espíritu de Cristo tenga el gobierno de nuestra vida; pues el gobernador de casa (que era el espíritu del hombre) perdió el tino y prudencia del gobierno, cuando perdió la gracia y la inocencia. De suerte que así como en la mar, cuando el piloto falta, ponemos otro en su lugar; así conviene hacer en nuestra alma, y hacemos cuando dignamente comulgamos; damos el gobierno al espíritu de Cristo, confesándonos inhábiles para gobernar.

Estos son los efectos que se nos siguen desta benditísima

unión con Cristo, obrada por este sacramento. Y si me preguntares, por qué quiso el Señor que esta comunicación se nos hiciese por este medio; respóndese que como el Señor vió que un manjar fué la pérdida del mundo, así quiso que otro fuese universal remedio; y como quiso que su Hijo fuese nuestro Redemptor, así quiso que por medio de este sacramento (en el cual real y verdaderamente está nuestro Redemptor) se nos aplicase y comunicase la gracia desta redempción. Y no sin maravillosa conveniencia, porque así como la perdición entró por un Adán, cuya culpa luego comunican nuestras almas en juntándose con su carne; así quiso que otro segundo Adán fuese causa de la salud del mundo, por su summa sanctidad y justicia, y que esta se nos comunicase por la unión y contacto de la carne y sangre de Cristo que está en este sacramento. En figura desto leemos en el Evangelio, que sanaban los enfermos tocando á Cristo con fé, para enseñarnos que mediante este espiritual contacto de Cristo participamos de su gracia; como por el tacto ó junta de nuestras almas con la carne de Adán se nos comunica su culpa.

DEL P. FR. LUIS DE GRANADA.

ORATORIA FORENSE.

Acusación fiscal en la causa de parricidio contra Doña María Vicenta Mendieta
y D. Santiago San Juan.

Señor: V. A. ha escuchado estos dias la triste relación de uno de los atentados más atroces á que pueden atreverse una pasión furiosa y el desenfreno de costumbres, y el loable empeño con que lo intentara disminuir la elocuencia de sus defensores. Otro que yo, amaestrado por un largo ejercicio en el arte difícil de bien hablar, y lleno de las luces y conocimientos que me faltan, llorando hoy compadecido sobre el delito y los infelices delincuentes, abrazaría gustoso esta ocasión de hacer triunfar victoriosamente la santidad de las leyes, y escarmentar en sus cabezas con un ejemplo saludable á la maldad y la relajación, que ya parece no reconocer en su descaro ni limites ni freno. Lejos, como lo está esta causa, de las marañas y criminales artificios con que los malvados se suelen ocultar á cada

paso para huir la espada vengadora de la justicia, veria en ella á dos parricidas alevosos sin velo ni disfraz alguno; un delito por sus atroces circunstancias sin ejemplo, aunque envuelto al principio en el horror de las tinieblas, descubierto ya, puesto en claro como la misma luz, y confesado paladinamente; al público y á la virtud clamando sin cesar por el desagravio de la inocencia atropellada, y á las costumbres y al santo nudo conyugal solicitando ardientemente las penas más severas para respirar en adelante en seguridad y reposo.

Todo esto veria un fiscal acostumbrado á hablar en este sitio, y seguro ya de su reputación y su gloria, pero yo, que empiezo por la primera vez las funciones de mi terrible ministerio acusando este atentado, horror y execración de todos; yo pobre de ingenio, escaso de razones y falto de elocuencia, ¿qué podré decir que baste á satisfacer á V. A., ni llene dignamente su cielo y sus deseos? ¿Qué podré decir que corresponda al público clamor contra los delincuentes? ¿Qué, instruido en ese voluminoso proceso atropelladamente y en brevimos dias? Mis palabras serán de necesidad desmayadas; mis reflexiones y argumentos menos poderosos que lo mucho que habrá meditado V. A. con su profunda sabiduría, y mis votos en nombre de la ley, acordándole como abogado suyo sus sagrados decretos, inferiores en mucho á los votos de todos los buenos, y al cielo santo que veo resplandecer en el semblante, y siento arder en el pecho nobilísimo y justo de V. A. Pero en medio de esto me aliento y me consuelo con que si el fin del orador, y mucho más de un magistrado, debe ser siempre increpar y perseguir el vicio, defender la virtud y celebrarla, persuadiendo y moviendo á aborrecer el uno y amar y practicar la otra, no es arduo ni difícil ser elocuente en este caso, ni habrá uno solo de cuantos me oyen ó han tenido noticia de tan negra maldad, que no una en este punto sus fervientes voces con las mias, y le interpele en nombre del honor, de la inocencia, de la humanidad, de su seguridad misma, para que dé en este dia un ejemplar memorable de su justísima severidad, y con él asegure el lecho conyugal y las costumbres públicas, vacilante y conculcadas, vengando en su nombre con la sangre de sus implacables asesinos la sangre derramada del malogrado don Francisco Castillo.

Casado este desde el año de 1788 con doña Maria Vicenta de Mendieta, debia esperar á su lado el dulce reposo, el contento,

la felicidad á que le hacian acreedor su mérito y distinguidas prendas, y una abundancia de bienes de fortuna poco común. El deseo de otros más sólidos y más verdaderos le habian sin duda llevado al matrimonio, mirando en él su espíritu ilustrado, con una aplicación laudable y sus continuos y útiles viajes, una perspectiva de bien y de purísimas delicias que ansiaba su noble corazón, nacido para la amistad y las más honestas afecciones, y que hubiera cierto gozado con otra compañera. La que le deparó en su cólera su suerte desgraciada era indigna de hallar el bien en el seno de su inocencia, ni de disfrutar de otros placeres que los que ofrece la relajación á un alma criminal, y acompañan perpetuamente el delito, la vergüenza, y los agudos remordimientos. Oido ha V. A. de la lengua veraz de los testigos las desazones y tristes riñas de este desastrado matrimonio, nacidas todas ellas, no como han querido probar los infelices delincuentes, y en vano se esforzó en persuadirnos la elocuencia de sus defensores, de la altivez, la ligereza, el genio duro y desavenido, ni mucho menos la criminal conducta del sin ventura Castillo, sino de su infiel y torpe compañera. ¡Y qué! ¿Ella misma no lo asegura asi en su declaración del dia 22 de Diciembre? Tan grande es y poderosa la fuerza irresistible de la verdad, y tanto imperio alcanza aun sobre las almas más perdidas. ¿No dice en ella que su marido no la violentaba; que la trataba bien; que la permitia las llaves y todo el gobierno de su casa; recibir gentes y visitas en ella; concurrir á las diversiones y tertulias; en suma, cuanto pudiere desear para llamarse feliz una madre de familias honrada, virtuosa y digna de tan buen marido?

Por más que éste llevase en paciencia, como cuerdo, sus continuos desabrimientos y aquellas liviandades menores, sobre que el honor suele á veces cerrar dolorido los ojos y deslumbrarse en sus agravios por claros que los vea, no pudo, sin embargo, dejar de repugnar y prohibirla su trato sospechoso con algunos, singularmente con el aleve matador don Santiago. Aqui de nuevo se nos presentan los testigos domésticos, veraces y si tacha, diciendo sus continuas salidas sola y de trapillo á visitarle; su porte y trato muy ajeno de una mujer de su clase y circunstancias: haberle regalado en varias ocasiones con dinero, ropas, y aun cama para dormir; dándole un picaporte para entrar en su casa á escondidas y libremente; el baile escandaloso de que

se estremece el pudor y sobre el cual la justicia, las costumbres y el decoro público deben á la par correr un denso velo; la ocultación del adúltero en un rincón de la casa, inmundo y asqueroso como el alma de los dos, y cien otras cosas que sin duda escucharía V. A. con inquietud y desagrado, y en cuya enfadosa repetición abusara yo de su paciencia, y ofendiera de nuevo sus honestos oídos y este augusto lugar.

Hay una, sin embargo, entre ellas que no puedo pasar en silencio, porque pinta bien al vivo, así el carácter sanguinario de esta fiera cruel, esta Megera, como el sufrimiento y [la] dulzura de su desgraciado consorte. Dice el testigo Antonio Garcia que el día 3 de Diciembre y seis antes del atroz atentado, en una desazón que tuvieron se agarraron los dos, le hizo ella tres arañones en la cara; y procurando los presentes ponerlos en paz y sosegarlos exclamó esta víbora: *que la dejasen, que ella era bastante para acabar con su marido*. Sacad, señor, [lo] ruego, de este solo hecho las consecuencias justas que os sugiera vuestra inalterable rectitud; sacadlas, y estará juzgada la causa. ¿No hallais en él, como yo veo, de parte de Castillo la moderación y la prudencia de un hombre de bien, y en la torpe mujer la desenfrenada osadía, el encono, las sangrientas iras que ya la atormentaban?

Desde entonces y mucho antes ella y el cobarde mancebó, encenagados en su pasión y perseguidos sin cesar de furias infernales, revolvían en su ánimo el horrible atentado que después cometieron, caminando á su libertad y criminal reposo por medio de la sangre y del parricidio. Para mejor ejecutarlo, fecundo en ardidés cual es siempre el delito, finge el adúltero un viaje á Valencia, en que engañado el buen Castillo le favorece liberal con el dinero necesario: quédase en Madrid oculto y escondido; muda de posada, y se anda de una en otra disfrazado y mintiendo su patria y verdadero nombre, y se previene en fin de las dos pistolas y el cuchillo que después le sirvieron; esperando los dos todo este tiempo con una atroz serenidad un día, una hora, una ocasión segura para deshacerse de un hombre á quien debieran entrambos adorar. En efecto, su porte con su aleve mujer era según consta de todo ese proceso, cual oyó V. A. de su misma boca: el de un marido ciego y deslumbrado, que la ama fino apesar de sus fibiezas, y se lo acredita aún más que debiera con sus obras; que se olvida de su san-

gre y relaciones, de las amarguras y penas que sufría, del hie-lo, los desvios y culpable conducta de una adúltera, para confundirla con sus regalos y favores, para enriquecerla más y más y hacerla heredera de sus gruesos haberes en el fin de sus días. ¿Y cuál, señor, cuál era respecto del infame asesino? El de un pariente tan honrado como fino y afectuoso; el de un buen amigo que le admite en su casa con llaneza y amor, y le acoge en ella con noble franqueza, le da generoso su mesa, le socorre con dinero en sus necesidades, y llega, no hay que dudarlo, desconfiado y receloso ya de su delincuente pasión, hasta el punto de transigir con él sobre su trato inmoderado, permitiéndole, si me es dado decirlo, una visita diaria á su mujer: cosa increíble si así no resultase de las declaraciones del proceso.

!Pero acaso la maldad se sabe contener! ¡Perdonó jamás á la virtud, ó puede hacer paz con la inocencia! Ciegos más y más los dos alevosos amantes, y como arrastrados de infernal furor, se buscan y frecuentan á escondidas, y así los hallan los testigos, cual oyó V. A. en los días inmediatos al 9 de Diciembre en las calles, en los portales, en el paseo, hablando, concertando y alentándose mutuamente para la atrocidad que habían tramado. Aquí fue donde el traidor propuso ejecutarla á su misma presencia, y atarla después para figurar un robo: aquí donde exclamando ciego en su criminal pasión no poder vivir sin quitar la vida á su infeliz rival, ella le respondió que caso de morir uno de los dos, era mejor muriese su marido: aquí donde por último acordaron el aciago día del execrable parricidio.

Entre tento Castillo padece una indisposición, que, aunque ligera, le obliga á guardar casa, y aún á quedarse en cama. Un destino fatal parece que allana, que facilita el camino á los malvados para consumir su iniquidad; esta indisposición, que si por un instante pudiesen dar oídos al grito terrible de su conciencia y su razón, habria de contenerlos y hacerlos temblar y entrar en si, los acaba de despeñar. Sale doña Maria Vicenta la mañana del desgraciado día 9 en busca de su bárbaro amante: hallale, y fraguase entre los dos el sitio, el punto, el modo de ejecutar el parricidio. Él debe ir enmascarado, ella asegurarle la entrada; la seña es una persiana del balcón abierta, y la hora de las siete á siete y media de la noche. Hay al medio día una leve desazón del paciente, nacida de su amor, y porque la adúl-

tera no le llevaba la comida; así lo oyó V. A. de boca del otro don Antonio Castillo, tan fino con su malogrado amigo, como útil por su probidad y su celo al descubrimiento de los reos. La doña Maria al cabo se tranquiliza, ó lo finge así disimulada; pero ciega, ilusa embebida en su criminal idea, ¿hay paso alguno suyo en toda aquella tarde que no sea, si nos faltasen otras pruebas, un convencimiento claro de su horrible maldad? ¿No se la ve en ella oficiosa, solícita, ocupada en deshacerse de toda la familia para quedarse por dueña de la casa? ¿No se la ve entretener fuera de ella con frívolos encargos á un criado? ¿Empeñarse en hacer salir, ó más bien dijera, echar á empellones al fiel huesped Castillo, apesar de su ansia y sus ruegos por acompañar al doliente, y lo crudo y llovioso de la tarde? ¿Negar la entrada al cajero que venia á firmar la correspondencia? ¿Y andar en fin hecha un Argos, inquieta y azorada por cuantos llamaban á la puerta, esta mujer indiferente siempre y descuidada en los negocios domésticos, sin solicitud ni vigilancia alguna por el gobierno y orden de su familia? Pero las pisadas del fementido matador suenan en sus torpes oídos, y es forzoso tenerle el paso franco para que ejecute su maldad sobre seguro.

Llega por último el malvado, y ella le recibe gozosa, saliendo entonces de la alcoba del infeliz Castillo de servirle una medicina: hale dejado abiertas las puertas vidrieras para que en nada se pueda detener. Sepáranse los dos, á entretener ella sus criadas y él á consumir la alevosia. Entonces fue cuando la fria rigidez del delito, efecto de una conciencia ulcerada y del sobresalto y el terror, ocupó á pesar suyo todos los miembros de la doña Maria Vicenta; cuando entre las luchas y congojas de su delincuente corazón la vieron sus criadas helada y temblando, fingiendo ella un precepto de su inocente marido, insultándole hasta el fin, para venir á acompañarlas. ¿Y pudo su lengua en aquel punto articular su nombre? ¿Y ser tan descarada la iniquidad? ¡Oh imprudencia! ¡Oh perfidia! ¡Oh barbaridad sin ejemplo!

Entre tanto el cobarde alevoso se precipita á la alcoba, corre el pasador de una mampara para asegurarse más y más, y se lanza, un puñal en la mano, sobre el indefenso, el desnudo, el enfermo Castillo. Este se incorpora despavorido; pero el golpe mortal está ya dado, y á pesar de su espíritu y su serenidad

solo le quedan fuerzas en tan triste agonía para clamar por amparo á su alevosa mujer. *Maria Vicenta! Maria Vicenta!* repite por dos veces; y ella en tanto entretiene faláz á las criadas, fingiendo desmayarse, con el adulterio y el parricidio delante de los ojos, y la sangre, la venganza y las furias en su inhumano corazón.

Castillo, el infeliz Castillo, que la ha llamado en vano, hace el último esfuerzo y se arroja del lecho entre las angustias de la muerte, lidiando por defenderse, con el bárbaro agresor: luchan y se agarran los dos y logra en su agonía arrancarle la máscara, y descubrirle y conocerle; pero él, más y más colérico y despiadado, repite sus agudos golpes, y le hiere hasta once veces en el pecho y en el vientre, siendo mortales por necesidad las cinco de sus puñaladas. Cae con ellas la víctima inocente sin aliento, volviendo sin duda sus desmayados y moribundos ojos hácia la misma adúltera que le mandara asesinar; y el matador en tanto, con una serenidad atróz y sin ejemplo, va tranquilo á buscar y coger dos doblones de á ocho, precio de su horrible atentado, de la naveta de su escritorio, y á presencia del sangriento y palpitante cadáver.

Permita V. A. que en este instante le trasporte yo con la idea á aquella alcoba, funesto teatro de desolación y maldades, para que lllore y se estremezca sobre la escena de sangre y horror que allí se representa. Un hombre de bien, en la flor de sus días y lleno de las más nobles esperanzas, acometido y muerto dentro de su casa; desarmado, desnudo, revolcándose en su sangre y arrojado de su lecho conyugal por el mismo que se lo manchaba; herido en este lecho, asilo del hombre el más seguro y sagrado; rodeado de su familia y en las agonías de la muerte, sin que nadie le pueda socorrer; clamando á su mujer, y esta furia, este monstruo, esta mujer impia haciendo espaldas al parricida, y mintiendo un desmayo para dar tiempo de huir al alevoso: este infeliz, con el puñal en la mano, corriendo á recoger con los dedos ensangrentados el vil premio de su infame traición; la desesperación y las furias que lo cercan ya y se apoderan de su alma criminal, mientras escapa temblando y azorado entre la oscuridad y las tinieblas á ponerse en seguro; el clamor y la gritería de las criadas, su correr despavoridas y sin tino, su angustia, sus ayes, sus temores; el tumulto de las gentes, la guardia, la confusión, el espanto, y el atropellamiento y horror por todas partes.

¡Retira V. A. los ojos! ¡Se aparta consternado! No, señor, no: permanezca firme V. A.; mire bien y contemple: ¡qué cuadro, qué objeto, qué lugar, qué hora aquella para su justísima severidad y sus entrañas paternas, para su tierna solicitud y su indecible amor hácia todos sus hijos! Allí quisiera yo que hubieran podido empezar las diligencias judiciales; allí que hubieran podido ser preguntados los reos en nombre de la ley; allí delante de aquel cadáver aún palpitante y descoyuntado, traspasado, ó más bien despedazado el pecho, y caidos los brazos, los miembros desmayados, apagados los ojos, y todo inundado en su inocente sangre; allí, señor, allí, y entre el horror, las lágrimas y la desolación de aquella alcoba; aquí á lo menos poderlos trasladar ahora, ponerlos enfrente de esas sangrientas ropas, hacérselas mirar y contemplar, lanzárselas á sus indignos rostros, y causarles con ellas su estremecimiento y agonías.....

Quieren la razón y la ley de Partida que sea la consciencia ó confesión: *sin premio, á sabiendas é contra sí.* para sujetar al delincuente á la pena del delito; y así han sido, señor, las de D. Santiago San Juan y D.^a Maria Vicente Mendieta, reos ambos ante el cielo y los hombres de la injusta muerte de D. Francisco del Castillo con una atrocidad su ejemplo.

¿Pero qué genero de muerte? De cuál delito son reos? Decir pudiera que del más negro y horroroso, dejando el regularlo á la alta sabiduría de V. A. Porque él mirado bien, es una alevosía calificada con las circunstancias más crueles: un padre de familias desnudo, desarmado y enfermo es acometido y muerto en su misma cama sobre seguro. Es un asesinato, porque el cobarde matador recoge al instante el vil premio de su iniquidad en los dos doblones de á ocho del escritorio; y este premio, esta paga, este bajísimo interés se lo ofreció su aleve compañera para después de la muerte en la mañana de aquel día, por más que se me diga no haber sido precio, sinó dádiva generosa. Es un parricidio, porque la mujer y su adúltero amigo *se ayudan, y á tuerto y con armas* matan á su marido é insigne bienhechor, casos comprendidos en este horrible crimen. Es un delito que rompe, destruye, despedaza los vínculos sociales en su misma raíz: un delito contra la seguridad personal en medio de la Corte, en el asilo más sagrado y entre las personas más íntimas: un delito que ofende la nación toda privándola de un hijo de quien eran de esperar inmensos bienes por sus conocimientos

mercantiles, su celo y probidad: un delito, en fin, que ultraja la humanidad y la degrada. El adulterio, el nudo conyugal, las costumbres, la amistad, la pátria, el seguro de la Côte, el asilo de la casa propia se confunden indignamente en él: todo se conculca, todo se vilipendia, todo se atropella y trastorna, y aumenta todo la atrocidad del atentado.

¿Más acaso los infelices reos se arrostraron á cometerlo impelidos por circunstancias que lo hagan menos horroroso?

La doña María, se dice, oprimida de un marido cruel, insultada continuamente por su genio altanero, y atropellada y castigada, no hallando otro medio de ponerse en seguro, abrazó este, desgraciado por cierto, pero es más digna ella de nuestra tierna compasión que de la severidad y el odio de las leyes.

¡Cuáles nos gobiernan, señor! ¡Cuáles nos velan y defienden! ¡En qué país vivimos! ¡En qué lugar estamos! Con tan acomodados, tan humanos principios ¿qué seguridad tendremos ninguno de nuestra pobre vida! ¿Quién no temerá hallarse saliendo de este augusto Senado, con quien por una palabra sin razón, un desaire, un desprecio, un tono altanero y erguido no le prive de ella en un instante, parte y juez á un mismo tiempo en el tribunal de sus venganzas? ¿Será el puñal del ofendido el justo reparador de sus agravios? Un resentimiento, una ofensa, un genio duro, bárbaro si se quiere, ¿autoriza acaso el asesinato ni la negra traición? ¡Sociedad desgraciada si estas fuesen tus leyes y velases así sobre tus hijos!

Los jueces, los tribunales tienen día y noche patentes sus puertas, extienden su mano protectora á cuantos desvalidos los imploran, y á ninguno que la buscara le negaron su sombra. ¿Los interpeló acaso esta infeliz? ¿Recurrió á ellos en sus disgustos y amarguras? ¿Dió por dicha algún paso para salvarse de su ponderada opresión? Demasiadas gracias tienen ya las mujeres entre nosotros. Puede ser que estas gracias y el favor excesivo que las dispensamos los jueces por una compasión y un principio de honor equivocados, hayan sido la causa de la muerte que debemos llorar y yo persigo.

¿Y dónde, dónde están estos insultos y crudos tratamientos tan decantados? ¿No hemos oído la desgraciada prueba de la D.^a María para qué aún clame tanto su defensor sobre este punto? Por todo ello se nos presenta el infeliz é indulgente Castillo de un genio vivo, claro, y si se quiere intrépido y osado, pero

facilísimo de acallar, de un corazón franco y generoso, y sin resentimiento ni rencor. Es un marido que transige, por decirlo así, sobre su deshonor con el mismo que le ofende, como oyera admirado V. A. en su conducta condescendiente con el bárbaro D. Santiago: es un marido que en medio de los excesos y pasos criminales de su aleve mujer, que él sin duda sabía, hace con ella, en uso de sus solomnes fueros, lo menos que pudiera y que debiera hacer. Riñe una vez, y quiere, en lugar de corregirla, salirse despechado de su casa y habitar y dormir en su tienda; riñe, y por uno de aquellos accidentes que la perfidia sabe tan bien fingir, corre á media noche con un criado á buscar solicito un médico que la asista en su aparentada locura. Riñe, y sufre que lo arañe en el rostro: riñe y es duro, y la deja salir á todas horas, concurrir á tertulias y teatros, y recibir en su casa á cuantos quiere. ¿Y este es el marido cruel? ¿Este es el león implacable y tan temido? ¿Este el hombre que la castiga y atormenta? ¿Este aquel á quien su oprimida compañera no puede arredrar sin un asesinato? Más severo, más duro le hubiera yo querido, y acaso no ejercería hoy mi terrible ministerio, persiguiendo sus parricidas.

Nunca, se insiste, pudo la doña María recelar este atentado del ánimo apocado de su adúltero amante.—Nunca lo pudo recelar y se embebece con él en el modo de ejecutarlo por más de dos meses! ¡Y va una vez á disuadirselo, agitada de anticipados remordimientos por el último suplicio de otro reo! ¡Y aprobándolo ella, aparenta el traidor su fingido viaje para más bien cubrirlo y deslumbrar! ¡Y ella le llora para más electrizarle! ¡Y da la terrible sentencia de que, *caso de morir uno de los dos muriese su marido!* ¡Y le busca y persigue todos aquellos días! ¡Y le cela y alienta con las dos onzas de oro! le da la señal de la persiana! ¡Le habla al entrar de la sala! ¡Y corre artificiosa á entretener las criadas y fingir un desmayo mientras se consuma la negra alevosía! ¿Y se osa decir que no creía que el atentado se ejecutase? ¿Cómo, os pregunto, lo pudiera creer? ¿Cómo concurrir y cooperar á él? ¿Se quiere para esto que ella lleve con su mano el punal del amante y aseste impávida su punta al pecho del enfermo y desarmado marido? Así tampoco concurrirá al robo el ladrón que tiene la escala por donde sube el compañero, ó apunta con el trabuco al caminante mientras otro le registra y ata.

Quisiera, señor, quisiera ser indulgente, y poderme contener: acaso mis palabras herirán con más calor que el conveniente al ministerio de templada severidad que ejerzo en nombre de la ley. Pero tan terrible maldad me despedaza el corazón: dad algún alivio á mi justo dolor y mi ternura: el malogrado cuya muerte persigo, era por desgracia mi amigo; conocilo por la rara opinión con que corría su nombre: y cuando se prometia y yo me prometia unirme con mi nuevo destino en lazos de amistad más estrechos, le veo robado para siempre de entre nosotros y perdido para los buenos y la patria por la crueldad de una ingrata mujer y de un amigo tan cobarde como fementido.

Por último, se dice que esta mujer estaba sin libertad ni capacidad alguna para tan gran maldad. Feble y apocada por naturaleza, añadía á la debilidad de su sexo la de su propia constitución, y una pasión furiosa la habia convertido en una máquina que sólo recibía su impulso y movimiento de las insinuaciones del adúltero. Así se la ve después ni sentir cual debiera la muerte del marido, siquiera por la decencia y su seguridad, ni mudar de semblante, impasible cuando se la prende, ni entristecerse por su encierro y dura soledad, ni faltarle, en fin, el apetito entre los horrores de la careel, hasta dormir en ella con el mayor sosiego.

Esto se ha dicho por su defensor. Esto se ha dicho. ¡Y podrá sufrirse con paciencia! ¡Era tímida la que sabe exclamar á su amante que, *caso de morir uno de los dos, muriese su marido!* ¡Era debil la que se arroja á él y le llena de *araños!* ¡La que insiste, al intentarla séparar, en *que la dejasen, que ella sola basta para acabarle!* ¡Tímida la que se ceba, se complace por tantos dias en un proyecto tan horrible! ¡La que ve con impávida serenidad el alevoso puñal en la mano! ¡Apocada la que, á pesar de las continuas reconvenciones del inocente asesinado, continúa en sus criminales amistades! ¡La que anda á todas horas de calle en calle, de posada en posada en busca del D. Santiago!— Pero la pasión de este infeliz la tiene electrizada, sin deliberación, frenética y sin sexo.—¡Extraña jurisprudencia! ¡Singular raciocinio! ¡Raro modo por cierto de defender un reo y disculpar sus delitos! Así el ladrón pudiera excepcionar que su pasión le ciega; que la idea seductora del dinero le quita enteramente la libertad de obrar, y que no está en su mano, si lo ha visto, dejar de arrebatarlo: el adúltero, que la hermosura y

los encantos de la madre de familia honesta le inflama y enloquece; y el torpe violador, que en una constitución toda de fuego no le es dado calmar la imperiosa fuerza de su temperamento, ni domar en nada su brutal desenfreno. Ningún delito será imputable por estos horrorosos principios; ninguno lo sería, si por desgracia, fuesen verdaderos; porque, ¿cuál hay que no nazca de una pasión furiosa? ¿O qué delincuente, por endurecido en el mal, al cometer sus atentados estará sereno? No negaré tal vez que la memoria aguda de su maldad y mil tristes presentimientos tengan al presente como estúpida á la doña María; así también suelen estarlo los mayores facinerosos cuando se ven en una carcel abandonados al gusano roedor de sus conciencias, delante de sí la horrible imagen de sus atrocidades, y desnuda sobre su garganta la espada de la ley: *que el mayor corazón se pierde, el más despierto consejo se confunde á la vista de los delitos*. Pero no son por esto menos delincuentes; sus pasiones indóciles y su pervertida razón no pueden impedir el saludable efecto de las leyes en la dirección de las acciones, ni ellos eran estúpidos al cometer el mal. No lo era, no, la desgraciada doña María Vicenta, combinando exactamente las infernales operaciones del desastrado día 9: no lo era, no, volviendo en él á su casa á la una y media de la tarde, enfermo y en la cama su marido, de acordar el parricidio con su alevoso amante.

Ni tiene otros descargos este infeliz, por más que su defensor quiera decirle loco en su delincuente amor. Bien se yo la terrible fuerza de las pasiones, y su funesto imperio sobre los corazones que inflaman y sojuzgan: la historia ofrece á cada paso ejemplos memorables de esta fuerza, y la moral y el estudio detenido del hombre apoyan y convencen cuanto la historia dice. Pero también sé que es nuestra obligación el dirigirlas ó domarlas, no siéndoles dado el poder de arrastrarnos al mal irresistiblemente: que estas enfermedades del alma, por graves que parezcan, no son sin embargo incurables: que para ello se nos dió la razón y el sagrado instinto del bien, que se han negado al bruto; que esta fiel compañera nos clama sin cesar si tropezamos: que en medio de su imperio que ejercen, tan duro y tan terrible, nos queda ilesa siempre la libertad, y en ella la justa imputación de nuestros pasos; y que por esto, cuando sucumbimos, y caemos, somos reos ante Dios y los hombres de nues-

tro vencimientos y cobardia, como lo es hoy el infeliz D. Santiago por los horribles frutos de su amor criminal, que debió sofocar cuando lo vió nacer, trabajando en lograrlo noche y día, en vez de embriagarse en él, ni abrigarlo en su pecho para llevar á cabo sus impías sugestiones.

Y si esto nada hace, su apocamiento, su genio melancólico y adusto, sus pocas expresiones, su excesiva cortedad, ¿qué pueden hacer para disminuir un delito tan execrable? ¿Qué puede hacer la dolencia que padeció por el pasado San Mateo, naciese norabuena, no de una insolación, sinó de una aflicción de su espíritu? Este hombre melancólico, éste tan encogido, este apocado y cobarde se ceba como su cómplice por tanto tiempo en la idea espantosa de su maldad; trata de preocupación sus saludables reflexiones cuando de ella le intenta disuadir, y se atreve, siendo la primera, á la mayor atrocidad; pruebas todas nada dudosas de la ferocidad de su ánimo. Obra sí, como cobarde, porque acomete sobre seguro á un hombre desnudo, desarmado y enfermo: y ¿quién es este hombre? Temblad, señor, temblad al escucharlo: el mismo cuyo lecho ofende, que le admite en su casa, que le pone á su mesa, su amigo, su bienhechor, el que le dió liberal el dinero para su mentido viaje á Valencia, y tal vez por alejarle así del lado sospechoso de su adúltera compañera.

Ninguno, pues, de los dos tiene ni sombra de disculpa con que disminuir lo atroz del atentado: este fué el mayor que pudo cometerse, y yo por cierto, como dije antes, no alcanzo á señalarle lugar entre los delilos. Él ataca la seguridad personal hasta en lo más íntimo y sagrado; ataca el santo nudo conyugal, y lo rompe impiamente y despedaza; ataca las costumbres públicas y cuanto hay de más augusto sobre la tierra. Con este ejemplo fatal ¿quién fiará de nadie, si debe recelar hasta de su mujár? ¿Quién abrirá su corazón á la dulce amistad, si el amigo asesina? ¿Quién á la generosidad y á la beneficencia, si es su premio le muerte? ¿Quién en su lecho puede dormir tranquilo, si en el suyo, cercado de gentes y criados, no se vió seguro el desgraciado D. Francisco Castillo? No encuentro ciertamente, lo repito, señor, no encuentro ni pensamientos ni palabras para su horrible deformidad.

Así todos los pueblos le han perseguido y castigado con las mayores penas, igual en este punto la antigüedad remota con

la edad presente. Legisladores ha habido que no se atrevieron ni aun á nombrarlo en sus códigos, creyendo imposible en la naturaleza un crimen tan enorme. Más á cuantos le han hecho, la muerte les ha parecido poco, y ha sido preciso inventar y añadirle aparatos y circunstancias que le hagan á la imaginación más y más espantable. Los antiguos egipcios punzaban todo el cuerpo del parricida con cañas muy agudas; revolvíanlo después en un haz de espinas y le pegaban fuego. Los griegos le apedreaban hasta morir. Entre los virtuosos romanos, después de azotado crudamente, se le encerraba en un saco con ciertos animales fieros para hacer su fin más doloroso. En otras partes se le enterraba vivo; en otras se despedezaban sus miembros con ardientes tenazas; en otras se abrasaban y rompían en una rueda. Una ley del antiguo *Fuero Juzgo* le señala la pena capital, repartida su hacienda entre los herederos del difunto. Nuestro gran legislador don Alfonso, siguiendo como suele en sus *Partidas* los pasos de los sabios romanos, ordena en fin la ley 12 del título *de los Omecillos* que «si el padre matase al hijo, ó el hijo al padre, ó el marido á su mujer, ó la mujer á su marido, ó cualquiera que diese ayuda ó consejo porque alguno de los dichos muriese á tuerto con armas ó con yerbas, paladinamente ó encubierto, quier sea pariente del que así muriere, quier extraño, que este tal que fizo esta enemiga, que sea azotado públicamente ante todos, é desí que lo metan en un saco de cuero, é que encierren con él un can, é un gallo, é una culebra, é un jimio, é después que fuere en el saco con estas cuatro bestias, cosan la boca del saco, é láncelos en la mar, ó en el rio que fuese más cerca de aquel lugar do acaesciere.» Asi la ley, señores.

Y vosotros, sabios ejecutores de ella, rectísimos ministros de la santa justicia, ¿podreis á su vista dudar un solo instante en imponer la clarísima pena que señala á los dos desgraciados parricidas doña Maria Vicenta de Mendieta y don Santiago San Juan? Otro os dijera arrebatado de su celo, que el fatal cadalso se levantase enfrente de la casa, teatro del horrendo delito. Él es tan atroz en si mismo, y por sus funestas consecuencias en el orden social, que merece que le deis el mayor aparato judicial para que imponga y amedrente á los malvados. Los grandes atentados exigen muy crudos escarmientos; este, señores, es el más grave que pudo cometerse. En esta perversión y aban-

dono brutal de las costumbres públicas; en esta funesta disolución de los lazos sociales; en esta inmoralidad que por todas partes cunde y se propaga, con la rapidez de la peste; en este fatal egoísmo, causa de tantos males; en este olvido de todos los deberes; cuando se hace escarnio del nudo conyugal; cuando el torpe adulterio y el corrompido celibato van por todas partes descarados y como en triunfo apartando á los hombres de su vocación universal y proclamando altamente el vicio y la esteril disolución; en estos tiempos desastrados; este lujo devastador que marcha rodeado de los desórdenes más feos; estos matrimonios que por todas partes se ven indiferentes ó de hielo, por no decir más; un delito tan horroroso la merece más particularmente; y esas ropas acuchilladas que recuerdan su infeliz dueño; esa sangre inocente en que las veis teñidas y empapadas, clamandoos por su justa venganza; la virtud que os las presenta cubierta de luto y desolada; ese pueblo que teneis delante, conmovido y colgado de vuestra decisión; el rumor público que ha llevado este negro atentado hasta las naciones extrañas; la patria consternada, que llora á un hijo suyo malogrado, y hundidas con él mil altas esperanzas; el Dios de la justicia que os mira desde lo alto, y os pedirá algún dia estrechísima cuenta del adúltero y del parricida; vuestra misma seguridad comprometida y vacilante sin un ejemplar castigo; todo, señores, os grita, todo clama, todo exige de vosotros la sangre impia de estos alevosos. Fulminad sobre sus culpables cabezas en nombre de la ley la solemne pena por ella establecida; paguen con sus vidas, paguen al instante la vida que arrancaron con tan inaudita atrocidad. Sean ejemplo memorable á los malvados, y alienten y reposen en adelante la inerme inocencia y la virtud, estando vosotros para velar sobre ellas, ó á lo menos vengarlas.

JUAN MELÉNDEZ VALDÉS.

ORATORIA POLÍTICA.

Discurso pronunciado en la sesión de 5 de Mayo de 1821, estándose discutiendo un mensaje de su majestad.

Habia pedido la palabra para hablar sobre la cuestión en general, y ahora la he pedido para hablar en particular sobre si habia de decidirse que las Cortes quedan enteradas ó no. No cabe duda en que respecto de las noticias que envia el Gobierno, no hay otra contestación; pero en circunstancias como estas conviene que, con toda serenidad y sosiego, propios de diputados españoles, se manifieste el interés que todos tenemos en sostener la libertad y el orden público, y que al mismo tiempo en la discusión indiquemos al gobierno, que nosotros hemos procurado darle todas las facultades necesarias para conservar el orden y sostener la constitución: y que estamos prontos á sostenerle siempre que nuestras medidas puedan concurrir á tan importante objeto. No hace tres dias que propuse una indicación sobre esto; y no hace todavia un mes que las Córtes han dado una ley para la abreviación de causas, y para destruir todo género de facciosos. Yo mismo he hecho esta indicación al Gobierno, y se creia tan fuerte y poderoso, que aunque no hizo resistencia directa, indirectamente se opuso, creyendo que se alarmaria la Europa, siendo en mi concepto más principal motivo para alarmar, que continúe el desorden en uno y otro punto.

No podré menos de interpelar al gobierno con el deseo que todos tenemos de acierto. Sé bien que los secretarios actuales son incapaces de faltar; mas puede haber omisiones como hay en nosotros todos los dias, y conviene se aclare esto, si son las circunstancias imprevistas ó la omisión la causa de todo lo ocurrido, conviene también que se hable de esto, para que no se diga que las Córtes sobre noticias tan graves solo han dicho que quedan enteradas, y se levantó la sesión. Las circunstancias de la nación son muy delicadas. Bien sé que el sistema no se destruye; los desórdenes del tiempo pasado, la multitud de hombres comprometidos que quieren conciliar la libertad con

el orden, es mucho en España para que pueda retroceder el carro de la libertad; pero sin embargo, hace más de dos meses vemos sucesos que deben llamar la atención de las Cortes. No disculparé nunca á los enemigos del orden en un sentido ni en otro, pero es preciso saber cómo esto ha empezado y continuado, y las medidas tomadas.

Hace mes y medio ó dos meses que se leyó un dictamen de una comisión importantísima que fue aprobado por las Cortes, y no se tomaron otras medidas, porque los secretarios del despacho manifestaron tener el hilo de la trama (siento tener que repelir estas cosas, pero es preciso antes de llegar á tratar de lo del día) manifestaron, digo, que no habia nada que temer, que tenian cogido el hilo de la trama. Quisiera saber, primero, si tenian cogido el hilo de la trama, ¿que medidas se tomaron entonces para precaver el mal? Primera cuestión. Después han sucedido en algunas partes algunos alborotos, atacando á individuos particulares, que fueran culpados ó no, la ley no los habia considerado como tales. Estos sucesos que no disculpo, sino que hablaré contra ellos, como contra la partida de Merino, fueron hasta cierto punto precedidos por las sublevaciones de Castilla y otros puntos; porque al mismo paso que no dudo que entre los enemigos del orden se introducirán personas mal intencionadas, hay también muchos, que peligrando sus cabezas si hubiera una contrarrevolución, temen demasiado para que no traten de tomar medidas que nunca se pueden disculpar ni permitir, y cuya situación particular les impele á que vayan más allá de lo lícito.

Si se han tomado medidas para prevenir estos males y los de Madrid en estos dias será mi segunda cuestión. No ha habido diputado á quien al entrar en el congreso ayer, no se le dijese que habia mucha gente arremolinada en la Puerta del Sol y otros puntos; y que se creia que era por la sentencia que se habia dado contra la desgraciada persona que fué víctima ayer. (1) Así como todos los diputados lo han sabido, no se puede concebir, cómo el Gobierno que tiene todos los medios oportunos, no lo haya sabido hasta las dos ó dos y media, que dijeron las autoridades que no habia que temer hasta la noche. Era preciso, sin embargo, que las medidas se tomasen desde

(1) El cura Vinuesa.

luego; y sabiendo que el objeto principal era ese eclesiástico, era necesario reforzar el punto donde estaba para evitar una desgracia, y que los españoles, unos con intenciones extraviadas, y otros con intenciones no dañinas, se degüellan entre si, y no conspiren todos al establecimiento del sistema constitucional; porque si el Gobierno y las Córtes no tratan de esto, y dejamos á la suerte y fortuna el que se asegure el sistema, no necesita la nación Córtes ni Gobierno, sino mandarse y dirigirse por si, salga lo que saliere.

Pero las Córtes y el Gobierno estamos principalmente encargados de establecer el sistema constitucional y evitar los desórdenes, y sino alcanzan á más nuestros medios, és preciso que la nación lo sepa. Yo, interesado muy particularmente en la responsabilidad moral de este cuerpo, debo decir que las Córtes desde Marzo y Abril no han hecho más que dar facultades al Gobierno para conservar el orden público. Esa ley terrible que tal vez ha merecido la responsabilidad de muchas personas ¿cual ha sido su objeto? Dar facultades al Gobierno creyendo por la confianza que hay en él, que no abusará de ellas.

Hace tres dias que he provocado á otra medida, que probablemente aprobarán las Córtes, y no ha habido medidas propuestas por el Gobierno que ellas no hayan aprobado, siendo de advertir que las más no han sido provocadas por el Gobierno, sino por diputados, y en algunas oponiéndose el Gobierno; y en esto es necesario hacerle justicia; porque un Gobierno que no queria que se le diesen tantas facultades por no abusar se hace honor y manifiesta su delicadeza; pero también es cierto, que no se han detenido las Córtes en darle facultades.

Por lo demás el Gobierno en semejantes circunstancias, es preciso que no duerma, que vigile y esté viendo el modo de conservar el orden y la tranquilidad, y observando á los que traten de perjudicar á la libertad, valiéndose de ella, y á los que quieran atacarla. Hace dos meses que vimos un plan de conspiración para trastornar el sistema; este ha sido el principio de todo, y sobre esto es menester manifestar á S. M. los deseos que tenemos de sostener su trono y de salvarle; pero que es preciso que su trono y nosotros no seamos víctimas de intrigantes, que procuran introducir chismes, y separar esta unión íntima de la nación y el trono. Es preciso que las Córtes lo hagan entender á S. M. con el respeto y acatamiento debido, y el

Gobierno debe saber que *vigilando, agendo bene, consulendo prospere omnia cedunt.*

De esta manera es como se puede llevar adelante el sistema; de consiguiente, yo, deseando que los Secretarios del Despacho me contesten, añadiré que habiendo las Córtes dado todas las facultades necesarias al Gobierno, le darán todas las que sean compatibles con la Constitución para sostener el orden y la libertad, dos cosas inseparables, y de que son enemigos todos los facciosos de cualquier naturaleza; aunque se debe observar, que el principio de todo es la contrarrevolución contra el sistema constitucional que se está desenvolviendo hace poco tiempo, y respecto de la cual no veo haya tomado el Gobierno todas las medidas que podía.

EL CONDE DE TORENO.

ORATORIA ACADÉMICA.

Discurso de recepción en la Real Academia Española.

Lleno de satisfacción y reconocimiento por verme en este recinto, principiaré tributando á la Real Academia, que se ha dignado admitirme en su gremio ilustre, las más sinceras como rendidas gracias. Disfrutaré en seguida, no menos gustoso la primer prerogativa de la merced que me ha dispensado, y la pido venia para ocupar su atención con algunas ideas mías literarias.

De prosodia me propongo hablar mayormente. Pero muchos trabajos hay ya de la *prosodia castellana*. No será esta disertación la que aumente el número, pues, á mi entender, la falta de todos, principal sin duda es la falta de materia.

No tiene la lengua castellana *prosodia*, á lo menos no es su prosodia la de los humanistas. Más preocupados de las semejanzas, que atentos á las diferencias, se afanan inutilmente por contraer á un mismo sistema nuestro idioma y el de los romanos; y descuidada la práctica por las teorías, de sus esmeros más sutiles no se deduce una aplicación. Pregúnteseles á los poetas, de qué les aprovecha, para que consten sus versos, lo breve ó lo largo de las silabas; con largas más largas, y breves menos breves.

Otro es nuestro elemento rítmico, uno y universal; pero tan llano, que la *prosodia* nuestra no da campo á escritores: con el habla la aprendemos. Dice un niño nuestro: *ma-má*; y diferenció bien distintamente las dos mitades de un disilabo, que siendo idénticas por lo demás, ofrecen el mejor ejemplo de la acción prosódica. Más tarde aprendió á repetir *cóco*; y la misma operación oral hizo, por término inverso, igual distinción, en una disposición de letras semejante. Y, como no equivocará el objeto de su cariño con el de sus terrores, ni trocará los vocablos que los significan, llamando á éste *mamá*, y á su madre *cóco*, tampoco hay miedo que trastorne las acentuaciones respectivas, y se le oiga apellarlos: á él *cocó*, y á ella *máma*. Al mismo tenor seguirá nuestro paisanito hasta el cabo, adquiriendo vocablos todos de una pieza; sin que pueda faltarles la parte prosódica, en razón de serles constitutiva.

Definiría yo la *prosodia*: La distinción de sílabas en dos clases: *dominantes* y *dominadas*, de cuya combinación nace toda armonía, así en el habla como en la música; y hay quien diría: así en la tierra como en los cielos.

Prescindiendo ahora de cómo se haya verificado la distinción en las lenguas clásicas, visto está que en la nuestra la determina aquella operación oral producida por la fuerza, el apoyo, el golpe de la voz, que latinos llamaron *percussio*, los italianos llaman *battuta*, los ingleses *stress*, y nosotros la hemos designado solamente con el nombre genérico de *acento*: las dos clases prosódicas en que se dividen nuestras sílabas, son las de sílabas con acento y de sílabas sin él. Elemento rítmico igualmente y gramatical como lo demostrará un solo ejemplo.

El dulce lamentar de dos pastores.

Sentamos la voz en la última sílaba de *lamentar*: quien pronunciase *lamentar*, apoyando en la penúltima, como sucede en *lamento*, no diría un vocablo castellano, atropellando del todo la lengua por haber faltado á la *prosodia*; y de camino destruiría el verso. Deja de haber un endecasílabo si se escribe:

[El dulce lamento de dos pastores.]

Más ¡ay! ese acento tan sencillo como importante en la práctica, lo hemos en la teoría embrollado lastimosamente; y solo con habernos dejado persuadir, por latinistas inconsiderados, á darle el nombre de *agudo*: como si fuera todo uno lo *agudo* y

lo *recio*: llamaremos entonces agudas las voces del *serpentón*. Parece que la cosa no importaba. Al fin no mucho para nuestro negocio doméstico; pero de ahí ha sido, y será (mientras rija el desacierto) quedar imposibilitada la inteligencia de los ritmos antiguos: asunto, de que me ocuparé detenidamente algún día, *modo vita supersit*.

Con la *duración*, también han confundido la *fuerza* nuestros enseñadores; error, por dicha, nada trascendental; pero siempre error. No se debe sentar didácticamente que es *larga* la sílaba *acentuada*. A menos de arrastrar la pronunciación de un modo arbitrario y extraño, se echará más tiempo en la primera que en la segunda sílaba, por ejemplo, del preterito *planté*. Son incommensurables los valores respectivos de estas sílabas; y es comparable solo cada una, si se quiere, con otra de igual clase que la suya, en las dos divisiones, que determina el acento.

No ha dejado de hacer estos cotejos la didáctica; cuando, dado por supuesto que el acento hacia largas, extendió las clasificaciones á *largas más largas* y *breves menos breves*. Las dos sílabas, por ejemplo, de *brindan*, serán la primera más larga y la segunda menos breve que las correspondientes en la interjección *ea*. Ya se ve: mientras más letras haya que pronunciar, más se tardará en pronunciarlas: verdad obvia, que un dicho vulgar caracterizaría. Me ceñiré á observar, que, puesto indica un efecto forzoso de la construcción material de los vocablos, no es caso de enseñanza ni de atención.

Ni pasan tales efectos de accidentes leves, comparados con el acento, en el movimiento que á los vocablos imprime. Esdrújulo es *cálmense* como *cálmese*, igualmente socorrido para el poeta que haga menester de aquella disposición rítmica en su verso.

Pues asiste á la *percusión* tal virtud, que en la sílaba vecina á la que hace dominante puede hasta anular la individualidad de los sonidos. Así que, y como quiera consista la rima *asonante* en la concordancia de vocales (pues en alguna concordancia había de consistir) vemos prescindirse de la ley; y sin que obste llevar cada uno de los vocablos que voy á citar, una vocal distinta entre las cinco del alfabeto, son asonantes: *álamo*, *áspero*, *ánimo*, *átomo* y *ángulo*. Tanto puede prosodicamente nuestro acento imprescindible.

En buenahora hiciese Demóstenes sacrificios á las musas

porque le librasen de una equivocación prosódica, al pronunciar sus arengas; quejarse en buenhora Horacio de ser todavía tan contados los que en su tiempo diferenciaban siempre las largas de las breves; nosotros estamos seguros [de todo peligro de errar: faltar al acento sería no decir vocablo, y á la duración, no articular las letras.

Preguntaráseme, tal vez, si no cabe caso, donde los accidentes de la duración sean elementos del arte. Respondo, que si el poeta que quiera detener su verso podrá, además de auxiliarse de los acentos, echar mano del amontonamiento de letras; por la inversa, aligerará de acentos y de letras el verso que quiera fluido y rápido.

Convengo, así mismo, en que sería forzoso atender á aquellas diferencias, por cuanto participarian ya en el mecanismo de la versificación, si arpirásemos á reproducir los metros antiguos: pero ¿debemos adelgazar la poética hasta sus últimos átomos? y por otra parte ¿estamos ya para encelar á Villegas? A ensanchas mucho más que á sujeción se inclina el siglo nuestro.

Aun en su estado actual, vulgar é imperfecto, ¿no hemos visto agitarse acerca de la versificación misma una cuestión de ser ó no ser?

Con ella me despediré de esta disertación; suplicando se me disimule, si más de lo que requiere acaso la conexión de asuntos, me induce á determe el interés de poeta.

Entre los impugnadores [del arte que he cultivado con predilección, ninguno de tanta autoridad como la encumbrada autora de *Corina*: en cuya sustancial obra sobre literatura se encuentra lo siguiente: «El placer que da la versificación es como una sensación física: arguye además un triunfo, que [aprecian los inteligentes, y admiran los que no lo son. Pero, confesemos también el halago que encierra la prosa perfeccionada, de que gozamos tantos ejemplos: donde no faltan, ni las imágenes poéticas, ni los movimientos apasionados. Si la expresión exacta, la que ha de reproducir el ápice más leve, el eslabón más sutil de nuestras ideas, debemos crearla una, sola, y equivalente; que hasta las transiciones puedan importar, para aclarar un pensamiento; transmitir un efecto cual se sintió; para poner en comunicación la vida con la vida, y revelar al alma solitaria los secretos de otra alma, las impresiones internas de otro ser; si es

verdad, que en los periodos elocuentes, la más leve alteración no la sufra sin menoscabo, la pureza del estilo; si, en fin, no hay más que un modo de expresarse con toda la propiedad posible ¿cabrá que entre las trabas de la versificación, campée siempre este modo único?»

Por respuesta, expondré primero, que no siempre se están vertiendo conceptos sublimes, ni poniendo en comunicación magnética vida con vida y alma con alma. Por fuerza se han de tratar especies de condición no tan ceñida que quite toda latitud al desempeño. Descansando la inspiración, entra el arte; pero no solo relativamente al que escribe en verso. También el prosista *compone*. Arte y *artificio* ha de gastar, so pena de que, en vez de producir ejemplos de la prosa perfeccionada que dice madama Stael, les dé lugar á los Capmánys de su nación, á que le reprueben la falta de estudio y de lima; las cacofonias, los hiátos; las trabazones enjutas; las cadencias troncas; las frases inarmoniosas ó ásperas. Que no anda el periodo oratorio, por ningún término, exento de obligaciones mecánicas. Es, respecto á las de la versificación, cuestión de más ó menos.

Algo extraordinario, para que no entre en el santuario sin vocacion, se le ha de pedir al que se propone hablar la lengua de los Dioses. Y á todos tiene cuenta; modos, locuciones, pensamientos notables leímos, que no hubieran sido, á no haber mediado ciertas precisiones. *La rima inspiratrice*, ha dicho un poeta italiano: otro tanto puede decirse de la medida; dificultades ambas de verdadero auxilio al que las vence.

Alguno de los claros circunstantes habrá por ventura visto, anos hace, en Paris al incomparable Ravel, artista de los que cultamente se llaman allá acróbatas ó funámbulos: quien sin valerse por supuesto, del innoble chorizo, ejecutaba en la maroma cuantas mudanzas tenia ideadas la Terpsicore de aquellos tiempos. Iban sus rivales de tierra llana, los Vestris y demas bailarines de la gran Opera, á maravillarse de su soltura, gracia y poder. Y á llenarse de humildad; pues al llegar á la cabriola, los ponía á inmensa distancia; merced al rechazo del cuerpo elástico donde estribaba, que á pocos envites, le rebotaba por esos cielos. Silfo de nueva especie: fenómeno hijo de la dificultad vencida.

El hombre que más poesia de locución ha tenido, el enérgico Byrón, escribió sus grandes poemas en rimas redobles. Como

quiera, concluye madama Stael con la aserción siguiente: «El mismo Racine hizo sacrificios al número de sílabas, al hemistiquio y al consonante.» Si levantase la cabeza el autor de *Fedra* y *Atalia*, protestara formalmente contra tan gratuita suposición.

Á la ilustre prosadora la dirán los poetas: cuán naturalmente se ofrecen las locuciones á la idea, llevando compás con el deseo del oído. Al que está componiendo en decasilabos, no le ocurrirán endechas; ni al que hace un romance, versos de arte mayor. Así mismo los pensamientos, que el orador elocuente concibe simultáneos con la expresión adecuada, se presentan al poeta, con la conveniente elocución rítmica. Se requiere, por supuesto, una organización para el caso, de donde salgan las cláusulas como de un molde; gravándose la pauta elegida en la mente del que versifica, ni más ni menos, que las facciones en la del pintor. En eso está el nacer poeta; en tener en sí una facultad instintiva, que reduce á verso, como las abejas á miel. Ahora bien.... el cómo.... lo mismo lo dirán ellos que ellas.

Presumo que, á pesar de impugnaciones, subsistirá todavía algunos años el hacer versos: ante un tiempo divinizado, con el cual tiene su inmediata relación el punto gramatical de que me he aventurado á discurrir delante de este docto Liceo. Mas no por eso, si ha llevado camino mi discurso, habrá motivo para que la *prosodia castellana* haga peso en la juventud española. Celebrara contribuir á exonerarla de alguno. Demasiado se va haciendo preciso saber para salir de la clase ignorante. Cada día aumenta la obligación, y el vivir no se alarga. Reformemos lo que podamos; prescindamos cuanto quepa; y dejémonos ya de tratados prosódicos, dado que, entre nosotros, la *prosodia* no es una *ciencia*: es un *hecho*.

JUAN MARIA MAURY.

GÉNERO NOVELESCO.

NOVELA PICARESCA.

DEL LAZARILLO DE TORMES.

Cuenta Lázaro su vida, y cuyo hijo fué.—Asiento de Lázaro con un ciego.

Pues sepa vuestra merced ante todas cosas que á mi me llaman Lázaro de Tormes, hijo de Tomé Gonzalez y de Antonia Perez, naturales de Tejares, aldea de Salamanca. Mi nacimiento fué dentro del rio Tormes por la cual causa tomé el sobrenombre y fué desta manera. Mi padre (que Dios perdone) tenía á cargo de proveer una molienda de una haceña, que está ribera de aquel rio, en la cual fué molinero más de quince años; y estando mi madre una noche en la haceña, preñada de mi, tomóla el parto y parióme allí; de manera que con verdad me puedo decir nacido en el rio. Pues siendo yo niño de ocho años achacaron á mi padre ciertas sangrías mal hechas en los costales de los que allí á moler venian, por lo cual fué preso, y confesó, y no negó, y padeció persecución por justicia. Espero en Dios que está en la gloria; pues el Evangelio los llama bienaventurados. En este tiempo se hizo cierta armada contra moros, entre los cuales fué mi padre, que á la sazón estaba desterrado por el desastre ya dicho, con cargo de acemilero de un caballero que allá fué, y con su señor, como leal criado, feneció su vida.

Mi viuda madre, como sin marido y sin abrigo se viese, determinó arrimarse á los buenos, por ser uno dellos, y vino á vivir á la ciudad, y alquiló una casilla, y metióse á guisar de comer á ciertos estudiantes, y lavaba la ropa á ciertos mozos de caballos del comendador de la Magdalena. De manera, que frecuentando las caballerizas, ella y un hombre moreno de aquellos que las bestias curaban, vinieron en conocimiento. Este algunas veces se venia á nuestra casa, y se iba á la mañana; otras veces de día llegaba á la puerta, en achaque de comprar huevos, y entrábase en la casa. Yo al principio de su en-



trada, pesábame con él, y habíale miedo, viendo el color y mal gesto que tenía; más desde que vi que con su venida mejoraba el comer, fuíle queriendo bien, porque siempre traía pan, pedazos de carne, y en el invierno leños, á que nos calentábamos. De manera que continuando la posada y conversación, mi madre vino á darme dél un negrito muy bonito, el cual yo brincaba y ayudaba á acallar. Y acuérdome que estando el negro de mi padrastro trebejando con el mozuelo, como el niño veía á mi madre y á mi blancos, y á él no, huía dél con miedo para mi madre, y señalando con el dedo decía: mamá coco. Y el respondió riendo: ó hide ruin. Yo, aunque bien muchacho, noté aquella palabra de mi hermanico, y dije entre mi: cuántos debe de haber en el mundo que huyan de otros porque no se ven á si mesmos.

Quiso nuestra fortuna que la conversación del Zaide, que así se llamaba, llegó á oídos del mayordomo, y hecha pesquisa, hallóse que la mitad por medio de la cebada, que para las bestias le daban hurtaba, y salvados, leña y almohazas, mandiles y las mantas, y las sábanas de los caballos hacia perdidas, y cuando otra cosa no podía, las bestias desherraba y con todo esto acudía á mi madre para criar á mi hermanico. No nos maravillamos de un clérigo, ni de un fraile, porque el uno hurta de los pobres, y el otro de casa para sus devotos, y para ayuda de otro tanto, cuando á un pobre esclavo el amor le animaba á á esto; y probósele cuanto digo, y aún más, porque á mi con amenazas me preguntaban, y como niño respondía, y descubría cuanto sabía con miedo, hasta ciertas herraduras, que por mandado de mi madre á un herrero vendí: Al triste de mi padrastro azotaron y pringaron, y á mi madre pusieron pena por justicia sobre el acostumbrado centenario, que en casa del sobredicho comendador no entrase, ni al lastimado Zaide en la suya acogiese. Por no echar la soga tras el caldero, la triste se esforzó y cumplió la sentencia; y por evitar peligro y quitarse de malas lenguas, se fué á servir á los que al presente vivían en el mesón de la Solana; y allí padeciendo mil importunidades, se acabó de criar mi hermanico, hasta que supo andar. Ya yo era buen mozuelo, que iba á los huéspedes por vino y candelas, y por lo demás que me mandaban.

En este tiempo vino á posar al mesón un ciego, el cual, pareciéndole que yo sería para adestrarle, me pidió á mi madre, y

ella me encomendó á él, diciéndole que era hijo de un buen hombre; el cual por ensalzar la fé habia muerto en la de los Gelves, y que ella confiaba en Dios no saldria peor hombre que mi padre, y que le rogaba me tratase bien, y mirase por mi, pues era huérfano. El respondió que asi lo haria, y que me recibia no por mozo sino por hijo. Y asi le comencé á servir y adestrar á mi nuevo y viejo amo: como estuvimos en Salamanca algunos dias, pareciéndole á mi amo que no era la ganancia á su contento, determinó irse de allí; y cuando nos hubimos de partir, yo fuí á ver á mi madre, y ambos llorando, me dió su bendición y dijo: hijo, ya sé que no te veré más; procura de ser bueno y Dios te guie; criado te he, y con buen amo te he puesto, válete para tí; y asi me fuí para mi amo que esperándome estaba. Salimos de Salamanca, y llegando á la puente, está á la entrada della un animal de piedra, que casi tiene forma de toro, y el ciego mandóme que llegase cerca del animal, y alli puesto me dijo: Lázaro, llega el oido á este toro, y oirás gran ruido dentro dél. Yo simplemente llegué, creyendo ser asi; y como sintió que tenia la cabeza par de la piedra, afirmó recio la mano y dióme una gran calabazada en el diablo del toro, que más de tres dias me duró el dolor de la cornada; y díjome: necio, aprende, que el mozo del ciego un punto ha de saber más que el diablo y rió mucho la burla. Parecióme que en aquel instante desperté de la simpleza en que como niño dormido estaba, y dije entre mi: verdad dice este, que me cumple avivar el ojo, pues estoy solo, y pensar cómo me sepa valer.

Comenzamos nuestro camino, y en muy pocos dias me mostró jerigonza, y como me viese de buen ingenio, holgábase mucho, y decia: yo oro ni plata no te puedo dar, más avisos para vivir muchos te mostraré: y fué asi, que después de Dios este me dió la vida; y siendo ciego me alumbró y adestró en la carrera de vivir. Huelgo de contar á vuestra merced estas niñerías para mostrar cuánta virtud sea saber los hombres subir siendo bajos, y dejarse bajar siendo altos, cuánto vicio. Pues tornando al bueno de mi ciego y contando sus cosas, vuestra merced sepa que desde que Dios crió el mundo, ninguno formó más astuto ni sagaz; en su oficio era un águila; ciento y tantas oraciones sabia de coro; un tono bajo, reposado y muy sonable, que hacia resonar la iglesia donde rezaba, un rostro humilde y devoto que con muy buen continente ponía cuando rezaba, sin hacer gestos

ni visajes con boca ni ojos, como otros suelen hacer. Allende desto, tenia otras formas y maneras para sacar dinero: decia oraciones para muchos y diversos efectos; para mujeres que no parian, para las que estaban de parto, para las que eran mal casadas, que sus maridos las quisieran bien; echaba pronósticos á las preñadas, si traian hijo ó hija. Pues en caso de medicina, decia, Galeno no supo la mitad que él para muelas, desmayos, males de madre. Finalmente, nadie le decia padecer alguna pasión, que luego no le decia: haced esto, hareis estotro, coged tal yerba, tomad tal raiz. Con esto andábase todo el mundo tras él, especialmente mujeres, que cuanto les decia creian: destas sacaba él grandes provechos con las artes que digo, y ganaba más en un mes que cien ciegos en un año. Más también quiero que sepa vuestra merced, que con todo lo que adquiria y tenia, jamás tan avariento, ni mezquino hombre no ví, tanto que me mataba á mí de hambre, y así no se remediaba de lo necesario. Digo verdad: si con mi sotileza y buenas mañas no me supiera remediar, muchas veces me finara de hambre; más con todo su saber y aviso le contraminaba de tal suerte, que siempre, ó las más veces, me cabia lo más y mejor.

Para esto le hacia burlas endiabladas, de las cuales contaré algunas, aunque no todas á mi salvo. Él traia el pan y todas las otras cosas en un fardel de lienzo que por la boca se cerraba con una argolla de hierro, y su candado y llave, y al meter de las cosas y sacarlas, era con tanta vigilancia y tan por contadero, que no bastara todo el mundo hacerle menos una migaja; más yo tomaba aquella laceria que él me daba, la cual en menos de dos bocados era despachada. Después que cerraba el candado y se descuidaba, pensando que yo estaba entendiendo en otras cosas: por un poco de costura, que muchas veces del un lado del fardel descosia y tornaba á coser, sangraba el avariento fardel, sacando, no por tasa, pan, más buenos pedazos, tórrreznos y longaniza, y así buscaba conveniente tiempo para rehacer, no la chaza, sinó la endiablada falta, que el mal ciego me faltaba.

Todo lo que podia sisar y hurtar, traia en medias blancas, y cuando le mandaban rezar, y le daban blancas, como él carecía de vista, no habia el que se la daba amagado con ella, cuando yo la tenia lanzada en la boca, y la media aparejada, que por presto que él echaba mano, ya iba de mi cambio aniquilada en

la mitad del justo precio. Quejábanse me el mal ciego, porque al tiento luego la conocía y sentía que no era blanca entera, y decía: ¿qué diablos es esto, que después que conmigo estás no me dan sinó medias blancas, y de antes una blanca, y un maravedí hartas veces me pagaban? En tí debe de estar esta desdicha. También él abreviaba el rezar, y la mitad de la oración no acababa, porque me tenía mandado, que en yéndose el que la mandaba rezar, le tirase por cabo del capúz. Yo así lo hacía. Luego él tornaba á dar voces, diciendo: manden rezar tal y tal oración, como se suele decir.

Usaba poner cabe sí un jarrillo de vino cuando comíamos; yo muy presto le asía, y dábale un par de besos callados, y tornábale á su lugar. Más duróme poco, que en los tragos conocía la falta, y por reservar su vino á salvo, nunca después desamparaba el jarro, antes lo tenía por el asa asido; más no había piedra imán que trajese á sí el hierro, como yo el vino con una paja larga de centeno, que para aquel menester tenía hecha, la cual metiéndola en la boca del jarro, chupando el vino, lo dejaba á buenas noches. Mas como fuese el traidor tan astuto, pienso que me sintió, y dende en adelante mudó propósito, y asentaba su jarro entre las piernas, y atapándole con la mano, y así bebía seguro. Yo, como estaba hecho al vino, moría por él; y viendo que aquel remedio de la paja no me aprovechaba ni valía, acordé en el suelo del jarro hacerle una fuentecilla y agujero sutil, y delicadamente con una muy delgada tortilla taparlo, y al tiempo de comer fingiendo haber frío, entrábame entre las piernas del triste ciego á calentarme en la pobrecilla lumbre que teníamos, y al calor della luego era derretida la cera, por ser muy poca, comenzaba la fuentecilla á destilarme en la boca, la cual yo de tal manera ponía, que maldita la gota se perdía. Cuando el pobrete iba á beber, no hallaba nada; espantábase, maldecíase, daba al diablo el jarro y el vino, no sabiendo qué podía ser. No direis, tío, que os lo bebo yo, decía; pues no lo quitais de la mano. Tantas vueltas y tientos dió al jarro, que halló la fuente y cayó en la burla; más así lo disimuló como sinó lo hubiera sentido, y luego otro día, teniendo yo rezumado mi jarro, como solía, no pensando en el daño que me estaba aparejado, ni que el mal ciego me sentía, sentéme como solía, estando recibiendo aquellos dulces tragos, mi cara puesta hácia el cielo, un poco cerrados los ojos, para mejor gus-

tar el sabroso licor, sintió el desesperado ciego que ahora tenía tiempo de tomar de mí venganza, y con toda su fuerza, alzando con dos manos aquel dulce y amargo jarro, le dejó caer sobre mi boca, ayudándose, como digo, de todo su poder, de manera que el pobre Lázaro, que de nada desto se guardaba, antes como otras veces, estaba descuidado y gozoso, verdaderamente me pareció que el cielo con todo lo que hay en él, me había caído encima. Fué tal el golpecillo, que me desatinó y sacó de sentido, y el jarrazo tan grande, que los pedazos dél se me metieron por la cara, rompiéndomela por muchas partes, y me quebró los dientes, sin los cuales hasta hoy día me quedé.

Desde aquella hora quise mal al mal ciego; y aunque me quería y regalaba y me curaba, bien ví que sé había holgado del cruel castigo. Lavóme con vino las roturas que con los pedazos del jarro me había hecho, y sonriéndose decía: ¿qué te parece Lázaro? Lo que te enfermó te sana y da salud, y otros donaires que á mi gusto no lo eran. Ya que estuve medio bueno de mi negra trepa y cardenales, considerando que á pocos golpes tales el cruel ciego ahorraría de mí, quise yo ahorrar dél; más no lo hice tan presto por hacerlo más á mi salvo y provecho, aunque yo quisiera asentar mi corazón, y perdonalle el jarrazo, no daba lugar el mal tratamiento que el mal ciego desde allí adelante me hacía, que sin causa ni razón me hería, dándome coscorrones y repelándome. Y si al alguno le decía, por qué me trataba tan mal, luego contaba el cuento del jarro, diciendo: ¿pensais que este mi mozo es algún inocente? Pues oid si el demonio ensayara otra tal hazaña. Santiguándose los que lo oían, decían: mirad quién pensara de un muchacho tan pequeño tal ruindad; y reían mucho el artificio, y decíanle: castigadlo, castigadlo, que de Dios lo habreis, y él con aquello nunca otra cosa hacía.

Estábamos en Escalona, (villa del duque della) en un mesón, y dióme un pedazo de longaniza que le asase. Y ya que la longaniza había pringado, y comídose las pringadas, sacó un maravedí de la bolsa, y mandóme que fuese por él de vino á la taberna. Púsome el demonio el aparejo de delante los ojos, el cual (como suelen decir) hace al ladrón, y fué que había cabe el fuego un nabo pequeño, larguillo y ruinoso, y tal, que por no ser para la olla, debió ser echado allí; y como al presente nadie estuviese sinó él y yo solos, como me ví con apetito goloso, ha

biéndome puesto dentera el sabroso olor de la longaniza, del cual solamente sabia que habia de gozar, no mirando que me podria suceder, pospuesto todo temor, por cumplir con el deseo, en tanto que el ciego sacaba de la bolsa el dinero, saqué la longaniza, y muy presto metí el sobredicho nabo en el asador, el cual mi amo, dándome el dinero para el vino, tomó y comenzó á dar vueltas al fuego, queriendo asar al que de ser cocido por sus deméritos habia escapado. Yo fui por el vino, con el cual no tardé en despachar la longaniza, y cuando vine hallé al pecador del ciego que tenia entre dos rebanadas apretado el nabo, al cual todavia no habia conocido por no lo haber tentado con la mano. Como tomase las rebanadas y mordiese en ellas, pensando también llevar parte de la longaniza, hallose en fin con el frio nabo; alterose, y dijo: ¿qué es esto, Lazarillo? Lacerado de mi, dije yo, si quereis achacarme algo. Yo, ¿no vengo de traer el vino? Alguno estaba ahí, y por burla haria eso. No, no, dijo él, que yo no he dejado el asador de la mano, no es posible. Yo torné á jurar y perjurar que estaba libre de aquel truco y cambió; más bien poco me aprovechó, pues á las astucias del maldito ciego nada se le escondia. Levantóse y asíóme por la cabeza, y llegóse á olerme, y como debió sentir el huelgo, á uso de buen podenco, por mejor satisfacerse de la verdad, y con la gran agonía que llevaba, asiéndome con las manos, abrióme la boca más de su derecho, y desatentadamente metia la nariz, la cual tenia larga y afilada, y á aquella sazón con el enojo se habia aumentado un palmo, con el pico de la cual me llegó al galillo. Con esto y con el gran miedo que tenia, y con la brevedad del tiempo, que la negra longaniza aun no habia hecho asiento en el estómago, y lo más principal, con el destiento de la cumplidísima nariz, medio casi ahogándome, todas estas cosas se juntaron y fueron causa que el hecho y golosina se manifestase, y lo suyo fuese vuelto á su dueño; de manera que antes que el mal ciego sacase de mi boca su trompa, tal alteración sintió mi estómago, que le dió con el hurto en ella, de suerte que su nariz y la negra mal mascada longaniza á un tiempo salieron de mi boca. ¡Oh gran Dios! ¡Quién estuviera á aquella hora ya sepultado! que muerto ya lo estaba. Fué tal el coraje del perverso ciego, que si al ruido no acudieran, pienso que no me dejara con la vida.

Sacáronme de entre sus manos, dejándoselas llenas de aque-

llos pocos cabellos que tenia, arañada la cara y rasguñado el pescuezo y la garganta; y esto bien lo merecia, pues por mi maldad me venian tantas persecuciones.

Visto esto y las malas burlas que el ciego burlaba de mi, determiné de todo en todo dejarle, y como lo tenia pensado y lo tenia en voluntad, con este postrer juego que me hizo, afirméle más; y fué así que luego á otro día salimos por la villa á pedir limosna, y habia llovido mucho la noche antes; y porque el dia también llovía, andaba rezando debajo de unos portales, que en aquel pueblo habia, donde no nos mojábamos; más como la noche se venia, y el llover no cesaba, dijome el ciego: Lázaro, esta agua es muy porfiada, y cuanto la noche más cierra, más recia; acojámonos á la posada con tiempo. Para ir allá habíamos de pasar un arroyo, que con la mucha agua iba grande; yo le dije: tío, el arroyo va muy ancho; más si quereis, yo veo por donde atravesemos más aina sin nos mojar, porque se estrecha allí mucho, y saltando pasaremos á pié enjuto. Parecióle buen consejo, y dijo: discreto eres, por eso te quiero bien, llévame á ese lugar, donde el arroyo se ensangosta, que agora es invierno y sabe mal el agua, y más llevar los pies mojados. Yo que vi el aparejo á mi deseo, saquéle debajo de los portales, y llevélo derecho de un pilar, ó poste de piedra que en la plaza estaba, sobre el cual, y sobre otros cargaban saledizos de aquellas casas, y dijele: tío, este es el paso más angosto que en el arroyo hay. Como llovía recio, y el triste se mojaba, y con la priesa que llevábamos de salir del agua que encima nos caia, y lo más principal, porque Díos le cegó aquella hora el entendimiento por darme de él venganza; creyóse de mi, y dijo: ponme derecho, y salta tu el arroyo. Yo le puse bien derecho enfrente del pilar. y doy un salto, y póngome detrás del poste como quien espera tope de toro, y dijele: sus, saltad todo lo que podais, porque deis deste cabo del agua. Aun apenas lo habia acabado de decir, cuando se abalanza el pobre ciego como cabrón, y de toda su fuerza arremete tomando un paso atrás de la corrida para hacer mayor salto, y da con la cabeza en el poste, que sonó tan recio, como si diera con una gran calabaza, y cayó luego para tras medio muerto, y endida la cabeza. ¿Cómo oliste la longaniza, y no el poste? Huele, huele, le dije yo, y dejéle en poder de mucha gente que lo habia ido á socorrer, y tomé la puerta de la villa en los pies de un trote, y antes que la noche

viniese di conmigo en Torrijos. No supe más lo que Dios hizo dél, ni procuré saberlo.

DIEGO HURTADO DE MENDOZA.

DEL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

CAPÍTULO X.

De los graciosos razonamientos que pasaron entre Don Quijote y Sancho Panza su escudero.

Ya en este tiempo se había levantado Sancho Panza algo maltratado de los mozos de los frailes, y había estado atento á la batalla de su señor Don Quijote, y rogaba á Dios en su corazón fuese servido de darle vitoria, y que en ella ganase alguna insula de donde le hiciese gobernador como se lo había prometido. Viendo pues ya acabada la pendencia, y que su amo volvía á subir sobre Rocinante, llegó á tenerle el estribo, y antes que subiese se hincó de rodillas delante dél, y asiéndole de la mano, se la besó y le dijo: Sea vuestra merced servido, Señor don Quijote mio, de darme el gobierno de la insula que en esta rigurosa pendencia se ha ganado, que por grande que sea, yo me siento con fuerzas de saberla gobernar tal y tan bien como otro que haya gobernado insulas en el mundo. A lo cual respondió Don Quijote: Advertid, hermano Sancho, que esta aventura y las á esta semejantes no son aventuras de insulas, sino de encrucijadas, en las cuales no se gana otra cosa que sacar rota la cabeza ó una oreja menos: tened paciencia, que aventuras se ofrecerán, donde no solamente os pueda hacer gobernador, sino más adelante. Agradecióselo mucho Sancho, y besándole otra vez la mano y la falda de la loriga, le ayudó á subir sobre Rocinante; y él subió sobre su asno y comenzó á seguir á su señor, que á paso tirado sin despedirse ni hablar más con las del coche, se entró por un bosque que allí junto estaba. Seguíale Sancho á todo trote de su jumento; pero caminaba tanto Rocinante, que viéndose quedar atrás, le fué forzoso dar voces á su amo que se aguardase. Hizolo así Don Quijote, teniendo las riendas á Rocinante hasta que llegase su cansado escudero, el cual en llegando le dijo: Paréceme, señor, que seria acertado irnos á re-

traer á alguna iglesia, que según quedó mal trecho aquel con quien os combatisteis, no será mucho que den noticia del caso á la Santa Hermandad y nos prendan; y á fé que si lo hacen, que primero que salgamos de la carcel, que nos ha de sudar el hopo. Calla, dijo Don Quijote: ¿y donde has visto tú ó leído jamás que caballero andante haya sido puesto ante la justicia por más homicidios que hubiese cometido? Yo no sé nada de omecillos, respondió Sancho, ni en mi vida le caté á ninguno; solo sé que la Santa Hermandad tiene que ver con los que pelean en el campo, y en esotro no me entremeto. Pues no tengas pena, amigo, respondió Don Quijote, que yo te sacaré de las manos de los caldeos, cuanto más de la Hermandad. Pero dime por tu vida, ¿has tú visto más valeroso caballero que yo en todo lo descubierto de la tierra? ¿Has leído en historias otro que tenga ni haya tenido más brio en acometer, más aliento en el perseverar, más destreza en el herir, ni más maña en el derribar? La verdad sea, respondió Sancho, que yo no he leído ninguna historia jamás, porque no sé leer ni escribir; más lo que osaré apostar es, que más atrevido amo que vuestra merced, yo no le he servido en todos los dias de mi vida, y quiera Dios que estos atrevimientos no se pagen donde tengo dicho. Lo que le ruego á vuestra merced es que se cure, que se le va mucha sangre desa oreja, que aqui traigo hilas y un poco de unguento blanco en las alforjas. Todo eso fuera bien escusado, respondió Don Quijote, si á mi se me acordara de hacer una redoma del bálsamo de Fierabrás, que con solo una gota se ahorraran tiempo y medicinas. ¿Que redoma y que bálsamo es ese? dijo Sancho Panza. Es un bálsamo, respondió D. Quijote, de quien tengo la receta en la memoria, con el cual no hay que tener temor á la muerte, ni hay que pensar morir de ferida alguna; y asi cuando le haga y te le dé, no tienes más que hacer sino que cuando vieres que en alguna batalla me han partido por medio del cuerpo, como muchas veces suele acontecer, bonitamente la parte del cuerpo que hubiese caido en el suelo, y con mucha sotileza, antes que la sangre se hiele, la pondrás sobre la otra mitad que quedase en la silla, advirtiéndole de encajalla igualmente y al justo: luego me darás á beber solos dos tragos del bálsamo que he dicho, y verásme quedar más sano que una manzana. Si eso hay, dijo Panza, yo renuncio desde aqui el gobierno de la prometida insula, y no quiero otra cosa en pago de mis muchos y buenos

servicios, sino que vuestra merced me dé la receta dese extremado licor, que para mi tengo que valdrá la onza á donde quiera más de á dos reales, y no he menester yo más para pasar esta vida honrada y descansadamente; pero es de saber ahora, si tiene mucha costa el hacelle. Con menos de tres reales se pueden hacer tres azumbres, respondió D. Quijote. Pecador de mi, replicó Sancho, ¿pues á que aguarda vuestra merced á hacelle y á enseñármele? Calla, amigo, respondió D. Quijote, que mayores secretos pienso enseñarte y mayores mercedes hacerte: y por ahora curémonos que la oreja me duele más de lo que yo quisiera. Sacó Sancho de las alforjas hilas y unguento, más cuando D. Quijote llegó á ver rota su celada, pensó perder el juicio, y puesta la mano en la espada y alzando los ojos al cielo, dijo: Yo hago juramento al Criador de todas las cosas y á los santos cuatro evangelios, donde más largamente están escritos, de hacer la vida que hizo el gran marqués de Mantua cuando juró de vengar la muerte de su sobrino Baldovinos, que fué de no comer pan á manteles, ni con su mujer folgar y otras cosas que aunque de ellas no me acuerdo, las doy aquí por expresadas, hasta tomar entera venganza del que tal desaguisado me hizo. Oyendo esto Sancho, le dijo: Advierta vuestra merced, señor D. Quijote, que si el caballero cumplió lo que se le dejó ordenado, de irse á presentar ante mi señora Dulcinea del Toboso, ya habrá cumplido con lo que debia, y no merece otra pena, sino comete nuevo delito. Has hablado y apuntado muy bien, respondió D. Quijote, y así anulo el juramento en cuanto lo que toca á tomar del nueva venganza; pero hágole y confírmole de nuevo de hacer la vida que he dicho hasta tanto que quite por fuerza otra celada tal y tan buena como esta á algún caballero.

CAPITULO XV.

Aventura de los yangüeses.

Apearónse D. Quijote y Sancho, y dejando al jumento y á Rocinante á sus anchuras pacer la mucha yerba que allí habia, dieron saco á las alforjas, y sin ceremonia alguna en buena paz y compañía amo y mozo comieron lo que en ellas hallaron. No se habia curado Sancho de echar sueltas á Rocinante, seguro de

que le conocía por tan manso y tan poco rijoso, que todas las yeguas de la dehesa de Córdoba no le hicieran tomar mal siniestro. Ordenó pues la suerte y el diablo, que no todas veces duerme, que andaban por aquel valle paciendo una manada de hacas galicianas de unos arrieros yangüeses, de los cuales es costumbre sestear con su recua en lugares y sitios de yerba y agua, y aquel donde acertó á hallarse D. Quijote, era muy á propósito de los yangüeses. Sucedió pues que á Rocinante le vino en deseo de refocilarse con las señoras facas, y saliendo así como las olió de su natural paso y costumbre, sin pedir licencia á su dueño, tomó un trotillo algo picadillo, y se fué á comunicar su necesidad con ellas; mas ellas que á lo que pareció debían de tener más gana de pacer que de él, recibieronle con las herraduras y con los dientes, de tal manera que á poco espacio se le rompieron las cinchas, y quedó sin silla en pelota; pero lo que él debió más de sentir fué, que viendo los arrieros la fuerza que á sus yeguas se les hacia, acudieron con estacas, y tantos palos le dieron, que le derribaron malparado en el suelo. Ya en esto D. Quijote y Sancho, que la paliza de Rocinante habían visto, llegaban ijadeando, y dijo D. Quijote á Sancho: A lo que veo, amigo Sancho, estos no son caballeros, sino gente soez y de baja ralea: dígolo, porque bien me puedes ayudar á tomar la debida venganza del agravio que delante de nuestros ojos se le ha hecho á Rocinante. ¿Qué diablos de venganza hemos de tomar, respondió Sancho, si estos son más de veinte, y nosotros no más de dos, y aun quizá nosotros sino uno y medio? Yo valgo por ciento, replicó D. Quijote, y sin hacer más discursos, echó mano á su espada y arremetió á los yangüeses, y lo mismo hizo Sancho Panza incitado y movido del ejemplo de su amo; y á las primeras dió D. Quijote una cuchillada á uno que le abrió un sayo de cuero de que venia vestido, con gran parte de la espalda. Los yangüeses que se vieron maltratar de aquellos dos hombres solos siendo ellos tantos, acudieron á sus estacas, y cogiendo á los dos en medio, comenzaron á menudear sobre ellos con grande ahinco y vehemencia. Verdad es que, al segundo toque dieron con Sancho en el suelo, y lo mismo le avino á D. Quijote, sin que le valiese su destreza y buen ánimo; y quiso su ventura que viniese á caer á los piés de Rocinante, que aún no se habia levantado; donde se echa de ver la furia con que machacaban estacas puestas en manos rústicas y enojadas. Viendo pues

los yangüeses el mal recado que habian hecho, con la mayor presteza que pudieron cargaron su recua y siguieron su camino, dejando á los dos aventureros de mala traza y de peor talante. El primero que se resintió fué Sancho Panza, y hallándose junto á su señor, con voz enferma y lastimada dijo: Señor D. Quijote. ¡ah señor D. Quijote? ¿Que quieres, Sancho hermano, respondió D. Quijote con el mismo tono afeminado y doliente que Sancho. Querria, si fuese posible, respondió Sancho Panza, que vuestra merced me diese dos tragos de aquella bebida del feo Blas, si es que la tiene vuestra merced ahí á la mano; quizá será de provecho para los quebrantamientos de huesos como lo es para las heridas. Pues á tenerla yo aquí, desgraciado yo, ¿que nos faltaba? respondió D. Quijote; mas yo te juro Sancho Panza, á fé de caballero añdante, que antes que pasen dos dias, si la fortuna no ordena otra cosa, la tengo de tener en mi poder, ó mal me han de andar las manos ¿Pues en cuantos le parece á vuestra merced que podremos mover los piés? replicó Sancho Panza. De mi sé decir, dijo el molido caballero D. Quijote, que no sabré poner término á esos dias; mas yo me tengo la culpa de todo, que no habia de poner mano á la espada contra hombres que no fueran armados caballeros como yo, y asi creo que en pena de haber pasado las leyes de la caballeria, ha permitido el dios de las batallas que se me diese este castigo; por lo cual, hermano Sancho, conviene que estés advertido en esto que ahora te diré, porque importa mucho á la salud de entrambos; y es que cuando veas que semejante canalla nos hace algún agravio, no aguardes á que yo ponga mano á la espada para ellos, porque no lo haré en ninguna manera, sino pon tu mano á tu espada y castígalos muy á tu sabor, que si en su ayuda y defensa acudieren caballeros, yo te sabré defender y ofendellos con todo mi poder, que ya habrás visto por mil señales y experiencias hasta donde se extiende el valor deste mi fuerte brazo: tal quedó de arrogante el pobre señor con el vencimiento del valiente vizcaino. Más no le pareció tan bien á Sancho Panza el aviso de su amo, que dejase de responder diciendo: Señor, yo soy hombre pacífico, manso, sosegado, y sé disimular cualquier injuria, porque tengo mujer y hijos que sustentar y criar: asi que séale á vuestra merced también aviso, pues no puede ser mandato, que en ninguna manera pondré mano á la espada ni contra villano ni contra caballero, y que desde aqui para delante de

Dios perdono cuantos agravios me han hecho y han de hacer, ora me los haya hecho ó haga ó haya de hacer persona alta ó baja, rico ó pobre, hidalgo ó pechero, sin eceptar estado ni condición alguna. Lo cual oido por su amo, le respondió: Quisiera tener aliento para poder hablar un poco descansado, y que el dolor que tengo en esta costilla se aplacara tanto cuanto, para darte á entender, Panza, en el error en que estás Ven acá pecador: si el viento de la fortuna, hasta ahora tan contrario, en nuestro favor se vuelve, llenándonos las velas del deseo para que seguramente y sin contraste alguno tomemos puerto en alguna de las ínsulas que te tengo prometida, ¿que sería de ti, si ganándola yo te hiciese señor della, pues lo vendrás á impossibilitar por no ser caballero, ni quererlo ser, ni tener valor ni intención de vengar tus injurias y defender tu señorío? Porque has de saber que en los reinos y provincias nuevamente conquistados, nunca están tan quietos los ánimos de sus naturales, ni tan de parte del nuevo señor, que no se tenga temor de que han de hacer alguna novedad para alterar de nuevo las cosas, y volver, como dicen, á probar ventura; y asi es menester que el nuevo poseedor tenga entendimiento para saberse gobernar, y valor para ofender y defenderse en cualquier acontecimiento. En este que ahora nos ha acontecido, respondió Sancho, quisiera yo tener ese entendimiento y ese valor que vuestra merced dice; mas yo le juro, á fé de pobre hombre, que más estoy para bizmas que para pláticas. Mire vuestra merced si se puede levantar, y ayudaremos á Rocinante, aunque no lo merece, porque él fué la causa principal de todo este molimiento: jamás tal creí de Rocinante, que le tenia por persona casta y tan pacífica como yo. En fin, bien dicen, que es menester mucho tiempo para venir á conocer las personas, y que no hay cosa segura en esta vida. ¿Quién dijera que tras de aquellas tan grandes cuchilladas como vuestra merced dió á aquel desdichado caballero andante, habia de venir por la posta y en seguimiento suyo esta tan grande tempéstad de palos que ha descargado sobre nuestras espaldas? Aun las tuyas, Sancho, replicó D. Quijote, deben de estar hechas á semejantes nublados; pero las mias, criadas entre sínabafas y holandas, claro está que sentirán más el dolor desta desgracia: y si no fuese porque imagino, ¿que digo imagino? sé muy cierto que todas estas incomodidades son muy ajenas al ejercicio de las armas, aqui me dejaria yo morir de

puro enojo. A esto replicó el escudero: Señor, ya que estas desgracias son de la cosecha de la caballería, dígame vuestra merced si suceden muy á menudo, ó si tienen su tiempo limitado en que acaecen; porque me parece á mi que á dos cosechas quedaremos inútiles para la tercera, si Dios por su infinita misericordia no nos socorre..... Dejemos ya esto, Sancho, y acaba, antes que suceda otra desgracia al jumento como á Rocinante. Aun así sería el diablo, dijo Sancho; y despidiendo treinta ayes, y sesenta suspiros, y ciento y veinte pésetes y reniegos de quien allí le había traído, se levantó quedándose agobiado en la mitad del camino como arco tudesco sin poder acabar de enderezarse; y con este trabajo aparejó su asno, que también había andado algo distraído con la demasiada libertad de aquel día: levantó luego á Rocinante, el cual si tuviera lengua con que quejarse, á buen seguro que Sancho ni su amo no le fueran en zaga. En resolución, Sancho acomodó á D. Quijote sobre el asno, y puso de reata á Rocinante y llevando el asno del cabestro, se encaminó poco más ó menos hacia donde le pareció que podía estar el camino real; y la suerte que sus cosas de bien en mejor iba guiando, aun no hubo andado una pequeña legua, cuando le deparó el camino, en el cual descubrió una venta, que á pesar suyo y gusto de D. Quijote había de ser castillo. Porfiaba Sancho que era venta, y su amo que no sino castillo, y tanto duró la porfía, que tuvieron lugar sin acabarla de llegar á ella, en la cual Sancho se entró sin más averiguación con toda su recua.

CAPITULO XVI.

De lo que le sucedió al ingenioso hidalgo en la venta que él imaginaba ser castillo.

El ventero, que vió á D. Quijote atravesado en el asno, preguntó á Sancho que mal traía. Sancho respondió que no era nada, sino que había dado una caída de una peña abajo, y que venían algo brumadas las costillas. Tenía el ventero por mujer á una no de la condición que suelen tener las de semejante trato, porque naturalmente era caritativa, y se dolía de las calamidades de sus prójimos; y así acudió luego á curar á D. Quijote, y hizo que una hija suya, doncella, muchacha y de muy buen parecer, la ayudase á curar á su huesped. Servía en la venta

asimismo una moza asturiana, ancha de cara, llana de cogote, de nariz roma, del un ojo tuerta y del otro no muy sana: verdad es que la gallardia del cuerpo suplía las demás faltas: no tenía siete palmos de los piés á la cabeza, y las espaldas, que algún tanto le cargaban, la hacían mirar al suelo más de lo que ella quisiera. Esta gentil moza pues ayudó á la doncella, y las dos hicieron una muy mala cama á D. Quijote en un camaranchón, que en otros tiempos daba manifiestos indicios que había servido de pajar muchos años, en el cual también alojaba un arriero, que tenía su cama hecha un poco más allá de la de nuestro D. Quijote, y aunque era de las enjalmas y mantas de sus machos, hacía mucha ventaja á la de D. Quijote, que solo contenía cuatro mal lisas tablas sobre dos no muy iguales bancos, y un colchón que en lo súpil parecía colcha, lleno de bodoques, que á no mostrar que eran de lana por algunas roturas, al tiento en la dureza semejaban al guijarro, y dos sábanas hechas de cuero de adarga, y una frazada cuyos hilos, si se quisieran contar, no se perdería uno solo en la cuenta. En esta maldita cama se acostó D. Quijote; y luego la ventera y su hija le emplastaron de arriba á bajo, alumbrándoles Maritornes, que así se llamaba la asturiana; y como al bizmalle viese la ventera tan acardenalado á partes á D. Quijote, dijo que aquellos más parecían golpes que caída. No fueron golpes, dijo Sancho, sino que la peña tenía muchos picos y tropezones, y que cada uno había hecho su cardenal; y también le dijo: Haga vuestra merced, señora, de manera que queden algunas estopas, que no faltará quien las haya menester, que también me duelen á mi un poco los lomos. ¿Desa manera, respondió la ventera, también debisteis vos de caer? No caí, dijo Sancho Panza, sino que del sobresalto que tomé de ver caer á mi amo, de tal manera me duele á mi el cuerpo, que me parece que me han dado mil palos. Bien podría ser eso, dijo la doncella que á mi me ha acontecido muchas veces soñar que caía de una torre abajo, y que nunca acababa de llegar al suelo, y cuando despertaba del sueño, hallarme tan molida y quebrantada como si verdaderamente hubiera caído. Ahí está el toque, señora, respondió Sancho Panza, que yo sin soñar nada, sino estando más despierto que ahora estoy, me hallo con pocos menos cardenales que mi señor D. Quijote. ¿Como se llama este caballero? preguntó la asturiana Maritornes. D. Quijote de la Mancha, respondió San-

cho Panza, y es caballero aventurero, y de los mejores y más fuertes que de luengos tiempos acá se han visto en el mundo, ¿Que es caballero aventurero? replicó la moza. ¿Tan nueva sois en el mundo que no lo sabeis vos? respondió Sancho Panza: pues sabed, hermana mia, que caballero aventurero es una cosa que en dos palabras se ve apaleado y emperador; hoy está la más desdichada criatura del mundo y la más menesterosa, y mañana tendrá dos ó tres coronas de reinos que dar á su escudero. ¿Pues como vos, siéndolo deste tan buen señor, dijo la ventera, no teneis á lo que parece siquiera algún condado? Aun es temprano, respondió Sancho, porque no ha sino un mes que andamos buscando aventuras, y hasta ahora no hemos topado con ninguna que lo sea, y tal vez hay que se busqua una cosa y se halla otra: verdad es que si mi señor D. Quijote sana desta herida ó caída, y yo no quedo contrechó della, no trocaria mis esperanzas con el mejor título de España. Todas estas pláticas estaba escuchando D. Quijote, y sentándose en el lecho como pudo, tomando de la mano á la ventera, le dijo: Creedme, hermosa señora, que os podeis llamar venturosa por haber alojado en este vuestro castillo á mi persona, que es tal, que si yo no la alabo, es por lo que suele decirse, que la alabanza propia envilece; pero mi escudero os dirá quien soy: solo os digo, que tendré eternamente escrito en mi memoria el servicio que me habedes fecho, para agradecéroslo mientras la vida me durase: y plugiera á los altos cielos que el amor no me tuviera tan rendido y tan sujeto á sus leyes, y los ojos de aquella hermosa ingrata que digo entré mis dientes, que los desta hermosa doncella fueran señores de mi libertad. Confusas estaban la ventera y su hija y la buena de Maritornes oyendo las razones del andante caballero, que así las entendian como si hablara en griego, aunque bien alcanzaron que todas se encaminaban á ofrecimientos y requiebros; y como no usadas á semejante lenguaje, mirábanle y admirábanse, y pareciales otro hombre de los que se usaban, y agradeciéndole con venteriles razones sus ofrecimientos, le dejaron y la asturiana Maritornes curó á Sancho que no menos lo habia menester que su amo.

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

PEPITA JIMENEZ.

NOVELA CONTEMPORÁNEA.

—Al fin se dignó V. venir á despedirse de mi antes de su partida, dijo Pepita. Yo habia perdido ya la esperanza.

El papel que hacia D. Luis era de mucho empeño, y, por otra parte, los hombres, no ya novicios, sino hasta experimentados y curtidos en estos diálogos, suelen incurrir en tonterias al empezar. No se condene, pues, á D. Luis porque empezase contestando tonterias.

—Su queja de V. es injusta, dijo. He estado aqui á despedirme de V. con mi padre, y como no tuvimos el gusto de que V. nos recibiese, dejamos tarjetas. Nos dijeron que estaba V. algo delicada de salud, y todos los dias hemos enviado recado para saber de V. Grande ha sido nuestra satisfacción al saber que estaba V. aliviada. ¿Y ahora, se encuentra V. mejor?

—Casi estoy por decir á V: que no me encuentro mejor, replicó Pepita; pero como veo que viene usted de embajador de su padre, y no quiero afligir á un amigo tan excelente, justo será que diga á V., y que V. repita á su padre que siento bastante alivio. Singular es que haya V. venido solo. Mucho tendrá que hacer D. Pedro cuando no le ha acompañado.

—Mi padre no me ha acompañado, señora, porque no sabe que he venido á ver á V. Yo he venido solo, porque mi despedida ha de ser solemne, grave, para siempre quizás, y la suya es de índole harto diversa. Mi padre volverá por aqui dentro de unas semanas; yo es posible que no vuelva nunca, y si vuelvo, volveré muy otro del que soy ahora.

Pepita no pudo contenerse. El porvenir de felicidad con que habia soñado se desvanecia como una sombra. Su resolución inquebrantable de vencer á toda costa á aquel hombre, único que habia amado en la vida, único que se sentia capaz de amar, era una resolución inútil. D. Luis se iba. La juventud, la gracia, la belleza, el amor de Pepita no valian para nada. Estaba condenada, con veinte años de edad y tanta hermosura, á la viudez perpetua, á la soledad, á amar á quien no la amaba.

Todo otro amor era imposible para ella. El carácter de Pepita, en quien los obstáculos recrudescían y avivaban más los anhelos; en quien una determinación, una vez tomada lo arrollaba todo hasta verse cumplida, se mostró entonces con notable violencia, y rompiendo todo freno. Era menester morir ó vencer en la demanda. Los respetos sociales, la inveterada costumbre de disimular y de velar los sentimientos, que se adquiere en el gran mundo, y que pone dique á los arrebatos de la pasión y envuelve en gasas y cendales y disuelve en perífrasis y frases ambiguas la más enérgica explosión de los mal reprimidos afectos, nada podían con Pepita, que tenía poco trato de gentes, y que no conocía término medio; que no había sabido sino obedecer á ciegas á su madre y á su primer marido, y mandar después despóticamente á todos los demás seres humanos. Así es que Pepita habló en aquella ocasión y se mostró tal como era. Su alma, con cuanto había en ella de apasionado, tomó forma sensible en sus palabras, y sus palabras no sirvieron para envolver su pensar y su sentir, sino para darle cuerpo. No habló como hubiera hablado una dama de nuestros salones, con ciertas pleguerías y atenuaciones en la expresión, sino con la desnudez idilica con que Cloe hablaba á Dáfnis, y con la humildad y el abandono completo con que se ofreció á Bóoz la nuera de Noemi.

Pepita dijo:—¿Persiste V., pues, en su propósito? ¿Está V. seguro de su vocación? ¿No teme V. ser un mal clérigo? Sr. Don Luis, voy á hacer un esfuerzo; voy á olvidar por un instante que soy una ruda muchacha; voy á prescindir de todo sentimiento, voy á discurrir con frialdad, como si se tratase del asunto que me fuese más extraño. Aquí hay hechos que se pueden comentar de dos modos. Con ambos comentarios queda usted mal. Expondré mi pensamiento. Si la mujer que con sus coqueterías, no por cierto muy desenvueltas, casi sin hablar á V. palabra, á los pocos días de verle y tratarle, ha conseguido provocar á V., moverle á que la mire con miradas que auguraban amor profundo, y hasta ha logrado que le dé V. una muestra de cariño que es una falta, un pecado en cualquiera, y más en un sacerdote; si esa mujer, es, como lo es en realidad, una lugareña ordinaria, sin instrucción, sin talento y sin elegancia, ¿qué no se debe temer de usted cuando trate y vea y visite en las grandes ciudades á otras mujeres mil veces más peligrosas?

.

—Señora,—contestó D. Luis, haciendo un esfuerzo para disimular su emoción y para que no se conociese lo turbado que estaba en lo trémulo y balbuciente de la voz:—Señora, yo también tengo que dominarme mucho para contestar á V. con la frialdad de quien opone argumentos á argumentos como en una controversia, pero la acusación de V. viene tan razonada (y V. perdone que se lo diga), es tan habilmente sofística, que me fuerza á desvanecerla con razones. No pensaba yo tener que disertar aquí y que aguzar mi corto ingenio; pero V. me condena á ello si no quiero pasar por un monstruo. Voy á contestar á los dos extremos del cruel dilema que ha forjado usted en mi daño. Aunque me he criado al lado de mi tío y en el Seminario, donde no he visto mujeres, no me crea V. tan ignorante ni tan pobre de imaginación que no acertase á representármelas en la mente todo lo bellas, todo lo seductoras que pueden ser. Mi imaginación, por el contrario, sobrepujaba á la realidad en todo eso. Excitada por la lectura de los cantores bíblicos y de los poetas profanos, se fingia mujeres más elegantes, más graciosas, más discretas, que las que por lo común se hallan en el mundo real. Yo conocía, pues, el precio del sacrificio que hacia, y hasta le exageraba, cuando renuncie al amor de esas mujeres, pensando elevarme á la dignidad del sacerdocio. Harto conocía yo lo que puede y debe añadir de encanto á una mujer hermosa el vestirla de ricas galas y joyas esplendentes, y el circundarla de todos los primores de la más refinada cultura y de todas las riquezas que crean la mano y el ingenio infatigables del hombre. Harto conocía yo también lo que acrecientan el natural despejo, lo que pulen, realzan y brillantan la inteligencia de una mujer el trato de los hombres más notables por la ciencia, la lectura de buenos libros, el aspecto mismo de las florecientes ciudades con los monumentos y grandezas que contienen. Todo esto me lo figuraba yo con tal viveza y lo veía con tal hermosura, que, no lo dude V., si yo llego á ver y á tratar á esas mujeres de que V. me habla léjos de caer en la adoración y en la locura que V. predice, tal vez sea un desengaño lo que reciba, al ver cuanta distancia media de lo soñado á lo real y de lo vivo á lo pintado.

—¡Estos de V. si que son sofismas!—interrumpió Pepita.—¿Cómo negará V. que lo que V. se pinta en la imaginación es más hermoso que lo que existe realmente? pero, ¿cómo negar

tampoco que lo real tiene más eficacia seductora que lo imaginado y soñado? Lo vago y aereo de un fantasma, por bello que sea, no compite con lo que mueve materialmente los sentidos. Contra los ensueños mundanos comprendo que venciesen en su alma de V, las imágenes devotas; pero temo que las imágenes devotas no habian de vencer á las mundanas realidades.

—Pues no lo tema V., señora,—replicó D. Luis.—Mi fantasía es más eficaz en lo que crea que todo el universo, menos V., en lo que por los sentidos me trasmite.

—¿Y porqué *ménos yo?* esto me hace caer en otro recelo. ¿Será quizás la idea que V. tiene de mi, la idea que ama, creación de esa fantasía tan eficaz, ilusión en nada conforme conmigo?

—No: no lo es: tengo fe de que esta idea es en todo conforme con V.; pero tal vez es ingénita en mi alma; tal vez está en ella desde que fue creada por Dios; tal vez es parte de su esencia; tal vez es lo más puro y rico de su sér, como el perfume en las flores.

—¡Bien me lo temia yo! Usted lo confiesa ahora, Usted no me ama. Eso que ama V. es la esencia, el aroma, lo más puro de su alma, que ha tomado una forma parecida á la mia.

—No, Pepita: no se divierta V. en atormentarme. Esto que yo amo es V., y V. tal cual es; pero es tan bello, tan limpio, tan delicado esto que yo amo, que no me explico que pase todo por los sentidos de un modo grosero, y llegue así hasta mi mente. Supongo, pues, y creo, y tengo por cierto, que estaba antes en mí. Es como la idea de Dios, que estaba en mí, que ha venido á magnificarse y desenvolverse en mí, y que, sin embargo, tiene su objeto real, superior, infinitamente superior á la idea. Como creo que Dios existe, creo que existe V. y que vale V. mil veces más que la idea que de V. tengo formada.

—Aun me queda una duda. ¿No pudiera ser la mujer en general, y no yo en singular y exclusivamente, quien ha despertado esa idea?

—No, Pepita; la magia, el hechizo de una mujer, bella de alma y de gentil presencia, habian, ántes de ver á V., penetrado en mi fantasía. No hay duquesa, ni marquesa en Madrid, ni emperatriz en el mundo, ni reina, ni princesa en todo el orbe, que valgan lo que valen las ideales y fantásticas criaturas con quienes yo he vivido, porque se aparecian en los alcázares

y camarines, estupendos de lujo, buen gusto y exquisito ornato, que yo edificaba en mis espacios imaginarios, desde que llegué á la adolescencia, y que daba luego por morada á mis Lauras, Beatrices, Julietas, Margaritas y Eleonoras, ó á mis Cintias, Gliceras y Lesbias. Yo las coronaba en mi mente con diademas y mitras orientales, y las envolvía en mantos de púrpura y de oro, y las rodeaba de pompa régia, como á Ester y á Vasti: yo les prestaba la sencillez bucólica de la edad patriarcal como á Rebeca y á la Sulamita: yo les daba la dulce humildad y la devoción de Ruth: yo las oía discurrir como Aspasia ó Hipatia, maestras de elocuencia: yo las encumbraba en estrados riquísimos, y ponía en ellas reflejos gloriosos de clara sangre y de ilustre prosapia, como si fuesen las matronas patricias más orgullosas y nobles de la antigua Roma: yo las veía ligeras, coquetas, alegres, llenas de aristocrática desenvoltura, como las damas del tiempo de Luis XIV en Versalles, y yo las adornaba, ya con púdicas estolas que infundían veneración y respeto, ya con túnicos y peplos sùtiles, por entre cuyos pliegues airosos se dibujaba toda la perfección plástica de las gallardas formas; ya con la *coa* transparente de las bellas cortesanas de Atenas y Corinto, para que reluciese, bajo la nebulosa velatura, lo blanco y sonrosado del bien torneado cuerpo. Pero ¿qué valen los deleites del sentido, ni qué valen las glorias todas y las magnificencias del mundo, cuando un alma arde y se consume en el amor divino, como yo entendía, tal vez con sobrada soberbia, que la mía estaba ardiendo y consumiéndose? Ingentes peñascos, montañas enteras, si sirven de obstáculo á que se dilate el fuego que de repente arde en el seno de la tierra, vuelan deshechos por el aire, dando lugar y abriendo paso á la amontonada pólvora de la mina ó á las inflamadas materias del volcán en erupción atronadora. Así, ó con mayor fuerza, lanzaba de sí mi espíritu todo el peso del universo y de la hermosura creada, que se le ponía encima y le aprisionaba impidiéndole volar á Dios, como á su centro.

61 Sobre todos los ensueños de mi juvenil imaginación ha venido á sobreponerse y entronizarse la realidad que en V. he visto; sobre todas mis ninfas, reinas y diosas, V. ha descollado: por cima de mis ideales creaciones, derribadas, rotas, deshechas por el amor divino, se levantó en mi alma la imagen fiel, la copia exactísima de la viva hermosura que adorna, que es

la esencia de ese cuerpo y de esa alma. Hasta algo de misterioso, de sobrenatural, puede haber intervenido en esto, porque amé á V. desde que la vi, casi antes de que la viera. Mucho antes de tener conciencia de que la amaba á V., ya la amaba. Se diría que hubo en esto algo de fatídico; que estaba escrito; que era una predestinación.

—Y si es una predestinación, si estaba escrito—interrumpió Pepita,—¿por qué no someterse, por qué resistirse todavía? Sacrifique V. sus propósitos á nuestro amor. ¿Acaso no he sacrificado yo mucho? Ahora mismo, al rogar, al esforzarme por vencer los desdenes de V. ¿No sacrifico mi orgullo, mi decoro y mi recato? Yo también creo que amaba á V. antes de verle. Ahora amo á V, con todo mi corazón, y sin V. no hay felicidad para mí. Cierto es que en mi humilde inteligencia no puede V. hallar rivales tan poderosos como yo tengo en la de V. Ni con la mente ni con la voluntad, ni con el afecto atino á elevarme á Dios inmediatamente. Ni por naturaleza, ni por gracia subo ni me atrevo á querer subir á tan encumbradas esferas. Llena está mi alma, sin embargo de piedad religiosa, y conozco y amo y adoro á Dios, pero solo veo su omnipotencia y admiro su bondad en las obras que han salido de sus manos. Ni con la imaginación acierto tampoco á forjarme esos ensueños que V. me refiere. :

He pedido á Dios con mucho fervor que me quite el amor ó me mate, y Dios no ha querido oírme. He rezado á María Santísima para que borre del alma la imagen de V., y el rezo ha sido inútil. He hecho promesas al santo de mi nombre para no pensar en V. sino como él pensaba en su bendita esposa, y el santo no me ha socorrido. Viendo esto, he tenido la audacia de pedir al cielo que V. se deje vencer, que V. deje de querer ser clérigo, que nazca en su corazón de V. un amor tan profundo como el que hay en mi corazón. D. Luis, dígamelo V. con franqueza, ¿ha sido también sordo el cielo á esta última súplica? ¿O es acaso que para avasallar y rendir un alma pequeña, cuitada y débil como la mía, basta su pequeño amor, y para avasallar la de V., cuando tan altos y fuertes pensamientos la velan y custodian, se necesita de amor más poderoso, que yo no soy digna de inspirar, ni capaz de compartir, ni hábil para comprender siquiera?

—Pepita—contestó D. Luis,—no es que su alma de V. sea

más pequeña que la mía, sino que está libre de compromisos y la mía no lo está. El amor que V. me ha inspirado es inmenso; pero luchan contra él mi obligación, mis votos, los propósitos de toda mi vida, próximos á realizarse. ¿Porqué no he de decirlo, sin temor de ofender á V.? Si V. logra en mi su amor, V. no se humilla. Si yo cedo á su amor de V., me humillo y rebajo. Dejo al Creador por la criatura, destruyo la obra de mi constante voluntad, rompo la imagen de Cristo que estaba en mi pecho, y el hombre nuevo, que á tanta costa habia yo formado en mi, desaparece para que el hombre antiguo renazca. ¿Porqué, en vez de bajar yo hasta el suelo, hasta el siglo, hasta la impureza del mundo, que antes he menospreciado, no se eleva V. hasta mí por virtud de ese mismo amor que me tiene, limpiándole de toda escoria? ¿Porqué no nos amamos entonces sin vergüenza y sin pecado y sin mancha?

—¡Ay! Sr. D. Luis! replicó Pepita toda-desolada y compungida—Ahora conozco cuán vil es el metal de que estoy forjada y cuán indigno de que le penetre y mude el fuego divino. Lo declararé todo, desechando hasta la vergüenza. Soy una pecadora infernal. Mi espíritu grosero é inculto no alcanza esas sutilezas, esas distinciones, esos refinamientos de amor. Mi voluntad rebelde se niega á lo que V. propone. Yo ni siquiera concibo á V. sin V. Para mí es V, su boca, sus ojos, sus negros cabellos, que deseo acariciar con mis manos, su dulce voz y el regalado acento de sus palabras que hieren y encantan materialmente mis oídos, toda su forma corporal, en suma, que me enamora y seduce, y al través de la cual, y solo al través de la cual se me muestra el espíritu invisible, vago y lleno de misterios. Mi alma, reacia é incapaz de esos raptos maravillosos, no acertará á seguir á usted nunca á las regiones donde quiere llevarla. Si usted se eleva hasta ellas, yo me quedaré sola, abandonada, sumida en la mayor aflicción. Prefiero morirme. Merezco la muerte, la deseo. Tal vez al morir, desatando ó rompiendo mi alma estas infames cadenas que la detienen, se haga habil para ese amor con que V. desea que nos amemos. Máteme V. antes para que nos amemos así; máteme V. antes, y, ya libre mi espíritu, le seguirá por todas las regiones y peregrinará invisible al lado de V, velando su sueño, contemplándole con arrobó, penetrando sus pensamientos más ocultos, viendo en realidad su alma, sin el intermedio de los sentidos. Pero viva, no puede ser. Yo amo en V.,

nó ya sólo el alma; sino el cuerpo, y la sombra del cuerpo, y el reflejo del cuerpo en los espejos y en el agua, y el nombre y el apellido, y la sangre, y todo aquello que le determina como tal don Luis de Vargas; el metal de la voz, el gesto, el modo de andar y no sé que más diga. Repito que es menester matarme. Máteme V. sin compasión. No: yo no soy cristiana, sino idólatra materialista.

Aquí hizo Pepita una larga pausa. D. Luis no sabía qué decir y callaba. El llanto bañaba las mejillas de Pepita, la cual prosiguió sollozando:

—Lo conozco: V. me desprecia y hace bien en despreciarme. Con ese justo desprecio me matará V. mejor que con un puñal, sin que se manche de sangre ni su mano ni su conciencia. Adios. Voy á libertar á V. de mi presencia odiosa. Adios para siempre.

Dicho esto, Pepita se levantó de su asiento, y sin volver la cara inundada de lágrimas, fuera de sí, con precipitados pasos se lanzó hácia la puerta que daba á las habitaciones interiores. D. Luis sintió una indecible ternura, una piedad funesta. Tuvo miedo de que Pepita muriese. La siguió para detenerla, pero no llegó á tiempo. Pepita pasó la puerta. Su figura se perdió en la oscuridad. Arrastrado D. Luis como por un poder sobrehumano, impulsado como por una mano invisible, penetró en pos de Pepita en la estancia sombría.

JUAN VALERA.

SECCIÓN SEGUNDA.

PARTE SEGUNDA.

COMPOSICIONES EN VERSO.

Poesía Epico-religiosa.

«DE LA CRISTIADA.»

La oración que Cristo hizo en el huerto sube al cielo á pedir á Dios por su hijo.

Dijo, y estas gravísimas razones
Tomó en su mano la virtud suave
Que almas consagra, limpia corazones,
Y los retretes de la gloria sabe,
La Oración, reina ilustre de oraciones,
Que del pecho de Dios tiene la llave;
Y dejando el penoso oscuro suelo,
Camina al despejado alegre cielo.

Con prestas alas, que al ligero viento,
Al fuego volador, al rayo agudo,
A la voz clara, al vivo pensamiento
Deja atrás, va rasgando el aire mudo;
Llega el sutil y espléndido elemento
Que al cielo sirve de fogoso escudo,
Y como en otro ardor más abrasada
Rompe, sin ser de su calor tocada.

De allí se parte con feliz denuedo

Al cuerpo de los orbes rutilantes,
Que ni le pone su grandeza miedo,
Ni le muda el bellissimo semblante:
Que ya más de una vez con rostro ledo,
Con frente osada y ánimo constante,
Despreciando la más excelsa nube,
Al tribunal subió que ahora sube.

Estaban los magníficos porteros
De la casa á la gloria consagrada,
Que con intelectivos pies ligeros
Voltean la gran máquina estrellada,
Estaban como espíritus guerreros
Para guardar la celestial entrada
Puestos á punto y viendo que subía.
A su consorte cada cual decia:

«¿Quién es aquesta dama religiosa
Que de Jetsemaní volando viene?
Es su cuerpo gentil, su faz hermosa,
Más el rostro en sudor bañado tiene.
Que beldad tan suave y amorosa
Con tan grave pasión se aflige y pene
Lástima causa. ¿Quién es la afligida,
En igual grado bella y dolorida?

•Es de oro su cabeza refulgente,
Su rubia crin los rayos de la aurora,
De lavado cristal su limpia frente,
Su vista el sol que alumbra y enamora,
Sus megillas Abril resplandeciente,
En sus labios la misma gracia mora;
Callando viene, pero su garganta
Da muestras que suspende cuando canta.

«En polvo, en sangre y en sudor teñida
Aparece su grave vestidura:
Como quien pies lavó sube ceñida,
Y humildad debe ser quien la asegura.
Vedla, que en sano amor está encendida,
Y así el amor el fuego le apresura:
Si es por dicha oración de algún profeta,
Si es oración, es oración perfecta.

«Oración es, que los atentos ojos

Y las tendidas, arqueadas cejas,
Y lo demas que lleva por despojos
Son de esta gran virtud señales viejas,
Sin duda puso tierra, en los hinojos,
Y á solo Dios pretende dar sus quejas,
El barro de la ropa lo declara,
Y la congoja de su pecho rara.

•Cual humo de pebete es delicada,
De amarga mirra y de suave incienso,
Y de la especería más preciada
De que á Belén pagó la Arabia censo.
Mirra fue de su sangre derramada
La primer causa, y un dolor inmenso
Y de estos aromáticos olores
Ciencias, virtudes, gracias, resplandores.

«Ella dirá quien es, que ella se llega:
Mas la oración del Verbo soberana
Que á dura muerte su persona entrega
Debe ser, que su talle es más que humano.
Si á mis ojos su ardiente luz no ciega
He de besarle su divina mano:
Es la oración de Cristo, esto sin duda,
Abrasele la puerta, el cielo acuda.»

Dijeron, y la dama generosa
En la ciudad entró de vida eterna,
Y aquella compañía venturosa
La recibió con rostro y alma tierna:
Van con ella á la casa luminosa
Del sumo Emperador que la gobierna,
Y su lugar le dan las dignidades
Más altas de las nobles potestades.

Pasa de los espíritus menores
El coro excelso y orden admirable,
Y sube á los arcángeles mayores
De ilustre faz, de vista venerable:
Hácenle reverencia, da favores,
Y atras deja el ejército agradable
De las virtudes, y á los potentados
Llega en fuerzas y gloria sublimados.

Poema Epico-didáctico.

DE LA POÉTICA.

CÁNTO SEGUNDO.

Ya el cuadro diestramente diseñado
En vuestra mente está: buscad colores
Que dando á los objetos cuerpo y vida,
Nos muestren sus bellezas y primores.
Lo que claro concibese en la mente
Se pinta fácilmente;
Y natura presenta ya escogido
El contorno, la sombra, el colorido.
Mas de un vate la oscura fantasia
Aborta mil engendros monstruosos,
Y luego los envuelve y atavia
Con términos confusos y pomposos:
Tal vez parto sublime, sobrehumano,
Lo aclama sorprendido el vulgo necio,
Más la razón se acerca, y con desprecio
Ve el bulto informe entre el ropaje vano.

La expresión que no es clara nunca es bella
Y el vate que presume ser sublime
Elevando la frase hinchada, oscura,
Es cual hueca fantasma que de noche
Remeda de un gigante la estatura.
Así á la luz burlados
Vense tantos ingenios, cual portentos
En el siglo de Góngora admirados;
Mientras la gloria crece
Del modesto León, y cada dia
Más grande, más divino nos parece.

La noble sencillez solo es sublime.
Zeuxis pintó desnuda á la belleza;
Mas un mal escultor con hueco manto
Pretende á las estatuas dar nobleza.

No empero por temor de extraviaros
Si remontais el vuelo,

Con palabra vulgar ó frase humilde
Os arrastreis cobardes por el suelo:
Jugar suelen acaso
Con túnica sencilla y canto facil
Las venturosas hijas del Parnaso;
Más nunca el almo coro
Consiente que con frase torpe ó baja
Su pudor se amancille ó su decoro.

La expresion más sencilla noble sea:
Y aunque propia parezca en vuestras obras,
La voz plebeya que condene el uso
Proscrita de sus términos se vea.
¿Pues que, el uso es el juez? Y árbitro y dueño
Despótico, absoluto de las lenguas;
Y aunque del fallo la razón reclame,
Declara á una voz noble y á otra infame.
Admiranos Homero cuando pinta
Del Olimpo las *puertas*,
Por las Horas abiertas;
¿Más de un menguado vate quién no rie,
Si nos pinta á la Aurora refulgente
Abriendo las ventanas del Oriente?

Como suele tal vez humilde vaso
Que el fuego, el tiempo respetó en Pompeya,
Con aprecio guardarse; y si se hallara
En miserable hogar sirviendo acaso,
Cual barro vil y tosco se arrojara:
Asi voz familiar de común uso
Plebeya nós parece;
Y en antiguo lenguaje disfrazada
A nuestros mismos ojos se ennoblece.
Más no aspireis á ennoblecer el canto
Con importunas voces anticuadas;
No imiteis la ridícula manía
Del que solo probara ilustre estirpe
Mostrando una antiquísima armeria.

Más que el mentido traje, el noble porte
Y honrada compañía
Decoro dan al que de humilde cuna
Logró elevarse en la opulenta corte;

Asi tal voz, que vil pareceria
A su mezquina suerte abandonada,
Debe á un feliz enlace
En oportuno sitio verse honrada.
Tal vez pudo audáz el célebre Rioja,
Al retratar de Itálica el estrago,
Entre las nobles ruinas de los circos
Pintar el *amarillo jaramago*.

Tanto puede la unión artificiosa,
Una sombra, un matiz: correcta y pura
Muestre la humilde prosa
De un modesto grabado la hermosura;
Mas el habla poética requiere
La riqueza, el realce, el dulce encanto
Que ostenta una bellisima pintura:
Su grato colorido
Es más vivo, más fuerte; más osadas
Sus libres pinceladas;
Ya un mismo objeto nos retrata diestra
Bajo un aspecto y otro diferente;
Ya con mano maestra
Los perfiles desdeña, y con un rasgo
Rápido, audáz, lo pinta en nuestra mente.

FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA.

POEMA ÉPICO-FILOSOFICO-SOCIAL.

Del «Diablo Mundo.»

DE LA INTRODUCCIÓN.

La duda.

Tendió una mano el infernal gigante
Y la turba calló; y oyóse solo
En silencio el estrépito atronante
Del flamígero mar; luego un acento
Claro, distinto, rápido y sonoro
Por la vaga región cruzó del viento

Con rara melancólica armonía,
Que brotaba doquiera
Y un eco en derredor lo repetía.

Voz admirable, y vaga y misteriosa
Viene de allá y del alto firmamento,
Crece bajo la tierra temblorosa,
Vaga en las alas del callado viento;
Voz de amargo placer, voz dolorosa,
Incomprensible, mágico portento;
Voz que recuerda al alma conmovida
El bien pasado y la ilusión perdida.

«¡Ay!» exclamó con lamentable queja;
Y en torno resonó triste gemido,
Como el recuerdo que en el alma deja
La voz de la mujer que hemos querido:
«¡Ay! cuan terrible condición me aqueja,
Para llorar y maldecir nacido,
Víctima yo de mi fatal deseo
Que cumplirse jamás mis ansias veo.

«¿Quién es Dios? ¿Dónde está? Sobre la cumbre
De eterna luz que altísima se ostenta,
Tal vez en trono de celeste lumbre
Su incomprensible majestad se asienta;
De mundos mil la inmensa pesadumbre
Con su mano tal vez rige y sustenta.
Sempiterno, infinito, omnipotente,
Invisible doquier, doquier presente.

«Y allá en la gran Jerusalem divina
Tal vez escucha en holocausto santo
Del querub que á sus piés la frente inclina
Voces que exhalan armonioso canto.
La máquina sonora y cristalina
Del mundo rueda en derredor, en tanto;
Y entre aromas, y gloria y resplandores,
Recibe humilde adoración y amores.

¡Santo, Santo! los ángeles le cantan;
¡Hosanna, Hosanna! en las alturas suena;
Rayos de luz perfilan y brillantan
Nube de incienso y transparencia llena;
Y en ella con murmullo se levantan,

Paz demandando á la mansión serena,
Las preces de los hombres en su duelo.
Y paz les vuelve y bendición el cielo.

«¿Es Dios tal vez el Dios de la venganza,
Y hiere el rayo en su irritada mano,
Y la angustia, el dolor, la muerte lanza
Al inocente que le implora en vano?

¿Es Dios el Dios que arranca la esperanza,
Frivolo, injusto y sin piedad tirano,
Del corazón del hombre, y le encadena,
Y á eterna muerte al pecador condena?

«Embebido en su inmenso poderio,
¿Es Dios el Dios que goza en su hermosura,
Que arrojó el universo en el vacío
Leyes le dió y abandonó su hechura?

¿Fué vanidad del hombre y desvario
Soñarse imagen de su imagen pura?

¿Es Dios el Dios que en su eternal sosiego
Ni vió su llanto ni escuchó su ruego?

«¿Tal vez secreto espíritu del mundo,
El universo ánima y alimenta,
Y derramando su hálito fecundo,
Albórota la mar y el cielo argenta,
Y á cuanto el orbe en su ámbito profundo
Tímido esconde ó vanidoso ostenta,
Presta con su virtud desconocida
Alma, razón, entendimiento y vida.

•¿Y es Dios tal vez la inteligencia osada
Del hombre, siempre en ansias insaciable,
Siempre volando y siempre aprisionada
De vil materia en carcel deleznable?

¿A esclavitud eterna condenada,
A fiera lucha, á guerra interminable,
Tal vez estás, divinidad sublime,
Que otra divinidad de inercia oprime?

«¿Y es en su vida el Universo entero
Ilimitado campo de pelea;
Cada elemento un triste prisionero
Que su cadena quebrantar desea;
Y ardes en todo espíritu altanero,

Lumbre, matriz, devoradora tea,
Como el que oculto, misterioso aliento
Mueve la mar con loco movimiento?

«¿Cuando tu guerra término tendrá,
Y romperás tu lóbrega prisión?
¿Su faz el universo cambiará?
¿Crearé otros seres de inmortal blasón,
Ó la muerte silencio te impondrá?
¿Volarás fugitivo á otra región,
Ó disipando la materia impura
El mundo inundarás de tu hermosura?

«¡Qien sabe! acaso yo soy
El Espíritu del hombre
Cuando remonta su vuelo
A un mundo que desconoce;
Cuando osa apartar los rayos
Que á Dios misterioso esconden,
Y analizarle atrevido
Frente á frente se propone.
Entre tanto que impasibles
Giran cien mundos y soles
Bajo la ley que gobierna
Sus movimientos acordes,
Traspasa su estrecho límite
La imaginación del hombre,
Jinete sobre las alas
De mi espíritu veloces,
Y otra vez á mover guerra,
A alzar rebeldes pendones,
Y hasta el origen creador
Causa por causa recorre;
Y otra vez se hunde conmigo
En los abismos, en donde
En tiniebla y lobreguez
Maldice á su Dios entonces.
¡Ay! su corazón se seca,
Y huyen de él sus ilusiones:
Delirio son engañoso
Sus placeres, sus amores;
Es su ciencia vanidad,

Y mentira son sus goces;
¡Solo es verdad su impotencia
Su amargura y sus dolores!

JOSÉ ESPRONCEDA.

De «La Araucana.»

Reunión y asamblea de los caciques araucanos.

Al tiempo que el beber furioso andaba,
Y mal de las tinajas el partido,
De palabra en palabra se llegaba,
A encenderse entre todos gran ruido;
La razón uno de otro no escuchaba;
Sabida la ocasión do había nacido,
Vino sobre cuál era el más valiente,
Y digno del gobierno de la gente.

Asi creció el furor, que derribando
Las mesas, de manjares ocupadas,
Aguijan á las armas, desgajando
Las ramas al depósito obligadas:
Y de ellas se aperciben, no cesando
Palabras peligrosas y pesadas
Que atizaban la cólera encendida
Con el calor del vino y la comida.

El audáz Tucapel claro decia
Que el cargo del mandar le pertenece,
Pues todo el Universo conocia
Que si va por valor, que lo merece:
Ninguno se me iguala en valentia,
De mostrarlo estoy puesto si se ofrece
(Añade el jactancioso) á quien quisiere,
Y aquel que esta razón contradijere.....

Sin dejarle acabar, dijo Elicura:
A mi me es dado el gobierno desta danza,
Y el simple que intentare otra locura
Ha de probar el hierro de esta lanza.
Ongolmo, que el primero ser procura,

Dice: yo no he perdido la esperanza
En tanto que este brazo sustentare,
Y con él la ferrada gobernare.

.....
Cayocupil furioso y arrogante
La maza esgrime, haciéndose á lo largo,
Diciendo: Yo veré quien es bastante
A dar de lo que ha dicho más descargo:
Haceos los pretendores adelante,
Veremos de cuál dellos es el cargo;
Que de probar aqui luego me ofrezco
Que más que todos juntos lo merezco.

.....
Tomé y otros caciques se metieron
En medio de estos bárbaros de presto,
Y con dificultad los departieron,
Que no hicieron poco en hacer esto:
De herirse lugar aun no tuvieron,
Y con voz airada, ya el temor pospuesto,
Colocolo, el cacique más anciano,
A razonar así tomó la mano:

«Caciques, del Estado defensores,
«Codicia del mandar no me convida
«A pesarme de veros pretendores,
«De cosa que á mi tanto era debida;
«Porque, según mi edad, ya veis, señores,
«Que estoy al otro mundo de partida,
«Mas el amor que siempre os he mostrado
«A bien aconsejaros me ha incitado.

«¿Por qué cargos honrosos pretendemos
«Y ser en opinión grandes tenidos,
«Pues que negar al mundo no podemos
«Haber sido sujetos y vencidos?
«Y en esto averiguarnos no queremos,
«Estando aun de españoles oprimidos:
«Mejor fuera esa furia ejecutalla
«Contra el fiero enemigo en la batalla.

«¿Qué furor es el vuestro ¡oh Araucanos!
«Que á perdición os lleva sin sentillo?
«Contra vuestras entrañas teneis manos,

«Y no contra el tirano en resistillo?
«Teniendo tan á golpe á los cristianos
«¿Volveis contra vosotros el cuchillo?
«Si gana de morir os ha movido,
«No sea en tan bajo estado y abatido.

«Volved las armas y ánimo furioso
•A los pechos de aquellos que os han puesto
«En dura sujección con afrentoso
«Partido á todo el mundo manifiesto;
«Lanzad de vos el yugo vergonzoso;
«Mostrad vuestro valor y fuerza en esto;
«No derrameis la sangre del Estado
«Que para redimirnos ha quedado.

«No me pesa de ver la lozania
«De vuestro corazón, antes me esfuerza;
«Mas temo que esta vuestra valentia,
«Por mal gobierno el buen camino tuerza:
«Que, vuelta entre nosotros la porfia,
«Degolleis nuestra patria con su fuerza:
«Cortad, pues, si ha de ser desamano,
«Esta vieja garganta la primera.

«Que esta flaca persona, atormentada
«De golpes de fortuna, no procura
«Sino el agudo filo de una espada,
«Pues no la acaba tanta desventura.
«Aquella vida es bien afortunada
«Que la temprana muerte la asegura;
«Pero, á nuestro bien público atendiendo,
«Quiero decir en esto lo que entiendo.

«Pares sois en valor y fortaleza;
«El cielo os igualó en el nacimiento;
«De linaje, de estado, y de riqueza
«Hizo á todos igual repartimiento;
«Y en singular por ánimo y grandeza
«Podeis tener del mundo el regimiento;
«Que este precioso don no agradezco
«Nos ha al presente término traído.

•En la virtud de vuestro brazo espero
«Que puede en breve tiempo remediarse,
«Mas ha de hacer un capitán primero,

«Que todos por él quieran gobernarse:
«Este será quien más un gran madero
«Sustentare en el hombro sin pararse;
•Y pues sois iguales en la suerte,
«Procure cada cual ser el más fuerte.»

Ningún hombre dejó de estar atento
Oyendo del anciano las razones:
Y puesto ya silencio al parlamento;
Hubo entre ellos diversas opiniones;
Al fin, de general consentimiento,
Siguiendo las mejores intenciones,
Por todos los caciques acordado
Lo propuesto del viejo fué aceptado.

ALONSO DE ERCILLA Y ZÚÑIGA.

EPOPEYA.

De «La Iliada» de Homero.

Del libro primero.

De Aquiles de Peleo canta, Diosa,
La venganza fatal que á los Aquivos
Origen fué de numerosos duelos,
Y á la oscura región las fuertes almas
Lanzó de muchos héroes, y la presa
Sus cadáveres hizo de los perros
Y de todas las aves de rapiña,
Y se cumplió la voluntad de Jove.
Desde que, habiendo en voces iracundas
Altercado los dos, se desunieron
El Atrida, adalid de las escuadras
Todas de Grecia, y el valiente Aquiles.

¿Cuál de los dioses, dime, á la discordia
Sus almas entregó para que airados
Injuriosas palabras se dijesen?
De Latona y de Júpiter el hijo,

Que, ofendido del Rey, á los Aqueos
Enviara la peste asoladora,
Y á su estrago la gente perecia,
Por no haber el Atrida respetado
Al sacerdote Crises que venido
Habia de los Griegos á las naves
Una hija suya á redimir. De mucho
Valor era el rescate que traia:
Y el aureo cetro en la siniestra mano
Y en la derecha la infula de Apolo,
Asi á todos los Danaos suplicaba,
Y señaladamente á los Atridas
Caudillos ambos de la hueste aquea:

«Atridas, y demás esclarecidos
«Campeones de Grecia! Las Deidades
«Que en las moradas del Olimpo habitan
•A vosotros de Priamo concedan
«La ciudad destruir, y á vuestros lares
Felizmente llegar. De una hija mia
«Que me otorgueis la libertad os ruego,
«Y el rescate admitid, reverenciando
«De Jove al hijo, el flechador Apolo.»

Al escucharle los demás Aquivos,
En fausta aclamación todos dijeron
Que al sacrificador se respetara
Y el precioso rescate se admitiese;
Pero al Atrida Agamenón el voto
General no agradó, y al sacerdote
Con imperiosa voz y adusto ceño
Mandó que de las naos se alejase,
Y al precepto añadió las amenazas.

•Viejo! (le dijo). Nunca en este campo,
«Ahora si retardas la salida,
•Ó en adelante si á venir te atreves,
«A verte vuelva yo: pues de mi saña
•No serán á librarle poderosos,
«Ni la infula del Dios, ni el regio cetro.
«Yo la esclava no doy, antes en Argos,
«Lejos de su pais, dentro mi alcazar,
«La rugosa vejez tejiendo telas

«La encontrará, y mi lecho aderezando.

•Vete ya; no mi cólera provoques,
«Si volver salvo á tu ciudad deseas.»

Dijo: temió el anciano, y obediente
A su voz, se volvió sin replicarle
Del estruendoso mar por la ribera;
Pero alejado ya de los Aqueos,
Mientras andaba, en doloridas voces
Pidió venganza al hijo de Letona.

«Escúchame (decía) pues armado
«Con el arco de plata ha defendido
«Siempre tu brazo la región de Crisa
«Y á la ciudad de Cila populosa,
•Y de Ténédos numen poderoso
«Eres, oh Esmintio! Si en mejores días
«Erigí á tu deidad hermoso templo,
•Si alguna vez de cabras y de toros
«Quemé sabrosas piernas en tus aras.
«Otórgame este don; *paguen los Dánaos*
«*Mis lágrimas, heridas por tus flechas.*»
Así el anciano en su plegaria dijo.

Oyóle Febo; y de las altas cumbres
Del Olimpo bajó, inflamado en ira
El corazón. Pendían de sus hombros
Arco y cerrada aljaba; y al moverse,
En hórrido ruido retemblando
Sobre la espalda del airado numen,
Resonaban las flechas; pero él iba
Semejante á la noche. Cuando estaba
Cerca ya de las naves. se detuvo,
Lanzó una flecha y en chasquido horrendo
Crujió el arco de plata. El primer día
Con sus mortales tiros á los mulos
Persiguió, y á los perros del ganado;
Pero después, enherbolada flecha
Disparando á la hueste, á los Aquivos
Hirió, y de muertos numerosas piras
Ardiendo siempre en la llanura estaban.

POEMAS HEROICO-CÓMICO Y ÉPICO-BURLESCO.

De «La Mosquea.»

Batalla dada entre los ejércitos de las moscas y de las hormigas.

Mas ya los truenos con su grito avisan
A mis sentidos que la chusma llega,
Y unos con otros los contrarios pisan,
Dando principio á la sin par refriega;
Ya acelerados los caballos pisan,
Y la vista del cielo el polvo niega,
Y ya en los altos y profundos centros
Retumban los intrépidos encuentros.

Resuena el grito en el altivo polo
Que tanta gente desde el suelo envia;
Túrbase entonces la región de Eolo
Con tan súbita y grande vocería:
Entre nubes de polvo el claro Apolo
Metió su cara, oscureciendo el dia,
Y al son de las trompetas y atambores
La tierra se espantó con mil temblores.

Parten á darse los primeros botes
De las lanzas los fuertes caballeros,
Cercano ya por los veloces trotes
De sus caballos bravos y ligeros:
Llegan diciéndose injuriosos motes;
Y para herirse los caudillos fieros
En los estribos con furor se plantan,
Y airados de la silla se levantan.

Mézclanse con los unos los contrarios,
Y todos juntos con furor se pegan
Golpes tan sin piedad y temerarios,
Que los ecos sin duda al polo llegan:
Los unos y otros con lamentos varios
De los adversos ímpetus reniegan,
Y al cielo vuela, y desde el suelo sube

De las quebradas lanzas una nube.

Ya los caballos el rigor no sienten
De la dorada espuela ó acicate,
Y solo sirve de que allí revienten
Cuando el ijar cansado se les bate:
Ya los fieros soldados no consienten
Que dure más el bélico combate,
Cuando no sufre el cuerpo la acerada
Malla, ni el brazo la sangrienta espada.

Como los galgos que la lengua estiran,
Y con la fuerza del cansancio anhelan
Que aunque la liebre por los campos miran,
No la persiguen ni tras ella vuelan,
Entre la sombra y matas se retiran,
Y aunque en los vientos nuevo rastro huelan,
La fatiga sus miembros embaraza,
Sin que se atrevan á seguir la caza;

Rinde á la fiera gente la fatiga,
Y se apodera de sus fuerzas antes
Que los sujete y rinda la enemiga
Espada de contrarios arrogantes:
No se ve hormiga que á la mosca siga,
Ni chinche que las balas penetrantes
Tire al mosquito, ni caballo ó yegua
Que no ponga á sus carreras tregua.

Entierran las hormigas sus difuntos
Dándoles en el campo sepultura,
Y cuentan los minutos y los puntos
Con que pasando va la noche oscura:
Pártense los cansados todos juntos,
Mientras de su sosiego el tiempo dura,
A gozar de las treguas, y entre tanto
Descansan de la guerra y yo del canto.

JOSÉ DE VILLAVICIOSA.

De «La Gatomaquia.»

Yo, aquel que en los pasados
Tiempos canté las selvas y los prados,

Estos vestidos de árboles mayores,
Y aquellos de ganados y de flores,
Las armas y las leyes,
Que conservan los reinos y los reyes;
Ahora en instrumento menos grave
Canto de amor suave
Las iras y desdenes,
Los males y los bienes.
Vosotras musas del castalio coro,
Dadme favor en tanto
Que, con el genio que me disteis, canto
La guerra, los amores y accidentes
De dos gatos valientes;
Que, como otros están dados á perros
Ó por ajenos ó por propios yerros,
También hay hombres que se dan á gatos
Por olvido de príncipes ingratos,
Ó porque los persigüé la fortuna
Desde el columpio de la tierna cuna.....

Estaba sobre un alto caballete
De un tejado, sentada
La bella Zapaquilda al fresco viento,
Lamiéndose la cola y el copete,
Tan fruncida y mirlada
Como si fuera gata de convento.....
Ya que lavada estuvo,
Y con las manos que lamidas tuvo,
De su ropa de martas aliñada,
Cantó un soneto en voz medio formada
En la arteria bocal, con tanta gracia
Como pudiera el músico de Tracia,
De suerte que cualquiera que la oyera
Que era solfa galuna conociera
Con algunos cromáticos disones
Que se daban al diablo los ratones,
Asomábase ya la primavera
Por un balcón de rosas y alelíes
Y Flora con dorados borceguíes
Alegraba risueña la ribera;
Tiestos de Talavera

Prevenía el verano,
Cuando Marramaquíz gato romano,
Aviso tuvo cierto de Maulero,
Un gato de la Mancha, su escudero,
Que al sol salía Zapaquilda hermosa,
Cual suele amanecer purpurea rosa
Entre las hojas de la verde cama,
Rubi tan vivo que parece llama;
Y que con una dulce cantilena
En el arte mayor de Juan de Mena,
Enamoraba el viento,
Marramaquíz atento
Pidió caballo, y luego fué traída
Una mona vestida
Al uso de su tierra,
Cautiva en una guerra
Que tuvieron las monas, y los gatos.
Púsose borceguíes y zapatos
De dos dediles de segar abiertos,
Que con pena calzó por estar tuertos;
Una cuchar de plata por espada,
La capa colorada
A la francesa, de una calza vieja,
Tan igual, tan lucida y tan pareja,
Que no será lisonja
Decir que Adónis en limpieza y gala,
Aunque perdone Vénus, no le iguala;
Por gorra de Milán media toronja,
Con un penacho rojo verde y bayo,
De un muerto por sus uñas papagayo.
Era el gatazo de gentil persona,
Y no menos galán que enamorado,
Bigote blanco y rostro despejado,
Ojos alegres, niñas mesuradas
De color de esmeralda diamantadas;
Y á caballo en la mona parecía
El paladin Orlando que venía
A visitar á Angélica la bella
La recatada ninfa, la doncella,
En viendo el gato, se mirló de forma

Que en una grave dama se transforma,
Lamiéndose á manera de manteca
La superficie de los labios seca,
Y con temor de alguna carambola,
Tapó las indecencias con la cola;
Y bajando los ojos hasta el suelo,
Su mirlo propio le sirvió de velo;
Que ha de ser la doncella virtuosa
Más recatada mientras más hermosa.

LOPE DE VEGA.

POEMAS MENORES.

Canto Epico.

DE LAS NAVES DE CORTÉS DESTRUIDAS.

Cortés, el gran Cortés....¡Divino Clio;
Tu alto influjo mi espíritu levante!
¿Quién jamas tuvo objeto como el mio
Ni tan glorioso capitán triunfante?
¡Con que aspecto real y señorío
Se presenta á su ejército delante!
¡Oh que valor ostenta y qué nobleza!
Y ¡cuánta heroicidad y gentileza!
Deslumbra la finísima celada
Cual fúlgido cristal resplandeciente
Con plumajes y airón empenachada,
Que el céfiro halagaba mansamente,
Banda le cruza el pecho, recamada
Con oro y perlas de la mar de Oriente;
Pende la espada á la siniestra parte,
Ministra de las cóleras de Marte.

La gruesa lanza, istriada y rebutida
De barras de metal lleva en la cuja,
Y un pendoncillo ó banderilla asida,
Que bordó con primor sutil aguja;
Y al impulso y velóz arremetida,

Hace corriendo que al blandirse cruja,
Cuando con duro y resonante callo
Enviste el hermosísimo caballo.

El soberbio animal la crin extiende,
Como quien sabe el dueño que pasea;
Con agudo relincho el aire enciende,
É indómito y ufano se pompea,
En cuanto ¡oh Betis! tu raudal comprende
Por los fértiles campos que rodea,
Animal no se vió de igual figura,
Ni en tal ferocidad tanta hermosura.

Cortés recorre así los escuadrones
Con pronta vista y plácido semblante
Siendo por ademán y por acciones
A cosa más que humana semejante;
Y esclama «¡Oh valerosos campeones!
¿Cuál órgano mortal será bastante
A decir tanta hazaña celebrada
Que el esfuerzo acabó de vuestra espada?»

Pero ya viendo sus esfuerzos vanos,
Arremetió el caballo poderoso,
Que alza menuda arena con las manos
Al raudal movimiento impetuoso,
Y dice: «Auxilios débiles humanos
No den favor al corazón medroso;
Ó venza ó muera: su única esperanza
Caiga deshecha al tiro de la lanza.»

Y alta la diestra atrás con gallardía,
En los estribos todo el cuerpo alzando,
Fulmina el fresno: rápida crugia
La banderilla y silba rehilando,
Y á la nao capitana, á quien mecía
Crespa mareta, llega atravesando
La banda de estribor, y al golpe duro
En eco repitió su centro oscuro.

A pique va sin tempestad la armada,
Porque los españoles animados
De honor, en diligéncia acelerada
Arden, rompen los buques ancorados,
Terror infunde la visera alzada

El invicto adalid, y á los soldados
Que más en el motin mostraron brio
Hace dar al través con su navio.

Ya el robusto bajel se sumergia
Del hermoso Saucedo en ondas fieras,
El que en Sanlucar vió zarpar un dia
Adornado de flámulas ligeras,
Y el de Godoy también, que despedia
Grato aroma de antárticas maderas;
El que condujo á Dávila violento
Y Arguello sobre todos corpulento.

El fuerte galeón empavesado
Que comandaba Ordáz el arrogante,
Su mismo capitán le ve abrasado
Por dar satisfacción de sí bastante;
Arvenga el levantisco ha disparado
Al branque de otro un tiro flulminante,
Y la proa y el bauprés desaparecen
En humo y llamas que sonando crecen.

Blanca paloma entonces, descendiendo
Sobre los pabellones, presurosa
Hácia Méjico vuela, despidiendo
Visos alegres de su pluma hermosa,
Y al aire luz purisima esparciendo;
Como después de lluvia impetuosa,
El iris corvo, én el opaco Oriente
Finge colores con el Sol enfrente.

Cortés, ambas las manos levantadas,
Dice: «Ya advierto, espíritu divino,
Que no de mi fervor te desagradas;
Cumplir tu voluntad es mi destino.»
Los suyos, empuñando las espadas,
Juran no desistir del gran camino,
Hasta ensálzar en vez del culto horrendo
La cruz que tremolada van siguiendo.

CUENTO.

(La maestra y las novicias.)

—Una cruz de toско leño
Bajo el ciprés respetad,
Que allí duerme mortal sueño
Sor Inés: Id, y rogad,
¡Pobre Inés! era tan pura
Como el Angel de Tobías.
Idolo de la clausura,
Gloria de mis alegrías:
Virgen digna de su palma,
Con los ojos en el suelo,
Siempre en éxtasis el alma,
Y el corazón en el cielo.
Sonaba su voz bendita,
Y era el harpa de Sión,
Voz de aquella Sulamita
Que adoraba Salomón:
Voz del pueblo del Señor
Tras penosa servidumbre,
Voz de serafín de amor,
De Oreb en la hermosa cumbre.
¡Infeliz!... su infausta suerte
Causa horror á la memoria:
Yo lloré su pronta muerte
No queráis saber su historia.
La cruz, que es de toско leño,
Bajo el ciprés respetad,
Que allí duerme mortal sueño.....
Novicias, id y rogad.
—•Por Dios madre, que conteis
La historia de sor Inés.»
—«Vosotras rogar debeis.»
—«Ya rogaremos después.»
Luego todas se sentaron
Sobre el césped que brotó;

Todas su voz esperaron;
Sor Cecilia comenzó.

— ¡Dios mio! ¡qué temerarios!
¡Qué inicuos los hombres son!
Tienden hasta en los santuarios
Lazo vil de seducción.

Es astuto el enemigo,
Débil la infeliz mujer,
Dios el juez, Dios el testigo;
Faláz y torpe el placer;

Es vanidad ilusoria
Lo que el mundo da de sí,
Humo débil... — «¿Y la historia?»
— «Bien decis; comienza así:

Inés al jardín solía
Todas las noches bajar,
Y las flores escogía
Para adorno del altar;

Pues era una virgen fiel,
Que abrasada en los amores
Del Dios santo de Israel,
Regalábale con flores;

Era la paloma pura
Que arrullaba sus pesares
En los bosques de verdura
Y esposa de los cantares;

Que de rosas se ceñía,
Sobre rosas descansaba,
Y en su lecho no dormía,
Porque amor la desvelaba.

Una noche (nunca el suelo
Vió noche más enlutada
Ni el claustro de más desvelo
Ni el jardín más desgraciada).

Dijo su oración Inés,
Y ocultado en la espesura
Vió un mancebo descortés
Que la asió de la cintura.

Temo llegar á este paso...
— ¡Y el mancebo era galán?

—La pregunta no es del caso,
Que era un hijo de Satán;
Un maligno tentador,
Un enemigo infernal,
Que á la virgen del Señor
Miró con placer carnal.

En los brazos la tenía
Mientras ella sollozaba;
Los peñascos conmovía,
Pero el tigre la besaba.

¡Pobre Inés! ¡ah! cada beso
Tuvo un tosigo mortal,
Que en la edad del embeleso
La hundió en tumba funeral.

—¿Con que del susto murió?
—Lamentando su deslíz,
En mis brazos espiró
Deshecha en llanto. —«¡Infeliz!

Roguemos sobre su losa
Por su descanso y su bien,
Que era humilde y era hermosa:
Requiescat in pace.»—*Amen,*

J. AROLAS.

LEYENDA

Margarita la Tornera.

La Tentación.

Aún no cuenta Margarita
Diéz y siete primaveras
Y aún virgen á las primeras
Impresiones del amor,
Nunca la dicha supuso
Fuera de su pobre estancia,
Tratada desde la infancia
Con cauteloso rigor.

• • • • •

Siempre encerrada y oculta
Cuando en el mundo vivía,

Solo del mundo veía
La calle tras el cancel:
Y no alcanzó, de su casa
Fuera del triste recinto,
El mágico laberinto
Que se extendía tras él.

Jamás pensó que las flores,
Que sus jardines criaran,
Los salones perfumaran
Preparados al festín.
Jamás pensó que las noches,
Que ella pasaba en su lecho,
Tuvieran bajo otro techo,
Más delicioso, otro fin.

Que las damas bulliciosas,
Las alegres serenatas,
Las mil quimeras dichosas
De la alegre sociedad,
Aun no habían en tumulto
Ido á tender en sus sueños
Los dos lazos halagüeños
De *amor* y de *vanidad*.

• • • • •
¡Inocente Margarita!
¡Fugitiva mariposa
Que de esa luz engañosa
En torno girando vas!
Plega tus alas errantes,
Y en tu inocencia dormida,
No pienses en otra vida
Que te doraron quizás!

Mas ¡ay! que dulces palabras
Sonaron en tus oídos
Y los deseos dormidos
Se revelaron en pos.
¡Ay? ¿por qué en el mundo vano
A quien le da la inocencia
No le dá la resistencia
Para defenderse, Dios?
La vida hermosa se finge

Y aun que en ilusion escasa,
Ya en impaciencia se abrasa
De sentir y de gozar.
Y no es temor á los males
Que Don Juan la profetiza;
Es que el placer diviniza
Y le adora á su pesar.

¡Pobre niña! Allá á sus solas
Ciega por un mal consejo
Por vez primera un espejo
Elegió para su juez,
Y recordó las palabras
De un seductor insolente,
Y recordó la inocente
Los dias de su niñez.

Cuando su madre á deshora
De los festines volvia,
Y entre sueños la veia
Sus adornos deponer;
Cuando acaso desvelada
Al son de los instrumentos,
Sentia los aposentos
Vecinos estremecer.

Y cuando acaso á escondidas
Asomada á una ventana,
Via la turba profana
Voluptuosa pasar;
Y al brazo de los macebos
Con él deleite más bellas
Asidas muchas doncellas
Sonreír y platicar.

¡Oh! qué seis años monótonos
De soledad y convento
Habian su pensamiento
Reducido á un punto ruin.
A espacio tan miserable,
A circulo tan mezquino
Que era el claustro su destino
Y el altar era su fin.

GÉNEROS INTERMEDIOS ENTRE LA POESIA ÉPICA Y LA LIRICA.

ELEGIAS.

Á la muerte de su hija.

I.

Ya no hay en mi casa,
Ya no hay alegría,
El silencio sólo
Y el dolor la habitan.

Cuanto veo en ella
Mi tormento aviva,
Porque me recuerda
Que mi gloria es ida.

¡Ay! por ella siempre
Creo que suspira
Todo lo que un tiempo
Era su delicia.

Si un paso se escucha,
Si de una cortina
El aire temblando
Los pliegues agita,

Sueño que ella viene
Lenta y compasiva;
Siéntase á mi lado
Con melancolía.

Y son las palabras
De su sombra amiga
Como vibraciones
De celeste lira.

La ilusión se borra,
Y luego, intranquilas,
Otra vez sollozos
Sin consuelo envían

Al turbado viento
Dos almas heridas:
¡Ya no hay en mi casa,
Ya no hay alegría!

.
.

II.

El angel de luz bendito
Que era mi vida y mi gloria,
Tendiendo las blancas alas
Huyó de esta carcel honda.

¡Ay! por eso, desde entonces
Ven los ojos que le lloran
Más claridad en el cielo
En esta carcel más sombra.

III.

Debajo de mis balcones
Parábase el saboyano;

Ella, la música oyendo,
Danzaba al sonido mágico
Y yo de gozo temblaba
Como la hoja en el árbol.

Debajo de mis balcones
Hoy se paró el saboyano;
Levantar le vi los ojos
Una, dos, tres veces, cuatro...
¡Y una, dos, tres, cuatro veces
Sin esperanza bajarlos!

No mires á mis balcones,
¿Porqué miras, saboyano,
Si ya no ha de salir ella
A este balcón solitario,
Para echarte la limosna
Benedicida por su labio?....

No mires á mis balcones,
Y si vuelves, saboyano,
La voz del órgano apaga,
Y pasa, por Dios, callando,
Pues yo no sé lo que tiene
¡Ay! que no puedo escucharlo.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

Á las ruinas de Itálica.

Estos, Fabio, ¡ay dolor! que ves ahora
Campos de soledad, mustio collado,
Fueron un tiempo Itálica famosa:
Aquí de Cipión la vencedora
Colonia fué: por tierra derribado
Yace el temido honor de la espantosa
Muralla, y lastimosa
Reliquia es solamente
De su invencible gente.
Sólo quedan memorias funerales
Donde erraron ya sombras de alto ejemplo:
Este llano fué plaza, allí fué templo:
De todo apenas quedan las señales:

Del gimnasio y las termas regaladas
Leves vuelan cenizas desdichadas;
Las torres que desprecio al aire fueron
Á su gran pesadumbre se rindieron.

Este despadazado anfiteatro,
Impio honor de los Dioses, cuya afrenta
Publica el amarillo jaramago,
Ya reducido á trágico teatro,
¡Oh! fábula del tiempo, representa
Cuanta fué su grandeza, y es su estrago.
¿Como en el cerco vago
De su desierta arena
El gran pueblo no suena?
¿Donde, pues fieras hay, está el desnudo
Luchador? ¿Donde está el atleta fuerte?
Todo desapareció, cambió la suerte
Voces alegres en silencio mudo:
Mas aun el tiempo da en estos despojos
Espectáculos fieros á sus ojos,
Y miran tan confuso lo presente,
Que voces de dolor el alma siente.

Aquí nació aquel rayo de la guerra,
Gran padre de la patria, honor de España,
Pío, felice, triunfador Trajano;
Ante quien muda se postró la tierra,
Que ve del Sol la cuna, y la que baña
El mar también vencido gaditano.

Aquí de Elio Adriano,
De Teodosio divino
De Silio peregrino,
Rodaron de marfil y oro las cunas.
Aquí ya de laurel, ya de jazmines
Coronados los vieron los jardines
Que ahora son zarzales y lagunas.
La casa para el César fabricada,
¡Ay! yace de lagartos vil morada:
Casas, jardines, Césares murieron,
Y aun las piedras que de ellos escribieron.

Fabio, si tu no lloras, pon atenta
La vista en luengas calles destruidas,

Mira mármoles y arcos destrozados,
Mira estatuas soberbias, que violenta
Némesis derribó, yacer tendidas;
Y ya en alto silencio sepultados
Sus dueños celebrados.
Asi á Troya figuro,
Asi á su antiguo muro,
Y á ti, Roma, á quien queda el nombre apenas
¡Oh patria de los Dioses y los Reyes!
Y á ti á quien no valieron Justas leyes
Fábrica de Minerva, sabia Atenas:
Emulación ayer de las edades,
Hoy cenizas, hoy vastas soledades;
Que no os respetó el hado, no la ¡muerte,
¡Ay! ni por sabia á ti, ni á ti por fuerte.

Mas ¿para que la mente se derrama
En buscar al dolor nuevo argumento?
Basta ejemplo menor: basta el presente;
Que aun se ve el humo aquí, se ve la llama,
Aun se oyen llantos hoy, hoy ronco acento.
Tal genio ó religión, fuerza la mente
De la vecina gente,
Que refiere admirada,
Que en la noche callada
Una voz triste se oye, que llorando
Cayó Itálica, dice; y lastimosa
Eco reclama *Itálica* en la hojosa
Selva, que se le o pone resonando
Itálica, y el claro nombre oido,
De *Itálica* renuevan el gemido
Mil sombras nobles de su gran rüina:
¡Tanto aun la plebe á sentimiento inclina!

Esta corta piedad que agradecido
Huesped á tus sagrados Manes debo,
Te doy y consagro. ¡Oh *Itálica* famosa!
Tu, si el lloroso don han admitido
Los ingratas cenizas de que llevo
Dulce noticia asaz, si lastimosa,
Permiteme piadosa
Usura á tierno llanto,

Que vea el cuerpo santo
De Geroncio tu martir y prelado:
Muestra de su sepulcro algunas señas,
Y cavaré con lágrimas las peñas
Que ocultan su sarcófago sagrado.
Pero mal pido el único consuelo
De todo el bien que airado quitó el cielo:
Goza en las tuyas sus reliquias bellas
Para envidia del mundo y las estrellas.

RODRIGO CARO. (1)

Á la Patria.

¡Cuan solitaria la nación que un día
Poblara inmensa gente!
¡La nación cuyo imperio se extendía
Del Ocaso al Oriente!

Lágrimas viertes, infeliz, ahora
Soberana del mundo,
¡Y nadie de tu faz encantadora
Borra el dolor profundo!

Oscuridad y luto tenebroso
En ti vertió la muerte,
Y en su furor el déspota sañoso
Se complació en tu suerte.

No perdonó lo hermoso, patria mía;
Cayó el joven guerrero,
Cayó el anciano, y la segur impia
Manejó placentero.

So la rabia cayó la virgen pura
Del déspota sombrío,
Como eclipsa la rosa su hermosura
En el sol del estío.

¡Oh vosotros del mundo habitantes!
Contemplad mi tormento:
¿Igualarse podrán ¡ah! qué dolores
Al dolor que yo siento?

(1) Hasta ahora ha venido atribuyéndose esta composición á Rioja.

Yo, desterrado de la patria mía,
De una patria que adoro,
Perdida miro su primer valía
Y sus desgracias lloro.

Hijos espúreos y el fatal tirano
Sus hijos han perdido,
Y en campo de dolor su fértil llano
Tienen ¡ay! convertido

Tendió sus brazos la agitada España,
Sus hijos implorando;
Sus hijos fueron; más traidora saña
Desbarató su bando.

¿Que se hicieron tus muros torreados,
Oh mi pátria querida?

¿Donde fueron tus héroes esforzados
Tu espada no vencida?

¡Ay! de tus hijos en la humilde frente
Está el rubor grabado:
Á sus ojos caídos tristemente
El llanto está agolpado.

Un tiempo España fué: cien héroes fueron
En tiempos de ventura;
Y las naciones tímidas la vieron
Vistosa en hermosura.

Cual cedro que en el Líbano se ostenta,
Su frente se elevaba;
Como el trueno á la virgen amedrenta,
Su voz las aterraba.

Mas ora, como piedra en el desierto,
Yaces desamparada,
Y el justo desgraciado vaga incierto
Allá en tierra apartada.

Cubren su antigua pompa y poderio
Pobre hierba y arena,
Y el enemigo que tembló á su brio
Burla y goza en su pena.

Virgenes, destrenzad la cabellera
Y dadla al vago viento;
Acompañad con arpa lastimera
Mi lúgubre lamento.

Desterrados ¡oh Dios! de nuestros lares,
Lloremos duelo tanto;
¿Quién calmará ¡oh España! tus pesares?
¿Quién secará tu llanto?

JOSÉ ESPRONCEDA.

Al dos de Mayo.

Noche, lóbrega noche, eterno asilo
Del miserable que, esquivando el sueño,
En tu silencio pavoroso gime:
No desdeñes mi voz; letal beleño
Presta á mis sienes, y en tu horror sublime
Empapada la ardiente fantasía,
Da á mi pincel fatídicos colores
Con que el tremendo día
Trace al furor de vengadora tea,
Y el odio irrite de la patria mía,
Y escándalo y terror del orbe sea.

¡Día de execración! La destructora
Mano del tiempo le arrojó al averno;
Mas ¿quién el sempiterno
Clamor con que los ecos importuna
La madre España en enlutado arreo
Podrá atajar? Junto al sepulcro frio,
Al pálido lucir de opaca luna,
Entre cipreses fúnebres la veo:
Trémula, yerta y desceñido el manto
Los ojos] moribundos
Al cielo vuelve, que le oculta el llanto;
Roto y sin brillo el cetro de dos mundos
Yace entre el polvo, y el león guerrero
Lanza á sus piés rugido lastimero.

¡Ay, que cual débil planta
Que agosta en su furor horrido viento,
De víctimas sin cuento
Lloró la destrucción Mantua afligida!
Yo vi, yo vi su juventud florida
Correr inerme al huesped ominoso.

¿Mas qué su generoso
Esfuerzo pudo? El pérfido caudillo,
En quien su honor y su defensa fia,
La condenó al cuchillo.

¿Quién ¡ay! la alevosía,
La horrible asolación habrá que cuente,
Que, hollando de amistad los santos fueros,
Hizo furioso en la indefensa gente
Ese tropel de tigres carniceros?

Por las henchidas calles
Gritando se despeña
La infame turba que abrigó en su seno,
Rueda alla rechinando la cureña,
Acá retumba el espantoso trueno,
Allí el jóven lozano,
El mendigo infeliz, el venerable
Sacerdote pacifico, el anciano
Que con su arada faz respeto imprime,
Juntos amarra su dogal tirano.

En balde, en balde gime,
De los duros satélites en torno,
La triste madre, la afligida esposa,
Con doliente clamor; la povorosa
Fatal descarga suena
Que á luto y llanto eterno la condena.

¡Cuanta escena de muerte! ¡Cuanto estrago!
¡Cuantos ayes doquier! Despavorido
Mirad ese infelice

Quejarse al adalid empedernido
De otra cuadrilla atroz. «¡Ah! ¿qué te hice?
Exclama el triste en lágrimas deshecho;
Mi pan y mi mansión parti contigo,
Te abrimis brazos, te cedí mi lecho,
Temple tu sed y me llamé tu amigo.
¿Y ahora pagar podrás nuestro hospedaje
Sincero, franco, sin doblez ni engaño
Con dura muerte y con indigno ultraje?»

¡Perdido suplicar! ¡Inutil ruego!
El monstruo infame á sus ministros mira,
Y con tremenda voz gritando ¡fuego!

Tinto en su sangre el infeliz espira.
Y en tanto ¿do se esconden,
Do están ¡oh cara pátria! tus soldados
Que á tu clamor de guerra no responden?
Presos, encarcelados
Por jefes sin honor, que, haciendo alarde
De su perfidia y dolo,
A merced de los vándalos te dejan,
Como entre hierros el león, forcejan
Con inútil afán.... Vosotros solo
Fuerte Daoiz, intrépido Velarde,
Que osando resistir al gran torrente,
Dar supisteis en flor la dulce vida
Con firme pecho y con serena frente;
Si de mi libre musá,
Jamás el eco adormeció á tiranos
Ni vil lisonja emponzoñó su aliento,
Allá del alto asiento
A que la acción magnánima os eleva.
El himno oid que á vuestro nombre entona,
Mientras la fama alígera le lleva
Del mar de hielo á la abrasada zona.
Mas ¡ay! que en tanto sus funestas alas,
Por la opresa metropoli tendiendo,
La yerma asolación sus plazas cubre;
Y al áspero silvar de ardientes balas,
Y al ronco son de los preñados bronces
Nuevo fragor y estrépito sucede.
¿Ois como rompiendo
De moradores tímidos las puertas
Caen estallando de los fuertes gonces?
Con qué espantoso estruendo
Los dueños buscan, que medrosos huyen!
Cuanto encuentran destruyen,
Bramando los atroces foragidos,
Que el robo infame y la matanza ciegan.
¿No veís cual se despliegan,
Penetrando en los hondos aposentos
De sangre y oro y lágrimas sedientos?
Rompen, talan, destrozan

Cuanto se ofrece á su sangrienta espada:
Aquí matando el dueño se alborozan,
Hieren allí su esposa acongojada;
La familia asolada
Yace espirando, y con feroz sonrisa
Sorben voraces el fatal tesoro.
Suelta á otro lado la madeja de oro,
Mustio el dulce carmin de su mejilla
Y en su frente marchita la azucena,
Con voz turbada y anhelante lloro
De su verdugo ante los pies se humilla
Tímida virgen, de amargura llena;
Mas con furor de hiena,
Alzando el corvo alfange damasquino
Hiende su cuello el bárbaro asesino.
¡Horrible atrocidad!...¡Treguas, oh Musa,
Que ya la voz rehusa,
Embargada en suspiros, mi garganta!
Y en ignominia tanta,
¿Será que rinda el español bizarro
La indómita cerviz á la cadena?
No, que ya en torno suena
De Palas fiero el sanginoso carro,
Y el látigo estallante
Los caballos flamígeros hostiga,
Ya el duro peto y el arnés brillante
Visten los fuertes hijos de Pelayo.
Fuego arrojó su ruginoso acero:
¡Venganza y guerra! resonó en su tumba;
¡Venganza y guerra! repitió Moncayo;
Y al grito heróico que en los aires zumba
¡Venganza y guerra! claman Turia y Duero.
Guadalquivir guerrero.
Alza al bélico son la régia frente,
Y del Patrón valiente
Blandiendo activo la nudosa lanza
Corre gritando al mar: *¡Guerra y venganza!*
¡Oh sombras infelices
De los que aleve y bárbara cuchilla
Robó á los dulces lares!

¡Sombras inultas que en fugáz gemido
Cruzais los anchos campos de Castilla!
La heróica España, en tanto que al bandido
Que á fuego y sangre, de insolencia ciego,
Brindó felicidad, á sangre y fuego
Le retribuye el don, sabrá piadosa
Daros solemne y noble monumento.
Allí en padrón cruento
De oprobio y mengua, que perpétuo dure,
La vil traición del déspota se lea;
Y altar eterno sea
Donde todo español al monstruo jure
Rencor de muerte, que en sus venas cunda
Y á cien generaciones se difunda.

JUAN NICASIO GALLEGO.

SÁTIRAS.

Á Ernesto.

Déjame, Ernesto, déjame que llore
Los fieros males de mi patria; deja
Que su ruina y perdición lamente;
Y si no quieres que en el centro oscuro
De esta prisión la pena me consuma,
Déjame al menos que levante el grito
Contra el desorden; deja que en la tinta
Mezclando hiel y acibar, siga indócil
Mi pluma el vuelo del bufón de Aquino.
¡Oh! cuánto rostro veo, á mi censura,
De palidez y de rubor cubierto!
Ánimo, amigos; nadie tema, nadie
Su punzante aguijón, que yo persigo
En mi sátira al vicio, no al vicioso,
¿Y qué querrá decir que en algún verso,
Encrespada la bilis, tire un rasgo,
Que el vulgo crea que señala á Alcinda,
La que, olvidando su orgullosa suerte,
Baja vestida al Prado, cual pudiera

Una maja con trueno y rascamoño,
Alta la ropa, erguida la caramba,
Cubierta de un cendal más trasparente
Que su intención, á ojeadas meneos
La turba de los tontos concitando?
¿Podrá sentir que un dedo malicioso,
Apuntando este verso, la señale?
Ya la notoriedad es el más noble
Atributo del vicio, y nuestras Julias
Más que ser malas quieren parecerlo.
Hubo un tiempo en que andaba la modestia
Dorando los delitos: hubo un tiempo
En que el recato tímido cubría
La fealdad del vicio, pero huyóse
El pudor á vivir en las cabañas.

.
¡Oh infamia! ¡Oh siglo! ¡Oh corrupción! Matronas
Castellanas, ¿quién pudo vuestro claro
Pundonor eclipsar? ¿Quién de Lucrecias
En Lais os volvió? ¿Ni el proceloso
Océano, ni, lleno de peligros,
El Lilibeo, ni las árduas cumbres
De Pirene pudieron guareceros
Del contagio fatal? Zarpa preñada
De oro la nao gaditana, aporta
A las orillas gálicas, y vuelve
Llena de objetos fútiles y vanos;
Y entre los signos de extranjera pompa
Ponzoña esconde y corrupción, compradas
Con el sudor de las iberas frentes;
Y tú, misera, España, tú la esperas
Sobre la playa, y con afán recojes
La pestilente carga, y la repartes
Alegre entre tus hijos. Viles plumas,
Gasas y cintas, flores y penachos
Te trae en cambio de la sangre tuya;
De tu sangre, ¡oh baldon! y acaso, acaso
De tu virtud y honestidad. Repara
Cuál la liviana juventud los busca.
Mira cuál va con ellos engreida

La impudente doncella: su cabeza,
Cual nave real en triunfo empavesada,
Vana presenta del Favonio al soplo
La miés de plumas y de airones, y anda
Loca, buscando en la lisonja el premio
De su indiscreto afán. ¡Ay triste! Guarte,
Guarte, que está cercano el precipicio.
El astuto amador ya en asechanza
Te atisha y sigue con lascivos ojos:
La adulacion y la caricia el lazo
Te van á armar, do caerás incauta,
En él tu oprobio y perdición hallando.
¡Ay cuánto, cuánto de amargura y lloro
Te costarán tus galas! ¡Cuán tardío
Será y estéril tu arrepentimiento!
Ya ni el rico Brasil, ni las cavernas
Del nunca exhausto Potosi no bastan
A saciar el hidrópico deseo,
La ansiosa sed de vanidad y pompa.
Todo lo agotan; cuesta un sombrerillo
Lo que antes un Estado, y se consume
En un festin la dote de una infanta.
Todo lo tragan: la riqueza unida
Va á la indigencia: pide y pordiosea
El noble: engaña, empeña, malbarata,
Quiebra y perece; y el logrero goza
Los pingües patrimonios, premio un día
Del generoso afán de altos abuelos.
¡Oh ultraje! ¡Oh mengua! todo se trafica:
Parentesco, amistad, favor, influjo,
Y hasta el honor, depósito sagrado,
Ó se vende ó se compra. Y tú belleza,
Don el más grato que dió al hombre el cielo,
No eres ya premio del valor, ni paga
Del peregrino ingenio; la florida
Juventud, la ternura, el rendimiento
Del constante amador ya no te alcanzan.
Ya ni te das al corazón. ni sabes
Dél recibir adoración y ofrendas.
Rindeste al oro. La vejez hedionda,

La sucia palidez, la faz adusta,
Fiera y terrible, con igual derecho
Vienen sin susto á negociar contigo.

.....
GASPAR MELCHOR DE JOYE-LLANOS.

PROCLAMA DE UN SOLTERÓN.

Frescas viuditas, cándidas doncellas,
Al veneno de amor busco triaca;
Ya más no quiero ser Perico entre ellas;
Á la que guste ofrezco mi casaca.
Hoy, si hacen migas nuestras dos estrellas,
Mano por mano, juego á toma y daca.
Niñas, ojo avizor; hoy me remato.
¿Cuál es la que echa el cascabel al gato?
¿Están ustedes muchas? ¡Jesús, cuántas!
Y allí viene un tropel... ¡Vaya! esto es hecho.
¿Será posible con tan lindas plantas
Que yo me quede ogaño de barbecho?
¡Que coro celestial! Como unas santas
No miran si soy tuerto ó contrahecho.
¿Á flor tan ruin acude tal enjambre?
¡Y dirán que hay mal pan si es buena el hambret!
Pues callen, si es posible, breve rato,
En cuanto aplico mi cabal medida.
Con la que al justo venga me contrato
Y maridito cuente de por vida.
Si me aprieta, renuncio á tal zapato;
Suelto me lameré. La despedida
Disimule el desaire y no se ofenda,
Que no es para envidiada tal prebenda.
Oigan en rimas á la pata llana
(Y rabie la hermandad del verso grifo
Porque no quiero en zarzas ver mi lana)
El pacto marital con que me rifo.
Rubia guedeja peñara la rana,
Y antes habrá coplero sin Rengifo,
Que me atrape ninguna, si no hallo
La que voy á pintar ¿Callan ó callo?

No quiero fea en público cilicio,
Ni en belleza sin par mi quita-sueño;
Antes que necia venga un maleficio,
Y antes que docta, un toro jarameño.
Lejos de mi la que se incline al vicio;
Lejos de mi virtud de adusto ceño.
¿Pido peras al olmo? ¿Al sol celajes?
Agora lo veredes, dijo. Agrájes.

Yo busco una mujer boca de risa,
Guardosa sin afán, franca con tasa,
Que al honesto festín vaya sin prisa,
Y traiga entera su virtud y gasa;
No sepa si el sultán viste camisa,
Mas sepa repasar las que hay en casa;
Cultive flores, cuide pollas cluecas,
Despunte agujas y jorobe ruelas.

El padre director no la visite,
Ni yo pague la farda en chocolate;
Que rece poco y bien, riñas me evite;
No sea gazmoña ni con ellas trate;
Solo en mentarla toros la espírite;
Primo no tenga capitán ni abate;
Probar el vino por salud lo intenté
Pero, ¿tomar tabaco? Aunque reviente.

Conozco que sin mi vale la misa,
Que una cosa es marido y otro paje;
Ir pegado á su piel como camisa
Fuera pagar ridículo peaje.
¿A quién no causa menosprecio ó risa
Esposó con honores de bagaje?
Unidos, si señor, mas sin que sea
Ella mi sombra, yo su guarda-mea.

Por quita alla esas pajas no alborote
La casa toda, ni oiga la vecina
Si se pegó el guisado; nadie note
Que habla al pobre marido con bocina;
Dulcinea la busco, no Quijote;
No haga de gallo quien nació gallina.
Ponga el amor á sus vivezas dique,
Sin que á fuerza de amor me crucifique.

La que oye brujas, duende la desvela,
Y ve en cada esquinazo la fantasma;
Que al mal ladrón de miedo enciende vela,
Que al entrar el murciélago se pasma,
Que á cada trueno grita y se las pela,
Aplique á otro tumor su cataplasma.
Vedo en vocablos melindroso dengue,
Como la que al demonio llama el *mengue*.

Dulce no pruebe con goloso dedo,
Ni cace pulgas y ante mi las mate;
De cobarde ratón no finga miedo,
Ni lucio gato mi cariño empate;
Fuera doguito, que si eructa acedo
Cueste más muecas que la rima al vate.
¿No da toda mujer pícaros ratos
Sin que traiga además perros y ratos?

De que nuestro vecino vaya ó venga
Jamás haga platillo á la ventana;
Ni flatos gaste, ni vapores tenga,
Gimiendo sin cesar rolliza y sana;
Al tocador los siglos no entretenga,
Y no almuerce á las mil de la mañana;
En paz las horas cuentelas conmigo:
Una de amante, veintitres de amigo.

.....
JOSÉ DE VARGAS PONCE.

EPÍSTOLAS.

Á FABIO.

Fabio, las esperanzas cortesanas
Prisiones son do el ambicioso muere,
Y donde al más astuto nacen canas;
Y el que no las limare ó las rompiere,
Ni el nombre de varón ha merecido
Ni subir al honor que pretendiere.

El ánimo plebeyo y abatido
Elija en sus intentos temeroso
Primero estar suspenso que caído;

Que el corazón entero y generoso
Al caso adverso inclinará la frente,
Antes que la rodilla al poderoso.

Más triunfos, más coronas dió al prudente,
Que supo retirarse, la fortuna,
Que al que esperó obstinada y locamente.

Esta invasión terrible é importuna
De contrarios sucesos nos espera
Desde el primer sollozo de la cuna.

Dejémosla pasar, como á la fiera
Corriente del gran Betis, cuando airado
Dilata hasta los montes su ribera.

Aquél entre los héroes es contado
Que el premio mereció no quien le alcanza
Por vanas consecuencias del estado.

Peculio propio es ya de la privanza
Cuanto de Astrea fué, cuánto regía
Con su temida espada y su balanza.

El oro, la maldad, la tiranía
Del inicuo procede, y pasa al bueno:
¿Que espera la virtud, ó qué confía?

Ven y reposa en el materno seno
De la antigua Romulea, cuyo clima
Te será más humano y más sereno.

Adonde, por lo menos, cuando oprima
Nuestro cuerpo la tierra, dirá alguno:
Blanda le sea, al derramarla encima;

Dondé no dejarás la mesa ayuno,
Cuando te falte en ella el pece raro,
Ó cuando su pavón nos niegue Juno.

Busca, pues, el sosiego dulce y caro
Como en la oscura noche del Egeo
Busca el piloto el eminente faro;

Que si acortas y ciñes tu deseo,
Dirás: *lo que desprecio he conseguido*:
Que la opinión vulgar es devaneo.

Más precia el ruiseñor su pobre nido
De pluma y leves pajas, más sus quejas
En el bosque repuesto y escondido,
Que agradar lisonjero las orejas

De algún príncipe insigne, aprisionado
En el metal de las doradas rejas.

¡Triste de aquel que vive destinado
A esa antigua colonia de los vicios,
Augur de los semblantes del privado!

Cese el ansia y la sed de los oficios;
Que acepta el don, y burla del intento
El ídolo á quién hace sacrificios.

Iguala con la vida el pensamiento
Y no le pasarás de hoy á mañana,
Ni quizá de un momento á otro momento.

Casi no tienes ni una sombra vana
De nuestra antigua Itálica: ¿y esperas?
¡Oh error perpetuo de la suerte humana!

Las enseñas grecianas, las banderas
Del senado y romana monarquía
Murieron, y pasaron sus carreras.

¿Que es nuestra vida más que un breve día
Do apenas sale el Sol, cuando se pierde
En las tinieblas de la noche fría?

¿Que es más que el heno, á la mañana verde,
Seco á la tarde? ¡Oh ciego desvario!
¿Será que de este sueño me recuerde?

¿Será que pueda ver que me desvío
De la vida viviendo, y que está unida
La cauta muerte al simple vivir mio?

Como los rios, que en veloz corrida
Se llevan á la mar, tal soy llevado
Al último suspiro de mi vida.

De la pasada edad ¿que me ha quedado?
¿Ó qué tengo yo, á dicha, en la que espero,
Sin ninguna noticia de mi hado?

¡Oh si acabase, viendo como muero,
De aprender á morir, antes que llegue
Aquel forzoso término postrero;

Antes que aquesta mies inútil siegue
De la severa muerte dura mano,
Y á la común materia se la entregue!

Pasáronse las flores del verano,
El otoño pasó con sus racimos,

Pasó el invierno con sus nieves cano;

Las hojas que en las altas selvas vimos

Cayeron: ¡y nosotros á porfia

En nuestro engaño inmóviles vivimos!

Temamos al Señor que nos envia

Las espigas del año y la hartura,

Y la temprana lluvia y la tardía:

No imitemos la tierra, siempre dura

Á las aguas del cielo y al arado,

Ni la vid, cuyo fruto no madura.

¿Piensas acaso tú que fué criado

El varón para el rayo de la guerra,

Para sulcar el piélago salado,

Para medir el orbe de la tierra,

Y el cerco donde el Sol siempre camina?

¡Oh, quien así lo entiende, cuanto yerra!

Esta muestra porción alta y divina,

Á mayores acciones es llamada,

Y en más nobles objetos se termina.

Así aquella, que al hombre solo es dada,

Sacra razón y pura me despierta,

De esplendor y de rayos coronada;

Y en la fría región dura y desierta

De aqueste pecho enciende nueva llama,

Y la luz vuelve ardér que estaba muerta.

Quiero, Fabio, seguir á quien me llama,

Y callado pasar entre la gente;

Que no afecto los nombres ni la fama.

El soberbio tiranó del Oriente,

Que maciza las torres de cien codos

Del cándido metal, puro y luciente,

Apenas puede ya comprar los modos

De pecar: la virtud es más barata;

Ella consigo mesma ruega á todos.

¡Pobre de aquel que corre y se dilata

Por cuantos son los climas y los mares,

Perseguidor del oro y de la plata!

Un ángulo me basta entre mis lares,

Un libro y un amigo, un sueño breve

Que no perturben deudas ni pesares.

Esto tan solamente es cuanto debe
Naturaleza al parco y al discreto,
Y algún manjar común, honesto y leve.

No, porque así te escribo, hagas conceto,
Que ponga la virtud en ejercicio;
Que aun esto fué difícil á Epiteto.

Basta al que empieza aborrecer el vicio,
Y el ánimo enseñar á ser modesto;
Después le será el cielo más propicio.

Despreciar el deleite no es supuesto
De sólida virtud, que aun el vicioso
En si propio le nota de molesto.

Mas no podrás negarme cuan forzoso
Este camino sea al alto asiento,
Morada de la paz y del reposo.

No sazona la fruta en su momento
Aquella inteligencia que mensura
La duración de todo á su talento:

Flor la vimos primero, hermosa y pura;
Luego materia acerba y desábrida,
Y perfecta después, dulce y madura.

Tal la humana prudencia es bien que mida
Y dispense y comparta las acciones|
Que han de ser compañeras de la vida.

No quiera Dios que imite estos varones
Que moran nuestras plazas macilentos,
De la virtud infames histriones:

Esos inmundos, trágicos, atentos
Al aplauso común, cuyas entrañas
Son infectos y oscuros monumentos.

¡Cuan callada que pasa las montañas
El aura, respirando mansamente!

¡Qué gárrula y sonante por las cañas!

¡Qué muda la virtud por el prudente!

¡Qué redundante y llena de ruido

Por el vano, ambicioso y aparente!

Quiero imitar al pueblo en el vestido,
En las costumbres solo á los mejores,
Sin presumir de roto y mal ceñido.

No resplandezca el oro y los colores

En vuestro traje, ni tampoco sea
Igual al de los dóricos cantores.

Una mediana vida yo posea,
Un estilo común y moderado,
Que no lo note nadie que lo vea.

En el plebeyo barro mal tostado
Hubo ya quien bebió tan ambicioso
Como en el vaso múricepreciado;

Y alguno tan ilustre y generoso,
Que usó, como si fuera plata neta,
Del cristal trasparente y luminoso.

¿Sin la templanza viste tu perfeta
Alguna cosa? ¡Oh muerte, ven callada,
Como sueles venir en la saeta!

No en la tronante máquina preñada
De fuego y de rumor; que no es mi puerta
De doblados metales fabricada.

Así, Fabio, me muestra descubierta
Su esencia la virtud; y mi albedrío
Con ella se compone y se concierta.

No te burles de ver cuánto confío,
Ni al arte de decir vana y pomposa
El ardor le atribuyas de este brio.

¿Es por ventura menos poderosa
Que el vicio la virtud? ¿Es menos fuerte?
No la arguyas de flaca y temerosa.

La codicia en las manos de la suerte
Se arroja al mar; la ira á las espadas,
Y la ambición se ríe de la muerte:

¿Y no serán siquiera tan osadas
Las opuestas acciones, si las miro
De más ilustres genios ayudadas?

Ya, dulce amigo, huyo y me retiro
De cuanto simple amé: rompí los lazos:
Ven y verás al alto fin que aspiro,
Antes que el tiempo muera en nuestros brazos.

ANDRÉS FERNÁNDEZ ANDRADA. (1)

(1) Hasta ahora ha venido atribuyéndose esta composición á Rioja.

À CLAUDIO

EL FILOSOFASTRO.

Ayer Don Ermeguncio, aquel pedante,
Locuaz declamador, á verme vino
En punto de las diez. Si de él te acuerdas,
Sabrás que no tan solo es importuno,
Presumido, embrollón, sino que á tantas
Gracias añade la de ser goloso
Más que el perro de Filis. No te puedo
Decir con cuántas indirectas frases,
Y tropos elegantes y floridos,
Me pidió de almorzar. Cedi al encanto
De su elocuencia, y vieras conducida
Del rústico gallego que me sirve,
Ancha bandeja con tazón chinesco
Rebosando de hirviente chocolate
(Á tres pajes hambrientos y golosos
Ración cumplida), y en cristal luciente
Agua que serenó barro de Andújar;
Tierno y sabroso pan, mucha abundancia
De leves tortas y bizcochos duros,
Que toda absorben la poción suave
De soconusco, y su dureza pierden.
No con tanto placer el lobo hambriento
Mira la enferma res que en solitario
Bosque perdió el pastor, como el ayuno
Huésped el don que le presento opimo.
Antes de comenzar el gran destrozo,
Altos elogios hizo del fragante
Aroma que la taza despedía,
Del esponjoso pan, de los dorados
Bollos, del plato, del mantel, del agua;
Y empieza á devorar. Más no presumas
Que por eso calló; diserta y come,
Engulle y grita, fatigando á un tiempo
Estómago y pulmón. ¡Qué cosas dijo!
¡Cuánta doctrina acumuló, citando,
Vengan al caso ó no, godos y etruscos!

Al fin en ronca voz: «¡Oh edad nefanda!
¡Vicios abominables! ¡Oh costumbres!
¡Oh corrupción!» exclama; y de camino
Dos tortas se tragó. «¡Que á tanto llegue
Nuestra depravación, y un placer solo
Tantos afanes y dolor produzca
Á la oprimida humanidad! Por este
Sorbo llenamos de miseria y luto
La América infeliz; por él Europa,
La culta Europa en el Oriente usurpa
Vastas regiones, porque puso en ellas
Naturaleza el cinamomo ardiente.
Y para que más grato el gusto adule
Este licor, en duros eslabones
Hace gemir al atezado pueblo
Que en África compró, simple y desnudo
¡Oh, que abominación!» Dijo; y llorando
Lágrimas de dolor, se echó de un golpe
Cuanto en el hondo canjilón quedaba.

Claudio, si tu no lloras, pues la risa
Llanto causa también, de mármol eres;
Que es mucha erudición; celo muy puro,
Mucho prurito de censura estóica.
El de mi hùesped; y este celo, y esta
Comezón docta, es general locura
Del filosofador siglo presente.
Más difíciles somos y atrevidos
Que nuestros padres, más innovadores,
Pero mejores no. Mucha doctrina
Poca virtud. No hay picarón tramposo,
Venal, entremetido, disoluto,
Infame delator, amigo falso,
Que no ejerza autoridad censoria
En la Puerta del Sol, y allí gobierne
Los estados del mundo; las costumbres,
Los ritos y las leyes mude y quite.
Prócuro, que se viste y calza y come
De calumniar y de mentir, publica
Centones de moral, Nevio, que puso
Pleito á su madre y la encerró por loca,

Dice que ya la autoridad paterna
Ni apoyos tiene ni vigor, y nace
La corrupción de aquí. Zenón, que trata
De no pagar á su pupila el dote,
Habiéndola comido el patrimonio
Que en su mano rapáz la ley le entrega,
Dice que no hay justicia, y se conduele
De que la probidad es nombre vano.
Rufino, que vendió por precio infame
Las gracias de su esposa, solicita
Una insignia de honor. Camilo apunta
Cien onzas, mil, á la mayor de espadas,
En ilustres garitos disipando
La sangre de sus pueblos infelices;
Y habla de patriotismo.... Claudio, todos.
Predican ya virtud como el hambiento
Don Ermeguncio cuando sorbe y llora...
¡Dichoso aquel que la practica y calla!

LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN.

POESÍA LÍRICA.

HIMNOS.

HIMNO PATRIÓTICO CON MOTIVO DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

MOTE.

Vivir en cadenas,
¡Cuán triste vivir!
Morir por la patria
¡Qué bello morir!
Partamos al campo;
Que es gloria el partir,
La trompa guerrera
Nos llama á la lid;
La patria oprimida,
Con ayes sin fin
Convoca á sus hijos
Los ecos oid.

¡Quién es el cobarde,
De sangre tan vil
Que en rabia no siente
Sus venas hervir!
¡Quién rinde sus sienas
Á un yugo servil,
Viviendo ¡entre esclavos,
Odioso vivir!

Placeres, halagos,
Quedaos á servir,
Á pechos indignos
De honor varonil:
Que el hierro es quien solo

Sabrà redimir
De afrenta al que libre
Juró ya vivir.

Adios, hijos tiernos
Cual flores de Abril;
Á dios, dulce lecho
De esposa gentil;
Los brazos que en llanto
Bañáis al partir,
Sangrientos con honra
Veréislos venir.

Mas tiemble el tirano
Del Ebro y del Rhin,
Si un astro á los buenos
Proteje feliz.
Si el hado es adverso,

Sabremos morir.....
Morir por Fernando,
Y eternos vivir.

Sabrà el suelo patrio
De rosas cubrir
Los huesos del fuerte
Que espire en la lid:
Mil ecos gloriosos
Dirán: yace aqui
Quien fué su divisa
Triunfar ó morir.

CORO.
Vivir en cadenas
¡Cuán triste vivir!
Morir por la patria
¡Qué bello morir!

JUAN BAUTISTA ARRIAZA.

Al Sol.

Para y óyeme ¡oh Sol! yo te saludo
Y estático ante ti me atrevo á hablarte,
Ardiente como tú mi fantasia,
Arrebatada en ansia de admirarte
Intrépidas á ti sus alas guía.
¡Ojalá que mi acento poderoso
Sublime resonando
Del trueno pavoroso
La temerosa voz sobrepujando,
¡Oh Sol! á ti llegara
Y en medio de tu curso te parara!
¡Ah! Si la llama que mi mente alumbra
Diera también su ardor á mis sentidos,
Al rayo vencedor que los deslumbra
Los anhelantes ojos alzaría,
Y en tu semblante fúlgido, atrevidos
Mirando sin cesar los fijaría.
¡Cuánto siempre te amé, Sol refulgente!
¡Con qué sencillo anhelo
Siendo niño inocente

Seguirte ansiaba en el tendido cielo,
Y estático te vía
Y en contemplar tu luz me embebecía!
De los dorados límites de Oriente
Que ciñe el rico en perlas Océano,
Al término sombroso de Occidente.
Las orlas de tu ardiente vestidura
Tiendes en pompa, augusto soberano,
Y el mundo bañas con tu lumbre pura.
Vivido lanzas de tu frente el día,
Y alma y vida del mundo,
Tu disco en paz majestuoso envía,
Plácido ardor fecundo,
Y te elevas triunfante
Corona de los orbes centellante.
Tranquilo subes del cenit dorado
Al regio trono en la mitad del cielo,
De vivas llamas y esplendor ornado;
Y reprimes tu vuelo:
Y desde allí tu fúlgida carrera
Rápido precipitas,
Y tu rica encendida cabellera
En el seno del mar trémulo agitas,
Y tu esplendor se oculta
Y el ya pesado día
Con otros mil la eternidad sepulta.
¡Cuántos siglos en fin! ¡Cuántos has visto
En su abismo insondable desplomarse!
¡Cuánta pompa, grandeza y poderío
De imperios populosos disiparse!
¿Que fueron ante ti? Del bosque umbrío
Secas y leves hojas desprendidas,
Que en círculo se mecen
Y al furor de Aquilón desaparecen.
Libre tú de la cólera divina,
Viste anegarse el universo entero
Cuando las aguas por Jehová lanzadas
Impelidas del brazo justiciero
Y á mares por los vientos despeñadas,
Bramó la tempestad: retumbó en torno

El ronco trueno, y con temblor crugieron
Los ejes de diamante de la tierra;
Montes y campos fueron
Alborotada mar, tumba del hombre;
Se estremeció el profundo;
Y entonces tu como señor del mundo
Sobre la tempestad tu trono alzabas
Vestido de tinieblas,
Y tu faz engreías,
Y á otros mundos en paz resplandecias:
Y otra vez nuevos siglos
Viste llegar, huir, desvanecerse
En remolino eterno, cual las olas
Llegan, se agolpan, y huyen del Océano,
Y tornan otra vez á sucederse
Mientras inmutable tú, solo, radiante
¡Oh Sol! Siempre te elevas
Y edades mil y mil huellas triunfante.
¿Y habrás de ser eterno, inestinguible,
Sin que nunca jamás tu inmensa hoguera
Pierda su resplandor siempre incansable
Audáz siguiendo tu inmortal carrera,
Hundirse las edades contemplando,
Y solo, eterno, perenal, sublime,
Monarca poderoso, dominando?
No; que también la muerte,
Si de lejos te sigue,
No menos anhelante te persigue.
¿Quién sabe si tal vez pobre destello
Eres de otro Sol, que otro universo
Mayor que el nuestro, un día
Con noble resplandor esclarecía?
Goza tu juventud y tu hermosura
¡Oh Sol! que cuando el pavoroso día
Llegue que el orbe estalle y se desprenda
De la potente mano
Del Padre Soberano,
Y allá á eternidad también descienda,
Deshecho, en mil pedazos destrozado
Y en piélagos de fuego

Envuelto para siempre, y sepultado;
De cien tormentas al horrible estruendo
De tinieblas sin fin tu llama pura
Entonces morirá; noche sombría
Cubrirá eterna la celeste cumbre,
Ni aun quedará reliquia de tu lumbre.

JOSÉ ESPRONCEDA.

ODAS.

ODAS SAGRADAS.

Á la Ascensión del Señor.

¿Y dejas, Pastor santo,
Tu grey en este valle hondo, oscuro,
Con soledad y llanto,
Y tu, rompiendo el puro
Aire, te vas al inmortal seguro?
Los antes bienhadados
Y los agora tristes y afligidos,
Á tus pechos criados,
De ti desposeidos,
¿Á do convertirán ya sus sentidos?
¿Que mirarán los ojos
Que vieron de tu rostro la hermosura,
Que no les sea enojos?
Quién oyó tu dulzura,
¿Que no tendrá por sordo y desventura?
Aqueste mar turbado
¿Quién le pondrá ya freno? ¿Quién concierto
Al viento fiero airado,
Estando tu cubierto?
¿Qué norte guiará la nave al puerto?
¡Ay! nube envidiosa
Aun de este breve gozo ¿qué te quejas?

¿Do vuelas presurosa?
¡Cuán rica tu te alejas!
¡Cuán pobres y cuán ciegos ¡ay! nos dejas?

FRAY LUIS DE LEÓN.

Á la muerte de Jesús.

¿Y eres tú el que, velando
La excelsa Majestad en nube ardiente,
Fulminaste en Siná? Y el impio bando,
Que eleva contra tí la osada frente,
¿Es el que oyó medroso
De tu rayo el estruendo fragoroso?

Mas ora abandonado

¡Ay! pendes sobre el Golgotha, y al cielo
Alzas gimiendo el rostro lastimado;
Cubre tus bellos ojos mortal velo,
Y tu luz extinguida,
En amargo suspiro das la vida.

Asi el amor lo ordena,

Amor más poderoso que la muerte;
Por él de la maldad sufre la pena
El Dios de las virtudes, y león fuerte
Se ofrece al golpe fiero
Bajo el vellón de cándido cordero.

¡Oh víctima preciosa

Ante siglos de siglos degollada!
Aun no ahuyentó la noche pavorosa
Por vez primera el alba nacarada,
Y hostia del amor tierno,
Moriste en los decretos del Eterno.

¡Ay! ¡quien podrá mirarte,

Oh paz, oh gloria del culpado mundo!
¿Que pecho empedernido no se parte
Al golpe acerbo del dolor profundo,
Viendo que en la delicia
Del gran Jehová descarga su justicia?
¿Quién abrió los raudales

De esas sangrientas llagas, amor mio?
¿Quién cubrió tus mejillas celestiales
De horror y palidez? ¿Cuál brazo impio
Á tu frente divina

Ciñó corona de punzante espina?

Cesad, cesad, crueles;

Al santo perdonad, muera el malvado.

Si sois de un justo Dios ministro fieles,

Caiga la dura pena en el culpado:

Si la impiedad os guía

Y en la sangre os cebais, verted la mia.

Mas ¡ay! que eres tú solo

La víctima de paz que el hombre espera.

Si del Oriente al escondido polo

Un mar de sangre criminal corriera,

Ante Dios irritado,

No expiación, fuera pena del pecado.

Que no, cuando del cielo

Su cólera en diluvios descendia,

Y á la maldad que dominaba el suelo

Y las malvadas gentes envolvía,

De la diestra potente

Depuso Sabaoth su espada ardiente.

Venció la excelsa cumbre

De los montes el agua vengadora:

El Sol, amortecida la alba lumbre

Que el firmamento rápido colora,

Por la esfera sombría

Cual pálido cadaver discurría.

Y no el ceño indignado

De su semblante descogió el Eterno:

Mas ya, Dios de venganzas, tu hijo amado,

Domador de la muerte y del averno,

Tu cólera infinita

Extinguir en su sangre solicita.

¿Oyes, oyes cual clama:

Padre de amor, ¿porqué me abandonaste?

Señor, extingue la funesta llama,

Que en tu furor al mundo derramaste:

De la acerba venganza

Que sufre el justo nazca la esperanza.

¿No veis cómo se apaga

El rayo entre las manos del Potente?

Ya de la muerte la tiniebla vaga

Por el semblante de Jesús doliente;

Y su triste gemido

Oye el Dios de las iras complacido.

Ven, angel de la muerte:

Esgrime, esgrime la fulminea espada,

Y el último suspiro del Dios fuerte,

Que la humana maldad deja espiaada,

Suba al solio sagrado,

Do vuelva en padre tierno al indignado.

Rasga tu seno ¡oh tierra!

Rompe ¡oh templo! tu velo. Moribundo

Yace el Criador; mas la maldad aterra,

Y un grito de furor lanza el profundo.

Muere!!... Gemid, humanos:

Todos en él pusisteis vuestras manos.

ALBERTO DE LISTA.

ODAS HEROICAS.

Á la Batalla de Lepanto.

Cantemos al Señor, que en la llanura

Venció del ancho mar al Trace fiero:

Tú, Dios de las batallas, tu eres diestra,

Salud y gloria nuestra.

Tu rompiste las fuerzas y la dura

Frente de Faraón, feróz guerrero:

Sus escogidos príncipes cubrieron

Los abismos del mar, y descendieron

Cual piedra en el profundo, y tu ira luego

Los tragó como arista seca el fuego.

El soberbio tirano, confiado

En el grande aparato de sus naves,

Que de los nuestros la cerviz cautiva,
Y las manos aviva
Al ministerio injusto de su estado,
Derribó con los brazos suyos graves
Los cedros más excelsos de la cima;
Y el arbol que más yerto se sublima,
Bebiendo ajenas aguas, y atrevido
Pisando el bando nuestro y defendido.

Temblaron los pequeños, confundidos
Del impío furor suyo; alzó la frente
Contra tí, Señor Dios, y con semblante
Y con pecho arrogante,
Y los armados brazos extendidos,
Movió el airado cuello aquel potente;
Cercó su corazón de ardiente saña
Contra las dos Hesperias que el mar baña;
Porque en tí confiadas le resisten,
Y de armas de tu fe y amor se visten.

Dijo aquel insolente y desdeñoso:
«¿No conocen mis iras estas tierras
Y de mis padres los ilustres hechos?
¿O valieron sus pechos
Contra ellos con el húngaro medroso,
Y de Dalmacia y Rodas en las guerras?
¿Quién los pudo librar? ¿Quién de sus manos
Pudo salvar los de Austria y los germanos?
¿Podrá su Dios, podrá por suerte ahora
Guardarlos de mi diestra vencedora?

Su Roma, temerosa y humillada,
Los cánticos en lágrimas convierte:
Ella y sus hijos tristes mi ira esperan,
Cuando vencidos mueran.
Francia está con discordia quebrantada,
Y en España amenaza horrible muerte,
Quien honra de la luna las banderas;
Y aquellas en las guerras gentes fieras
Ocupadas están en su defensa;
Y aun que nó, ¿quién hacerme puede ofensa?

Los poderosos pueblos me obedecen,
Y el cuello con su daño al yugo inclinan,

Y me dan por salvarse ya la mano,
Y su valor es vano,
Que sus luces cayendo se oscurecen
Sus fuertes á la muerte ya caminan,
Sus vírgenes están en cautiverio,
Su gloria ha vuelto al cetro de mi imperio.
Del Nilo á Eufrates fertil é Istro frio,
Cuando el Sol alto mira todo es mio. •

Tú, Señor, que no sufres que tu gloria
Usurpe quien su fuerza osado estima,
Prevaleciendo en vanidad y en ira,
Este soberbio mira,
Que tus aras afea en su victoria;
No dejes que los tuyos así oprima,
Y en sus cuerpos, cruel, las fieras cebe,
Y en su esparcida sangre el odio pruebe,
Que hechos ya su oprobrio, dice: «¿Dónde
El Dios de estos está? ¿De quién se esconde?»

Por la debida gloria de tu nombre,
Por la justa venganza de tu gente,
Por aquel de los míseros gemido,
Vuelve el brazo tendido
Contra este que aborrece ya ser hombre,
Y las honras que celas tú consiente;
Y tres y cuatro veces el castigo
Esfuerza con rigor á tu enemigo,
Y la injuria á tu nombre cometida
Sea el hierro contrario de su vida.

Levantó la cabeza el poderoso
Que tanto odio te tiene: en nuestro estrago
Juntó el consejo, y contra nos pensaron
Los que en él se hallaron.

«Venid, dijeron; y en el mar ondo
Hagamos de su sangre un grande lago:
Deshagamos á estos de la gente,
Y el nombre de su Cristo juntamente;
Y dividiendo en ellos los despojos,
Hártense en muerte suya nuestros ojos. •

Vinieron de Asia y portentosa Egipto
Los árabes y leves africanos,

Y los que Grecia junta mal con ellos,
Con los erguidos cuellos,
Con gran poder y número infinito;
Y prometer osaron con sus manos
Encender nuestros fines, y dar muerte
Á nuestra juventud con hierro fuerte,
Nuestros niños prender y las doncellas,
Y la gloria manchar y la luz de ellas.

Ocuparon del piélago los senos,
Puesta en silencio y en temor la tierra,
Y cesaron los nuestros valerosos,
Y callaron dudosos;

Hasta que al fiero ardor de sarracenos,
El Señor eligiendo nueva guerra,
Se opuso el joven de Austria generoso
Con el claro español y belicoso;
Que Dios no sufre ya en Babel cautiva
Que en Sión querida siempre viva.

Cual león á la presa apercebido
Sin recelo los impíos esperaban
Á los que tú, Señor, eras escudo;
Que el corazón desnudo
De pavor, y de fé y amor vestido,
Con celestial aliento confiaban.
Sus manos á la guerra compusiste,
Y sus brazos fortísimos pusiste,
Con el arco acerado, y con la espada
Vibraste en su favor la diestra armada.

Turbáronse los grandes, los robustos
Rindiéronse temblando, y desmayaron;
Y tu entregaste, Dios, como la rueda,
Como la arista queda

Al impetu del viento á estos injustos,
Que mil huyendo de uno se pasmaron.
Cual fuego abrasa selvas, cuya llama
En las espesas cumbres se derrama,
Tal en tu ira y tempestad seguiste,
Y su faz de ignominia convertiste.

Quebrantaste al cruel dragón, cortando
Las alas de su cuerpo temerosas

Y sus brazos terribles no vencidos;
Que con hondos gemidos
Se retira á su cueva do silbando
Tiembla con sus culebras venenosas,
Lleno de miedo torpe sus entrañas,
De tu león temiendo las hazañas;
Que, saliendo de España, dió un rugido,
Que lo dejó asombrado y aturdido.

Hoy se vieron los ojos humillados
Del sublime varón y su grandeza,
Y tu solo, Señor, fuiste exaltado;
Que tu día es llegado,
Señor de los ejércitos armados,
Sobre la alta cerviz y su dureza,
Sobre derechos cedros y extendidos,
Sobre empinados montes y crecidos
Sobre torres y muros, y las naves
De Tiro que á los tuyos fueron graves.

Babilonia y Egipto amedrentada
Temerá el fuego y la asta violenta,
Y el humo subirá á la luz del cielo;
Y faltos de consuelo,
Con rostro oscuro y soledad turbada
Tus enemigos llorarán su afrenta.
Mas tu, Grecia, concorde á la esperanza
Egipcia y gloria de su confianza,
Triste, que á ella pareces, no temiendo
Á Dios, y á tu remedio no atendiendo,

Porque, ingrata, tus hijas adornaste
En adulterio infame á una impía gente
Que deseaba profanar tus frutos;
Y con ojos enjutos
Sus odiosos pasos imitaste,
Su aborrecida vida y mal presente.
Dios vengará sus iras en tu muerte;
Que llega á tu cerviz con diestra fuerte
La aguda espada suya; ¿quién, cuitada,
Reprimirá su mano desatada?

Mas tú, fuerza del mar, tu excelsa Tiro,
Que en tus naves estabas gloriosa,

Y el término espantabas de la tierra;
Y si hacías guerra,
De temor la cubrias con suspiro,
¿Cómo acabaste, fiera y orgullosa?
¿Quién pensó á tu cabeza daño tanto?
Dios, para convertir tu gloria en llanto
Y derribar tus ínclitos y fuertes,
Te hizo perecer con tantas muertes.

Llorad, naves del mar, que es destruida
Vuestra vana soberbia y pensamiento.
¿Quién ya tendrá de ti lástima alguna
Tu que sigues la luna,
Asia adúltera, en vicios sumergida?
¿Quién mostrará un liviano sentimiento?
¿Quién rogará por tí? que á Dios enciende
Tu ira, y la arrogancia que te ofende;
Y tus viejos delitos y mudanza
Han vuelto contra tí á pedir venganza.

Los que vieron tus brazos quebrantados
Y de tus pinos ir el mar desnudo,
Que sus ondas turbaron y llanura,
Viendo tu muerte oscura
Dirán, de tus estragos espantados:
¿Quién contra la espantosa tanto pudo?
El Señor, que mostró su fuerte mano
Por la fé de su príncipe cristiano,
Y por el nombre santo de su gloria
Á su España concede esta victoria.

Bendita, Señor, sea tu grandeza,
Que después de los daños padecidos,
Después de nuestras culpas y castigo
Rompiste al enemigo
De la antigua soberbia la dureza
Adórente, Señor, tus escogidos;
Confiese cuanto cerca el ancho cielo
Tu nombre ¡Oh nuestro Dios, nuestro consuelo!
Y la cerviz rebelde condenada
Perezca en bravas llamas abrasadas.

FERNANDO DE HERRERA.

La profecía del Tajo.

Folgaba el Rey Rodrigo
Con la hermosa Cava en la ribera
Del Tajo sin testigo;
El rio sacó fuera
El pecho y le habló de esta manera:
«En mal punto te goces,
Injusto forzador, que ya el sonido
Oigo ya, y las voces,
Las armas y el bramido
De Marte y de furor y ardor ceñido.
!Ay! esa tu alegría
Qué llantos acarrea, y esa hermosa
(Que vió el Sol en mal día)
Á España ¡ay! cuán llorosa
Y al cetro de los godos cuán costosa!
Llamas, dolores, guerras
Muertes, asolamiento, fieros males
Entre tus brazos cierras,
Trabajos inmortales
Á tí y á tus vasallos naturales;
Á los que en Constantina
Rompen el fértil suelo, á los que baña
El Ebro, á la vecina
Sansueña, á Lusitania,
Á toda la espaciosa y triste España.
Ya desde Cádiz llama
El injuriado Conde, á la venganza
Atento y no á la fama,
La bárbara pujanza,
En quién para tu daño no hay tardanza.
Oye que al cielo toca
Con temeroso son la trompa fiera,
Que en África convoca
El moro á la bandera,
Que al aire desplegada va ligera.
La lanza ya blande

El árabe cruel, y hiere el viento
Llamando á la pelea;
Innumerable cuento
De escuadras juntas veo en un momento.

Cubre la gente el suelo,
Debajo de las velas desaparece
La mar, la voz al cielo
Confusa y varia crece,
El polvo roba el día y le oscurece.

¡Ay, que ya presurosas
Suben las largas naves! ¡ay, que tienden
Los brazos vigorosos
Á los remos, y encienden
Las mares espumosas por do hienden!

El Eolo derecho
Hincha la vela en popa, y larga entrada
Por el herculeo estrecho
Con la punta acerada
El gran padre Neptuno da á la armada.

¡Ay triste! ¿Y aún te tiene
El mal dulce regazo, ni llamado
Al mal que sobreviene
No corres? ¿Ocupado
No ves ya el puerto á Hércules sagrado?

Acude, corre, vuela,
Traspasa la alta sierra, ocupa el llano
No perdones la espuela,
No des paz á la mano,
Menea fulminando el hierro insano.

¡Ay cuánto de fatiga!
¡Ay cuánto de dolor está presente
Al que viste loriga,
Al infante valiente,
Á hombres y á caballos juntamente!

Y tú, Betis divino,
De sangre ajena y tuya mancillado
Darás al mar vecino
¡Cuánto yelmo quebrado,
Cuánto cuerpo de nobles destrozado!

El furibundo Marte

Cinco veces la haces desordena
Igual á cada parte,
La sexta ¡ay! te condena
!Oh cara pátria!... á bárbara cadena.

FRAY LUIS DE LEÓN.

Á la Invención de la Imprenta.

¿Será que siempre la ambición sangrienta
Ó del solio el poder pronuncie solo,
Cuando la trompa de la fama alienta
Vuestro divino labio, hijos de Apolo?
¿No os da rubor? El don de la alabanza,
La hermosa luz de la brillante gloria,
¿Serán tal vez del nombre á quien daría
Eterno oprobio ó maldición la historia?
¡Oh despertad: el humilde acento
Con majestad no usada
Suba á las nubes penetrando el viento;
Y si quereis que el universo os crea
Dignos del lauro en que ceñís la frente,
Que vuestro canto enérgico y valiente
Digno también del universo sea.

No los aromas del loor se vieron
Vilmente degradados
Así en la antigüedad; siempre las aras
De la invención sublime,
Del génio bienhechor los recibieron.
Nace Saturno, y de la madre tierra
El seno abriendo con el fuerte arado,
El precioso tesoro
De vivifica mies descubre al suelo,
Y grato el canto le remonta al cielo,
Y Dios le nombra de los siglos de oro.
¿Dios no fuiste también tú, que allá un día
Cuerpo á la voz y al pensamiento diste,
Y trazándola en letras, detuviste
La palabra velóz que ántas huía?

Sin ti se devoraban
Los siglos á los siglos, y á la tumba
De un olvido eternal yertos bajaban,
Tu fuiste: el pensamiento
Miró ensanchar la limitada esfera
Que en su infancia fatal le contenía.
Tendió las alas, y arribó á la altura
De do escuchar la edad que antes viniera,
Y hablar ya pudo con la edad futura.
¡Oh gloriosa ventura!

Goza, genio inmortal, goza tú solo
Del himno de alabanza y los honores
Que á tu invención magnífica se deben:
Contéplala brillar; y cual si sola
Á ostentar su poder ella bastára,
Por tanto tiempo reposar natura
De igual prodigio al universo avaro.

Pero al fin sacudiéndose, otra prueba
La plugo hacer de si, y el Rhin helado
Nacer vió á Guttenberg. «¿Con que es en vano
Que el hombre al pensamiento
Alcanzase escribiéndole á dar vida,
Si desnudo de curso y movimiento
En letargosa oscuridad se olvida?
No basta un vaso á contener las olas
Del férvido Oceano,
Ni en solo un libro dilatarse pueden
Los grandes dones del ingenio humano:
¿Qué les falta? ¿Volar? Pues si á natura
Un tipo basta á producir sin cuento
Seres iguales, mi invención la siga,
Que en ecos mil y mil sienta doblarse
Una misma verdad, y que consiga
Las alas de la luz al desplegarse.»

Dijo, y la imprenta fué; y en un momento.
Vieras la Europa atónita, agitada
Con el estruendo sordo y formidable
Que hace sañudo el viento
Soplando el fuego asolador que encierra
En sus cavernas lóbregas la tierra.

¡Ay del alcázar que al error fundaron
La estúpida ignorancia y tiranía!
El volcán reventó, y á su porfía
Los soberbios cimientos vacilaron.
¿Que es del mostruo, decid, inmundo y feo
Que abortó el dios del mal, y que insolente
Sobre el despedazado Capitolio
Á devorar el mundo impunemente
Osó fundar su abominable sólio?

Dura, sí; mas su inmenso poderío
Desplomándose va; pero su ruina
Mostrará largamente sus estragos.
Asi torre fortísima domina
La altiva cima de fragosa sierra:
Su albergue en ella y su defensa hicieron
Los hijos de la guerra,
Y en ella su pujanza arrebatada
Rugiendo los ejércitos rompieron.
Después abandonada,
Y del silencio y soledad sitiada,
Conserva, aunque ruinosa, todavía
La aterradora faz que antes tenía.
Mas llega el tiempo, y la estremece, y cae;
Cae, los campos gimen
Con los rotos escombros, y entre tanto
Es escarnio y baldón de la comarca
La que antes fué su escándalo y espanto.

Tal fué el lauro primero que las sienes
Ornó de la razón, mientras osada,
Sedienta de saber la inteligencia,
Abarca el universo en su gran vuelo.
Levántase Copérnico hasta el cielo,
Que un velo impenetrable antes cubría,
Y allí contempla el eternal reposo
Del astro luminoso
Que da á torrentes su esplendor al día.
Siente bajo su planta Galileo
Nuestro globo rodar, la Italia ciega
Le da por premio un calabozo impio,
Y el globo en tanto sin cesar navega

Por el piélago inmenso del vacío,
Y navegan con él impetuoso,
Á modo de relampagos huyendo,
Los astros rutilantes; mas lanzado
Velóz el genio de Newton tras ellos,
Los sigue, los alcanza
Y á regular se atreve

El grande impulso que sus orbes mueve.

«¡Ah! ¿qué te sirve conquistar los cielos,
Hallar la ley en que sin fin se agitan
La atmósfera y el mar, partir los rayos
De la impalpable luz, y hasta en la tierra
Cavar y hundirte, y sorprender la cuna
Del oro y del cristal? Mente ambiciosa,
Vuélvete al hombre.» Ella volvió, y furiosa
Lanzó su indignación en sus clamores.

«Con que el mundo moral todo es horrores!

¡Con que la atroz cadena
Que forjó en su furor la tiranía,
De polo á polo inexorable suena,
Y los hombres condena
De la vil servidumbre á la agonía!
!Oh! no sea tal!» Los déspotas lo oyeron,
Y el cuchillo y el fuego á la defensa
En su diestra nefaria apercibieron.

¡Oh insensatos! ¿que haceis? Esas hogueras
Que á devorarme horrible se presentan,
Y en arrancarme á la verdad porfian,
Fanales son que á su esplendor me guian,
Antorchas son que su victoria ostentan.
En su amor anhelante

Mi corazón estático la adora,
Mi espíritu la ve, mis pies la siguen.
No: ni el hierro ni el fuego amenazante
Posible es ya que á vacilar me obliguen.
¿Soy dueño por ventura

De volver el pié á tras? Nunca las ondas
Tornan del Tajo á su primera fuente
Si una vez hácia el mar se arrebataron:
Las sierras, los peñascos su camino

Se cruzan á atajar; pero es en vano;
Que el vencedor destino
Las impele bramando al Oceano.

Llegó pues el gran día
En que un mortal divino, sacudiendo
De entre la mengua universal la frente,
Con voz omnipotente
Dijo á la faz del mundo: «El hombre es libre.»
Y esta sagrada aclamación saliendo,
No en los estrechos límites hundida
Se vió de una región; el eco grande
Que inventó Guttenberg la alza en sus alas;
Y en ellas conducida,
Se mira en un momento
Salvar los montes, recorrer los mares,
Ocupar la extensión del vago viento;
Y sin que el trono ó su furor la asombre,
Por todas partes el valiente grito
Sonar de la razón: «Libre es el hombre.»

Libre, sí, libre ¡oh dulce voz! Mi pecho
Se dilata escuchándote, y palpita,
Y el numen que me agita,
De tu sagrada inspiración henchido,
Á la región olímpica se eleva,
Y en sus alas flamíferas me lleva.
¿Donde quedais, mortales,
Que mi canto escuchais? Desde esta cima
Miro al destino las ferradas puertas
De su alcázar abrir, el denso velo
De los siglos romperse, y descubrirse
Cuanto será. ¡Oh placer! No es ya la tierra
Ese planeta mísero en que ardieron
La implacable ambición, la horrible guerra.

Ambas gimiendo para siempre huyeron,
Como la peste y las borrascas huyen
De la afligida zona, que destruyen,
Si los vientos del polo aparecieron.
Los hombres todos su igualdad sintieron,
Y á recobrarla las valientes manos
Al fin con fuerza indómita movieron.

No hay ya ¡qué gloria! esclavos ni tiranos;
Que amor y paz el universo llenan,
Amor y paz por donde quier respiran,
Amor y paz sus ámbitos resuenan;
Y el Dios del bien sobre su trono de oro
El cetro eterno por los aires tiende;
Y la serenidad y la alegría
Al orbe que defiende
En raudales benéficos envía.

¿No la veis? ¿No la veis? ¿La gran columna,
El magnífico y bello monumento
Que á mi atónita vista centellea?
No son, no, las pirámides que al viento
Levanta la miseria en la fortuna
Del que renombre entre opresión granjea,
Ante él por siempre humea
El perdurable incienso
Que grato el orbe á Guttenberg tributa:
Breve homenaje á su favor inmenso.
¡Gloria á aquel que la estúpida violencia
De la fuerza aterró, sobre ella alzando
Á la alma inteligencia!
¡Gloria al que, en triunfo la verdad llevando,
Su influjo eternizó libre y fecundo!
¡Himnos sin fin al bienhechor del mundo!

MANUEL JOSÉ QUINTANA.

ODAS MORALES Y FILOSÓFICAS.

La vida del campo.

¡Qué descansada vida
La del que huye el mundanal ruido,
Y sigue la escondida
Senda, por donde han ido
Los pocos sábios que en el mundo han sido!
Que no le enturbia el pecho

De los soberbios grandes el estado,
Ni del dorado techo
Se admira, fabricado
Del sabio moro, en jaspes sustentado.
No cura si la fama
Canta con voz su nombre pregonera,
Ni cura si encarama
La lengua lisonjera
Lo que condena la verdad sincera.
¿Qué presta á mi contento,
Si soy del vano dedo señalado;
Si en busca de este viento
Ando desalentado
Con ansias vivas, con mortal cuidado?
¡Oh monte! ¡oh fuente! ¡oh rio!
¡Oh secreto seguro, deleitoso!
Roto casi el navío,
Á vuestro almo reposo
Huyo de aqúeste mar tempestuoso .
Un no rompido sueño,
Un dia puro, alegre, libre quiero;
No quiero ver el ceño
Vanamente severo
De á quien la sangre ensalza ó el dinero.
Despiértenme las aves
Con su cantar sabroso no aprendido;
No los cuidados graves
De que es siempre seguido
El que al ajeno arbitrio está atenido.
Vivir quiero conmigo,
Gozar quiero del bien que debo al cielo,
Á solas, sin testigo,
Libre de amor, de celo,
De odio, de esperanzas, de recelo.
Del monte en la ladera
Por mi mano plantado tengo un huerto,
Que con la primavera
De bella flor cubierto
Ya muestra en esperanza el fruto cierto.
Y como codiciosa

Por ver y acrecentar su hermosura,
Desde la cumbre airosa
Una fontana pura
Hasta llegar corriendo se apresura.

Y luego, sosegada,
El paso entre los árboles torciendo,
El suelo de pasada
De verdura vistiendo
Y con diversas flores va esparciendo.

El aire el huerto orea,
Y ofrece mil olores al sentido,
Los árboles menea
Con un manso ruido,
Que del oro y del cetro pone olvido.

Ténganse su tesoro
Los que de un falso leño se confían;
No es mio ver el lloro
De los que desconfían,
Cuando el Cierzo y Ábrego porfían.

La combatida antena
Cruje, y en ciega noche el claro día
Se torna; al cielo suena
Confusa vocería,
Y la mar enriquecen á porfía.

Á mí una pobrecilla
Mesa, de amable paz bien abastada,
Me basta; y la vajilla
De fino oro labrada
Sea de quien la mar no teme airada.

Y mientras miserable-
mente se están los otros abrasando
Con sed insaciable
Del peligroso mando,
Tendido yo á la sombra esté cantando.

Á la sombra tendido,
De hiedra y lauro eterno coronado,
Puesto el atento oído
Al son dulce, acordado,
Del plectro sábiamente meneado.

La Esperanza.

Alivia sus fatigas
El labrador cansado,
Cuando su yerta barba escarcha cubre,
Pensando en las espigas
Del Agosto abrasado
Y en los lagares ricos del Octubre;
La hoz se le descubre
Cuando el arado apaña,
Y con dulces memorias le acompaña.

Carga de hierro duro
Sus miembros, y se obliga
El joven al trabajo de la guerra:
Huye el ocio seguro;
Trueca por la enemiga
La dulce, natural y amiga tierra:
Mas cuando se destierra,
Ó al asalto acomete,
Mil triunfos y mil glorias se promete.

La vida al mar confia
Y á dos tablas delgadas
El otro, que del oro está sediento;
Escóndesele el día,
Y las olas hinchadas
Suben á combatir el firmamento:
Él quita el pensamiento
De la muerte vecina,
Y en el oro le pone y en la mina.

Deja el lecho caliente
Con la esposa dormida
El cazador solícito y robusto;
Sufre el cierzo inclemente,
La nieve endurecida;
Y tiene de su afán por premio justo
Interrumpir el gusto
Y la paz de las fieras,
En vano cautas, fuertes y ligeras.

Premio y cierto fin tiene
Cualquier trabajo humano,
Y el uno llama al otro sin tardanza:
El invierno entretiene
La opinión del verano,
Y un tiempo sirve al otro de templanza.
El bien de la esperanza
Solo quedó en el suelo,
Cuando todos huyeron para el cielo.
Si la esperanza quitas,
¿Qué le dejas al mundo?
Su máquina disuelves y destruyes,
Todo lo precipitas
En olvido profundo,
Y del fin natural, Flérida, huyes:
Si la cerviz rehuyes
De los brazos amados,
Qué premio piensas dar á los cuidados?
Amor en diferentes
Géneros dividido,
Él publica su fin, y quien le admite,
Todos los accidentes
De un amante atrevido,
Niéguelo ó disimúlelo, permite;
Limite, pues, limite
La avara resistencia;
Que dada la ocasión, todo es licencia.

LUPERCIO DE ARGENSOLA.

Tempestades.

Como produce estancamiento insano,
Si es duradera, la apacible calma,
Amo la tempestad embravecida,
Que esparce los efluvios de la vida
Al romper en los cielos ó en el alma.

El rugiente Océano,
Cuando le azotan roncros vendavales,
Se corona magnífico de espumas,

Cuaja en su seno perlas y corales
Y vida emana levantando brumas;
Y el pantano sereno,
Traidor oculto bajo verde lama,
Asilo es de reptil, y forma el cieno
Que impalpable, mortífero veneno
Por la tranquila atmósfera derrama.

 Cuando se tiende, como negro manto
En azul fluido,
Espesa nube, produciendo espanto,
Súbito el rayo rásgala encendido,
Resuena conmoción atronadora,
Y el nublado espantoso, estremecido,
En lluvia se deshace bienhechora.

 Cuando chocan las nubes en la mente
Vibra y relampaguea
Como rayo fulgente
La luminosa idea,
Con voz de trueno la palabra brota,
Y el nublado iracundo
Se deshace cayendo gota á gota
En lluvia de verdades sobre el mundo.

 En el fondo del mal el bien palpita;
El ánimo, enervado en los placeres,
Cobra en la adversidad fuerza infinita,
Y en el laboratorio de los seres
Todo aquello que ha muerto resucita,
La tormenta es presagio de bonanza;
Del desengaño nace la experiencia,
De la duda la ciencia
Y del triste infortunio la esperanza.
Un espinoso arbusto da la rosa;
Sale volando de la larva inerte
Como una alada flor la mariposa;
Brilla el iris en nube ennegrecida
Y bullen en el seno de la muerte
Los gérmenes fecundos de la vida.

La gloria es grande si la lucha es fuerte;
La estatua á golpe de cincel se labra,
La tierra con el hierro del arado,
Y el error de su altar cae desplomado
Al golpe inmaterial de la palabra.
El seno se desgarra al nacimiento;
La religión se prueba en el martirio;
La virtud es combate turbulento,
El genio tempestad, fiebre delirio;
Al soplo del símoun crecen las palmas,
Surgen de las borrascas las centellas,
Del incendio del caos las estrellas
Y el amor del incendio de las almas.

JOSÉ P. VELARDE.

ODAS ANAGREÓNTICAS.

La vida de la Aldea.

Unos pasan, amigo,
Estas noches de Enero
Junto al balcón de Cloris
Con lluvia, nieve y hielo;
Otros la pica al hombro,
Sobre murallas puestos,
Hambrientos y desnudos,
Pero de gloria llenos;
Otros al campo raso,
Las distancias midiendo
Que hay de Venus á Marte,
Que hay de Mercurio á Venus;
Otros en el recinto
De lúgubre aposento,
De Newton ó Descartes
Los libros revolviendo;
Otros contando ansiosos

Sus mal habidos pesos,
Atando y desatando
Los antiguos talegos.
Pero acá lo pasamos
Junto al rincón del fuego,
Asando unas castañas,
Ardiendo un tronco entero,
Hablando de las viñas,
Contando alegres cuentos,
Bebiendo grandes copas,
Comiendo buenos quesos;
Y á fe que de este modo
No nos importa un bledo
Cuanto enloquece á muchos,
Que serian muy cuerdos
Si hicieran en la corte
Lo que en la aldea hacemos.

JOSÉ CADALSO.

Al Viento.

Ven ¡plácido Favonio!
Y agradable recrea
Con soplo regalado
Mi lánguida cabeza.
Ven ¡oh vital aliento
Del año, de la bella
Aurora nuncio, esposa
Del alma primavera!
Ven ya, y entre las flores
Que tu llegada esperan,
Ledo susurra y vaga,
Y enamorado juega.
Empápate en su seno
De aromas y de esencias,
Y adula mis sentidos
Solicito con ellas.
Ó de este sauz pomposo
Bate las hojas frescas
Al ímpetu suave
De su ala lisonjera.
Luego á mi amable lira
Más bullicioso llega,
Y mil letrillas toca
Meciéndote en sus cuerdas.

No tardes, no, que crece
Del crudo sol la fuerza,
Y el ánimo desmaya,
Si tú el favor le niegas.
Limpia officioso, limpia
Con cariñosa diestra
Mi ardiente sien, y en torno
Con raudo giro vuela.
Yo regaré tus plumas
Con el alegre nectar
Que da la vid, cantando
Mi alivio y tu clemencia;
Asi el Abril te ria
Contino, asi las tiernas
Viólas cuando pases
Te besen halagüeñas;
Asi el rocío corra
Cual lluvia por su huella,
Y en globos cristalinos
Las rosas te lo ofrezcan.
Y asi cuando mi lira
Soplares, yo sobre ella
Á remedar me anime
Tus silvos y tus quejas.

JUAN MELÉNDEZ VALDÉS.

CANCIONES.

Á la flor de Guido.

Si de mi baja lira
Tanto pudiese el son, que en un momento
Aplacase la ira
Del animoso viento,
Y la furia del mar y el movimiento;
Y en ásperas montañas
Con el suave canto enterneciese
Las fieras alimañas,

Los árboles moviese,
Y al son confusamente los trajese;
No pienses que cantado
Sería de mí, hermosa flor de Gnido,
El fiero Marte airado,
Á muerte convertido,
De polvo y sangre y de sudor teñido;

Ni aquellos capitanes
En las sublimes ruedas colocados,
Por quien los alemanes,
El fiero cuello atados,
Y los franceses van domesticados.

Mas solamente aquella
Fuerza de tu beldad sería cantada,
Y alguna vez con ella
También sería notada
El aspereza de que estás armada;

Y como por ti sola,
Y por tu gran valor y hermosura,
Convertida en viola,
Llora su desventura
El miserable amante en su figura.

Hablo de aquel cautivo,
De quien tener se debe más cuidado,
Que está muriendo vivo,
Al remo condenado,
En la concha de Venus amarrado.

Por ti, como solía,
Del áspero caballo no corrige
La furia y gallardía,
Ni con freno le rige,
Ni con vivas espuelas ya le aflige.

Por ti, con diestra mano
No revuelve la espada presurosa,
Y en el dudoso llano
Huye la polvorosa
Palestra como sierpe ponzoñosa.

Por ti, su blanda musa,
En lugar de la cítara sonante,
Tristes querellas usa,

Que con llanto abundante,
Hacen bañar el rostro del amante.

Por ti, el mayor amigo
Le es importuno, grave y enojoso;
Yo puedo ser testigo,
Que ya del peligroso
Naufragio fui su puerto y su reposo.

Y ahora en tal manera
Vence el dolor á la razón perdida,
Que ponzoñosa fiera
Nunca fué aborrecida
Tanto como yo de él, ni más temida.

No fuiste tu engendrada
Ni producida de la dura tierra;
No debe ser notada,
Que ingratamente yerra
Quien todo el otro error de si destierra.

Hágate temerosa
El caso de Anajárete, y cobarde,
Que de ser desdeñosa
Se arrepintió muy tarde;
Y así su alma con su marmol arde.

Estábase alegrando
Del mal ajeno el pecho empedernido,
Cuando abajo mirando,
El cuerpo muerto vido
Del miserable amante allí tendido.

Y al cuello el lazo atado
Con que desenlazó de la cadena
El corazón cuitado,
Que con su breve pena
Compró la eterna punición ajena.

Sintió allí convertirse
En piedad amorosa el aspereza.

¡Oh tarde arrepentirse!

¡Oh última terneza!

¿Cómo te sucedió mayor dureza?

Los ojos se enclavaron
En el tendido cuerpo que allí vieron,
Los huesos se tornaron

Más duros y crecieron,
Y en si toda la carne convirtieron;
Las entrañas heladas
Tornaron poco á poco en piedra dura;
Por las veñas cuitadas
La sangre su figura
Iba desconociendo y su natura;
Hasta que finalmente,
En duro marmol vuelta y trasformada,
Hizo de si la gente
No tan maravillada
Cuanto de aquella ingratitude vengada.
No quieras tu, señora,
De Némesis airada las saetas
Probar, por Dios, ahora;
Baste que tus perfetas
Obras y hermosura á los poetas
Den inmortal materia,
Sin que también en verso lamentable
Celebren la miseria
De algún caso notable
Que por ti pase triste y miserable.

GARCILASO DE LA VEGA.

Á la Rosa.

Pura encendida rosa,
Émula de la llama,
Que sale con el día,
¿Como naces tan llena de alegría,
Si sabes que la edad que te dá el cielo,
Es apenas un breve y velóz vuelo?
Y ni valdrán las puntas de tu rama,
Ni tu púrpura hermosa,
Á detener un punto
La ejecución del hado presurosa.
El mismo cerco alado
Que estoy viendo riente,

Ya temo amortiguado,
Presto despojo de la llama ardiente.
Para las hojas de tu crespo seno
Te dió amor de sus alas blandas plumas,
Y oro de sus cabellos dió á tu frente.
¡Oh fiel imágen suya peregrina!
Bañóte en su color, sangre divina,
De la deidad que dieron las espumas.
¿Y esto, purpúrea flor, y esto nõ pudo
Hacer menos violento el rayo agudo?
Róbate en una hora,
Róbate licencioso su ardimiento
El color y el aliento:
Tiendes aun no las alas abrasadas,
Y ya vuelan al suelo desmayadas:
Tan cerca, tan unida
Está al morir tu vida,
Que dudo si en sus lágrimas la aurora
Mustia tu nacimiento ó muerte llora.

FRANCISCO DE RIOJA.

Canción del Pirata.

Con diez cañones por banda,
Viento en popa á toda vela,
No corta el mar, sino vuela
Un velero bergantín:
Bajel pirata que llaman
Por su bravura el *Temido*,
En todo mar conocido
Del uno al otro confin.
La luna en el mar riela,
En la lona gime el viento,
Y alza en blando movimiento
Olas de plata y azul:
Y ve el capitán pirata,
Sentado alegre en la popa,
Asia á un lado, al otro Europa,
Y allá á su frente Stambul.

«Navega, velero mio,
Sin temor,
Que mi enemigo navio,
Ni tormenta, ni bonanza
Tu rumbo á torcer alcanza,
Ni á sujetar tu valor.

•Veinte presas
Hemos hecho
Á despecho
Del inglés,
Y han rendido
Sus pendones
Cien naciones
Á mis piés.

*«Que es mi barco mi tesoro,
Que es mi Dios la libertad,
Mi ley la fuerza y el viento,
Mi única patria la mar.*

«Allá muevan feroz guerra
Ciegos reyes
Por un palmo más de tierra:
Que yo tengo aquí por mio
Cuanto abarca el mar bravo,
Á quien nadie impuso leyes.

«Y no hay playa,
Sea cualquiera,
Ni bandera
De esplendor,
Que no sienta
Mi derecho,
Y dé pecho
Á mi valor.

Que es mi barco mi tesoro, etc.

«A la voz de «¡barco viene!»
Es de ver
Como vira y se previene
Á todo trapo escapar:
Que yo soy el rey del mar,
Y mi furia es de temer.

En las presas
Yo divido
Lo cogido
Por igual:
Solo quiero
Por riqueza
La belleza
Sin rival.

Que es mi barco mi tesoro, etc.

«¡Sentenciado estoy á muerte!

Yo me rio:

No me abandone la suerte,
Y al mismo que me condena,
Colgaré de alguna entena,
Quizá en su propio navio.

«Y si caigo,

¿Que es la vida?

Por perdida

Ya la di,

Cuando el yugo

Del esclavo,

Como un bravo,

Sacudí.

«Que es mi barco mi tesoro, etc.

•Son mi música mejor

Aquilones:

El estrépito y temblor
De los cables sacudidos,
Del negro mar los bramidos,
Y el rugir de mis cañones.

Y del trueno

Al son violento,

Y del viento

Al rebramar,

Yo me duermo

Sosegado,

Arrullado

Por la mar.

*Que es mi barco mi tesoro,
Que es mi Dios la libertad,
Mi ley la fuerza y el viento,
Mi única patria la mar.*

JOSÉ ESPRONCEDA.

SONETOS.

Á un Sueño.

Imagen espantosa de la muerte,
Sueño cruel, no turbes más mi pecho,
Mostrándome cortado el nudo estrecho,
Consuelo solo de mi adversa suerte.

Busca de algún tirano el muro fuerte,
De jaspe las paredes, de oro el techo;
Ó el rico avaro en el augusto lecho
Haz que temblando con pavor despierte.

El uno vea el popular tumulto
Romper con furia las herradas puertas,
Ó al sobornado siervo el hierro oculto.

El otro sus riquezas descubiertas
Con llave falsa, ó con violento insulto;
Y *déjale al amor sus glorias ciertas.*

LUPERCIO DE ARGENSOLA.

Á una boca.

La dulce boca que á gustar convida
Un humor entre perlas destilado,
Y á no envidiar aquel licor sagrado,
Que á Júpiter ministra el garzón de Ida,

Amantes, no toqueis si quereis vida;
Porque entre un labio y otro colorado
Amor está, de su veneno armado,
Cual entre flor y flor sierpe escondida.

No os engañen las rosas que á la Aurora

Direis que, aljofaradas y olorosas,
Se le cayeron del purpúreo seno:
Manzanas son de Tántalo y no rosas,
Que después huyen del que incitan hora,
Y solo del amor queda el veneno.

LUIS DE GÓNGORA.

Á unas flores.

Estas que fueron pompa y alegría
Despertando al albor de la mañana,
Á la tarde serán lástima vana
Durmiendo en brazos de la noche fria.

Este matiz que al cielo desafia,
Iris listado de oro, nieve y grana
Será escarmiento de la vida humana;
¡Tanto se aprende en término de un día!

Á florecer las rosas madrugaron
Y para envejecerse florecieron;
Cuna y sepulcro en un botón hallaron.

Tales los hombres sus fortunas vieron:
En un día nacieron y espiraron;
Que pasados los siglos, horas fueron.

PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA.

Al túmulo levantado á las Honras de Felipe II en Sevilla.

¡Vive Dios! que me espanta esta grandeza,
Y que diera un doblón por describilla;
Porque ¿á quien no suspende y maravilla
Esta máquina insigne, esta riqueza?

Por Jesucristo vivo, cada pieza
Vale más de un millón; y que es mancilla
Que esto no dure un siglo, ¡oh gran Sevilla,
Roma triunfante en ánimo y nobleza!

Apostaré que el ánima del muerto,

Por gozar de este sitio, hoy ha dejado
El cielo, donde vive eternamente.

Esto oyó un valentón, y dijo: «es cierto
Cuanto dice voacé, seor soldado,
Y quien dijere lo contrario, miente,»

Y luego incontinente
Caló el chapeo, requirió la espada,
Miró al soslayo, fuése, y no hubo nada.

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

LETRILLAS.

AMOROSAS.

La Serranilla.

Moza tan fermosa
Non vi en la frontera
Como una vaquera
De la Finojosa.

Faciendo lá via
De Calatraveño
Á Santa María,
Vencido del sueño,
Por tierra fragosa
Perdi la carrera,
Do vi la vaquera
De la Finojosa.

En un verde prado
De rosas é flores,
Guardando ganado
Con otros pastores,
La vi tan fermosa
Que apenas creyera
Que fuese vaquera
De la Finojosa.

Non creo las rosas
De la primavera

Sean tan hermosas
Nin de tal manera,
Fablando sin glosa,
Si antes supiera
De aquella vaquera
De la Finojosa.

Non tanto mirara
Su mucha beldad,
Porque me dejara
En mi libertad;
Mas dije: Donosa,
Por saber quién era,
¿Donde es la vaquera
De la Finojosa?

Bien como riendo,
Dijo: «Bien vengades,
Que yo bien entiendo
Lo que demandades:
Non es deseosa
De amar, nin lo espera,
Aquesta vaquera
De la Finojosa

EL MARQUÉS DE SANTILLANA.

El amor ausente.

La más bella niña
De nuestro lugar,
Hoy viudita y sola
Y ayer por casar,
Viendo que sus ojos
Á la guerra van,
Á su madre dice
Que escucha su mal:

*Dejarme llorar
Orillas del mar.*

Pues me distes, madre,
En tan tierna edad
Tan corto el placer,
Tan largo el pesar,
Y me cautivastes
De quien hoy se va,
Y lleva las llaves
De mi libertad,
Dejadme llorar, etc.

En llorar conviertan
Mis ojos de hoy más
El sabroso oficio
Del dulce mirar;
Pues que no se pueden
Mejor ocupar,
Yéndose á la guerra
Quién era mi paz,
Dejadme llorar, etc.

No me pongais freno
Ni querais culpar;
Que lo uno es injusto,
Lo otro por demás:
Si me quereis bien
No me hagais mal;
Harto peor fuera
Morir y callar.

Dejadme llorar, etc.

Dulce madre mía,
¿Quién no llorará,
Aunque tenga el pecho
Como un pedernal?
Y no dará voces
Viendo marchitar
Los más verdes años
De mi mocedad?

Dejadme llorar, etc.

Váyanse las noches,
Pues ido se han
Los ojos que hacían
Los míos que velar;
Váyanse, y no vean
Tanta soledad,
Después que en mi lecho
Sobra la mitad.

*Dejadme llorar
Orillas del mar.*

LUIS DE GÓNGORA.

JOCOSA.

Da bienes fortuna
Que no están escritos;
*Cuando pitos, flautas
Cuando flautas, pitos.*
¡Cuan diversas sendas
Se suelen seguir
En el repartir
Las honras y haciendas!
Á unos da encomiendas.
Á otros sambenitos;
*Cuando pitos, flautas
Cuando flautas, pitos.*

Á veces despoja
De choza y apero

Al mayor cabrero;
Y á quien se le antoja
La cabra más coja
Parió dos cabritos;
*Cuando pitos, flautas
Cuando flautas, pitos,*

Porque en una aldea
Un pobre mancebo
Hurtó un solo huevo,
Al sol bambonea.
Y otro se pasea
Con cien mil delitós
*Cuando pitos, flautas
Cuando flautas, pitos.*

EL MISMO.

SATÍRICA.

¿Ves aquel señor graduado,
Roja borla, blanco guante,
Que nēmine discrepante
Fué en Salamanca aprobado?
Pues con su borla, su grado,
Cátedra, renta y dinero,
Es un grande majadero.

¿Ves servido un señorón
De pajes en gran carroza,
Que un rico título goza,
Porque acertó á ser varón?
Pues con su casa, blasón,
Título, coche y cochero
Es un grande majadero.

¿Ves al jefe blasonando
Qué tiene el cuero cosido
De heridas que ha recibido
Allá en Flandes batallando?
Pues con su escuadrón, su mando,
Su honor, heridas, acero,
Es un grande majadero.

¿Ves aquel paternidad
Tan grande y tan reverendo,
Qué en prior le está eligiendo
Toda su comunidad?
Pues con su gran dignidad,
Tan serio, ancho y tan entero,
Es un grande majadero.

¿Ves al juez con fiera cara
En su tribunal sentado,
Condenando al desdichado
Reo, que en sus manos para?
Pues con sus ministros, vara,
Audiencia y juicio severo,
Es un grande majadero.

¿Ves al que esta satirilla

**Escribe con tal denuedo,
Que no cede ni á Quevedo,
Ni á otro ninguno en Castilla?
Pues con su vena, letrilla,
Pluma, papel y tintero,
*Es mucho más majadero.***

JOSÉ IGLESIAS DE LA CASA.

EPIGRAMAS.

Á un mal predicador.

Dijiste contra el peinado
Mil cosas enardecido,
Contra las de ancho vestido
Y las de estrecho calzado;
Por eso alguno ha notado
Tu sermón de muy severo;
Pero que se engaña infiero,
Porque, olvidando tu oficio,
Sola la virtud y el vicio
Te dejaste en el tintero.

GASPAR MELCHOR DE JOVE-LLANOS.

Yo ví en París un peinado
De tanta sublimidad,
Qué llegó hacer vecindad
Con el ala de un tejado.
Dos gatos que en él reñían,
Luego que el tejado vieron,
Á reñir sobre él se fueron
Y abajo no lo sentían.

JOSÉ IGLESIAS DE LA CASA.

Ayer convidé á Torcuato:
Comió sopas y puchero,
Media pierna de carnero,
Dos gazapillos y un pato.

Dóile vino, y respondió:
—Tomadlo, por vuestra vida,
Qué hasta mitad de comida
No acostumbro á beber yo.

NICOLÁS FERNANDEZ DE MORATÍN.

ROMANCES.

CABALLERESCO.

La Infantina de Francia.

De Francia partió la niña,
De Francia la bien guarnida;
Ibase para Paris,
Do padre y madre tenia:
Errado lleva el camino,
Errada lleva la via:
Arrimárase á un roble
Por esperar compañía.
Vió venir un caballero
Que á Paris lleva la guia,
La niña desde lo vido
Desta suerte le decia:
—Si te place, caballero,
Llévesme en tu compañía.
—Pláceme, dijo, Señora,
Pláceme, dijo, mi vida.—
Apeóse del caballo
Por hacelle cortesia;
Puso la niña en las ancas,
Y subierase en la silla:
En el medio del camino
De amores la requería.
La niña desde lo oyera
Dijole con osadía:
—Tate, tate, caballero,

No hagais tal villanía;
Hija soy yo de un malato
Y de una malatia.—
El hombre que á mi llegase
Malato se tornaría.—
Con temor el caballero
Palabra no respondía,
Y á la entrada de Paris
La niña se sonreía.
—¿De qué os reis, mi señora?
¿De qué os reis vida mía?
—Riome del caballero,
Y de su gran cobardia,
¡Tener la niña en el campo,
Y catarle cortesía!—
Con vergüenza el caballero
Estas palabras decia:
—Vuelta, vuelta, mi señora,
Que una cosa se me olvida.—
La niña como discreta
Dijo:—Yo no volvería,
Ni persona, aunque valiese,
En mi cuerpo tocaria:
Hija soy del rey de Francia
Y la reina Constantina,
El hombre que á mi llegase
Muy caro le costaría.

ANÓNIMO.

HISTÓRICO.

Desafío del Cid con el Conde Lozano.

—Non es de sesudos homés,
Ni de infanzones de pró,
Facer denuesto á un fidalgo
Que es tenuto más que vos:
Non los fuertes barraganes

Del vuestro ardid tan feróz
Prueban en homes ancianos
El su juvenil furor:
No son buenas fechorias
Que los homes de León
Fieran en el rostro á un viejo,
Y no el pecho á un infanzón.
Cuidarais que era mi padre
De Lain Calvo sucesor,
Y que no sufren los tuertos
Los que han de buenos blasón,
Mas ¿como vos atrevisteis
Á un home, que solo Dios
Siendo yo su fijo, puede
Facer aquesto, otro non?
La su noble faz ñublaisteis
Con nube de deshonor;
Mas yo desfaré la niebla,
Que es mi fuerza la del Sol;
Que la sangre dispercude
Mancha que finca en la honor,
Y ha de ser, si bien me lembro,
Con sangre del malhechor,
La vuesa, Conde tirano,
Lo será, pues su fervor,
Os movió á desaguisado
Privándovos de razon.
Mano en mi padre pusisteis
Delante el rey con furor
Cuidá que lo denostasteis,
Y que soy su fijo yo.
Mal fecho fecisteis, Conde,
Yo vos reto de traidor,
Y catad si vos atiengo
Si me causarais pavor.
Diego Lainez me fizo
Bien cendrado en su crisol.
Probaré en vos mi fiereza
Y en vuesa falsa intención.
Non vos valdrá el ardimiento

De mañero lidiador,
Pues para vos combatir
Traigo mi espada y trotón.—
Aquesto al Conde Lozano
Dijo el buen Cid Campeador,
Qué después por sus fazañas
Este nombre mereció.
Dióle la muerte y vengóse,
La cabeza le cortó,
Y con ella ante su padre
Contento se afinójó.

ANÓNIMO.

MORISCO.

Desafío de Tarfe.

Si tienes el corazón
Zaide, como la arrogancia,
Y á medida de las manos
Dejas volar las palabras;
Si en la vega escaramuzas,
Como entre las damas hablas,
Y en el caballo revuelves
El cuerpo como en las zambras;
Si el aire de los bohordos
Tienes en jugar la lanza,
Y como danzas la toca,
Con la cimitarra danzas;
Si eres tan diestro en la guerra
Como en pasear la plaza,
Y como á fiestas te aplicas,
Te aplicas á la batalla;
Si como el galán ornato,
Usas la lucida malla,
Y oyes el son de la trompa,
Como el son de la dulzaina;
Si como en el regocijo
Tiras gallardo las cañas,

Y en el campo al enemigo
Le atropellas y maltratas;
Si respondes en presencia,
Como en ausencia te alabas,
Sal á ver si te defiendes
Como en el Alhambra agravias;
Y si no osas salir solo,
Como lo está el que te aguarda,
Algunos de tus amigos
Para que te ayuden saca;
Que los buenos caballeros
No en palacio ni entre damas
Se aprovechan de la lengua,
Qué es donde las manos callan;
Pero aqui que hablan las manos,
Ven, y verás como habla
El que delante del Rey
Por su respeto callaba.
Esto el moro Tarfe escribe
Con tanta cólera y rabia,
Que donde pone la pluma
El delgado papel rasga.
Y llamando á un paje suyo,
Le dijo: «Vete al Alhambra,
Y en secreto al moro Zaide
Da de mi parte esta carta;
Y dirásle que le espero
Donde las corrientes aguas
Del cristalino Genil
Al Generalife bañan.

ANÓNIMO.

PASTORIL.

Angélica y Medoro.

En un pastoral albergue,
Que la guerra entre unos robles
Lo dejó por escondido,

Ó lo perdonó por pobre;
Do la paz viste pellico
Y conduce entre pastores
Ovejas del monte al llano
Y cabras del llano al monte;
Mal herido y bien curado
Se alberga un dichoso joven,
Que sin clavarle Amor flechas
Le coronó de favores.
Las venas con poca sangre,
Los ojos con mucha noche
Le halló en el campo aquella
Vida y muerte de los hombres.
Del palafren se derriba,
No porque al moro conoce,
Sino por ver que la yerba
Tanta sangre paga en flores.
Limpiale el rostro y la mano,
Siente al Amor, que se esconde
Tras las rosas, que la muerte
Va violando sus colores.
Escondióse tras las rosas,
Porque labren sus arpones
El diamante de Catay
Con aquella sangre noble.
Ya le regala los ojos,
Ya le entra sin ver por donde,
Una piedad mal nacida
Entre dulces escorpiones.
Ya es herido el pedernal,
Ya despide el primer golpe
Centellas de una piedad
Hija de padres traidores.
Yerbas le aplica á las llagas,
Que si no sanan entonces,
En virtud de tales manos
Lisonjean los dolores,
Amor le ofrece su venda,
Mas ella sus velos rompe
Para ligar sus heridas,

¡Los rayos del Sol perdonen!
Los últimos nudos daba,
Cuando el Cielo la socorre
De un villano en una yegua,
Que iba penetrando el bosque.
Enfrénanle de la bella
Las tristes piadosas voces,
Que los firmes troncos mueven
Y las sordas piedras oyen;
Y la que mejor se halla
En las selvas que en la córte,
Simple bondad, al pio ruego
Cortesmente corresponde.
Humilde se apea el villano,
Y sobre la yegua pone
Un cuerpo casi sin alma,
Pero con dos corazones.
Á su cabaña los guía,
Que el sol deja su horizonte,
Y el humo de su cabaña
Les va sirviendo de norte,
Llegarán temprano á ella
Do una labradora acoge
Un mal vivo con dos almas,
Y una ciega con dos soles.
Blando heno en vez pluma
Para lecho les compone,
Que será tálamo luego
Do el garzón sus dichas logre.
Las manos, pues, cuyos dedos
De esta vida fueron dioses
Restituyen á Medoro
Salud nueva, fuerzas dobles;
Y le entregan, cuando menos,
Su beldad y un reino en dote,
Segunda envidia de Marte,
Primera dicha de Adonis,
Corona un lascivo enjambre
De cupidillos menores
La choza, bien como abejas

Hueco tronco de alcornoque.
Todo es gala el africano,
Su vestido espira olores,
El lunado arco suspende,
Y el corvo alfanje depono:
Tórtolas enamoradas
Son sus roncós atambores,
Y los volantes de Venus
Sus bien seguidos pendones.
Desnuda el pecho anda ella,
Vuela el cabello sin orden,
Si lo abrocha es con claveles,
Con jazmines si lo coge.
Todo sirve á los amantes;
Plumas le baten veloces
Airecillos lisonjeros,
Si no son murmuradores.
Los campos les dan alfombras,
Los árboles pabellones,
La apacible fuente sueño,
Música los ruiseñores;
Los troncos le dan cortezas
En que se guarden sus nombres
Mejor que en tablas de marmol
Ó que en láminas de bronce.
No hay verde fresno sin letra,
Ni blanco chopo sin mote:
Si un valle Angélica suena,
Otro Angélica responde.
Cuevas, do el silencio apenas
Deja que las sombras moren,
Profanan con sus abrazos
Á pesar de sus horrores.
¡Choza, pues, tálamo y lecho,
Contestes de estos amores
El cielo os guarde, si puede,
De las locuras del Conde.

DESCRIPTIVO.

La Tarde.

Ya el Héspero delicioso
Entre nubes agradables
Cual precursor de la noche
Por el Occidente sale:
Do con su fúlgido brillo
Deshaciendo mil celajes,
Á los ojos se presenta
Cual un hermoso diamante,
Las sombras que le acompañan
Se apoderan de los valles,
Y sobre la mustia yerba
Su fresco rocío esparcen.
Su corola alzan las flores,
Y de un aroma suave
Despiéndose del día
Embalsaman todo el aire.
El Sol, afanado, vuela,
Y sus rayos celestiales
Contemplar tibios permiten,
Al morir, su augusta imagen;
De la alta cima del cielo
Velóz se despeña y cae
Del Océano en las aguas,
Que á recibirlo se abren.
¡Oh! qué visos, qué colores!
¡Qué ráfagas tan brillantes
Mis ojos embebecidos
Registran por todas partes!
Mil sutiles nubecillas
Cercan su trono, y mudables,
El cárdeno cielo pintan
Con sus graciosos cambiantes.
Los reberberan las aguas,

Y parece que retrae
Indicioso el Sol los pasos,
Y en mirarlos se complace.
Luego vuelve, huye, y se esconde,
Y deja en poder la tarde
Del Héspero, que en los cielos
Alza su pardo estandarte.
Del nido al caliente abrigo
Vuelan al punto las aves,
Cuál al seno de una peña
Cuál á lo hojoso de un sauce.
Suelta el labrador sus bueyes:
Y entre sencillos afanes
Para el redil los ganados
Volviendo van los zagales:
Lejos las chozas humean,
Y los montes más distantes
Con las sombras se confunden
Que sus altas cimas hacen.
El universo parece
Que de su acción incesante
Cansado, el reposo anhela,
Y al sueño va á abandonarse,
Todo es paz, silencio todo,
Todo en estas soledades
Me conmueve, y hace dulce
La memoria de mis males.
El verde oscuro del prado,
La niebla, que undosa á alzarse
Empieza del hondo rio,
Los árboles de su margen.
Su deleitosa frescura,
Los vientecillos, que batén
Entre las flores las alas,
Y sus esencias me traen,
Me enagenan y me olvidan
De las odiosas ciudades.
Y de sus tristes jardines,
Hijos míseros del arte,
Liberal naturaleza,

Porque mi pecho se sacie,
Me brinda con mil placerès
En su copa inagotable.
Yo me abandono á su impulso:
Desnudos los pies, no saben
Do se vuelven, do caminan,
Do se apresuran, do paren.
Bajo del collado al rio,
Y entre sus lóbregas calles
De altos árboles, el pecho
Lleno de pavor me late.
Miro las tajadas rocas,
Que amenazan desplomarse
Sobre mí, tornar oscuros
Sus cristalinos raudales.
Llénanme de horror sus sombras,
Y empiezo triste á quejarme
De mis amargas desdichas,
Y á lanzar dolientes ayes:
Mientras de la luz dudosa
Espira el último instante,
Y la noche el velo tiende
Que el crepúsculo deshace.

JUAN MELÉNDEZ VALDÉS.

JOCOSO.

La Mala Suerte.

—Parióme adredé mi madre,
¡Ojalá no me pariera!
Aunque estaba, cuando me hizo,
De gorja naturaleza.
Dos maravedís de Luna
Alumbraban á la tierra;
Que por ser yo el que nació
No quiso que un cuarto fuera.
Nací tarde porque el Sol

Tuvo de verme vergüenza,
En una noche templada
Entre clara y entre yema.
Un miércoles con un martes
Tuvieron grande revuelta,
Sobre que ninguno quiso
Que en sus términos naciera.
Nací debajo de Libra,
Tan inclinado á las pesas,
Que todo mi amor le fundo
En las madres vendederas.
Como á imagen de milagros
Me llevan por las aldeas,
Si quieren Sol, abrigado,
Y desnudo, porque llueva,
Cuando alguno me convida
No es á banquetes y fiestas
Sino á los misacantanos,
Para que yo les ofrezca.
De noche soy parecido
Á todos cuantos esperan
Para molerlos á palos;
Y así inocente me pegan.
Aguarda hasta que yo pase,
Si ha de caerse, una teja,
Aciértanme las pedradas;
Las curas solo me yerran.
Si á alguno pido prestado,
Me responde tan á secas,
Que en vez de prestarme á mí,
Me hace prestarle paciencia.
No hay necio que no me hable,
Ni vieja que no me quiera,
Ni pobre que no me pida,
Ni rico que no me ofenda,
No hay camino que no hierre,
Ni juego donde no pierda,
Ni amigo que no me engañe,
Ni enemigo que no tenga.
Agua me falta en el mar,

Y la hallo en las tabernas;
Que mis contentos y el vino
Son agüados donde quiera.
Dejo de tomar oficio,
Porque sé por cosa cierta
Que, siendo yo calcetero,
Andarán todos en piernas.
Si estudiara medicina,
Aunque es socorrida ciencia,
Porque no curara yo,
No hubiera persona enferma,
Siempre fué mi vecindad
Mal-casados que vocean,
Zapateros que madrugan,
Herrereros que me desvelan.
Si yo camino con frío,
Se abrasa en fuego la tierra,
Y en llevando guardasol,
Está ya de Dios que llueva.
Si hablo á alguna mujer
Y la digo mil ternezas,
Ó me pide ó me despide,
Que en mi es una cosa mesma.
En mi lo picado es roto,
Ahorro, cualquier limpieza,
Cualquiera bostezo es hambre,
Cualesquier color vergüenza.
Para que no estén en casa
Los que nunca salen de ella,
Buscarlos yo solo basta,
Pues con esto estarán fuera.
Si alguno quiere morirse
Sin ponzoña ó pestilencia,
Proponga hacerme algún bien
Y no vivirá hora y media;
Y á tanto vino á llegar
La adversidad de mi estrella,
Que me inclinó que adorase,
Mi humildad á tu soberbia;
Y viendo que mi desgracia

No dió lugar á que fuera
Como otros tu pretendiente,
Vine á ser tu pretenmuela.—
Aquesto Fabio contaba
Á los balcones y rejas
De Aminta, que áun de olvidarle
Han dicho que no se acuerda.

FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS.

MADRIGALES.

Á unos ojos.

Ojos claros, serenos,
Si del dulce mirar sois alabados,
¿Porqué, si me mirais, mirais airados?
Si cuanto más piadosos
Más bellos pareceis á quien os mira,
¿Porqué á mi solo me mirais con ira?
Ojos claros, serenos,
Ya que así me mirais, miradme al menos,

DIEGO GUTIERREZ DE CETINA.

Á su amada.

Iba cogiendo flores,
Y guardando en la falda
Mi ninfa, para hacer una guirnalda;
Mas primero las toca
Á los rosados labios de su boca,
Y les da de su aliento los olores.
Y estaba (por su bien) entre una rosa
Una abeja escondida,
Su dulce humor hurtando;
Y como en la hermosa
Flor de los labios se halló, atrevida
La picó, sacó miel, fuése volando.

LUIS MARIN.

DOLORAS.

Cosas de la Edad.

I.

—«Sé que corriendo, Lucía,
Tras mundanales antojos,
Has escrito el otro día
Una carta que decía:

—Al espejo de mis ojos.—

«Y aunque mis gustos añejos
Marchiten tus ilusiones,
Te han de hacer ver mis consejos
Que contra tales espejos
Se rompen los corazones.

•¡Ay! ¡No rindiera, en verdad,
El corazón lastimado
Á dura cautividad,
Si yo volviera á tu edad,
Y lo pasado, pasado!

»Por tus locas vanidades,
¿Que son ¡oh niña! no miras
Más amargas las verdades,
Cuanto allá en las mocedades
Son más dulces las mentiras?

»¿Y que es la tez seductora
Con que el semblante se aliña,
Luz que la edad descolora?
Mas ¿no me escuchas, traidora?
(¡Pero, señor, *si es tan niña!*...)»

II.

«Conozco, abuela, en lo helado
De vuestra estéril razón,
Qué en el tiempo que ha pasado,

Ó habeis perdido ó gastado
Las llaves del corazón.

»Si amor con fuerzas extrañas
Á un tiempo mata y consuela,
Justo es detestar sus sañas;
Mas no amar, teniendo entrañas,
Eso es imposible, abuela.

»¿Nunca soleis maldecir
Con desesperado empeño
Al sol que empieza á lucir,
Cuando os viene á interrumpir
La felicidad de un sueño?

»¿Jamás en vuestros desvelos
Cerrais los ojos con calma
Para ver solas, sin celos,
Imágenes de los cielos
Allá en el fondo del alma?

»¿Y nunca veis, en mal hora,
Miradas que la pasión
Lance tan desgarradora,
Que os hagan llevar, señora,
Las manos al corazón?

»¿Y no adorais las ficciones
Que, pasando, al alma deja
Cierta ilusión de ilusiones?...
Mas ¿no escucháis mis razones?
(¡Pero señor, *si es tan vieja!*....)»

III.

—No entiendo tu amor, Lucia.

—Ni yo vuestros desengaños.

—Y es porque la suerte impía

Puso entre tu alma y la mía

El yerto mar de los años.

Mas la vejez destructora

Pronto templará tu afán.

—Mas siempre entonces, señora,

Buenos recuerdos serán

Las buenas dichas de ahora.

—¡Triste es el placer gozado!
Más triste es el no sentido;
Pues yo decir he escuchado
Que siempre el gusto pasado
Suele deleitar perdido.

—Oye á quien bien te aconseja.

—Inútil es vuestra riña.

—Siento tu mal.—No me aqueja.

(¡Pero, señor, *si es tan niña!*...)

(¡Pero, señor, *si es tan vieja!*...)

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

¡Ay del que nace ó muere!

—¡Adios por siempre, hijo del alma mia!—

Un triste anciano al espirar clamaba;

Y el tierno infante que su sien besaba,

—¡Adios por siempre!— el infeliz decia.

Vertió el viejo la lágrima postrera,

Y vertió la primera el niño en tanto;

Y confundidas última y primera,

Símbolo fueron de su igual quebranto.

¿Cuál lágrima, decid, en mal tan fuerte,

Del corazón brotó más dolorida?

¿La del que el mal primero halló en la vida

Ó la de aquel que un bien halló en la muerte?..

DEL MISMO.

BALADAS.

Del salón en el ángulo oscuro,

De su dueño tal vez olvidada,

Silenciosa y cubierta de polvo

Velase el arpa.

¡Cuánta nota dormida en sus cuerdas,

Como el pájaro duerme en las ramas,

Esperando la mano de nieve

Que sabe arrancarla!
¡Ay, pensé! ¡cuántas veces el genio
Así duermé en el fondo del alma,
Y una voz como Lázaro, espera
Que le diga: «¡Levántate y anda!»

GUSTAVO A. BECQUER.

Volverán las oscuras golondrinas
En tu balcón sus nidos á colgar,
Y, otra vez, con el ala á sus cristales
Jugando llamarán.
Pero aquellas que el vuelo refrenaban
Tu hermosura y mi dicha á contemplar,
Aquellas que aprendieron nuestros nombres...

Esas... ¡no volverán!

Volverán las tupidas madre selvas
De tu jardín las tapias á escalar,
Y otra vez á la tarde, aún más hermosas
Sus flores abrirán;

Pero aquellas, cuajadas de rocío,
Cuyas gotas mirábamos temblar
Y caer como lágrimas del día...

Esas... ¡no volverán!

Volverán del amor en tus oídos
Las palabras ardientes á sonar;
Tu corazón de su profundo sueño
Tal vez despertará;

Pero mudo y absorto y de rodillas
Como se adora á Dios ante su altar,
Como yo te he querido... desengáñate,
¡Así no te querrán!

DEL MISMO.

LA PERLA DEL BUEN-RETIRO.

Palacio del Buen-Retiro,
Palacio del rey poeta,
Una niña te pregunta,
Palacio galán, contesta.

¿De aquella Côte
Quién fué la perla?
El murmullo de un arroyo
Que un sauce besa,
Como un suspiro
Lejano suena:
— ¡Reina inocente!
¡Pobre Isabela!
Encantada está en mis aguas;
Es una perla
Que flota entre flores
De mi ribera.
Ama á Felipe,
Él la desdeña.
¡Á ella tan linda!
¡Á ella tan buena,
Que era la musa
De los poetas!
¡Conde-Duque de Olivares,
Maldito seas,
Tu separas del olmo la débil yedra!

Niñas hermosas,
Lindas doncellas,
Las que ois serenatas
Tras de las rejas.
Si algún galán os dice:
• ¡Cuánto sois bellas! »
Contestad desdeñosas:
« Quién os creyera. »
No deis el alma
Como Isabela,
Que es gran encantamiento
Querer de veras.

LUIS DE EGUILAZ.

CREPÚSCULO.

El sol tocaba en su ocaso,
Y la luz tibia y dudosa

Del crepúsculo envolvía
La naturaleza toda.

Los dos estábamos solos,
Mudos de amor y zozobra,
Con las manos enlazadas,
Trémulas y abrasadoras,
Contemplando cómo el valle,
El mar y apacible costa,
Lentamente iban perdiendo
Color, transparencia y forma,
Á medida que la noche
Adelantaba medrosa,
Nuestra tristeza se hacia
Más invencible y más honda.

Hasta que al fin, no sé cómo,
Yo trastornado, tu loca,
Estalló en ardiente beso
Nuestra pasión silenciosa.

¡Ah! al volver suspirando
De aquel éxtasis de gloria,
¿Qué vimos? Sombra en el cielo,
Y en nuestra conciencia sombra.

GASPAR NUÑEZ DE ARCE.

Géneros intermedios entre la poesía épica y lírica y la dramática.

POESÍA BUCÓLICA.

ÉGLOGA.

SALICIO Y NEMOROSO.

El dulce lamentar de dos pastores
SALICIO juntamente y NEMOROSO]
He de cantar, sus quejas imitando;
Cuyas ovejas al cantar sabroso

Estaban muy atentas, los amores,
De pacer olvidadas, escuchando.

.
Saliendo de las ondas encendido
Rayaba de los montes el altura
El Sol, cuando Salicio recostado
Al pié de una alta haya en la verdura,
Por donde una agua clara con sonido
Atravesaba el fresco y verde prado:
Él, con canto acordado
Al rumor que sonaba
Del agua que pasaba,
Se quejaba tan dulce y blandamente,
Como si estuviera de allí ausente
La que de su dolor culpa tenia;
Y así como presente,
Razonando con ella le decia:

SALICIO.

¡Oh más dura que mármol á mis quejas,
Y al encendido fuego en que me quemo,
Más helada que nieve, Galatea!
Estoy muriendo, y aun la vida temo:
Témola con razón, pues tu me dejas;
Que no hay, sin tí, el vivir para sea.
Vergüenza he que me vea
Ninguno en tal estado,
De tí desamparado:
Y de mi mismo yo me corro agora.
¿De un alma te desdeñas ser señora
Donde siempre moraste, no pudiendo
Della salir un hora?
Salid sin duelo lágrimas corriendo...

Por tí el silencio de la selva umbrosa,
Por tí la esquividad y apartamiento
Del solitario monte me agradaba:
Por tí la verde yerba, el fresco viento,
El blanco lirio y colorada rosa,
Y dulce primavera deseaba;

¡Ay cuánto me engañaba!
¡Ay cuán diferente era,
Y cuán de otra manera
Lo que en tu falso pecho se escondía!
Bien claro en su cantar me lo decía
La siniestra corneja, repitiendo
La desventura mía:
Salid sin duelo lágrimas corriendo.

¡Cuántas veces durmiendo en la floresta
(Reputándolo yo por desvarío)
Vi mi mal entre sueños, desdichado!
Soñaba que en el tiempo del estío
Llevaba, por pasar allí la siesta,
Á beber en el Tajo mi ganado:
Y después de llegado,
Sin saber de cual arte,
Por desusada parte
Y por nuevo camino el agua se iba:
Árdiendo yo con la calor estiva,
El curso enajenado iba siguiendo
Del agua fugitiva.

Salid sin duelo lágrimas corriendo.....

Con mi llorar las piedras enternecen
Su natural dureza y la quebrantan:
Los árboles parece que se inclinan,
Las aves que me escuchan, cuando cantan,
Con diferente voz se condolecen,
Y mi morir cantando me adivinan.
Las fieras que reclinan
Su cuerpo fatigado.

Dejan el sosegado,
Sueño por escuchar mi llanto triste.
Tu sola contra mí te endureciste,
Los ojos aún siquiera no volviendo
Á lo que tú hiciste.

Salid sin duelo lágrimas corriendo..

Aquí dió fin á su cantar Salicio,
Y suspirando en el postrero acento,
Soltó de llanto una profunda vena.
Queriendo el monte al grave sentimiento

De aquel dolor en algo ser propicio,
Con la pasada voz retumba y suena.
La blanda Filomena,
Casi como dolida,
Y á composición movida,
Dulcemente responde al son lloroso.
Lo que cantó tras esto Nemoroso
Decidlo vos, Pierides; que tanto
No puedo yo, ni oso,
Que siento enflaquecer mi debil canto.

NEMOROSO.

Corrientes aguas, puras, cristalinas:
Árboles que os estais mirando en ellas:
Verde prado de fresca sombra lleno:
Aves que aquí sembrais vuestras querellas:
Hiedra que por los árboles caminas,
Torciendo el paso por su verde seno:
Yo me ví tan ajeno
Del grave mal que siento,
Que de puro contento
Con vuestra soledad me recreaba,
Donde con dulce sueño reposaba,
Ó con el pensamiento discurría
Por donde no hallaba
Sinó memorias llenas de alegría...

Después que nos dejaste, nunca pace
En hartura el ganado ya, ni acude
El campo al labrador con mano llena.
No hay bien que en mal no se convierta y mude,
La mala yerba al trigo ahoga, y nace
En lugar suyo la infelice avena.
La tierra que de buena
Gana nos producía
Flores, con que solía
Quitar én solo verlas mil enojos,
Produce agora en cambio estos abrojos,
Ya de rigor de espinas intratable;
Yo hago con mis ojos
Crecer llorando el fruto miserable...

Cual suele el ruiseñor con triste canto
Quejarse entre las hojas escondido,
Del duro labrador, que cautamente
Le despojó su caro y dulce nido
De los tiernos hijuelos, entre tanto
Que del amado ramo estaba ausente;
Y aquel dolor que siente
Con diferencia tanta
Por la dulce garganta
Despide, y á su canto el aire suena,
Y la callada noche no refrena
Su lamentable oficio y sus querellas,
Trayendo de su pena
Al Cielo por testigo y las estrellas;
 Destá manera suelto yo la rienda
 Á mi dolor, y así me quejo en vano
De la dureza de la muerte airada.
Ella en mi corazón metió la mano,
Y de allí me llevó mi dulce prenda;
Que aquel era su nido y su morada.
¡Ay muerte arrebatada!
Por tí me estoy quejando
Al Cielo, y enojando
Con importuno llanto al mundo todo:
Tan desigual dolor no sufre modo,
No me podrán quitar el dolorido
Sentir, si ya del todo
Primero no me quitan el sentido...
 Nunca pusieran fin al terrible lloro
 Los pastores, ni fueran acabadas
 Las canciones que solo el monte oía,
 Si mirando las nubes coloradas,
 Al trasmontar el Sol bordadas de oro,
 No vieran que era ya pasado el día.
 La sombra se veía
 Venir corriendo apriesa
 Ya por la falda espesa
 Del altísimo monte, y recordando
 Ambos como de sueño, y acabando
 El fugitivo Sol de luz escaso,

Su ganado llevando,
Se fueron recogiendo poco á poco.

GARCILASO DE LA VEGA.

IDILIO.

DORILA.

Siendo yo niño tierno,
Con la niña Dorila
Me andaba por la selva
Cogiendo florecillas,
De que alegres guirnaldas
Con gracia peregrina,
Para ambos coronarnos,
Su mano disponia.
Así en niñeces tales
De juegos y delicias,
Pasábamos felices
Las horas y los días:
Con ellos poco á poco
La edad como de prisa,
Y fué de la inocencia,
Saltando la malicia,
Yo no sé, mas al verme,
Dorila se reía,



Y á mi de solo hablarla.
También me daba risa,
Luego al darle las flores
El pecho me latia,
Y al ella coronarme
Quedábase embebida.
Una tarde tras esto
Vimos dos tortolillas,
Que con trémulos picos
Se halagaban amigas:
Alentónos su ejemplo,
Y entre honestas caricias
Nos contamos turbados
Nuestras dulces fatigas;
Y en un punto cual sombra,
Voló de nuestra vista
La niñez; más en torno
Nos dió el amor sus dichas.

JUAN MELÉNDEZ VALDÉS.

FÁBULAS.

La Lechera.

Levaba en la cabeza
Una lechera el cántaro al mercado
Con aquella presteza,
Aquel aire sencillo, aquel agrado,
Que va diciendo á todo el que lo advierte:
¡Yo si que estoy contenta con mi suerte!
Porque no apetecía
Más compañía que su pensamiento,
Que alegre la ofrecía

Inocentes ideas de contento.
Marchaba sola la feliz lechera,
Y decía entre sí de esta manera:
Esta leche vendida,
En limpio me dará tanto dinero;
Y con esta partida
Un canasto de huevos comprar quiero,
Para sacar cien pollos, que al estío
Me rodeen cantando el *pío, pío*.

Del importe logrado
De tanto pollo, mercaré un cochino;
Con bellota, salvado,
Berza, castaña, engordará sin tino,
Tanto, que pueda ser que yo consiga
Ver como le arrastra la barriga.

Llevárelo al mercado
Sacaré de él sin duda buen dinero;
Compraré de contado
Una robusta vaca, y un ternero,
Que salte y corra toda la campaña
Hasta el monte cercano á la cabaña.

Con este pensamiento
Enajenada, brinca de manera,
Que á su salto violento
El cántaro cayó. ¡Pobre lechera!
¡Qué compasión! Adios, leche, dinero,
Huevos, pollos, lechón, vaca y ternero!
¡Oh! loca fantasía,
¡Qué palacios fabricas en el viento!
Modera tu alegría,
No sea que saltando de contento,
Al contemplar dichosa tu mudanza.
Quiebre su cantarillo la esperanza.

No seas ambiciosa
De mejor ó más próspera fortuna
Que viviras ansiosa,
Sin que pueda saciarte cosa alguna.

*No anheles impaciente el bien futuro,
Mira que ni el presente está seguro.*

Los Huevos.

Más allá de las islas Filipinas
Hay una, que no sé como se llama,
Ni me importa saberlo, donde es fama
Que jamás hubo casta de gallinas,
Hasta que allá un viajero
Llevó por accidente un gallinero.
Al fin fué tal la cria, que ya el plato
Más común y barato
Era de huevos frescos; pero todos
Los pasaban por agua (que el viajante
No enseñó á componerlos de otros modos)

Luego de aquella tierra un habitante
Introdujo el comerlos estrellados,
¡Oh qué elogios se oyeron á porfia
De su rara y fecunda fantasía!
Otro discurre hacerlos escalfados....
¡Pensamiento feliz! Otro rellenos....
¡Ahora sí que están los huevos buenos!
Uno después inventa la tortilla
Y todos claman ya: «¡Que maravilla!

No bien se pasó un año,
Cuando otro dijo: «sois unos petates
Yo los haré revueltos con tomates.»
Y aquel guiso de huevos tan extraño,
Con que toda la isla se alborota,
Hubiera estado largo tiempo en uso,
Á no ser porque luego los compuso
Un famoso extranjero á la *Hugonota*.

Esto hicieron diversos cocineros;
Pero ¡qué condimentos delicados
No añadieron después los reposteros!
Moles, dobles, hilados,
En caramelo, en leche,
En sorbete, en compota, en escabeche.

Al cabo todos eran inventores,
Y los últimos huevos los mejores.
Mas un prudente anciano

Les dijo un día: «Presumis en vano
De esas composiciones peregrinas;
¡Gracias al que nos trajo las gallinas!»

*¿Tantos autores nuevos
No se pudieran ir á guisar huevos
Más allá de las Islas Filipinas.*

TOMÁS DE IRIARTE.

POESÍA DRAMÁTICA

TRAGEDIA CLÁSICA

Del Edipo.

ESCENA V.

EDIPO, HIPARCO.

(EDIPO permanece inmóvil y silencioso unos instantes; Hiparco se acerca á él: en este intervalo, FÓRBAS y el MENSAGERO se habrán retirado lentamente, y reuniéndose hacia el promedio del teatro se encaminan juntos al público.)

EDIPO.

Lo sé... vencí mi suerte;
Ya muero satisfecho.

HIPARCO.

Caro Edipo....

EDIPO.

No hay más allá.... no hay más allá.... hasta el fondo
Veo el horror de mi fatal destino!
Mi padre asesiné; profane el lecho
De la que me dió el ser; hermanos, hijos,
Nietos, padres, esposos, hoy la tierra
Verá por este monstruo confundidos.

HIPARCO.

Vuelve, infeliz, en ti.....

EDIPO,

¿Mas porqué tiembla
Mi corazón aún?..... Los Dioses mismos
Su venganza agotaron; y ya impune
Su cólera y enojo desafío:
¿Podeis hacerme ya más desdichado?....
No podeis, no! Pues vedme ya tranquilo.

HIPARCO.

Óyeme triste Edipo ...

EDIPO.

¿Quién me llama?

HIPARCO.

Soy yo.... ¿me conoces, hijo mio?

EDIPO.

!Mi padre tú!... no, no: ¿ves esta sangre?...
Pues de mi padre es—Solo te pido
Que no lo digas: calla!... que ha diez años
Que en mis manos la tengo, y no he podido
Arrancármela aún.

HIPARCO.

¡Para esto el cielo
Me ha guardado la vida por castigo!

EDIPO.

¡Lloras! ¿De qué te afliges?... Tu no fuiste;
Yo lo diré: yo, yo fui el asesino
De mi padre, yo fui!

HIPARCO.

Aguarda, escucha....

EDIPO.

(Acercándose hacia el Panteón.)

Asesino!... Asesino!... ¿Lo has oído?

No temas: es el eco de la tumba....

Asesino!... ya apenas lo percibo....

HYPARCO.

Ciudadanos, amigos, ¿no hay quien venga

Á socorrer á este infeliz?

PUEBLO.

(Asoman algunas personas por diversos lados de la plaza, y quedáanse suspensas)

¡Edipo!

EDIPO.

¿Qué me quereis?... Llegad: ¿ pedis mi muerte?

Más la deseo yo.

HYPARCO.

Compadecidos

Vienen en tu favor....

EDIPO.

¿Y porqué véngan

En esas inocentes mis delitos? (Señalando á sus hijas.)

¿Cual es su culpa, cual?... Las desdichadas

Aún no saben del padre que han nacido!

HYPARCO (Al pueblo.)

Venid, y conduzcámosle al palacio....

¿Mas porqué así os negais á darle auxilio?

¡De cuándo acá los Dioses bondadosos

Amparar la desgracia han defendido!

Ven, hijo mio, ven....

EDIPO.

Aparta, aparta....

No quieras con halago fementido

Pasarme el corazón: dame mis hijas,
Y márame después — ¿Pero qué miro?
¡Tu también, infeliz!... Huye, no toques
A ese lecho fatal, que maldecido
De los cielos está: ¿no ves la muerte
Que te aguarda y te llama?... Ya te sigo,
Ya voy, Yocasta!... espera; y el Averno
Nos verá con horror bajar unidos.

(Corre Edipo hacia el palacio é Hyparco va en su seguimiento.)

ESCENA VI.

EL SUMO SACERDOTE, PUEBLO.

SUMO SACERDOTE (que sale del templo.) (Se oyen truenos)

¿No ois, mortales, no ois?... la voz de Jove
Retumba ya sobre el excelso Olimpo;
Y al eco de su ira, titubean
La firme tierra y el profundo abismo.
¿Quién escapar podrá de su venganza?
¿Quién?... En el trono, en vano guarecido,
Muéstrase audáz el crimen, provocando
Del Cielo la justicia y poderío;
El rayo vengador antes le hiere
En la cumbre más alta; y confundido
Entre escombros y miseras pavesas,
De escándalo y terror sirve á los siglos.

EDIPO.

(Desde adentro).

¡La muerte por piedad!....

SACERDOTE

No, parricida!
Hasta la muerte está sorda á tus gritos;
Y solo has de gemir y en noche eterna,
Sin mezclarte con muertos ni con vivos!

PUEBLO

¡Santos Dioses, qué horror!

SACERDOTE.

Sobre su frente
Su imprecación fatal ha recaído.

ESCENA VII.

SACERDOTE, PUEBLO, HYPARCO.

HIPARCO.

(Desde la puerta del palacio.)

¡No hay uno, uno siquiera!...

SACERDOTE.

Ven, anciano;
Y á nombre de los Nùmenes te intimo
Que anuncies, para ejemplo de la tierra,
De la raza de Lábdaco el castigo!

HYPARCO.

¿Qué voz fuera bastante á presentaros
Cuadro tan espantoso?... Yo le he visto
Con estos ojos, yo; y apenas creo
Lo que acabo de ver... En pos de Edípo
Penetré en el palacio, recelando
Su desastroso fin... Daba rugidos
Como un león, y á voces demandaba
Por su madre y esposa... Un dios maligno
Sus pasos guía á la fatal estancia;
La puerta halla cerrada, rompe el quicio,
Corre al lecho nupcial. y ve á Yocasta
Ahogada dando el postrimer gemido.....
Yo á este tiempo llegué,.. Vi abalanzarse
Al infelz sobre el cadaver tibio,
Soltar el duro lazo, y de su madre

Besar con ansia el rostro ennegrecido...
Mas álzase de pronto, y con la vista
Sus armas busca en el usado sitio;
No las encuentra, brama, y sin tardanza
Revuelve su furor contra sí mismo...
Con los propios adornos de la reina
Sus ojos rasga; y con feróz ahinco
Una vez y otra vez hunde las puntas
En los sangrientos cóncavos... Ni un grito
Arrojó de dolor: desatentado
Busca la puerta, escápase, le sigo;
Y á ciegas por los ámbitos vagando
La muerte invoca con furor impío...

ESCENA VIII.

EDIPO, SACERDOTE, HYPARCO, PUEBLO.

EDIPO.

(Sale de repente con los ojos ensangrentados, y cruza con presteza el teatro).

Huid, Tebanos, huid.

PUEBLO

(Apartándose con asombro).

¡Rey desdichado!

SACERDOTE.

La maldición del Cielo va contigo.

FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA.

DRAMA TRAGICO

LA ESTRELLA DE SEVILLA.

ACTO SEGUNDO.

Salón del Alcázar.

[ESCENA XI.

DON SANCHO.—EL REY.

- D. SÁNCHO. Vuestra alteza á mis dos labios
Les conceda los dos piés.
- REY. Alzad; que os hiciera agravios,
Alzad.
- D. SÁNCHO. Señor.....
- REY. (Ap.) Galán es.
- D. SÁNCHO. No es mucho que yo, Señor,
Me turbe, no siendo aquí
Retórico ni orador.
- REY. Pues decid, ¿qué veis en mí?
- D. SÁNCHO. La majestad y el valor.
Y al fin una imagen veo
De Dios, pues le imita el Rey;
Y después de él, en vos creo.
Á vuestra cesarea ley,
Gran Señor, aqui me empleo.
- REY. ¿Cómo estais?
- D. SÁNCHO. Nunca me he visto
Tan honrado como estoy.
- REY. Pues aficionado os soy,
Por prudente y por bienquisto.
Porque estareis con cuidado,
Codicioso de saber

Para lo que os he llamado,
Deciroslo quiero, y ver
Que en vos tengo un gran soldado.
—Á mi me importa matar
En secreto á un hombre, y quiero
Este caso confiar
Solo de vos; que os prefiero
Á todos los del lugar.

D. SANCHO. ¿Está culpado?

REY. Si está.

D. SANCHO. Pues ¿cómo muerte en secreto
Á un culpado se le da?
Poner su muerte en efeto
Públicamente podrá
Vuestra justicia, sin dalle
Muerte en secreto; que asi
Vos os culpais en culpalle,
Pues dais á entender que aqui
Sin culpa mandais matalle.
Si ese hombre os ha ofendido
En leve culpa, Señor,
Que le perdoneis os pido.

REY. Para su procurador,
Sancho Ortiz, no habeis venido,
Sino para dalle muerte;
Y pues se la mando dar
Escondiendo el brazo fuerte,
Debe á mi honor importar
Matarle de aquesta suerte.
¿Merece el que ha cometido
Crimen læsæ, muerte?

D. SANCHO. En fuego.

REY. ¿Y si *crimen læsæ*, ha sido
El de este?....

D. SANCHO. Que muera luego
Á voces, Señor, os pido;
Y si es asi, la daré,
Señor á mi mismo hermano,
Y en nada repararé.

REY. Dadme esa palabra y mano.



- D. SANCHO. Y en ella el alma y la fe.
REY. Hallándole descuidado
Puedes matarle.
- D. SANCHO. ¡Señor!
Siendo Roela y soldado
¿Me quereis hacer traidor?
¡Yo muerte en caso pensado!
Cuerpo á cuerpo he de matalle,
Donde Sevilla lo vea,
En la plaza ó en la calle;
Que al que mata y no pelea,
Nadie puede disculpalle;
Y gana más el que muere
Á traición, que el que le mata;
Y el vivo con cuantos trata
Su alevosía refiere.
- REY. Matadle como queráis;
Que este papel para abono
De mi firmado llevais,
En que consta que os perdono
Cualquier delito que hagais.
Referidlo. (Dadle el papel)
- D. SANCHO. Dice así
(Lee.) «Al que este papel advierte,
•Sancho Ortiz, luego por mi
•Y en mi nombre dadle muerte,
«Que yo por vos salgo aqui;
«Y si os hallais en aprieto,
•Por este papel firmado
«Sacaros dél os prometo—
«Yo el rey»—Estoy admirado
De que tampoco conceto
Tenga de mi vuestra alteza.
¡Yo cédula! ¡Yo papel!
¡Que! Más en vos que no en él
Confia aqui mi nobleza.
Si vuestras palabras cobran
Valor que los montes labra,
Y ellas cuanto dicen obran,
Dándome aqui la palabra,

Señor, los papeles sobran.
Rompedlo, porque sin él
La muerte le solicita,
Mejor, Señor, que con él;
Que en parte desacredita
Vuestra palabra el papel. (Rómpele)
Sin papel, Señor, aquí
Nos obligamos los dos,
Y prometemos así,
Yo de vengaros á vos,
Y vos de librarme á mi.
Si es así, ya no hay que hacer
Cédulas, que estorbo han sido:
Yo os voy luego á obedecer;
Y solo por premio os pido
Para esposa la mujer
Que yo eligiere.

REY. Aunque sea
Rica-hembra de Castilla
Os la cencedo.

D. SANCHO. Posea,
Vuestro pié la alarbe silla;
El mar los castillos vea
Gloriosos y dilatados.....

REY. Vuestros hechos excelentes,
Sancho, quedarán premiados,
En este papel va el nombre (Dale un papel)
Del hombre que ha de morir;
Cuando lo abrais no os asombre;
Mirad que he oido decir
En Sevilla que es muy hombre.

D. SANCHO. Presto, Señor, lo sabremos.

REY. Los dos, Sancho, solamente
Este secreto sabemos,
No hay que advertiros; prudente
Sois vos: obrad, y callemos. (Vase).

ESCENA XIII.

D. SANCHO.

Buscar á Busto quiero;
Que entre deseos y esperanzas muero.

Mas con el miedo y gusto
Me olvidaba del Rey, y no era justo.
Ya está el papel abierto;
Quiero saber quién ha de ser el muerto.

(Lee) «Al que muerte habeis de dar
Es, Sancho, á Busto Tabera»,

—¡Válgame Dios! ¡Que esto quiera!

¡Tras una suerte un azar!

Toda esta vida es jugar
Una carteta imperfecta,
Mal barajada, y sujeta
Á desdichas y á pesares;
Que es toda en cientos y azares
Como juego de carteta.

Pintada la suerte ví;
Mas luego se despintó,
Y el naipe se barajó
Para darme muerte á mi.

Miraré si dice así.....

Pero yo no lo leyerá
Si el papel no lo dijera.
Quiérole otra vez mirar.

(Lee) «Al que muerte habeis de dar
Es, Sancho, á Busto Tabera»

¡Perdido soy! ¿Que he de hacer?

Al Rey la palabra he dado.....

Después de tanto cuidado
Á su hermana he de perder.....

Sancho Ortiz, no puede ser.

Viva Busto.—Mas no es justo
Que al honor contraste el gusto:

Muera Busto, Busto muera.—

Mas detente, mano fiera;

Viva Busto, viva Busto,

—Mas no puedo con mi honor

Cumplir si á mi amor acudo;

Mas ¿quien resistirse pudo

Á la fuerza del amor?

Morir me será mejor,

Ó ausentarme, de manera

Que sirva al Rey, y él no muera.
Mas quiero al Rey agradar.
(Lee) «Al que muerte habeis de dar
Es, Sancho, á Busto Tabera».
¿Si le mata por Estrella
El Rey, que servilla trata?...
Si, por Estrella le mata:
Pues no muera aqui por ella,
Ofendelle y defendella
Quiero—Mas soy caballero,
Y no he hacer lo que quiero,
Sino lo que debo hacer.
Pues ¿qué debo obedecer?
La ley que fuese primero.
Mas no hay ley que á aquesto obligue.
Mas si hay; que aunque injusto el Rey,
Es obedecerle ley;
Á él después Dios le castigue.
Mi loco amor se mitigue;
Que aunque me cueste disgusto,
Acudir al Rey es justo:
Busto muera, Busto muera,
Pues ya no hay quien decir quiera:
«Viva Busto, viva Busto.»
Perdóname, Estrella hermosa;
Que no es pequeño castigo
Perderte y ser tu enemigo.
¿Qué he de hacer? ¿Puedo otra cosa?

ESCENA XIX.

SALA EN CASA DE BUSTO.

Dos alcaldes mayores con gente que trae el cadaver de Busto.—

DICHOS.

ESTRELLA. Pero... ¿que es esto?
D. PEDRO. Los desastres y desdichas
Se hicieron para los hombres;
Que es mar de Hanto esta vida.

El señor Busto Tabera
Es muerto.

ESTRELLA. ¡Suerte enemiga!

D. PEDRO. El consuelo que aqui os queda,
Es que está el fiero homicida,
Sancho Ortiz de las Roelas,
Preso, y dél se hará justicia
Mañana sin falta.....

ESTRELLA. Dejadme, gente enemiga;
Que en vuestras lenguas traeis
De los infiernos las iras.
¡Mi hermano es muerto, y le ha muerto
Sancho Ortiz! ¡Hay quién lo diga?
Hay quién lo escuche y no muera?
Piedra soy, pues estoy viva.
¡Ay riguroso día!
Esta, amigos, ha sido estrella mia,
Pero si hay piedad humana,
Matadme.

D. PEDRO. El dolor la priva,
Y con razón.

ESTRELLA. ¡Desdichada
Ha sido la estrella mia!
¡Mi hermano es muerto, y le ha muerto
Sancho Ortiz! ¡Él quien divide
Tres almas de un corazón!...
Dejadme, que estoy perdida.

D. PEDRO. Ella está desesperada.

FARFÁN. ¡Infeliz beldad!

D. PEDRO. Seguidla.

CLARINDO. Señora...

ESTRELLA. Déjame, ingrato.
Sangre de aquel fraticida.
Y pues acabo con todo,
Quiero acabar con la vida.
¡Ay riguroso día!
Esta ha sido, Teodora, estrella mia.

COMEDIA.

«EL LINDO DON DIEGO».

ESCENA V. DE LA JORNADA PRIMERA.

DOÑA INÉS.—DON JUAN.—MOSQUITO.—DOÑA LEONOR.

MOSQUITO ¡Jesús, Jesús, dadme albricias!

D.^a LEONOR. ¿De qué las pides, Mosquito?

MOSQUITO. De haber visto á vuestros novios,
Que apenas el viejo hoy dijo
La sobreniboda, cuando
Partí como un hipogrifo;
Fuí, vi y vencí mi deseo,
Y vi vuestro par de primos.

D.^a LEONOR. Y ¿como son?

MOSQUITO. Hombres son.

D.^a LEONOR. Siempre estás de un humor mismo;
Pues ¿podían no ser hombres?

MOSQUITO. Bien podían ser borricos;
Que en traje de hombres hay hartos.

D.^a LEONOR. Y ¿como te han parecido?

MOSQUITO, El don Mendo (que es el tuyo)
Galán, discreto, advertido,
Cortés, modesto y afable;
Menos algún revoltillo
Que se le irá descubriendo
Con el uso de marido.

D.^a LEONOR. Si él es tan afable ahora,
Casado será lo mismo.

Mo.SQUITO Eso no, que suelen ser
Como espada los maridos,
Que en la tienda están derechas,
Y comprándolas sin vicio,
En el primer lance salen
Con más corcova que un cinco.

D.^a INÉS. ¿ Y don Diego?

MOSQUITO,

Ese es un cuento
Sin fin, pero con principio. (1)

DE LA MISMA JORNADA,

ESCENA VIII.

Sala en la posada de D. Diego y D. Mendo.

DON DIEGO.—DON MENDO.—LOPE Y MARTIN,

Cada uno con su espejo.

- D. DIEGO. Poneos los dos en frente,
 Porque me mire mejor,
D: MENDO. Don Diego, tanto primor
 Es ya estilo impertinente.
 Si todo el día se ase
 Vuestra prolija porfia,
 ¿Cómo os puede quedar día
 Para que la gente os vea?
D. DIEGO. Don Mendo, vos sois extraño;
 Yo rindo con salir bien,
 En una hora que me ven,
 Más que vos en todo un año.
 Vos, que no también formado
 Os veis como yo me veo,
 No tardais en vuestro ase,
 Porque es tiempo mal gastado.
 Más si veis la perfección
 Que Dios me dió sin tramoya,
 ¿Quereis que trate esta joya
 Con menos estimación?
 ¿Veis este cuidado vos?
 Pues es virtud más que ase,
 Porque siempre que me veo
 Me admiro y alabó á Dios.
 Al mirarme todo entero,
 Tan bien labrado y pulido,
 Mil veces he presumido

(1) En la página 83 está la descripción que Mosquito hace de D. Diego

Que era mi padre tornero.
La dama bizarra y bella
Que rinde el que más regala,
La arrastro yo con mi gala;
Pues dejadme cuidar de ella.
Y vos, que vais á otros fines,
Vestios de priesa; yo no,
Que no me he de vestir yo
Como frailes á maitines.

D. MENDO. Si lo haceis con ese fin,
¿Que dama hay que os quiera bien?

D. DIEGO. Cuantas veo, si me ven;
Porque en viéndome dan fin.

D. MENDO. ¿Que llegueis á imaginar
Locura tan conocida!
¿Habeis visto en vuestra vida
Mujer que os venga á buscar?

D. DIEGO. Eso consiste en mis tretas,
Que yo á las necias no miro;
Y en las que yo logro el tiro
Sufren, como son discretas.
Y aunque las mueva su fuego
Á hablar, callarán también,
Porque ven que mi desdén
Ha de despreciar su ruego.

D. MENDO. ¿Vos desdén? Tema graciosa.

D. DIEGO. Pues, ¿quereis que me avasalle,
Facil yo, con este talle?
No me faltaba otra cosa.

D. MENDO. Mirad que eso es bobería
De vuestra imaginación.

D. DIEGO. No paso yo por balcón
Donde no haga batería;
Pues al pasar por las rejas
Donde voy logrando tiros,
Sordo estoy de los suspiros
Que me dan por las orejas.

D. MENDO. Vive Dios, que eso es manía
Que teneis.

D. DIEGO. Mujer sé yó

Que dos veces se sangró
Por haberme visto un día.

D. MENDO. Yo desengañaros quiero.

D. DIEGO. ¿Como?

D. MENDO. Que á una dama vamos

Á festejar, y veamos

Á cual se rinde primero.

D. DIEGO. Pues ¿no tenemos aquí

Á nuestras primas? Por Dios,

¿Cuánto va que ambas á dos

Hoy se enamoran de mi?

D. MENDO. ¿No veis que en ellas es más

El honor que las refrena?

D. DIEGO. Hasta verme, norabuena;

Pero en mirandome, zas.

D. MENDO. (Ap.) Loco soy, pues quiero yo

Á tal necio disuadir.

D. DIEGO. ¿Que decis?

D. MENDO. Que ya temo ir

Con vos.

D. DIEGO. ¡Pues no, sino no!

Mas dejadme que yo mismo

Vuelva el talle á repasar;

Que hoy por vos pienso sacar

En mi gala un solecismo—

Alzad esos dos espejos.

MARTIN. Están bien asi.

D. DIEGO. No están.

LOPE. Pues, ¿cómo bien estarán?

D. DIEGO. Mirándose los reflejos.

MARTIN. La luna se mira toda.

D. DIEGO. No tal.

LOPE. Pues ¿como ha de ser?

D. DIEGO. ¿Que no aprendas á poner

Los espejos á la moda?

MARTIN. Di cómo, y no te alborotes.

LOPE. ¿Que es la moda?

D. DIEGO. Mi rabia toda.

¡Que no sepan lo que es moda

Hombres que tienen bigotes!

- MARTIN. ¿Están bien así?
- D. DIEGO. Eso quiero,
Que así todo me divisa.
- D. MENDO. (Ap.) Cayéndome estoy de risa
De ver á este majadero.
- D. DIEGO. ¡El pelo va hecho una palmar!
Guárdese toda mujer:
Yo apostaré que al volver
En cada hebra traigo un alma.
Los bigotes son dos motes:
Diera su belleza espanto,
Si hiciera una dama un manto
De puntas de estos bigotes.
El talle está de retablo;
El sombrero va sereno,
De medio arriba está bueno,
De medio abajo es el diablo.
Lo bien calzado me agrada;
¡Que airosa pierna es la mía!
De la tienda no podía
Parecer más bien sacada—
Pero tened, ¡vive Dios,
Que aquesta liga va errada!
Más larga está esta lazada
Un canto de un real ó dos;
Llega, mozo, á deshacella.
- D. MENDO. ¡Que aquesto os cueste fatiga!
Pues ¿que importará esa liga?
- D. DIEGO. No caer pájaro en ella.
- D. MENDO. Mirad que esas son locuras,
Que á quien las ve á risa obliga.
- D. DIEGO. Solo con aquesta liga
Cazo yo las hermosuras.
- MARTIN. Ya está buena.
- D. DIEGO. Agora están
Iguales las dos; bien voy;
Con el reparillo estoy
Cuatro dedos más galán.
Siempre así al verme, repito,
Queda el alma más ufana—

Mozo, acuérdate mañana
De traerme pan bendito.

AGUSTIN MORRTO.

DRAMA.

EL ALCALDE DE ZALAMEA.

JORNADA PRIMERA

ESCENA XVIII.

DON LOPE.—PEDRO CRESPO.

- CRESPO. Mil gracias, señor, os doy
Por la merced que me hicisteis
De excusarme la ocasión
De perderme.
- D. LOPE. ¿Cómo hablais,
Decid, de perderos vos?
- CRESPO. Dando muerte á quien pensara
Ni aun el agravio menor.
- D. LOPE. ¿Sabeis, vive Dios, que es
Capitán?
- CRESPO. Si, vive Dios;
Y, aunque fuera el General,
En tocando á mi opinión
Le matara.
- D. LOPE. Á quien tocara,
Ni aun al soldado menor,
Solo un pelo de la ropa,
Viven los cielos, que yo
Le ahorcara,
- CRESPO. Á quien se atreviera
Á un átomo de mi honor,
Viven los cielos también,
Que también le ahorcara yo.

- D. LOPE. ¿Sabéis que estais obligado
Á sufrir, por ser quien sois,
Estas cargas?
- CRESPO. Con mi hacienda;
Pero con mi fama no.
Al Rey la hacienda y la vida
Se ha de dar; pero el honor
Es patrimonio del alma,
Y el alma solo es de Dios.
- D. LOPE. ¡Vive Cristo, que parece
Que vais teniendo razón!
- CRESPO, Sí, vive Cristo, porque
Siempre la he tenido yo.
- D. LOPE. Yo vengo cansado, y esta
Pierna, que el diablo me dió,
Ha menester descansar.
- CRESPO. ¿Pues quién os dice que no?
Ahí me dió el diablo una cama,
Y servirá para vos.
- D. LOPE. Y dióla hecha el diablo?
- CRESPO Sí.
- D. LOPE. Pues á deshacerla voy,
Que estoy, vive Dios, cansado.
- CRESPO. Pues descansad, vive Dios.
- D. LOPE. Testarudo es el villano:
También jura como yo.
- CRESPO. Caprichudo es el D. Lope:
No harémos migas los dos.

JORNADA TERCERA.

ESCENA VIII.

CRESPO y EL CAPITÁN.

- CRESPO. Ya que yo, como justicia,
Me valí de su respeto
Para obligaros á oirme,
La vara á esta parte dejo,

Y como un hombre no más,
Deciros mis penas quiero.

(Arrima la' vara)

Y, puesto que estamos solos,
Señor Don Álvaro, hablemos
Más claramente los dos,
Sin que tantos sentimientos
Como han estado encerrados
En las cárceles del pecho.
Acierten á quebrantar
Las prisiones del silencio.
Yo soy un hombre de bien,
Que á escojer mi nacimiento
No dejara, es Dios testigo,
Un escrúpulo, un defecto
En mi, que suplir pudiera
La ambición de mi deseo.

.
Restaurad una opinión
Que habeis quitado. No creo
Que desluzcais vuestro honor,
Porque los merecimientos
Que vuestros hijos, señor,
Perdieren por ser mis nietos,
Ganarán con más ventaja,
Señor, por ser hijos vuestros.
En Castilla el refrán dice,
Que el caballo (y es lo cierto)
Lleva la silla.—Mirad, (Se arrodilla.)
Que á vuestros piés os lo ruego
De rodillas y llorando
Sobre estas canas, que el pecho,
Viendo nieve y agua, piensa
Que se me están derritiendo.
¿Qué os pido? Un honor os pido,
Que me quitásteis vos mesmo,
Y con ser mio, parece,
Según os lo estoy pidiendo
Con humildad, que no es mio
Lo que os pido, sino vuestro.

- Mirad que puedo tomarle
Por mis manos, y no quiero
Sino que vos me le deis.
- CAPITAN. Ya me falta el sufrimiento.
Viejo cansado y prolijo,
Agradeced que no os doy
La muerte á mis manos hoy,
Por vos, y por vuestro hijo;
Porque quiero que debais
No andar con vos más cruel,
Á la beldad de Isabel.
Sí vengar solicitais
Por armas vuestra opinión,
Poco tengo que temer;
Si por justicia ha de ser,
No teneis jurisdicción,
¿Que en fin, no os mueve mi llanto?
- CRESPO. Llanto no se ha de creer
CAPITAN. De viejo, niño y mujer.
- CRESPO. ¿Que no pueda dolor tanto
Mereceros un consuelo?
- CAPITAN. ¿Qué más consuelo quereis,
Pues con la vida volveis?
- CRESPO. Mirad que echado en el suelo
Mi honor á voces os pido.
- CAPITAN. ¡Que enfado!
- CRESPO. Mirad que soy
Alcalde en Zalamea hoy.
- CAPITAN. Sobre mi no habeis tenido
Jurisdicción; el Consejo
De Guerra enviará por mí.
- CRESPO. ¿En eso os resolvéis?
- CAPITAN. Sí,
Caduco y cansado viejo.
- CRESPO. ¿No hay remedio?
- CAPITAN. Si, el callar
Es el mejor para vos.
- CRESPO. No otro?
- CAPITAN. No.
- CRESPO. Pues juro á Dios (Levántase.)

Que me lo habeis de pagar.—

¡Hola! (Toma la vara.)

Dentro Escrib.º ¡Señor!

CAPITÁN ¿Qué querrán
Estos villanos hacer?

(Salen el Escribano y labradores.)

ESCRIBANO. ¿Qué es lo que mandas?

CRESPO. Prender

Mando al señor Capitán.

CAPITÁN. ¡Buenos son vuestros extremos!

Con un hombre como yo,

Y en servicio del Rey, no

Se puede hacer.

CRESPO. Probaremos:

De aquí, si no es preso, ó muerto

No saldreis.

CAPITÁN. Yo os apercibo

Que soy un Capitán vivo.

CRESPO. ¿Soy yo acaso Alcalde muerto?

Dáos al instante á prisión.

CAPITÁN. (Ap.) No me puedo defender,

Fuerza es dejarme prender:

(Alto.) Al Rey de esta sinrazón

Me quejaré.

CRESPO. Yo también.

De esotra:—y aun bien que está

Cerca de aquí, y nos oirá

Á los dos:—Dejar es bien

Esa espada.

CAPITÁN. No es razón

Que....

CRESPO. ¿Cómo no, si vais preso?

CAPITÁN. Tratad con respeto.

CRESPO. Eso

Está muy puesto en razón:

Con respeto le llevad

Á las casas, en efeto

Del Concejo, y con respeto

Un par de grillos le echad,

Y una cadena; y tened,

Con respeto, gran cuidado,
Que no hable á ningún soldado;
Y á estos dos también poned
En la carcel; que es razón,
Y aparte, porque después
Con respeto á todos tres
Les tomen la confesión.
Y aqui para entre los dos,
Si hallo harto paño, en efeto,
Con muchísimo respeto
Os he de ahorcar, juro á Dios.

ESCENA XV.

CRESPO — DON LOPE.

CRESPO. ¿Que es aquesto? Quién, quién hoy
Se apea en mi casa así?

¿Pero quién se ha entrado aquí?

D. LOPE. ¡Oh Pedro Crespo! yo soy;
Que volviendo á este lugar
De la mitad del camino,
Donde me trae, imagino,
Un grandísimo pesar,
No era bien ir á apearne
Á otra parte, siendo vos
Tan mi amigo.

CRESPO. Guardeos Dios,
Que siempre tratáis de honrarme.

D. LOPE. Vuestro hijo no ha parecido
Por allá.

CRESPO. Presto sabreis
La ocasión; la que teneis,
Señor, de haberos venido
Me haced merced de contar;
Que venis mortal, Señor.

D. LOPE. La desvergüenza es mayor,
Que se puede imaginar.

Es el mayor desatino
Que hombre ninguno intentó:
Un soldado me alcanzó,
Y me dijo en el camino....
—Que estoy perdido, os confieso,
De cólera.

- CRESPO. Proseguid.
- D. LOPE. Que un Alcaldillo de aquí
Al Capitán tiene preso;
Y, ¡vive Dios! no he sentido
En toda aquesta jornada
Esta pierna excomulgada,
Sino es hoy, que me ha impedido
El haber antes llegado
Donde el castigo le dé:
¡Vive Jesu-Cristo, qué
Al grande desvergonzado
Á palos le he de matar!
- CRESPO. Pues habeis venido en balde,
Porque pienso que el Alcalde
No se los dejará dar.
- D. LOPE. Pues dárselos, sin que deje
Dárselos.!
- CRESPO. Malo lo veo;
Ni que haya en el mundo creo
Quien tan mal os aconseje:
¿Sabeis porqué le prendió?
- D. LOPE. No; mas sea lo que fuere,
Justicia la parte espere
De mí, que también sé yo
Degollar, si es necesario.
- CRESPO. Vos no debeis alcanzar,
Señor, lo que en un lugar
Es un Alcalde ordinario.
- D. LOPE. ¿Será más, que un villanote?
- CRESPO. Un villanote será,
Que si cabezudo da
En que ha de darle garrote,
Par Dios, se salga con ello.
- D. LOPE. No se saldrá tal, par Dios;

Y si por ventura vos,
Si sale ó no, quereis vello,
Decid donde vive, ó no.

CRESPO. Bien cerca vive de aquí.

D. LOPE. Pues á decirme vení
Quién es el Alcalde.

CRESPO. ¡Yo!

D. LOPE. ¡Vive Dios, que si sospecho!

CRESPO. ¡Vive Dios, como os lo he dicho!

D. LOPE. Pues, Crespo, lo dicho dicho.

CRESPO. Pues, Señor, lo hecho hecho.

D. LOPE. Yo por el preso he venido,
Y á castigar este exceso.

CRESPO. Pues yo acá le tengo preso
Por lo que acá ha sucedido.

D. LOPE. Vos sabeis que á servir pasa
Al Rey, y soy su Juez yo?

CRESPO. Vos sabeis que me robó
Á mi hija de mi casa?

D. LOPE. ¿Vos sabeis que mi valor
Dueño de esta causa ha sido?

CRESPO. ¿Vos sabeis cómo atrevido
Robó en un monte mi honor?

D. LOPE. ¿Vos sabeis cuánto os prefiere
El cargo que he gobernado?

CRESPO. ¿Vos sabeis que le he rogado
Con la paz, y no la quiere?

D. LOPE. Que os entráis, es bien se arguya,
En otra jurisdicción.

CRESPO. Él se me entró en mi opinión,
Sin ser jurisdicción suya.

D. LOPE. Yo sabré satisfacer,
Obligándome á la paga.

CRESPO. Jamás pedi á nadie que haga
Lo que yo me puedo hacer.

D. LOPE. Yo me he de llevar al preso;
Ya estoy en ello empeñado.

CRESPO. Yo por acá he sustanciado
El proceso.

D. LOPE. ¿Qué es proceso?

CRESPO. Unos pliegos de papel,
Que voy juntando, en razón
De hacer la averiguación
De la causa.

D. LOPE. Iré por él
Á la carcel.

CRESPO. No embarazo
Que vais: solo se repare,
Que hay orden que al que llegare,
Le den un arcabuzazo.

D. LOPE. Pues, vive Dios, que he de ver
Si me dan el preso, ó no.

CRESPO. Pues, vive Dios, que antes yo
Haré lo que se ha de hacer.

ESCENA ÚLTIMA.

EL REY—D. LOPE, CRESPO—SOLDADOS ETC.

REY. ¿Qué es esto?
Pues ¡de esta manera estais
Viniendo yo!

D. LOPE. Esta es, Señor,
La mayor temeridad
De un villano, que vió el mundo.
Y vive Dios, que á no entrar
En el lugar tan aprisa,
Señor, vuestra Majestad,
Que habia de hallar luminarias
Puestas por todo el lugar.

REY. ¿Qué ha sucedido?

D. LOPE. Un Alcalde
Ha prendido un Capitán,
Y viniendo yo por él,
No le quieren entregar.

REY. ¿Quién es el Alcalde?

CRESPO. Yo

REY. Y que disculpa me dais?

CRESPO. Este proceso, en que bien
Probado el delito está,
Digno de muerte, por ser
Una doncella robar,
Forzarla en un despoblado,
Y no quererse casar
Con ella, habiendo su padre
Rogádole con la paz.

D. LOPE. Este es el Alcalde, y es
Su padre

CRESPO. No importa en tal
Caso: porque si un extraño
Se viniera á querellar,
No habia de hacer justicia?

REY. Bien está
Sustanciado; pero vos
No teneis autoridad
De ejecutar la sentencia
Que toca á otro tribunal.
Allá hay justicia, y así
Remitid el preso.

CRESPO. Mal
Podré, Señor, remitirle.....

REY. ¿Qué decis?

CRESPO. Si no creéis
Que es esto, Señor, verdad,
Volved los ojos, y vedlo;
Aqueste es el Capitán.

(Aparece dado garrote en una silla el Capitán.)

REY. ¿Pues como así os atrevisteis?

CRESPO. Vos habeis dicho que está
Bien dada aquesta sentencia:
Luego esto no está hecho mal.

REY. El Consejo no supiera
La sentencia ejecutar?

CRESPO. Toda la justicia vuestra
Es solo un cuerpo no más;
Si este tiene muchas manos,

Decid, ¿que más se me da
Matar con aquesta un hombre,
Que estotra había de matar?
Y ¿que importa errar lo menos,
Quien ha acertado lo más?

REY, Pues ya que aquesto es asi
¿Porqué cómo á Capitán,
Y Caballero, no hicisteis
Degollarle?

CRESPO. ¿Eso dudais?
Señor, como los hidalgos
Viven también por acá,
El verdugo que tenemos
No ha aprendido á degollar.

REY.
Don Lope, aquesto ya es hecho.
Bien dada la muerte está;
Que errar lo menos no importa,
Si acertó lo principal

.
PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA.

FIN.

ÍNDICE.

Págs.

PRÓLOGO.	V
------------------	---

SECCIÓN PRIMERA.

Origen de la lengua castellana.

Poema del Cid.=Anónimo.. . . .	1
Fuero Juzgo=Anónimo.. . . . !	5
Libro de los Milagros, de Gonzalo de Berceo.. . . .	6
Libro de Calila y Dymna.=Anónimo.	8
Poema de Alejandro, de Juan Lorenzo Segura de Astorga	10
Código de las Siete Partidas, de D. Alfonso el Sábio.. .	11
Libro de Apolonio.=Anónimo.	14
Libro de los Castigos, de D. Sancho IV el Bravo. . . , .	16
Libro de las Querellas, de D. Alfonso el Sábio.. . . .	18
Libro de Patronio ó el Conde Lucanor, del Infante D. J. M.	19
Libro de los Cantares, de Juan Ruiz, Arcipreste de Hita.	21
Libro de los Gatos.=Anónimo.	23
Rimado de Palacio, del Canciler Pero Lopez Ayala. . .	25
Crónica del Rey D. Pedro, del mismo.. . . .	26
El Laberinto, de Juan de Mena.	27
La Visión Delectable, de Alfonso de Palencia.. . . .	29
Coplas, de Jorge Manrique..	30
La Celestina, de Rodrigo de Cota y Francisco de Rojas. .	39

SECCIÓN SEGUNDA.

Ejercicios prácticos.

Cuadro Primero.=Pensamientos Literarios	45
Cuadro Segundo.=Cualidades de las palabras.	56
Cuadro Tercero.=Modelos y ejemplos de Cláusulas.	63
Cuadro Cuarto=Figuras retóricas=Elegancias de 1. ^a clase.	75
» » Elegancias de 2. ^a clase.	77
» » Elegancias de 3. ^a clase.	82
» Figuras de pensamiento =Pintorescas.	87
» » Lógicas.	91
» » Patéticas.	97
» » Indirectas.	102
Tropos.	106
Cuadro Quinto.=Ejemplos de las diversas clases de estilo.	112

SECCIÓN TERCERA.

COLECCIÓN SELECTA.

PARTE PRIMERA.

Composiciones en Prosa.

Género Epistolar.. .=Á Fray Fernando de Talavera, de la Reina Católica.	123
» Á Fray Juan de J. Roca, de San- ta Teresa de Jesus.	125
» De Antonio Perez á su Hijos.	126
» Á D. Alfonso Carnerero, de D. An- tonio de Solís.	127
» Del P. José de Isla, á su Hermana.	129
» De Jove-Llanos, al General Sebas- tiani.	130

Artículos de periódicos=«Calderón y Shakespeare,» de M. de la Revilla.	132
» Régimen Municipal de España, de A. de Lista.	135
» Varios Caracteres, de M. J. de Larra	138

Composiciones Didácticas.

Tratados Elementales =Arte de hablar en prosa y verso, de J. Gomez Hermosilla., . . .	141
Tratados Magistrales.=Vida de Marco Bruto, de Francisco de Quevedo.. . . .	145
» Empresas Políticas, de Saavedra Fajardo.	148
» Los problemas, del Doctor F. de Villalobos.	151
» La Noche oscura del Alma, de San Juan de la Cruz.	154
» Vanidad del Mundo, del P. Estella	157
» Informe sobre el libre ejercicio de las artes: de Jove-Llanos. . .	160
Diálogos Científicos.=La Dignidad del Hombre, de Fernán Pérez de Oliva.	164

Composiciones Históricas.

Historia de la guerra contra los Moriscos, de H. de Mendoza	168
Historia de la Conquista de Méjico, de Antonio de Solís. .	172
Historia general de España, del P. Juan de Mariana. . .	176
Crónica de D. Fernando y D. ^a Isabel, de Herd. ^o del Pulgar.	181
Retratos, arengas y paralelos históricos, del P. J. de Mariana	183

Género Oratorio.

Oratoria Sagrada.. .=Sermón del Santísimo Sacramento, del P. Granada.	186
Oratoria Forense. . .=Acusación Fiscal, de Meléndez Valdés.. . . .	193
Oratoria Política. . .=Discurso del Conde de Toreno. .	208
Oratoria Académica.=Discurso de Recepción, de J. María Maury.	211

Género Novelesco.

Novela Picaresca.	=Lazarillo de Tormes, de Hurtado de Mendoza.	217
Novela Caaballeresca..=	El Ingenioso Hidalgo D. Quijote, de Cervantes.	225
Novela Contemporánea=	Pepita Jiménez, de Juan Valera.	234

PARTE SEGUNDA.

Composiciones en verso.

Poesía Épica.	=Poema Épico Religioso «La Cristiada,» del P. Hojeda.	243
»	Id, Épico Didáctico «La Poética,» de Martínez de la Rosa.	246
»	Id. Filosófico-Social «El Diablo Mundo,» de Espronceda.. . . .	248
»	Id. Épico Heróico «La Araucana» de Ercilla.	252
»	Id. Epopeya «La Iliada,» de Homero.	255
»	Id. Heróico-Cómico «La Mosquea» de Villaviciosa.	258
»	Id. Épico-Burlesco «La Gatomaquia,» de Lope de Vega.	259
Poemas Menores.	=Las Naves de Cortés destruidas, de N. F. de Moratin.	262
Cuento.	=La maestra y las novicias, de J. Arolas.. . . .	265
Leyenda.. . . .	=Margarita la Tornera, de Zorrilla.	267

Géneros intermedios entre la Épica y la Lírica.

Elegias.	=Á la muerte de su hija, de Ruiz Aguilera.	270
»	Á las Ruinas de Italia, de Rodrigo Caro.	271
»	Á la Pátria, de José Espronceda.	274
»	Al Dos de Mayo, de J. Nicasio Gallego.	276

Sátiras.	==Á Ernesto, de G. Melchor de Jove- Llanos	280
»	Proclama de un Solterón, de Jose Vargas Ponce.	283
Epístolas.. . . .	==Á Fabio, de Fernandez Andrade	285
»	A Claudio, de Leandro F. de Mo- ratin.	291

Poesía Lírica.

Himnos.	==Himno Patriótico, de Arriaza.. .	293
»	Al Sol, de Espronceda.	294
Odas Sagradas.. . .	==Á la Ascensión del Señor, de Fray Luis de León.	297
»	Á la Muerte de Jesús, de Alberto de Lista.	298
Odas Heróicas. . . .	==Á la Batalla de Lepanto, de F. de Herrera.	300
»	La Profecía del Tajo, de Fr. Luis de León.	306
»	Á la Invención de la Imprenta, de J. M. Quintana.. . . .	308
Morales y Filosóficas.	=La vida del Campo, de Fr. Luis de León.	313
»	La Esperanza, de L. de Argensola.	316
»	Tempestades, de José P. Velarde.	317
Odas Anacreónticas.	=La vida de la Aldea, de J. Cadalso	319
»	Al viento, de J. Meléndez Valdés.	320
Cancioneš.	==Á la flor de Gnido, de Garcilaso..	320
»	Á la Rosa, de Francisco de Rioja..	323
»	Canción del pirata, de J. Espronceda	324
Sonetos.	==Á un Sueño, de Lupercio de Ar- gensola.	327
»	Á una boca, de L. de Góngora. . .	327
»	Á unas flores, de Calderón. . . .	328
»	Al Túmulo de Felipe II, de Cer- vantes.. . . .	328
Letrillas.	==La Serranilla, del Marqués de Santillana.	329
»	El amor ausente, de Góngora.. .	330

»	Jocosa, de Góngora.	330
»	Satírica, de Iglesias.	331
Epigramas.		332
Romances.=Caballeresco, La Infantina de Francia, Anónimo.. . . .	333
»	Histórico, El desafío del Cid, Anónimo.	334
»	Morisco, Desafío de Tarfe, Anónimo.	336
»	Pastoril, Angélica y Medoro, de Góngora...	337
»	Descriptivo, La Tarde, de Meléndez Valdés.	341
»	Jocoso, La Mala Suerte, de Quevedo.	343
Madrigales.=A unos ojos, de Cetina, y Á su amada, de Marin.	346
Doloras. =Cosas de la edad, de Campoamor.	347
»	¡Ay del pue nace ó muere! del mismo.. . . .	349
Baladas.=De Gustavo A. Bcequer.	349
»	La Perla del Buen Retiro, de Eguilaz.	350
»	Crepúsculo, de Nuñez de Arce.	351

Géneros intermedios entre la épica y lírica y la dramática.

Poesía Bucólica.=Egloga, de Garcilaso.	352
»	Idilio, de Meléndez Valdés.	357
Fábulas.=La Lechera, de Samaniego.	357
»	Los Huevos, de Iriarte.	359

Poesía Dramática.

Tragedia Clásica.=El Edipo, de Martinez de la Rosa.	360
Drama Trágico.=La Estrella de Sevilla, de Lope de Vega.	366
Comedia.=El Lindo Don Diego, de Moreto.	373
Drama.=El Alcalde de Zalamea, de Calderón.	378



2
1

Se vende esta obra en las principales librerías al precio de **5,50 pesetas** ejemplar, encartonado, en toda España.

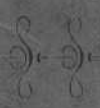
TAMBIÉN SE VENDEN DEL MISMO:

Elementos de Retórica y Poética ó Literatura preceptiva, segunda edición, obra adaptada para servir de texto de la misma asignatura en los Institutos de Segunda Enseñanza: un tomo en 4.º de 380 páginas: Precio **6,50** pesetas ejemplar, encartonado, en toda España.

Programa de Retórica y Poética su precio **0,50** pesetas ejemplar.

Los pedidos al por mayor al autor, quien hará las rebajas proporcionadas a la importancia de los mismos.

MUÑOZ PEÑA



ANÁLISIS
LITERARIO
Y
COLECCIÓN
SELECTA

50 PSETAS

G 35789